

CRÓNICA GENERAL DE ESPAÑA,

O SEA

HISTORIA ILUSTRADA Y DESCRIPTIVA DE SUS PROVINCIAS,

SUS POBLACIONES MAS IMPORTANTES DE LA PENINSULA Y DE ULTRAMAR.

SU GEOGRAFÍA Y TOPOGRAFÍA.—SU HISTORIA NATURAL.—SU AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA,
ARTES Y MANUFACTURAS.—SU HISTORIA ANTICUA Y MODERNA,
CIVIL, MILITAR Y RELIGIOSA.—SU LEGISLACION, LENGUA, LITERATURA Y BELLAS ARTES.—SU ESTADÍSTICA
GENERAL.—SUS NOMBRES CELEBRES Y GENEALOGÍA DE LAS FAMILIAS
MÁS NOTABLES.—SU ESTADO ACTUAL, EDIFICIOS, OFICINAS, ESTABLECIMIENTOS Y COMERCIOS
PÚBLICOS.—VISTAS DE SUS MONUMENTOS, CARTAS DE SUS
TERRITORIOS, Y RETRATOS DE LOS PERSONAJES QUE HAN ILUSTRADO SU MEMORIA.

OBRA REDACTADA

POR CONOCIDOS ESCRITORES DE MADRID, DE PROVINCIAS Y DE AMERICA.

CÓRDOBA.



MADRID.

EDITORES:

RUBIO Y COMPAÑIA.

1867

MADRID: 1807.

In imprenta á cargo de J. E. Morete, Preciados, 74.

R. 32068

CRÓNICA

DE LA

PROVINCIA DE CÓRDOBA,

POR

MANUEL GONZALEZ LLANA.



MADRID.

EDITORES:

RUBIO Y COMPAÑIA.

1867



Propiedad de los editores
RUSO Y COMPAÑIA.

CRÓNICA DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA.

LIBRO PRIMERO.

ORIGENES.

CAPÍTULO PRIMERO.

Es indudable que la parte meridional de España ha sido la más conocida y frecuentada de todos los demás pueblos y naciones de la antigüedad, al menos de aquellos que llegaron á alcanzar cierta cultura que les hizo conquistar un puesto en los anales de la historia. Mas á pesar de esto, en vano trataríamos de alcanzar en nuestros investigaciones á tiempos excesivamente remotos, pues por grande que sea el interés que exciten los hechos primitivos de los pueblos y todo cuanto se dirija á poner en claro sus orígenes, los monumentos históricos de las remotas edades no existen y la tradición oral es insuficiente para formarse una cabal idea y dejar satisfecha nuestra legítima curiosidad.

Las fuentes más antiguas que se han conservado sobre la historia de España, solo se relacionan á la época ya muy avanzada, relativamente, de la dominación romana, y aunque en los historiadores latinos se concentran algunas indicaciones referentes á más vetustas edades, ni pueden considerarse como exactas é indudables en todas sus afirmaciones, ni forman un conjunto seguido y ordenado que pueda servirnos de hilo conductor para la narración de los hechos que se refieren á la primitiva población de España.

Por esta razón, cuando intentamos investigar los orígenes de nuestras provincias, los primitivos pobladores que las habitaron, sus usos, costumbres y grado de civilización á que habían llegado, antes que otros pueblos atraídos por el aliciente del comercio y por las riquezas que la Península ibérica encerraba en su seno viniesen á establecerse á ella, tenemos que limi-

tarlos á meras indicaciones, á noticias aisladas, que solo con la ayuda de la crítica histórica podemos convertir en conjeturas, mas ó menos verosímiles y fundadas.

Cuanto acabamos de decir, puede aplicarse, lo mismo que al resto de España, al territorio de Córdoba, cuya historia es una de las más interesantes, no solo por la importancia que este país conserva aun en la actualidad, sino tambien por la preeminencia que en muchas épocas y durante siglos enteros ha disfrutado.

Los etimologistas con la fuerza de inventiva que les es propia, y de la cual dieron tan abundantes y repetidas muestras, discurrieron largamente sobre la etimología de la palabra Córdoba (1), queriendo buscar en ella las trazas y señales de su origen, como si en simples coincidencias de nombres, muchas veces

(1) Por ejemplo Gilius, que halla en sí diez sobre el origen y primera población de España, recurre á la lengua hebrea, suponiendo que tendrían una ciudad los persas. Según esta conjetura, afirma que Córdoba se deriva de la palabra *Cordans* ó *Cordens*, que significa la agua ó arroyo. La verdadera ortografía de la palabra es *Corduba*, según se comprueba de los modelos antiguos y de las inscripciones y referencias de los poetas. En síllo Italico encontramos los dos sílabos *cord* y *uba* que no dejan duda alguna.

*Nec bene existimo
Cordam Cordubae vocem.*

En tiempo de la invasión árabe, se usó la *u* en *a*; pero conservándose la *u*, como consta de los medallones de aquella época. Del mismo modo se escribió durante la dominación de los árabes y de los reyes de León, según puede verse en los manuscritos de los condes y de la historia. En el siglo pasado en vez de la *u* se escribió *o*, contra el uso de los griegos, latinos, judíos y morabitos; pero posteriormente prevaleció el antiguo uso.

totalmente desfigurados ó transformados á impulsos del tiempo, pudieran basarse serias conjeturas ó investigaciones de algun valor y solidez. No seguiremos en este ingrato é infructuoso trabajo á los que se complacen en dar tortura á los vocablos para hacerles significar lo que ellos desean, pues sobre no sacar resultado alguno positivo de tan ingrato trabajo, hay hechos completamente auténticos que exigen todo el interés de la historia, y la de Córdoba es en extremo rica en acontecimientos plenamente verificados para que debamos detenernos en inútiles digresiones.

La primera vez que figura la ciudad de Córdoba en las historias, es con referencia á la venida de los fenicios á España impulsados por su géneo marítimo y comercial. Situada la Fenicia en un estrecho territorio confinante con el Mediterráneo, tuvo que buscar en el comercio y en la fundación de colonias el engrandecimiento que la situación topográfica del territorio le negaba. De esta suerte los fenicios, partiendo de las costas de levante, fundaron colonias en la Grecia, en cuyo país introdujeron algunos elementos de su civilización, y siguiendo de aquí el rumbo hacia el Occidente, estableciendo tambien por diversas causas colonias en la costa de Africa, llegaron á España, punto el mas occidental de esosos en aquella época eran conocidos.

Creyendo haber llegado al límite de sus exploraciones, y detenidos por el inmenso Océano que consideraban como un dique infranqueable, detuvieronse en la parte meridional de España, que á primera vista parecia ofrecerles grandes ventajas, no solo para la estension de su comercio, sino tambien para el establecimiento de centros comerciales que les sirvieran para la explotación de las riquezas en un país virgen todavia de toda humana especulación.

Por mas que sea verosímil que algun tiempo antes de fijar sus miras los fenicios sobre España hubiesen arribado ya en diferentes ocasiones á sus costas, es lo cierto que no puede fijarse la fundación de los primeros establecimientos en las costas meridionales de España, mas allá del siglo xv antes de la Era cristiana, si es que asignamos el verdadero valor á lo que sobre los hechos de la historia de los fenicios encontramos mas justificando.

Cócese que el primer punto en que se estableció este pueblo fué en la isla llamada Eritya ó Eritrea, ó sea la de Sancti-Petri, según todas las conjeturas, y desde allí se trasladaron á Cádiz, en donde fundaron ya un verdadero establecimiento comercial desde donde intentaron con buen éxito extender sus posesiones, tratando siempre de un modo pacífico con los habitantes de aquellas comarcas que estaban muy lejos de molestarles en su tráfico, y que ignorantes de la mayor parte de los artificios de la civilización ofrecian sus productos á sus nuevos huéspedes en cambio de los artefactos y objetos que ellos les daban.

Desde Cádiz, siguieron derramándose los fenicios por el litoral, fundando colonias mas ó menos importantes en los puntos mas adecuados para esta clase de establecimientos; pero entrando en sus designios el explorar el interior de aquel país que tantos beneficios podia reportar á su comercio, valiéndose de pequeñas

embarcaciones, navegaban por los rios mas considerables con el objeto de satisfacer no solo su curiosidad sino tambien el deseo del lucro que tan poderoso es en todo pueblo mercantil.

Siguiendo el curso del Guadalquivir, llegaron á Córdoba, es donde fundaron un establecimiento comercial. Es de todo punto imposible, pues faltan los necesarios datos y noticias, afirmar si los fenicios edificaron esta ciudad ó si ya la encontraron fundada, decidiéndose muchos por la primera de estas hipótesis, apoyándose en que la etimología de la palabra es hebrea y recordando al propio tiempo el inmediato parentesco que existo entre las lenguas hebrea y fenicia, ambas pertenecientes á la familia de los idiomas semíticos. El celebre etimologista Samuel Bochart afirma que la palabra Córdoba proviene de *Cordaba*, que significa en lengua fenicia *molino de aceite, prensa ó almazara*, y de aquí deduce la conjetura de que los fenicios introdujeron en aquel país el cultivo de la oliva y la fabricación del aceite. Otros, por el contrario, fundándose en la circunstancia de lo extendido que en todos tiempos ha estado el olivo en aquellos costornos y la espontaneidad con que lo produce la tierra, son de opinión que esta planta es indigena. Como se ve, ni una ni otra de ambas apreciaciones puede considerarse como exacta, ni sobre tan doloznables fundamentos puede basarse afirmacion histórica alguna.

Loque parece mas posible, y está conforme con las indicaciones aisladas que encontramos en los antiguos historiadores, es que Córdoba fué fundada antes de la llegada de los fenicios á España, que ocupaba el territorio que se llamaba Betera de los Tárduos, para diferenciarle dentro denominado de los Cánticos. El término de esta poblacion extendíase en la antigüedad entre el Betis (Guadalquivir) y el Gaudiana, en el cual se encontraban entre otras poblaciones, las mas importantes de Arra (*Asturga*), Mi-obriga (*Caspilla*) y Melaria (*Fuente-ovejuna*), única de estas que en el día pertenece aun á la provincia de Córdoba.

Los fenicios dedicáronse con asiduidad al fomento de la colonia que fundaron en el hospitalario país de la Bética, pues de él se extraían pingües riquezas, que los naturales del territorio, ignorantes de su uso, despreciaban. Entonces entre Córdoba y Cádiz se establecieron activas y frecuentes comunicaciones por medio del Guadalquivir y empleando pequeños barcos, por los cuales se trasportaban á la costa los ricos productos que el país encerraba y los metales y objetos preciosos que extraían de su seno los laboriosos é infatigables fenicios.

Sin duda á estas explotaciones debió la provincia de Córdoba la fama que adquirió en los tiempos antiguos de contener abundantes minas de metales preciosos, y todos los historiadores y geógrafos antiguos convienen en que la mayor parte de los rios de aquellas regiones arrastraban arenas de oro, que los naturales recogian y lavaban para satisfacer la codicia de sus huéspedes. De todos modos, es indudable que los fenicios esportaron inmensas riquezas de aquellas comarcas, pues precisamente la época en que colonizaban á España, fué cuando la ciudad de Tiro adquirió tanta fama y renombre como una de las ciudades mas

ricas y opulentas de la antigüedad. Es mas que probable que al hablar Aristóteles de que los fenicios para poder conducir á su patria en las naves las inmensas riquezas que extraían de la Bética, se veían precisados á construir de oro y plata los utensilios, anclas, herramientas y vajillas de sus naves, y que hasta lo cargaban como lastre, cometa una verdadera exageración; pero rebajando lo que pueda haber de hiperbólico en las palabras del célebre filósofo griego, dedúcese que era prodigiosa la cantidad de oro y plata que los fenicios exportaban de aquellas comarcas, apenas sin sacrificio alguno, pues los naturales desdenaban unos objetos que no servían para la satisfacción de las mas apremiantes necesidades.

Los fenicios constituían un pueblo especialmente traficante y comercial, mas inclinado á emplear la política y la astucia que la fuerza y la violencia en sus relaciones con los demás países, y por este motivo y tambien porque no se conserva tradicion bélica sobre ellos como sobre otros pueblos antiguos, no es aventurado suponer que se presentaron á los indígenas de la Bética de un modo inofensivo y dispuestos á entablar con ellos relaciones de amistad y de alianza.

Tampoco consta en ninguna parte que los naturales de aquellas comarcas se opusieran abiertamente á la instalacion de los fenicios en su territorio, pues segun el carácter de la tradicion, no habiéra dejado de conservarse algun vestigio, por insignificante que fuera, si entre ambos pueblos se hubiese empeñado una lucha mas ó menos toraz y sangrienta.

De todo esto se desprende que pueden considerarse los fenicios como los primeros civilizadores de la España, que les debe un nombre y algunas ideas sobre el comercio, la navegacion y las artes, con cuyo trato y roce debieron comenzar á perder su primitiva rudeza los españoles y á adquirir los primeros rudimentos de la civilizacion. Rato á lo menos deducciones de las indicaciones que sobre estas remotas edades encontramos en los historiadores antiguos, con especialidad en Estrabon, Diodoro Siculo, Rufo Festo Avieno y Pomponio Mela.

Veamos ahora cómo terminó en la Bética el dominio pacífico de los fenicios, al cual sustituyó el mas belicoso de los cartagineses, pueblo de la misma raza, pero de diferente índole y carácter.

CAPÍTULO II.

Por espacio de largos siglos vivieron los fenicios pacíficamente, en la parte meridional de España, explotando sus riquezas é introduciendo entre sus naturales, con sus usos y costumbres, los primeros elementos de la civilizacion. De este modo, y poseyendo con entera tranquilidad y por espacio de mucho tiempo un país tan rico en productos de todas clases, no era de extrañar que las colonias fenicias de España adquiriesen un grado de florecimiento casi difícil de concebir. Ya dejamos indicado que á esta época está asociada la del mayor esplendor del pueblo fenicio, que adquirió el renombre de opulento entre todos los demás pueblos del mundo entonces conocido.

De todas las colonias de Andalucía eran por aquel

tiempo las mas principales las de Córdoba y Cádiz, la primera por los ricos productos que de su territorio se extraían y la segunda por ser el puerto de mayor comercio y el punto por donde se extraían los objetos tan codiciados. De esta suerte bien pronto se convirtió Cádiz en un emporio de comercio que llegó á excitar los celos y la envidia de los demás pueblos comarcanos. Si los fenicios hubieran continuado siempre de un modo amigable sus relaciones con aquellas comarcas, si en vez de considerar el país como objeto de conquista se hubieran limitado al comercio y al lucro que producen, quizás hubiesen disfrutado por mucho mas tiempo aquel beneficioso monopolio; pero temerosos sin duda de que los naturales avanzando en civilizacion y comprendiendo el valor de los productos que entonces despreciaban se opusiesen á continuar aquel orden de cosas, pensaron en posesionarse del país por medio de la conquista.

Esta idea, con la cual creyeron asegurar mas su dominio, fué precisamente la que contribuyó á su ruina y á la total espulsion del territorio de la Península Ibérica. Tampoco es inverosímil que su opulencia y engrandecimiento llegasen á excitar los celos de los naturales, pues ambas hipótesis se fundan en el testimonio de graves autores; pero sea de esto lo que quiera, es cosa averiguada que los tartetanos se levantaron en armas contra los fenicios que habitaban en Cádiz, y esta fué la señal para que los demás pueblos que habian dejado establecerse á huéspedes que comenaban á ser molestos, atacaran tambien á aquel pueblo, mas acostumbrado al tráfico que no al ejercicio de la guerra.

Bien pronto los fenicios, hostilizados por los naturales, se vieron en la precision de reconstruir sus fuerzas, para cuyo resultado abandonaron las poblaciones del interior y por lo tanto á Córdoba, que se encontraba en este caso, repliegándose hacia Cádiz, que por su posicion particular podia ofrecer una sólida resistencia.

Es indudable que al emprender los fenicios este movimiento de retirada, no entraba en sus cálculos renunciar á la explotacion de aquellas comarcas; todo lo contrario, desde Cádiz, una vez recibidos los necesarios refuerzos, incendian de nuevo en sus conquistas las tierras del Bétis, con el designio de establecerse en ellas de un modo permanente.

Pero si el pueblo fenicio tenia grandes elementos para el comercio marítimo, si por espacio de siglos enteros habia llegado á dominar el Mediterráneo, no podia ni tener recursos para lanzarse á costosas conquistas, como son siempre las de pueblos primitivos divididos en diversas tribus, sin administracion ordenada, y que por lo tanto pueden allegar indefinidamente la contienda.

Efectivamente, al cabo de poco tiempo de haberse roto las hostilidades, vieron reducida los fenicios su dominacion en España al solo territorio de Cádiz, y aun en este punto eran de continuo atacados por los tartetanos, impacientes por acabar con la dominacion fenicia.

En este grave apuro, recurrieron los fenicios al pedir cuantos medios podian imaginarse para sostener su dominacion. Fué este el de llamar en su auxilio á los

cartagineses, colonia también de origen fenicio, establecida en la costa septentrional del África y cabeza de un sistema de colonias militares establecidas en las costas del Mediterráneo. El poder de los cartagineses en aquella época era respetable.

Comerciantes y guerreros á la vez, habían conseguido suceder á los fenicios en el dominio del Mediterráneo, y después de concluir con la importancia de los griegos en los mares, mantenían en respeto á los romanos, que por aquellos tiempos comenzaban á dar ya algunas muestras del espíritu expansivo y conquistador con que algun tiempo después se hicieron dueños de todo el mundo entonces explorado.

No tuvieron dificultad los cartagineses en acceder á las súplicas de los fenicios, tanto mas cuanto que hacia tiempo que miraban con celosa envidia el predominio lucrativo que pacíficamente ejercían los fenicios en la Bética; pero esto mismo demuestra que de ningún modo entraba en los planes de los cartagineses auxiliar desinteresadamente á los que les llamaban en su ayuda, y ya desde un principio comenzaron á notarse los síntomas de la mala fé de los cartagineses.

En un principio invadieron con fuerzas respetables la Bética, y con varia fortuna y teniendo que experimentar en mas de una ocasion los efectos del ardor bélico y de la decisión de aquellos naturales por su independencia, manejando unas veces las armas y empleando otras la astucia y el engaño, venciendo unas veces, procurando otras entrar en avenencias con las habitantes de la Bética, lograron posesionarse de algunas de las pintorescas playas de aquella hermosa region.

De este modo, y contando ya con una base para apoyar sus ulteriores operaciones, revelaron los cartagineses sus designios, que aun los de lucrez dueños exclusivos no solo de aquellos países sino tambien del resto de España, pues que se les representaba con todos los alicientes que siempre tiene lo desconocido. Por lo tanto atacaron resueltamente la colonia fenicia de Cádiz, y cuando sus moradores consideraron que su perdicion habia de venir de los mismos en los cuales creyeron encontrar remedio á sus tribulaciones, era ya demasiado tarde para que pudiesen hacer otra cosa que entregarse á un tanto inútil arrepentimiento.

Sin embargo, Cádiz no quiso sucumbir ni intontar la resistencia, y los cartagineses se vieron obligados á acorralarla por espacio de algunos meses, recurriendo á cuantos medios suministraba el arte de la guerra en aquellos tiempos, y solo después de notables esfuerzos consiguieron laxar para siempre de España á los fenicios y posesionarse de Cádiz que les ponía en comunicacion con el resto de la colindada Bética.

No proseguieron por entonces los cartagineses la conquista de la España, pues argucios de mas codicia y lachas de mayor trascendencia los traian ocupados; pero habiéndoles visto emprendidos en una cruzada lucha con los romanos, sobre la posesion de la Sicilia que ambos pueblos pretendian, y habiendo oído los cartagineses en la Trinacria la misma suerte que ellos habian hecho experimentar á los romanos en España, pensaron en resarcirse de sus pérdidas en Sicilia con la posesion de España, y esta fué la causa de

que intentasen por entonces formalmente la conquista de la Peninsula, con cuyo dominio pensaban sobrepujar el poderio siempre creciente de la república romana.

El Senado cartaginés confió tan importante encargo al ciudadano Amilcar Barca, general que se habia hecho célebre en la guerra llamada de los *Mercenarios*, y este con respetables fuerzas se presentó en territorio español.

Corría el año 238 antes de la Era cristiana, cuando se verificó este suceso que tantas consecuencias habia de producir para el porvenir de España. Desde Cádiz emprendió rápidamente las operaciones Amilcar, y al cabo de poco tiempo poseia casi toda la Bética, y en ella ciudades tan importantes como las de Málaga, Sevilla y Córdoba. Volvió de nuevo á establecerse el comercio entre Cádiz y Córdoba por el mismo Guadalquivir, y los cartagineses se aprovecharon de todas las mejoras introducidas en aquellos países por sus profesores los fenicios, é indudablemente hubieran logrado establecerse sólidamente no solo en todo el país de la Bética, sino en el resto de España, á no haber sido por la rivalidad de los romanos, que en vez de extinguirse con el resultado de la guerra de Sicilia, aumentó mas y mas al observar que los cartagineses se posesionaron del rico y férax territorio español.

No es de nuestra incumbencia tratar en este lugar, ni del modo con que los cartagineses extendieron su conquista por el resto de España, ni de las lachas que tuvieron que sustener tanto con los naturales como con otras colonias establecidas por la parte oriental de la Peninsula, ni aun de la heroica y eternamente célebre destruccion de Sagunto, hecho que citamos porque sirvió de pretexto á los romanos para declarar la guerra á los cartagineses y dirigir sus miras sobre la conquista de España, cuya posesion ambicionaban ya desde algun tiempo antes.

Para la mejor inteligencia de los hechos, y á guisa tan solo de apuntes cronológicos, conviene advertir en este lugar que á la muerte de Amilcar sucedió en el gobierno y conquista de España su yerno Asdrúbal, á quien siguió su hijo Annibal, jóven de veintiseis años, amamantado en el seno á los romanos, y formado para la guerra.

Después de haber tranquilizado la España, pensó en llevar la guerra á Roma dentro del mismo territorio de la Italia, y para este objeto, después de pedir á Cartago, su patria, los auxilios necesarios, completó los sus los que pudo reunir en la Peninsula ibérica, cuyos recursos habia llegado á conocer por sí mismo. Para la gigantesca empresa que meditaba, reunió toda clase de fuerzas y sedó de Córdoba y su territorio no pocos soldados que le ayudaron á realizar las hazañas que le hicieron alcanzar un renombre impercedero entre las mas preclaras capitaneas de todos los tiempos.

Dejemos, pues, á Annibal realizar el prodigioso paso de los Pirineos y los Alpes, derrotar en cuatro batallas consecutivas los mas escogidos y numerosos ejércitos romanos, y tener en jaque con escasas fuerzas, por espacio de largos años, al poder de Roma, volviendo á nuestro propósito del cual no debemos separarnos sino lo estrictamente necesario para establecer

la hilación histórica indispensable para el conocimiento de los hechos.

En tanto que Annibal recorría la Italia como vencedor, los romanos emprendían la conquista de la España, queriendo resarcirse de sus descalabros en Italia, y en efecto, en un principio los cartagineses experimentaron pérdidas de consideración. No obstante, repostos algún tanto, y después de haber recibido los necesarios refuerzos, pusieron á dos dedos de su ruina al poder romano en la Península, con la muerte de sus dos principales generales, los hermanos Escipiones.

Sin el génio militar de un centurion ó capitán de compañía, nombrado Lucio Marcio, que hasta entonces había ocultado sus dotes de experimentado general bajo el modesto lugar que ocupaba en el ejército, los romanos hubieran sido totalmente anonadados, y su poder destruido en España quizás por mucho tiempo.

Marcio infundió valor en los restos destrozados del

ejército romano, y los soldados, agradeciéndole su salvación, le aclamaron como general. No tuvieron en verdad por qué arrepentirse de este nombramiento, pues en dos sangrientas jornadas consecutivas consiguieron derrotar á las fuerzas cartaginesas. No pagó el Senado romano tan brillantes hechos con la debida recompensa, pues en vez de confirmar el nombramiento de los soldados, envió en calidad de jefe del ejército romano á Claudio Nerco, que infatuado con su nombramiento, solo supo cometer torpezas.

Volvieron á verse de nuevo en extremo apuro los romanos en España, y entonces otro Escipión, hijo de uno de los que habían muerto á los filos de la espada cartaginesa, pidió y obtuvo el peligroso honor de mandar el ejército de la Península ibérica.

Este jóven guerrero expulsó totalmente á los cartagineses de España y estableció en ella el dominio de Roma.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.



LIBRO SEGUNDO.

ÉPOCA ROMANA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Lucio Marcio, el mismo improvisado general que liberó á los romanos de España de una total ruina, fué el que por órden del conquistador de esta region, Publio Cornelio Escipion, se apoderó de Córdoba, en donde como era natural dominaba el partido cartaginés, pues habia sido una de las ciudades que con mayor predileccion habian ocupado los cartagineses.

Segun manifiesta un antiguo escritor de los que mas noticias han dejado consignadas sobre las antigüedades de España, Córdoba fué obra de Marcelo (1). Claramente se comprende que Estrabon, que es el escritor á que aludimos en este pasaje, no quiere decir que Marcelo haya sido el fundador de Roma, pues su existencia bajo el dominio de los fenicios y de los cartagineses consta de un modo evidente, sino que en tiempo de este personaje vinieron á establecerse á este punto muchos caballeros romanos que la repoblaron.

Pero aun resuelta de este modo la primera cuestion, resta saber el personaje á que alude el escritor citado, pues con el nombre de Marcelo figuraron en todos tiempos muchos caballeros romanos. Sobre este punto apuntaremos someramente las opiniones mas fundadas, manifestando despues nuestro juicio sobre lo que nos parece mas verosímil.

El escritor Vasco se de parecer que este Marcelo á que se refiere Estrabon, es un personaje contemporáneo de Julio César, y para fundamentar este aserto recurre

al hecho de que no se halla citada esta ciudad antes de este tiempo sino por Silio Itálico. No obstante, para el hecho de la existencia de Córdoba antes de Julio César, es suficiente la autoridad del poeta que acabamos de citar, del cual se desprende que los habitantes de Córdoba auxiliaron al capitan cartaginés en sus empresas contra Roma; pero por si esto no bastase, debemos tener presente que la mencionó Appiano en tiempo de la guerra de Viriato, afirmando que en ella habia invernado Máximo Emiliano en su lucha contra el guerrillero de Lusitania, que llegó á ser un adversario terrible del poder de Roma. Por lo demás Polibio, autor cuyo testimonio es de gran peso por la exactitud y puntualidad que brillan en sus escritos, afirma tambien que Marco Claudio pasaba en Córdoba el invierno, *Córdoba hiberna apellat*, despues de su expedicion contra los lusitanos, y esta, como sabemos, se verificó el año antes del consulado de Postumio Albino y de Licinio Lucullo, ó lo que es lo mismo, el año 601 de Roma, 154 antes de la Era cristiana.

Mas sensata y conforme con los datos que posteriormente ha suministrado la crítica histórica es la opinion de Ambrosio de Morales, el cual afirma que Marcelo antes de la guerra de Numancia vino á España por primera vez en el año 167 antes de J. C., volviendo á la Península quince años despues. Es de presumir que la repoblacion de Córdoba se verificara en la primera época, pues cuando vino por segunda vez á España, no gobernó Marcelo mas que la parte citerior de la Peninsula, en cuyo territorio en modo alguno podia estar comprendida Córdoba, al paso que en su primera venida disfrutó del gobierno general de toda España y de la tranquilidad necesaria para entregarse á esta clase de empresas.

Hay además de estas opiniones, otra que encontramos en el escritor cordobés Pedro Díaz de Ribas, el cual, queriendo dar mayor antigüedad á este hecho,

(1) Maximo autem gloria ne potencia cepit Corduba, Marcellii opus, et Gallicianam urbem, hinc quatenus ab navigationibus, et quod Romanis se sociam praeibit: ita re acri benivolentia ac hospitalitatem, nequam quippe portum Bati Flavio conlocavit: infestissimisque cum ab Iulio de fecit Romanorum, et Indipassum viri: quoniamque ab Iulia in regionibus Corduba Romanis dediderunt. Strabon. lib. III. pag. 141.

atribuye la repoblación de Córdoba a un abuelo del que dejamos citado, que también se llamó Marcelo, triunfador de Sicilia, y del cual refiere Appiano que vino á España en compañía de Claudio Nerón; pero de la compensación detenida y cronológica de los hechos, se deduce que este Marcelo no vino á España, por lo cual cae por su base el fundamento de esta hipótesis, quedando por lo tanto como mas verosímil la de Morales, mas conforme con los datos históricos que han podido conservarse de tan remotos hechos.

Además del tiempo en que Córdoba fué poblada en gran parte por ciudadanos romanos, existe otro punto no menos controvertido, que es el sitio que ocupó la colonia romana. Sobre este punto el ya citado Morales supone que destruída á causa de la resistencia opuesta á Lucio Marcio, que fué, segun ya hemos indicado, el que la conquistó al poder de Roma, fué trasladada por Marcelo del sitio en que se encontraba, y que indudablemente es el mismo en que hoy se halla, á otro conocido con el nombre de *Córdoba la vieja*, situada á una legua al Occidente; pero esta opinión está contrariada con el testimonio de los antiguos geógrafos, puesto que Estrabon afirma que estaba en las mismas orillas del Bétis, y Plinio manifiesta que desde Cádiz, por medio del citado río, se hacia un activo comercio entre ambas poblaciones, y al mismo tiempo, al paso que se encuentran en Córdoba abundantes vestigios de población romana, en *Córdoba la vieja* los mas antiguos solo se refieren al tiempo de los árabes.

De todo lo dicho se infiere que Córdoba, casi destruída al caer en manos de Lucio Marcio, pues como colonia eminentemente feúica primero y cartaginés despues, debió haber opuesto enérgica resistencia á las armas romanas, fué nuevamente repoblada en tiempo de Claudio Marcelo, y que tanto por su privilegiada posición, que atrajo á su suelo á muchos caballeros romanos, como por la importancia que despues adquirió hasta el punto de haber sido considerada como la capital de la España ulterior, recibió el dictado de colonia patricia.

Veamos ahora hasta qué punto podemos investigar el tiempo en que se hizo esta transformación, base de la grandezza que debia adquirir este pueblo andando los tiempos.

Segun el testimonio de Morales, Córdoba no fué considerada como colonia patricia hasta el tiempo de Julio César; pero como ya dejamos demostrado que mucho tiempo antes de esta época habia sido repoblada por caballeros romanos, que la escogieron como lugar de retiro, como por otra parte Estrabon afirma que desde los tiempos de Marcelo habia recibido ya en su recinto no escasa población de ciudadanos romanos escogidos, y como solo el hecho de enviar estas á una población cualquiera era ya hacerla colonia, debemos pensar que este dictado le recibió mucho tiempo antes, pues sino no tendria fundamento lo que afirman graves escritores de que debe considerarse como la primera colonia que los romanos fundaron en España.

Es cierto que Carteya disputa á Córdoba este honor, pero no consta esto, completamente averiguado, para que sea lícito quitar á Córdoba esta preeminen-

cia. Con respecto al dictado de patricia, es indudable que le recibió, pues además del testimonio de Plinio, tenemos para hacer esta afirmación el de las medallas que se han conservado de los antiguos tiempos, en algunas de las cuales se encuentra la siguiente inscripción, que no deja lugar á duda:

COLONIAE, PATRICIAE
CORDVBENSIS, FLAMINICAR.

A pesar del nombre impuesto á Córdoba por los latinos llamándola colonia patricia, mantenía la ciudad su nombre primitivo de Córdoba. Unas veces se expresaba solamente esta palabra, segun se ve en las monedas antiguas, en los escritores y en las inscripciones que de aquellos lejanos tiempos nos han quedado, y otras se ponía el nombre de patricia ó patriciense, como puede verse de la siguiente inscripción que nos ha conservado el ya citado Ribas:

D. M. S.
M. LVCRETIVS VERNA
PATRICIENS. ANN. LV.
PIVS. IN. SVOS. H. S. E.
SIT T. T. LEVIS.

Empleábanse á veces, segun el uso de las inscripciones, solo las iniciales, pues cuando se trataba de asuntos demasiado conocidos y en los cuales no podia haber error ni confusion, apelaban frecuentemente á este medio en las inscripciones litológicas, por economía de tiempo y espacio.

Además del dictado de colonia patricia que recibió Córdoba de los romanos, còpote tambien el privilegio no despreciable de batir moneda, en la cual unas veces, lo mismo que en los demás documentos, se titulaba colonia patricia, y otras era solamente designada con su nombre propio.

Otra de las preeminencias de que gozó Córdoba, es el haber sido capital del convento jurídico de la Bética, cuando en tiempo de Augusto se hizo una nueva division territorial de España. Es cierto que Córdoba le ha disputado este honor; pero si bien la metrópoli eclesiástica estuvo en este último punto, no consta con la misma certeza que lo estuviese la civil, y por lo demás, si que Córdoba fuese capital de un convento jurídico, no obsta para que lo fuese probablemente Sevilla, si bien posteriormente.

Ya tendremos ocasion de ver mas adelante que en tiempo de Julio César padeció la ciudad de Córdoba grandemente, á causa de haberse declarado por los hijos de Pompeyo, y que el sumo general que la sojuzgó le quitó gran parte de su importancia, trasladando á Sevilla la capitalidad de la Bética; pero en tiempos posteriores se ve que Córdoba fué residencia de pretores, como puede demostrarse por las lápidas ó inscripciones que en diversos tiempos se descubrieron en su recinto, y entre las cuales hay varias dedicaciones que los presidentes de la Bética hicieron en aquella ciudad á algunos emperadores, las que no dejan lugar á duda alguna sobre este punto tan debatido en todos tiempos.

CAPÍTULO II.

Véase sino una dedicación hecha al padre de Constantino Magno, y que existía aun hasta hace poco en la iglesia parroquial de esta ciudad, iglesia llamada también de la Villa. Dice así:

FORTISSIMO. ET INDVLGENTISSIMO
PRINCIPI. DOMINO NOSTRO
CONSTANTIO. VICTORI
PERPETVO. SEMPER. AVGVSTO.
DECIMIVS. GERMANIVS
VIR. CLARISSIMVS. CONSVLARIS
PROVINCIAE. BARTICAE
NUMINI. MAIESTATIQ.
EIVS. DICATISSIMVS.

Otras muchas muestras podríamos presentar de nuestro aserto, pero creemos que basta con lo dicho, tanto mas, cuanto que los hechos históricos vienen en corroboración de cuanto dejamos apuntado.

Réstanos ahora considerar hasta dónde se extendía el dominio de Córdoba y cuáles eran los pueblos que estaban sujetos á su administración, al menos desde el momento en que fué declarada metrópoli de uno de los conventos jurídicos en que los romanos dividieron la España, para facilitar mas su gobierno y administración, asimilándole á las demás extensas provincias de aquel colosal imperio.

Si recurrimos al testimonio de Plinio, que es el mas autorizado en estas materias, y compulsamos las diversas ediciones de sus obras, tendremos que convenir en que, segun las mas atinadas conjeturas, los pueblos que formaban el convento jurídico de Córdoba eran los siguientes: Osigi, que recibia el sobrenombre de *Lacovicum*, Imiturgi (*Forum Juliane*), Ipasturgi (*Triumpale*), Sitia, Obulco (*Pontifecum*), Ripopora, Salici (*Martialinus*), Onoba, Carbula, Decuma, y además en la Beturia de los Turdulos, Arsa, Mellaria, Mirobriga y Sisapon. Segun el P. Harduain en el comentario que hace sobre Plinio, hay que añadir á la precedente lista las poblaciones siguientes que formaban tambien parte del convento jurídico de Córdoba y son: Segeda (*Angurina*), Julia (*Fidencia*), Urgno (*Alba*), Ebur (*Cerenia*), Iliberi (*Liberia*), Ilipula (*Lana*), Astigi (*Juliansa*), Vesici (*Paerentia*), Singili, Ategua, Arialdunum, Aglamioor, Babro, Castravivaria, Episibrium, Hippo nova, Ilura, Osea, Escana, Saccobo, Nuditatum, Tentivetus, opiniono en extremo verosímil, pues algunos de estos pueblos se encontraban en las cercanías de Córdoba, y el distrito que abrazaba esta poblacion era muy extenso, ó sea desde la costa del Océano hasta las riveras del Guadiana. Entre todas las poblaciones citadas, las mas importantes eran las de Carula ó Carbula, Decuma, Sacili, Onoba, Ategua y Alubi, de algunas de las cuales se conservan todavía medallas y monedas que dan á conocer la preeminencia que en algun tiempo alcanzaron.

Dilucidados del mejor modo que nos ha sido posible los puntos principales que se refieren á las antigüedades romanas, réstanos ahora narrar los hechos culminantes que tuvieron lugar en esta ciudad durante la dominación latina.

Después que Córdoba fué conquistada al poder romano, y C. Marco Marcelo la repobló, ennoblicándola con suntuosos y ricos edificios, llegó, á ser una de las ciudades preferidas por los romanos, tanto por el bello clima de la Bética como por la favorable situación que ocupaba á orillas del caudaloso Bétis. Esta prosperidad, como era natural, no se realizó de repente, sino de un modo lento y progresivo, si podia ser de otra manera, pues en el principio de la conquista ni la desesperada resistencia que hicieron los españoles combatidos, en verdad, á que los ciudadanos romanos se estableciesen en la Península, ni podia esperarse que en un tiempo en que aquellos recurrían á cuantos medios estaban á su alcance para librarse de militar en España, viniesen á establecerse perpetuamente en un país en que no podían contar con la tranquilidad suficiente para entregarse al goce pacífico de los placeres de la vida.

Ya dejamos dicho en otro lugar, que en la empeñada lucha con el célebre guerrillero lusitano Viriato, escogieron los generales romanos en mas de una ocasión á Córdoba como base de operaciones, y en este tiempo, y en el de la guerra celtibética, internaron en esta ciudad M. Claudio y Fabio Máximo Emiliano, pero cuando mas figuró Córdoba fué durante la guerra civil entre César y Pompeyo.

No es de nuestra incumbencia detenernos á narrar la encarnizada lucha que se verificó entre estos dos célebres generales, que aspiraban ambos á la dominación suprema de la República romana; basta á nuestro propósito que hagamos mención de cuanto se refiere á las antigüedades de Córdoba. Destruído el partido de Pompeyo en Italia, quedaban todavía respetables y numerosos partidarios en España, y en especialidad Varro, que ocupaba gran parte de la Bética, añadiéndola con toda clase de exacciones y crecidades.

Estos antecedentes, que de ningún modo podían escaparse á la penetración de César, le indujeron á trasladarse á España, país que ya conocia por haber estado en él muchas veces, con el designio de destruir las fuerzas de Varro, y quedar por lo tanto libre de enemigos y en aptitud de aspirar á la dictadura, que era el objeto de toda su ambición.

Demasiado conocia César que le convenia interesar en su partido á los españoles y captarse sus voluntades, pues de este modo podria contar con respetables auxilios en la Península, auxilios que no convenia despreciar cuando tanto podrian contribuir á la realización de sus planes. Sabia además que los pueblos de la Bética estaban cansados del proceder injusto de Varro, y esta circunstancia le daba tambien la pauta de la conducta que debia observar en este país, si queria debilitar el partido de su contrario.

Plaf en efecto César el territorio de la Península, y desplegando las dotes de afortunado y experimentado general, destruyó en una primera campaña los ejércitos de Afranio y Petreio, generales de Pompeyo, y desde entonces se encontró en aptitud de acometer á Varro, que continuaba en su sistema de exacciones y represalias.

Solo tenia Varron, para rechazar la agresion de César, un ejército de veinticinco mil hombres. Con el dinero que le produjeron los tributos que impuso á las ciudades que creia mas adictas á César, hizo construir numerosas naves en Cádiz y en Sevilla, y para prepararse á todo cuanto pudiese acontecer teniendo presente la instable mudanza de la fortuna, trasladó á la casa del gobernador de Cádiz los tesoros del templo de Hércules Gaditano. No satisfecha con esto su codicia, continuó con insistencia en sus rapiñas, sin tener presente que con esta conducta se excitaba el odio de los pueblos, y ganaba partidarios para su adversario.

Suponiendo César por estos antecedentes que las provincias de la Bética estarían muy inclinadas á su favor, confirió al tribuno Casio el encargo de recorrer aquellos contornos, invitando á las ciudades de la Bética á que enviasen sus representantes á Córdoba, donde se hallaría él en un día determinado para tratar de los asuntos que pudiesen interesarles y especialmente para evitar que Varron continuase ejerciendo sus tropelías.

Hicieron así, en efecto, la mayor parte de los pueblos. César, acompañado de 700 ginetes hizo su entrada en Córdoba, recibió en audiencia solemne, y con aire de vencedor, á los diputados de los pueblos, colmados con toda clase de lisonjeras promesas.

No desistió por eso Varron de apoderarse de Córdoba, cuya posesion le importaba en extremo; pero aunque tenia algunas inteligencias en la ciudad, en pasada conducta y la reciente venida de César le enagaron todas las voluntades, así es que en vez del recibimiento que esperaba, solo encontró Varron las puertas de la ciudad cerradas, y á sus moradores resueltos á la defensa. No contando con los medios suficientes para acometer la importante empresa de apoderarse de Córdoba por medio de la fuerza de las armas, revolvió sobre Carmona, en cuya ciudad disponia de una guarnicion amiga; pero en sus inmediaciones sepo con gran descontento que aquella ciudad se había declarado tambien en favor de César, expulsando de su recinto á los soldados de Varron.

Como si no bastasen todas estas contrariedades para probar á Varron que la fortuna le había vuelto definitivamente la espalda, la desercion penetró en las filas que mandaba, y un cuerpo de españoles que ascendia á 5,000 hombres le abandonó, retirándose á Sevilla, en donde tambien imperaban las armas de César.

A causa de estos contratiempos, y encontrándose Varron completamente cercado, no dejó de comprender que estaba perdido sin remedio, y que su situacion era tanto mas adictiva cuanto que ni aun le restaban probabilidades de escapar del peligro, que cada vez le estrechaba con mas fuerzas. En tal apuro resolvió apelar á la magnanimidad de su adversario, ofreciéndole rendirse con la única legión á que había quedado reducido su ejército. No puso César dificultad en acceder á la solicitud de Varron, pero le impuso la condicion de que había de presentárselo en Córdoba á dar cuenta exacta de su anterior conducta.

No teniendo otro extremo que escoger, decidióse

Varron á entregarse discrecionalmente á César, esperando que de esta suerte podría acaso captarse la clemencia del vencedor. Verificóse entonces en Córdoba una escena tanto mas notable cuanto menos frecuente era en aquellos calamitosos tiempos en que las poblaciones eran repetidamente presa de los caballeros romanos. Congregó César la Asamblea de los representantes de la Bética, y ante tan autorizado concurso obligó á comparecer á Varron, exigiéndole la mas severa cuenta de las cosas que arbitrariamente había exigido á los pueblos. Prometió además con toda solemnidad, que todo se restituiria, segun era justo, á los pueblos, y dándoles las gracias por su condescendencia en acudir al llamamiento, despidióse de ellos ofreciéndoles su proteccion, con cuya noble conducta se captó las simpatías de aquellos mandatarios, poco acostumbrados en verdad á rasgos como el que acababan de presenciar.

Pasó desde allí César á Cádiz, siendo recibido con iguales demostraciones de simpatía, la cual pagó devolviendo al templo de Hércules los tesoros estrahidos por Varron, y promulgando varios edictos de utilidad pública y declarando ciudadanos romanos á todos los habitantes libres de Cádiz, distincion muy estimada en aquel tiempo.

Dejando de este modo arregladas las cosas de España, y nombrando gobernadores para las distintas provincias, regresó á Italia, en donde le llamaban otras atenciones.

Casio, el mismo que por orden de César había convocado á los representantes de la Bética para Córdoba, fué el destinado por el gobierno de esta ciudad; pero tanto él como sus colegas siguieron una conducta totalmente opuesta á la que había observado César. Esto motivó el descontento que se convirtió muy pronto en declarada y abierta insurreccion, á que se lanzaron los pueblos y generaciones romanas que en ellos residían. Una vez declarada la ciudad y las tropas contra Casio, la insurreccion cuajó por otras comarcas, y las mismas tropas que debían embarcarse para Africa á reforzar el ejército de César, se rebelaron tambien dirigiéndose á Córdoba á unirse con los sublevados.

Acamparon aquellas tropas fuera de la ciudad, y contando con el apoyo que tenían dentro, declararon á Casio destituido de la pretura, y elevaron á este cargo por adonacion á un oficial de mérito distinguido llamado Marcelo, que ya comenzaban en aquella época las legiones á presentar el ejemplo de la insurreccion de que tantas muestras habían de dar en la época imperial.

Encontrándose Casio, á causa de estos acontecimientos, en una situacion angustiosa, y comprendiendo lo mucho que podia importar al mejor desecolaje de los desiguales de César, el que se pudiese someter de nuevo á estas tropas á la obediencia, recurrió al pretor de la provincia tarraconense, Lépidus, pidiéndole el auxilio necesario para hacer triunfar la disciplina.

No se contentó Lépidus con enviar refuerzos á Casio; colocóse al frente de tropas escogidas y se dirigió hácia Córdoba, acaso con el designio de enterarse por sí mismo si Casio merecia los socorros que solicitaba. Ya efecto, una vez en las cercanías de Córdoba,

pudo enterarse de las criminales fechorías de Casio, y entonces poniéndose del lado de la justicia, negó al desatentado pretor el auxilio que le había pedido, dando la razón á los cordobeses. Sin embargo, manteniendo todavía un resto de consideración hacia su colega y aun mas por no desprestigiar el cargo que aquel desempeñaba, con el espectáculo de algun violento castigo, aconsejó á Casio que abandonase la ciudad y se pasase en salvo, prudente aviso que siguió fielmente el atribulado pretor.

Como por este tiempo espiraba tambien la época de su pretura, y no queria correr los peligros á que podia esponerle las grandes riquezas que habia reunido violentamente, no se atrevió á hacer el camino por tierra, prefiriendo embarcarse en Málaga y seguir la costa hasta el Ebro. Pero una furiosa tempestad que se desencadenó en la desembocadura de este rio, destruyó la nave que le conducia, y el ávido pretor y sus riquezas fruto de su rapiña se hundieron para siempre en las profundidades del mar. Tal fué el desastroso fin de aquel hombre inhumano, que pudiendo conservar bajo la obediencia de César la mas importante poblacion de la Bética, la hizo inclinarse al lado opuesto, mudanza bastante justificada pero que César habia de castigar poco tiempo despues de su modo cruel y terrible.

César continuó la persecucion contra su rival Pompeyo, y en la reñida jornada de Farsalia, acontecimiento que habia de hacer célebre la inspirada musa del poeta cordobés Lucano, destruyó las huestes del enemigo, que se vió obligado á refugiarse á Egipto, en donde en vez de la hospitalidad que buscaba y tenia derecho á esperar, solo encontró una traicionera muerte.

Con la muerte de Pompeyo, no pudo disfrutar todavía tranquilamente César el fruto de sus victorias. Quedaban aun los dos hijos de su rival Cneo y Sexto Pompeyo, que se trasladaron á España, colocándose al frente de los muchos partidarios que en esta Península tenian resucitados á prolongar la guerra civil.

Puede decirse que dominaban en la mayor parte de las poblaciones importantes de la Bética; pues Córdoba, que en un principio habia sabido apreciar la magnanimidad de César, cuando obligó á Varro á dar estrecha cuenta de su vergonzosa conducta, habia sido posteriormente escarmentada con la inculcable avaricia de Casio, y por lo tanto tomado el partido de los hijos de Pompeyo.

Trasládese César al teatro de los sucesos, pues no dejaba de comprender la inmensa importancia que tenia para su suerte futura la guerra de España, tanto mas cuanto que Cneo habia conseguido reunir un respetable ejército de tierra y Sexto mandaba una considerable armada. Una vez llegado á España, consiguió César que las poblaciones de la parte oriental se declarasen en su favor. Reunidas sus tropas en Sagunto, y comprendiendo lo que en tales contiendas suelen valer la actividad y la presteza, á marchas forzadas llegó hasta Obulco (Forcuna), cuando ni aun los hijos de Pompeyo sospechaban su presencia en España.

Creían estos á su enemigo entretenido en Roma, gozando tranquilamente de los honores y de la popularidad que le habian granjeado sus anteriores victorias, así es que quedaron desconcertados con aque-

lla inesperada actividad. A la sazón Cneo se encontraba sitiando á Ulla (Montemayor), y Sexto, que habia dejado su flota en las aguas de Carteya, se hallaba en Córdoba. Todo esto hacia que los hijos de Pompeyo no contasen con el tiempo suficiente para prepararse á una resistencia tan tenaz y obstinada, como si hubiesen podido reunir los abundantes elementos que tenían en el país.

Esquivando en un principio los pompeyanos, las batallas que les presentó César en Ulla y en Córdoba, concentráronse sobre Munda, á cuyo punto fueron á buscarlos las legiones de César. Ambos ejércitos contaban con un número casi igual de combatientes, y esto hizo que el combate fuese de los mas encarnizados y sangrientos de cuantos nos conserva la historia. Los soldados de César fueron los primeros que dieron señales de flaqueza, y solo los desesperados esfuerzos de su general, que ya estuvo á punto de atravesarse con su espada creyéndolo todo perdido, pudieron hacer volver las legiones al combate.

Todavía permaneció este indeciso por algun tiempo, y no se puede decir cuál habiese sido el resultado de tan tenaz pelea, á no ser por haber atacado los reles de Pompeyo el príncipe africano Bogud que auxiliaba á César. Esta evolucion al parecer insignificante fué la que causó la derrota de los pompeyanos; pues uno de sus generales, Labieno, retrocedió con su caballería á defender el punto atacado por Bogud. Este movimiento fué interpretado por los soldados pompeyanos como una retirada, la confusion penetró en sus filas, el pánico se hizo general, y aquellas tropas un momento antes tan resueltas y decididas, se declararon en abierta dispersion, quedando mas de treinta mil soldados entre los cuales habia mas de tres mil caballeros romanos reunidos en el campo.

A duras penas pudo salvarse Cneo Pompeyo, con ciento cincuenta caballos que le acompañaron, refugiándose á Carteya, mientras que Sexto se colocaba al abrigo de los muros de Córdoba. César manchó la gloria que en sus repetidas batallas habia conquistado con la crueldad á que se entregó, despues de la jornada de Munda. Con los cadáveres de los pompeyanos hizo una trinchera en torno de Munda, despues de haberles cortado la cabeza, que hizo colocar en las lanxas como repugnante trofeo de su triunfo. Esta daba ya la medida de lo que podia esperar los moradores de Munda, y así su resistencia fué tan desesperada, que César solo pudo apoderarse de ella cuando se encontró ya muy débil defensor.

Comprendió Sexto que César no tardaria en querer sacar el fruto de sus victorias, y que por lo tanto se presentaría ante los muros de Córdoba tan luego como riesese á Munda, pues la importancia de la colonia patricia le debia conceder enbance este triste privilegio. Como no contaba con los elementos suficientes para contrarrestar con algunas probabilidades de éxito el poder de su afortunado enemigo, y como todavía se encontraba bajo el influjo de la pasada derrota, abandonó Sexto Pompeyo la ciudad de Córdoba y se refugió al centro de la Celtiberia.

Con esta huida quedó la ciudad entregada á sí misma, y lo que es peor, trabajada por la disension y

la discordia, compañeras inseparables de la desgracia. Ya no había que contar con la magnanimidad del vencedor; el ejemplo de lo acaecido en Munda desengañaba á los mas confiados é infundía en todos el temor y la zozobra.

La división iba en aumento, segun se recibia la noticia de la llegada de las tropas de César, y entonces la población se manifestó fraccionada en dos opuestos bandos. En el uno militaban todos los mas resueltos partidarios de Pompeyo, que deseaban combatir hasta el último extremo, no solo porque á pesar de su triste situación conservaban todavia un resto de esperanza, sino tambien porque comprendian que de la rendición no podian sacar ventaja alguna, puesto que César se presentaba como enemigo cruel é implacable. Formaban el otro partido, tanto los que no habian olvidado el anterior comportamiento de César, cuando algun tiempo antes convocara en aquella ciudad á los representantes de la Bética, como los tibios amigos del partido destruido en Munda, y que veian ser de todo punto imposible el poder resistir á la impetuosa acometida del vencedor feliz de Farsalia.

Entre los primeros figuraba por su riqueza é importancia un rico caballero romano, decidido partidario de Pompeyo, llamado Escápala, el cual no se hacia ilusiones acerca de la suerte que le estaba destinada si caía en poder de su enemigo. Viendo que aumentaba el número de los que pretendian que las puertas debian abrirse á César, y conociendo la imposibilidad de toda defensa, dispuso poner fin á su existencia con aquella retórica indiferencia de que tantas pruebas dieron en lo sucesivo los romanos. A este fin dispuso un magnífico convite, al cual hizo concurrir á sus parientes y amigos, presentándose entre sus convidados ataviado lujosamente como si solo se tratase de conmemorar algun feliz suceso. Distribuyó en el festín sus riquezas entre los comensales, y haciendo entender una hoguera, ordenó á uno de sus criados que le atravesara el corazon con una espada, y á otro que le arrojava á las llamas. Cumplieron sus esclavos puntualmente las órdenes recibidas, y bien pronto aquel opulento patricio no fué mas que un puñado de cenizas.

Este acontecimiento, que venia á demostrar hasta qué punto era temida aun por los espíritus mas esforzados la llegada de César, aumentó la división y la discordia que ya reinaba en la ciudad.

Entonces la divergencia llegó á su colmo y pasó á vias de hecho, y Córdoba presentó un espectáculo desagradado. Continuos combates se verificaban dentro de sus muros entre las distintas facciones que dividian á los cordobeses. En medio de aquel espantoso alboroto, y llamado por sus partidarios, se presentó César ante los muros de aquella desdichada ciudad. La misma confusión le dió los medios de penetrar en ella al frente de sus tropas; pero no por eso los pompeyanos desistieron todavia de prolongar la resistencia. César tuvo, pues, que luchar para posesionarse de Córdoba, y lanzando sus legiones sobre los restos de aquel puñado de valientes, trabóse en las calles un combate, en el cual ni se podía, ni se daba cuartel. Destruídas las tropas pompeyanas, César saquéó é incendió la ciudad,

en la cual perecieron mas de veinte mil ciudadanos, y aquel recinto que en otro tiempo habia merecido la predilección de César, que en él poseia casas de recreo y deliciosos jardines, sufrió la suerte de ser casi aniquilado.

De esta manera terminó la encarnizada lucha entre César y Pompeyo, que por tanto tiempo habia dividido al mundo antiguo, y de tal modo pagó Córdoba la resistencia que opuso al afortunado vencedor de Pompeyo y de la República romana.

Parece verosímil que Córdoba, tanto por el lastimoso estado á que habia quedado reducida como por haberse granjeado las iras del dictador romano, habiese perdido la capitalidad de la Bética, que hasta entonces habia disfrutado. Como posteriormente á esta época hemos visto á Córdoba, segun mas arriba dejamos expuesto, ser residencia de pretores, es indudable que en la nueva división administrativa que hizo Augusto en España fué elevada, repuesta ya algun tanto de sus anteriores descalabros, á cabeza de un convento jurídico.

Esta circunstancia es la que ha dado margen á la acalorada disputa que ha dividido á sevillanos y cordobeses, acerca de la capitalidad de la Bética, para cuyos pormenores referimos á los que no se conforman con estos detalles á las obras de Ritas Morales, Sanchez de Feria, el P. Martín de Ron, Ruano y algunos de los tomos de la *Expedición Segrada de Floreza* que trata este punto de las antigüedades de Córdoba con el espíritu de imparcialidad que por lo comun respaldado en sus escritos.

CAPÍTULO III.

Sujeta toda la Península Ibérica al yugo romano, puede decirse que desde entonces pierde su historia propia, quedando constituida en una provincia del imperio que se constituyó á la muerte de César, con todas las nacionalidades del mundo antiguo.

Augusto hizo, segun hemos indicado, una reorganización de la Península, tanto para dar mayor unidad á la administración y declinar de este modo mas fácilmente á los inquietos españoles, como para la realización de sus fines políticos. Teniendo en cuenta que una parte del territorio ibérico se mostraban mas dispuestas á vivir tranquilamente bajo el yugo de Roma que otras, hizo una provincia de la Bética, que encomendó al Senado romano. Encargóse¹ del mando del resto de España, pues siendo mas turbulenta y necesitanda mas número de legiones para su ocupacion, quedaba de este modo dueño de la mayor parte del ejército, y por lo tanto en una posición mucho mas ventajosa que la que podia tener el Senado hasta entonces el único señor de la República.

Bajo el reinado de Augusto se verificó uno de los acontecimientos mas notables de cuantos registran los anales históricos, y que ha servido á los historiadores para señalar una de las divisiones mas fundamentales y caracterizadas de la historia. Claramente se comprenderá que nos referimos al nacimiento de nuestro divino Redentor.

Desde esta época, á falta de una historia política

tiene Córdoba una historia religiosa, si es lícito expresarse así, y como la introducción y propagación del cristianismo es uno de los hechos de mas importancia, pues de él dependen los nuevos elementos que modificaron esencialmente las sociedades, creemos deber ocuparnos en este lugar de tan vital asunto, relegando cuanto se refiere á los célebres escritores cordobeses que pertenecen al mundo pagano, para cuando tratemos con la atención que se merece del florecimiento de las ciencias, letras y artes en esta ciudad, verdadero emporio, durante las mas oscuras épocas de la Edad media, de la civilización y del saber.

Aunque sobre los primeros tiempos del cristianismo no tenemos dato alguno histórico, pues ni la persecución de que era objeto la Iglesia cristiana ni las vicisitudes de los tiempos posteriores hacen probable que hayan podido conservarse documentos sobre la introducción en aquel país de la religión, que debía renovar para sí y para la faz del mundo antiguo; sin embargo, teniendo presente que ya en el siglo II gozaba Córdoba del privilegio de tener silla episcopal, podemos deducir la conjetura de que algun tiempo antes debia haberse propagado la religión del Crucificado por aquellas comarcas. Tampoco se sabe nada de cierto acerca de sus primeros obispos, pues aun cuando algunos escritores comienzan un catálogo por uno llamado Severo, ni de él nos han transmitido rasgo alguno, ni dan como cosa cierta y averiguada que haya existido un prelado de este nombre entre los primeros obispos de Córdoba.

Hasta fines del siglo III, esto es, por los años de 294, no comienzan á disiparse las neblinas que cubren las orígenes del cristianismo en esta ciudad, y el primer obispo, cuya existencia esota de una manera auténtica é indudable, es el célebre Osio, uno de los hombres mas notables que han producido en España los tiempos primitivos del cristianismo. Al ocuparse Florez en la *España Sagrada* de este prelado, hace de él el panegirico siguiente: «Este es el hombre mayor que en su línea ha producido España, uno de los mas agitados del mundo: Padre de primera clase entre los Grandes de la Iglesia: el honrado por San Atanasio con los honoríficos dictados de *Padre* y de *Grande*: Padre de Concilios: Padre Abrahamítico: verdadero Osio (esto es santo), respetado por los emperadores: famoso en el orbe: milagro de su siglo: varon, en fin, tan sin segundo, que para el terror de los arrianos, pesaba él solo tanto é mas que todos los del orbe católico, según predios San Atanasio.»

No obstante todas las virtudes que le concede el P. Florez en su erudita obra, y de cuantos elogios le han prodigado los escritores religiosos de todos los tiempos, la calumnia le persiguió hasta tal extremo, que ha sido preciso recurrir al escrupuloso exámen de cuantos documentos y escritos existen sobre la vida de este célebre obispo, para reivindicar su memoria, y colocarle en el puesto á que se ha hecho acreedor por sus virtudes y el infatigable celo que desplegó en favor del cristianismo.

Vió por primera vez la luz este ilustre varon en Córdoba por los años de 256, manifestando ya desde sus

primeros años el ardor religioso de que se encontraba poseído, dedicándose por consiguiente al servicio de la nascente Iglesia cristiana, y abandonando los placeres mundanos, para hacerse digno del sacerdocio. Esta abnegación de Osio la vemos confirmada en el *Memologio de los griegos*, del cardenal Albanis, que dice refiriéndose á él estas palabras: *Hosius Corduba Episcopus mundo renovo amato, et Monasticum institutum amplectens, ascetica vita priusquam ex celluit.*

No debe entenderse aqui que Osio abrazó la vida monástica, y deducir de esto la gran antigüedad que cuenta el monacato en España; pues si bien desde los primeros tiempos del cristianismo hubo muchos cristianos que renunciaron al mundo para vivir exclusivamente en la oración y el ascetismo, ya por propia inclinación, ya tambien huyendo de las rudas persecuciones que en diversas épocas sufrió la nascente Iglesia, es lo cierto que verdadera vida monástica no se encuentra hasta algunos siglos despues, y eso procediendo del Oriente desde donde se extendió á los demás países que el cristianismo habia conquistado.

Hecha esta necesaria aclaración, prosigamos. Osio fué elevado todavía jóven, por el celo infatigable que demostraba en la propagación de la fé de Cristo, á la categoría de prelado de Córdoba y consagrado por el arzobispo de Roma, nombre con que se designaba entonces al Sumo Pontífice para indicar el predominio que ejercia sobre los obispos de todo el orbe cristiano.

Uno de los primeros actos que ejecutó como obispo fué la asistencia al concilio Riberitano, segun consta en las actas de esta solemnidad religiosa, autorizadas con la firma de Osio y de otros diez y ocho obispos de las diversas comarcas de España.

Poco despues de este tiempo, estalló contra los cristianos la furiosa persecución de Diocleciano, aumentando considerablemente el número de los mártires que sellaron con su sangre la nueva fé que habia venido á renovar el mundo antiguo, guiándole por la verdadera senda del progreso. Entre los que sufrieron mas inmediatamente las consecuencias de tan cruda guerra se encontraban los prelados de la Iglesia, á los cuales se los comunicaba á que entregasen los libros sagrados (1) y á que hiciesen pública declaración de profesar nuevamente la religión gentílica.

Los que se resistieron á tan intolerantes mandatos, fueron atormentados unos, desterrados otros, y finalmente muchos pagaron con su vida su abnegación cristiana. En Córdoba perecieron entonces muchos confesores de la fé del Crucificado, y aunque Osio pudo escapar con vida de aquella ruda persecución, no fué sin haber sido sujetado al tormento, que no pudo quebrantar su firmeza, y haber sido desterrado despues.

Ignóranse las vicisitudes que experimentó Osio despues de su destierro, pues solo hallamos mención de él en los antiguos escritores, cuando al cabo de algun tiempo se encontraba en Italia distinguido por el emperador Constantino, que hizo siempre cumplida justicia

(1) A los que hicieron entrega de los libros sagrados se los castigó con el nombre de traidores.

á las virtudes que adornaban á tan eminente varón. Es de suponer, ó al menos se desprende de cuantas referencias se encuentran en los escritores coetáneos, que Osio tuviese una gran parte en la conversión de Constantino á la verdadera fé, pues es natural que hicieran mucho peso en el ánimo del emperador romano las razones de un virtuoso sacerdote, á quien distinguía con las más señaladas muestras de afecto, y al cual encomendó, en más de una ocasión, comisiones de verdadera importancia.

Cuando se encendió en Africa la herejía de los donatistas contra el obispo de Cartago, Ceciliano, recurrieron los sectarios de aquella impostura al influjo del em-

perador, creyendo poder atraerle á sus miras y realizar de esta suerte sus perturbadores designios. Ordenó entonces Constantino que se reunieran en Roma bajo la presidencia del Sumo Pontífice diez obispos donatistas y otros tantos ortodoxos, en cuya asamblea fué condenada aquella secta. No se aquietaron con eso los vencidos; recurrieron de nuevo al emperador y fueron condenados por segunda vez.

Limos de despecho entonces los donatistas, y encontrando ya cerrado el camino de la representación legal, apelaron á las insidiosas armas de la calumnia, achacando á Osio la culpa de haber sido traidor, es decir, de haber entregado los libros sagrados cuando



Vista de Córdoba.

la persecución de Domiciano. Aunque ha llegado la calumnia hasta nuestros días, con ella se han conservado también los documentos fehacientes que demuestran la inculpabilidad de este preclaro cordobés, y prescindiendo de otros muchos testimonios y razones que la crítica histórica no puede rechazar, bastan las palabras que en su favor han dejado consignadas en sus escritos, hombres tan ilustrados como San Agustín, San Atanasio, Nicéforo y Basemeno. Por lo demás los arrianos, que algun tiempo después fueron declarados enemigos de Osio, en todo cuanto achacan á este varón jamás le censuran de traidor, lo que indudablemente hubieran hecho si esta acusación hubiese reconocido fundamento alguno.

Valióse Osio del influjo que ejercía sobre el ánimo del emperador para conseguir franquicias é inmunidades para la nascente Iglesia, y en el año 321 expidió Constantino una ley de *convenciones in Ecclesia*, la cual no solo fué hecha por influjo de Osio, sino dirigida á él, según se desprende de las siguientes palabras.

labras que encontramos en el edicto teodosiano: *Imp. Constantinus Augustus Osio Episcopo* (1).

Trabajó con ardiente celo por destruir antes de llegar á una abierta ruptura la herejía arriana; pero no habiendo podido conseguirla, hubo que recurrir á un concilio general en Nicea, al cual asistieron 318 obispos, bajo la presidencia de Osio, concilio en el que fué condenada la herejía arriana y se formuló el símbolo de Nicea, atribuido también por muchas razones á este sencillo varón.

Algun tiempo después volvió Osio á su diócesis entregándose con singular celo al arreglo de los asuntos eclesiásticos, bastante descuidados durante su larga ausencia, y pudo gozar de la suficiente tranquilidad para dedicarse á estas tareas, hasta que con la muerte de Constantino, volvió de nuevo á desencadenarse en todo su furor la herejía arriana. Con este motivo, presidió Osio el célebre concilio de Sárdica, y algun

(1) Libro IV, l. VII.

tiempo después otro en Córdoba, en el cual se confirmaron en España las decisiones del concilio *sardicense*. Aunque ya de avanzada edad, continuaba Osio persiguiendo el arrianismo y sosteniendo la fe de los fieles por medio de eloquentes cartas.

No era fácil que los herejes dejaran de atacar por cuantos medios estuviesen á su alcance á su adversario, y así, á fuerza de maquinaciones, consiguieron concitar en contra suya al emperador Constancio; pero esta fue una nueva ocasión para que el ilustre prelado manifestase la fuerza de su carácter cuando se trataba de asuntos que se referían á la pureza de la fe.

Osio bajó al sepulcro al fin del año 357, á la avanzada edad de ciento y un años, contándose entre sus escritos una carta dirigida al emperador Constancio, la Regla ó símbolo del Niceno, juntamente con las sentencias propuestas en su nombre en el concilio *sardicense*, una carta á su hermana titulada de *Leude Virginitatis*, y un tratado sobre la interpretación de las vestiduras sacerdotales del Viejo Testamento, compuesto con excelente ingenio y sentido (1).

A Osio reemplazó en la dirección de la iglesia cordobesa Higinio, que tuvo la gloria de haber sido el primero que descubrió é impugnó la herejía de Prisciliano, según manifiesta Sulpicio en las siguientes palabras: *Priscianus omnium insectari palam hæreticos cepisset; pero no perseveró mucho tiempo en el mismo camino, pues al cabo se le ve hacer causa común con los priscilianistas, lo que fué ocasión para que le desterrasen de Córdoba, muriendo al poco tiempo en 357.*

Después de este prelado, encontramos citado el nombre de Gregorio, como obispo de Córdoba; pero la cronología de su vida está tan confusa y carecida, que solo por algunas conjeturas puede afirmarse que vivió hacia fines del siglo iv.

En el siglo v se derribó el imperio romano, cambiando á España la suerte, como á las demás provincias, de ser invadida por los bárbaros del Norte, que la dieron una nueva fisonomía. Antes de entrar en el examen de este acontecimiento, que tanto influyó en el destino de los antiguos pueblos, debemos considerar la suerte de Córdoba en lo que se refiere á la parte civil bajo el dominio de los emperadores.

CAPITULO IV.

Ya hemos visto que Córdoba, con el resto de la Bética, fué declarada provincia senatorial por Augusto, que se reservó para sí el mando de la provincia tarraconense y lusitánica, consiguiendo de este modo el doble objeto de dar participación al Senado en el gobierno del Estado, y conservar bajo su férula las provincias que mas legiones tenían, que eran tambien las mas turbulentas.

Bajo el pacífico reinado de Augusto, Córdoba pudo recuperar sus perdidas fuerzas y salir del abatimiento en que la había sumido la terrible venganza de César. En aquel tiempo se echaron los cimientos en la colonia patricia, del florecimiento literario que había de

producir poco después hombres eminentes en las ciencias y en la literatura, y que en la época del declinamiento de las letras en Roma figurarian á la cabeza del movimiento intelectual.

Al ilustrado reinado de Augusto sucedió el calamitoso del cruel Tiberio y como dada la unidad del imperio era natural que las provincias sufriesen las consecuencias de lo que acedia en Roma, la suerte de la Bética y por lo tanto de Córdoba, fué entonces la misma que la de las demás provincias.

Gobernaba á la sazón la Bética el pretor Vivio Sereño, que prevaliéndose del estado de los tiempos, y tomando por modelo al arbitrario y cruel emperador que entonces gobernaba el mundo conocido, se lanzó á toda clase de desafueros y tropelios con respecto á sus subordinados. Hízose el yugo de Tiberio tanto mas insostenible á los habitantes de la Bética cuanto que esta feza provincia había alcanzado un gran desarrollo durante la administración de Augusto, y viendo destruida poco á poco toda su riqueza, lanzó el grito de la rebelión contra su tirano.

En esta ocasión Corduba, como una de las ciudades de la Bética que disfrutaba de mayor importancia, fué tambien una de las que se declararon mas hostiles al pretor Vivio Sereño, que aunque apeló á las legiones imperiales para reducir á la obediencia á los insurrectos, solo consiguió con esto aumentar mas el número de los descontentos y hacer mas precaria su situación.

La sublevación no tardó en hacerse tan imponente, que llamó la atención del Senado romano, á quien correspondía aun el dominio de aquel territorio, y esta asamblea, á pesar de la abyección en que había caído, no pudo menos de condenar al pretor Vivio, tal había sido la magnitud de los crímenes que cometiera con sus administraciones.

Condenando al pretor al destierro, que marchó á cumplir á una de las islas del mar Egeo, consiguió el Senado romano apaciguar á los habitantes de la Bética, y aunque bajo los emperadores que siguieron á Tiberio tuvo en muchas ocasiones que experimentar esta region graves contratiempos, cuando fué elevado á la púrpura imperial Vespasiano, la suerte de Córdoba y de toda la Bética mejoró de un modo notable.

Plinio, llamado el Mayor, fué el que se encargó del gobierno de la Bética, y entonces Córdoba, que ya era señalada entre todas las ciudades andaluzas por el brillo que le habían dado algunos de sus hijos, volvió de nuevo á adquirir gran importancia.

Bajo el imperio de Nerva, y de los españoles Trajano y Elío Adriano, naturales de Itálica, adquirió Córdoba gran renombre. Muchas de las antigüedades romanas de las que todavía se encuentran en aquella ciudad y su territorio pertenecen á esta época, en la cual llegó la ciudad, objeto del presente trabajo, á su mayor apogeo durante la dominación romana.

Con la decadencia del imperio decayó tambien el florecimiento de Córdoba; pero aun era grande su importancia en la época de la invasión de los bárbaros, á juzgar por la obstinada resistencia que les opuso, según tendremos ocasión de ver en su respectivo lugar.

Uno de los timbres de gloria que han hecho famoso el nombre de Córdoba, en tiempo de la dominación

(1) FLORIAN, *España Sagrada*, tom. X, pág. 163.



AMBROSIO DE MORALIS.



romana, es el que se refiere á los ilustres literatos que infundieron nueva vida á la agonizante cultura romana.

El que figura á la cabeza de todos, es Marco Anco Séneca, conocido con el nombre de declamador, porque reunió los discursos de los oradores mas famosos de su tiempo, y porque su elocuencia, en consonancia con el gusto que dominaba en la época en que floreció, es un conjunto de lugares comunes, mas propios para lucir el ingenio que para llevar el convencimiento y la persuasión al ánimo de los oyentes.

En tiempo de Augusto se presentó M. Anco Séneca en Roma, acompañado de sus dos hijos Marco y Lucio, y dejó su patria al tercero, que fué padre del famoso Lucano, autor de la *Pharsalia*. Fué inscrito en Roma en el número de los caballeros romanos, y se dedicó, al mismo tiempo que al cultivo de la elocuencia y de la filosofía, á la educación de sus hijos.

Convencido el odio de Caligula, que no podia perdonarle el que le superase en elocuencia; pero una concubina le manifestó que el estado de la salud de Séneca era tan miserable, que no tardaria muchos dias en verse libre de él, y á esta reflexion debió el caballero cordobés la vida que ya intentaba quitarle el emperador. Sin embargo, sobrevivió, no solo á su rival, sino tambien á su sucesor Claudio, que le desterró á la isla de Córcega, por tener relaciones con Tullia, hija de Germánico, y con Agripina, madre de Nerón, que algunos años despues habia de debilitar la odiosa fama de sus predecesoras, con atrocidades inenarrables.

En el destierro no manifestó Séneca la tranquila resignacion del filósofo ni la dignidad del que tiene tranquila su conciencia, sino que por el contrario, llevó su adulacion hácia Claudio, en cuantas ocasiones pudo, hasta la mas repugnante bajeza.

Esto no fué obstáculo para que aquel filósofo, que tan rígido aparece en sus obras, ultrajase á Claudio. Cuando la muerte de este emperador y las relaciones que le ligaban con el que le sucedió le evitaron todo temor, escribió la *Apología*, ó sea la apoteosis de Claudio y su trasmutacion en una calabaza. Hacía esto, tanto por vengarse de su perseguidor cuanto por hacer méritos con Nerón y poder disfrutar de los favores que esperaba obtener de su augusto alumno. Esto nos conduce naturalmente á hablar de las relaciones que mediaron entre este odioso emperador y el sábio cordobés.

Tuvo Claudio dos mujeres, Mesalina y Agripina. La primera se ha hecho odiosa por sus torpes liviandades, y la segunda, si bien no era menos reprobable bajo este concepto, tenia no obstante mas tacto y habilidad para conducir á Claudio por el camino que creia mas conducente á sus ambiciosos fines. Desde el momento en que compartió con Claudio el título imperial, abrigó Agripina el pensamiento de apartar del imperio á Británico, hijo de Claudio, y hacer elegir á su hijo Nerón, con lo cual creia conservar de hecho el gobierno del mundo.

Séneca habia sido el maestro de Nerón en la filosofía y la elocuencia, y bien puede asegurarse que jamás preceptor alguno sacó peores frutos de sus desvelos. Cuando Agripina comprendió que habia llegado

la ocasion propicia para el logro de sus planes, hizo envecear á su marido y proclamar á su hijo Nerón emperador, lo cual condeja á Séneca á gozar de un envidiable indio en las elevadas regiones en que se trataban los destinos del mundo.

De este modo al mismo tiempo que hablaba contra las riquezas, reunió 30 millones de sesterces (1), y si bien frecuentemente, tanto en sus obras como en sus discursos, se desata contra el lujo, llegó á juntar hasta treinta tripodes de cedro con pila de marfil. Aunque reprobaba la adulacion, manifestando que preferia ofender con la verdad á congratularse con la lisonja, abrumaba con ella á Nerón hasta el punto de dedicarle las palabras de que podia lisonjearse de una cualidad que no tuvo ninguna otro emperador, esto es, la inocencia, y que hacia olvidar hasta los tiempos de Augusto.

Trabajó para separar á Nerón del indio de su madre Agripina. Viendo esta conforada en contra suya el odio de su hijo, se dispuso á hacer un esfuerzo superior para reconquistar el terreno perdido, y sin reparar en los medios, se le presentó en una orgia del modo mas lascivo. Cuando ya estaba á punto de consumarse el incesto, con que pensaba aquella ambiciosa mujer realizar su sueño de dominio y alcanzar la seguridad, destruyendo la tempestad que iba á estallar sobre su cabeza, se presentó Séneca conduciendo á Acton, liberta de Nerón, mujer impúdica, que rechazó á la otra que le era aun mucho mas.

Desde entonces continuó Séneca halagando con toda clase de adulaciones y condesciencias á su augusto alumno, empleando á veces los mas sofisticos argumentos, para aljar del corazon del tirano los remordimientos que le ocasionaba la cruel muerte que habia dado á su madre; pero poco le sirvió el filósofo cordobés su torpe lisonja, pues la envidia de Nerón le causó la muerte.

Cuando recibió Séneca la orden de morir, solicitó algunos momentos de tregua para variar algunas disposiciones de su testamento; mas habiéndolo sido negada esta gracia, se hizo abrir las venas, y continuó distando á sus escribientes. Luego, al ver que se prolongaba demasiado la muerte, hizo que le colocasen en un baño caliente, y rociando á los siervos que se encontraban presentes con aquella agua tibia con sangre, pronunció estas palabras: *Hago estas expresiones en honor de Júpiter libertador*, siguiendo en esto las costumbres de los griegos, que libaban en honor de Júpiter conservador al salir de un banquete.

Escribió Séneca tres libros titulados *De la ira*, por el estilo de los de Plutarco sobre el mismo asunto. Cuando estaba en el destierro de Córcega, dirigió á su madre Helvia un libro de consolacion, otro á Polibio y otro á Marcia por la muerte de su hijo, que son los modelos mas antiguos que se han conservado de este género de escritas. Todos ellos están llenos de lugares comunes, como si los dolores de la vida pudieran paliarse mejor con las discusiones

(1) El sestercio era una moneda de plata algo mayor en tamaño que nuestro real de vellón, pero de menor valor.

filosóficas que no con el dulce consuelo de la simpatía. En otra obra, trato del por qué sobrevienen desgracias á los buenos habiendo *Providencia*, y como solo estaba inspirado por la filosofía estoica, en la conclusión de su obra viene á parar al suicidio.

Dirigió á Aneo Severo un opúsculo titulado *De la tranquilidad del ánimo*, para enseñarle el remedio contra las inquietudes, remedio que consistía en entregarse á los intereses públicos; pero como si quisiese demostrar que su ánimo estaba siempre solicitado por ideas opuestas en otro libro dirigido á Paulini, y que titula *Brevedad de la vida*, le disuade de entregarse á los asuntos de la política.

Los escritos de Séneca que mas importancia merecen por estar desempeñados en estilo mas noble y mas sencillo, son los tres que dirigió á Neron titulados *De la clemencia*, en los cuales le ofrece ejemplos y preceptos, exponiendo la idea de que la clemencia es necesaria á todos, y especialmente á los príncipes, en los cuales en tanto mas estimada cuanto que es virtud que raramente poseen los poderosos. Finalmente, además de otros escritos de menos importancia y trascendencia, escribió Séneca ciento veinticuatro cartas, que pueden considerarse como otras tantas disertaciones sobre puntos morales.

Como filósofo cultivó la filosofía estoica, aunque en muchas ocasiones se conducía como verdadero epicúreo. En sus obras se encuentran algunos destellos que revelan ya la metamorfosis que se iba efectuando en los espíritus á impulsos sin duda del influjo de los tiempos y de las semillas del cristianismo, que aunque recientemente sembradas, comenzaban ya á dar abundantes frutos.

En estilo, aunque muy superior para aquellos tiempos en que la literatura latina habia ya llegado á una época de declinación, es con frecuencia declamador. En sus escritos se emplean las antitesias, las mas audaces metáforas y estudiadas alusiones, encontrándose salpicados de máximas, entre las cuales extractamos las siguientes por parecernos dignas de mención:

«No se debe estimar á esos adustos consorcios de la vida ajena, enemigos de la suya, pedagogos públicos, y no dudéis en preferir el ser buenos á tener fama de serlo. Ninguno es bueno accidentalmente: es menester aprender la virtud, y es difícil encontrarla, mientras que los vicios se aprenden sin maestro. Es libre y recto el ánimo que somete á sí las cosas y no se somete á ninguna. Quien no sabe sufrir busca la multitud de los hombres y de las cosas. ¿Para qué prevenir los males? Muchos casos que no se esperan suceden, y muchos que se esperan no se verifican nunca. Y si todavía ocurren ¿de qué sirve ir al encuentro del dolor? Bastante pronto lo sentirá cuando este llegue. En tanto espera lo mejor. Entre los muchos males de la tontería, uno de ellos es que siempre principia á vivir. Gran parte de libertad es el vientre bien educado. No digas la verdad sino á quien te atiende. Nunca he cuidado de agradar al pueblo, porque las cosas que yo sé, no son aprobadas por él, y no sé las que él aprueba. A muchos se desprecia la vida, pero aprecia mas á los que sin cuidar la vida llegan á la muerte. Si crees fiel á

la mujer hárás que lo sea, porque muchos le enseñaron á engañar temiendo ser engañados, y sospechando le dieron el derecho de pecar. Quien es amigo de sí mismo es amigo de los demás. Para muchas la adquisición de las riquezas no fué término, sino variación de las miserias. Mira con quien comes y bebes, mas bien que lo que comes y bebes. La deuda pequeña constituye un deudor y la grande un enemigo. ¿Qué es la sabiduría? Querer y aborrecer siempre las mismas cosas. Pocos son los que se rigen por su voluntad, pues los mas, á la manera de quien nada en los rios, no van, sino que son llevados. Es menester quitar la máscara no solo á los hombres, sino también á las cosas, y hacerles tomar su cara propia.»

También mereció Séneca consideración bajo el punto de vista científico; pues si bien la obra que escribió bajo el título de *Questions naturales*, no puede mirarse como un todo seguido y sistemático que merezca el nombre de ciencia, si bien en su conjunto no es otra cosa mas que una exposición de conocimientos empíricos y disgregados entre sí, es el único libro que manifiesta que los romanos se han ocupado de las ciencias físicas y experimentales, pues lo que de este género se encuentra en Lucrecio, en Ciceron y en la compilación de Plinio, no es el resultado del propio trabajo sino la reunión de lo que los griegos habian escrito.

De este modo se concibe que Séneca hubiera tenido por algun tiempo en el occidente el mismo influjo científico que Aristóteles en la Grecia, es decir, que fuese considerado como el repertorio de los conocimientos físicos.

Otro de los cordobeses ilustres que merecen mención en estas páginas, es el renombrado autor de la *Farsalia*, Lucano. Era sobrino de Séneca y recibió su educación en Roma, siendo introducido por su tío en la corte, ya tan corrompida, que solo se evian de medio de elevación las mas bajas adulaciones y los mas ampulosos é imerecidos elogios hacia el jefe del Estado. Para este objeto le sirvió en gran manera la educación que habia recibido de los retóricos de su tiempo, mucho mas cuanto que su tío habia tenido especial cuidado en ejercitarlo en componer y amplificar sus pensamientos, fomentando de este modo su abundante facilidad, con lo cual perdió en una bucca y sónora palabrería, el buen sentido que se dirige al fondo de las cosas.

Fué compañero de Neron en sus estudios, y cuando este alumno de Séneca se vió investido de la púrpura imperial, no olvidó á su condiscipulo, sino que le elevó por el contrario, antes que tuviese la edad suficiente marcada por las leyes, á la censura, haciéndole luego legado y augur.

Todo esto parecia indicar que la amistad entre el poeta y el emperador permanecia inquebrantable; pero demasiado se sabe la versatilidad de Neron en los afectos, y al mismo tiempo debe tenerse en cuenta que, aunque Lucano fué educado en la adulación, su amor propio no le permitió mostrarse siempre inferior á aquel emperador, que ambicionaba la supremacía en toda clase de obras. En efecto, Neron, colocado á la cabeza del mundo antiguo, creia deber estarle tambien en lo que se referia á las ciencias y á las artes, y Lucano,

Desde niño se había acostumbrado á recibir aplausos por sus composiciones y discursos, se atrevió á competir con Nerón, llevando su audacia en este punto hasta el extremo de alabarse de sus triunfos.

Abrío esto una brecha sima entre ambos condiscípulos, ya separados de antemano por la muerte, y Nerón llevó su rencor hasta prohibirle leer sus versos en las asambleas, privando de esta suerte al poeta cordobés de los aplausos, que tanto le agradaban.

No supo Lucano amoldarse á las circunstancias, antes por el contrario, admitió el reto que le dirigió el emperador, y favoreció los planes del conspirador Pison. Descubiertos estos, y vidádose redactado Lucano á Pison, se mostró poseído del mas cobardes terror. Ya no pensó mas que en salvar su existencia amenazada, sin reparar en los medios, y llegó hasta el patricio denunciando á su propia madre. Creyó salvarse de este modo; pero Nerón, que no perseguía al conspirador sino al rival afortunado en la poesía, le condenó á morir.

Unicamente conociendo que la contradicción formaba el fondo del carácter de los hombres de aquella sociedad, que se disolvía á pasos agigantados, podremos concebir que el delator de su propia madre muriese con la serenidad de un verdadero estóico.

La obra que nos ha quedado de Lucano, y que le ha conquistado la inmortalidad, ha sido la *Pharsalia*, poema que se refiere á las luchas civiles entre César y Pompeyo. Pocas obras como esta han dado origen á los mas opuestos juicios, que solo pueden concordarse distinguiendo los tiempos y refiriendo los sucesos á su verdadero terreno.

La obra de Lucano no puede considerarse como verdadero poema épico. Su acción está demasiado corta del poeta, para que esta pueda adornarse con las creaciones de la fantasía. Por lo demás, escribía en una época en que el escepticismo era general en todos, y seguía, por lo tanto, la influencia de la divinidad que introduce el elemento de lo maravilloso en la epopeya.

En la lucha de Pompeyo y César solo ve la calamidad de las guerras civiles, sin elevarse á considerar que, á través de aquel saqueamiento se verificaba una de las transformaciones necesarias para que Roma realizase la unidad del mundo antiguo y preparase á los pueblos para la redención por medio de la idea cristiana.

Inbuído en la escuela de las ideas de la república antigua, libertad que se fundaba en la mas irritante desigualdad, preséntase partidario de Pompeyo, representando de la aristocracia, y trata de oscurecer el retrato de César, que trabajaba, acaso sin quererlo, por el triunfo del pueblo, puesto que el imperio á que dió origen, fué eminentemente popular.

Por lo demás, en el poema, como era natural, está falsada con frecuencia la historia, así es que se engañan los que tratan de considerarle como una de las fuentes auxiliares; pero prescindiendo de las largas digresiones, enternecedoramente estrañas é injustificables, que hacen interminable la acción, Lucano revela que estaba dotado de mas imaginación y facultad poética que el mismo Virgilio.

No obstante, en la elección del asunto estuvo mucho mas acertado el poeta mantenido que el cordobés; aquel buscó uno que interesase á todos los romanos, que hablase á todos los corazones; este, por el contrario, se ocupó de un asunto en el cual las opiniones estaban lastimosamente divididas, y por eso su obra habia de tener menos eco. Concluiremos este juicio critico con las palabras de un historiador muy celebrado modernamente: «Virgilio hizo el mismo su poema; el de Lucano fué hecho por aquellas reuniones de amigos y compañeros que vivían con sus censuras y con sus elogios; Virgilio maduró en el secreto su obra, y tanto desconfiaba de ella, que al morir ordenó que la entregasen á los llamas; ébrio Lucano de los aplausos que obtenía en cada lectura, llegó á persuadirse de que sus versos se leerían perpetuamente como los de Homero y de Nerón (1), y al morir los recibía como para convenecerse de que no le quitaría la gloria quien le quitaba la vida.»

Esta corrupción que se notaba en el viejo imperio romano, demuestra de un modo indudable que se acercaba á su fin.

No obstante, las provincias sacaban ventajas de la misma corrupción del imperio. En el territorio de la Italia nada se cultivaba, y Roma tenía que vivir con los productos de las provincias. Esto era causa de un comercio activo entre España y Roma, puesto que esta provincia, con Sicilia y Africa, habian sido declaradas *matrices*, es decir, alimentadoras.

Córdoba en su calidad de una de las ciudades mas importantes de la Bética, sostenía por lo tanto frecuentes comunicaciones con Roma, y llegó en aquella época á un grande esplendor, segun lo manifiestan los restos de antigüedades romanas, que aun se encuentran no solo en aquella capital sino tambien en su territorio.

CAPITULO V.

No es de nuestra incumbencia el exponer las causas de la invasión del vasto imperio romano por los bárbaros, ni señalar las diversas irrupciones que por espacio de siglos enteros sumieron á la Europa meridional en una lucha continuada y sangrienta, lucha que destruyó las bases en que se fundaba el poder de Roma, formando multitud de nacionalidades con los restos de aquella colossal dominación.

Basta á nuestro propósito indicar los pueblos de la region septentrional que se desparanaron sobre la España, causando en ella una honda perturbación, que habia de originar un nuevo modo de ser y una nueva organización enteramente desemejante de la que terminaba.

Los suevos, los vándalos y alanos, fueron los primeros que hollaron el fértil suelo de la Península Ibérica, estableciéndose los primeros en la Galicia, los segundos en la Bética y los otros en la Lusitania. Estos pueblos chocaban entre sí y tenían convertido el país en un verdadero teatro de ruina y desolación.

(1) Non est quid mirum sit ut provinciarum vultu
Quintus, immo et divitiarum oculis haureret.
Piscumque, ut, utque legem in Nereidum Pharsalia nostra
Vixit, et si nullo tenore dominabitur ore.

El imperio romano era ya demasiado débil para que pudiese abrigar la esperanza de reconquistar por sí mismo la provincia Ibérica. En este conflicto recurrió á un pueblo también setentrional, los visigodos, que por su mayor contacto con los romanos habían perdido gran parte de su primitiva rudeza, y que podían considerarse ya como auxiliares del imperio.

Aceptó Atilio, jefe entonces del pueblo visigodo, el encargo que el emperador de Roma le hacía, y se presentó en España á librar el país de los molestos huéspedes que le mortificaban con toda clase de calumnias. Atilio y sus sucesores fundaron un reino tributario de Roma en el nombre, y que se extendió desde el Ródano al estrecho de Gibraltar, hasta que Eurico, elegido rey de los visigodos, se declaró independiente y fundó el reino gótico, que bien pronto quedó reducido á los naturales límites de los Pirineos.

Había alcanzado Córdoba demasiado predominio durante la dominación romana para que se sometiese fácilmente á la obediencia de los godos, á quienes consideraba sumidos en la barbarie, y así es que solo ejerció sobre la orgullosa ciudad patricia una dominación nominal.

El sistema electivo que regía en la sucesión de la corona entre los godos, era causa de que se desencadenasen todas las ambiciones, y de que después de unos monarcas por el asesinato, fuesen elevados otros por medio de la conjura. Este mismo suceso á Teudiselo, que al poco tiempo le haber sido elevado al trono, su entregó á los dolientes mas descontentados, llegando su pasión por las mujeres hasta el extremo de no reparar en los medios de acalarlas, y en muchas ocasiones ni aun respetó á las esposas de sus personajes mas principales del reino. Descubren los ofendidos, como era natural, vengarse de las manchas que sobre su honor habia arrojado aquel insensato príncipe, y encontrándose este en Sevilla, hallaron la ocasión que buscaban hacia ya algun tiempo.

Habiendo convidado el rey á un banquete á los principales señores de su corte, presentáronse estos puestos de acuerdo entre sí y con ánimo decidido de concluir con la vida del desafortunado príncipe. En efecto, en la mas animada del festin, apagaron los conjurados las luces, y lanzándose contra el desdichado amante le asesinaron á puñaladas (540).

Revidado despues los conjurados sin cumplir con las formalidades acostumbradas y sin esperar el asentimiento de muchos de los principales, eligieron por rey á Agila, de tan desarregladas costumbres como su antecesor.

Muchas de las ciudades de la Bética se alzaron contra aquella elección, y como Córdoba jamás habia sufrido con paciencia la dominación visigoda, encontró entonces la ocasión que esperaba para dar á conocer sus deseos de alcanzar una vida independiente.

Muchas causas existían en verdad para que los cordobeses se revelasen contra Agila, pues además de su irregular elección, y de saberse que en su depravación y desenfreno igualaba á su antecesor Teudiselo, los godos profesaban la secta arriana, al paso que en Córdoba se conservaba la pureza de la fé.

Conociendo Agila que una vez sometida Córdoba las demás poblaciones de la Bética que se habian insurreccionado seguirían el ejemplo de la colonia patricia, reunió sus huestes y marchó contra la rebelde ciudad resuelto á hacerla entrar en la obediencia, aunque tuviese que destruirla para conseguir este resultado. No podía ignorar la ciudad de Córdoba la suerte que le estaba destinada si no hacia un esfuerzo supremo para rechazar la agresión de Agila, y obligada por tan apremiante necesidad, reunió toda clase de recursos disponiéndose á presentar una heroica resistencia y á no sucumbir sin haber desplegado la mas tenaz oposición.

Queriendo al mismo tiempo librar á la ciudad de los horrores del sitio y evitarle las calamidades que siempre produce la prosecución de un ejército, resolvieron los cordobeses salir al encuentro de Agila, pues de este modo le impedirían mas con su unión, y en caso de ser derrotados, retirarse detrás de los muros y prolongar mas la resistencia.

Reuniéronse pues los ciudadanos mas resueltos y que estaban en estado de manejar las armas, y dejando á los ancianos el cuidado de la defensa interior, marcharon en busca de Agila. Ruda y campañala fué la contienda. Los cordobeses se batieron con todo el esfuerzo de que es capaz un pueblo celoso de su independencia y que combate por la inmensidad de sus propios hogares.

El resultado de sus vigorosos esfuerzos fué la derrota de las tropas visigodas, que en gran número quedaron muertas sobre el campo, contándose entre los que sucumbieron un hijo de Agila que mandaba algunas fuerzas.

Apoderáronse los cordobeses del tesoro del enemigo, que segun dicen todas las historiadoras de aquellos remotos tiempos era muy copioso, y regresaron á la ciudad ya tranquilos, pues Agila no podia intentar nada contra ellos. En efecto, el rey visigodo se vió obligado á retirarse á Mérida con los destruidos restos de sus huestes, y allí encontró la muerte por los mismos pasos que su predecessor.

Esta victoria valió á la ciudad de Córdoba por algun tiempo la independencia, pero los sucesores de Agila, Atanagildo y Liuru, eran demasiado débiles para intentar nada contra un pueblo que acababa de dar una muestra tan relevante de sus bríos y de su arrojo.

Recordando sus antiguas preeminencias y su anterior origen, gobernábase Córdoba municipalmente como en la época del imperio, manteniendo amistosas relaciones con los demás pueblos hispano-romanos de la Bética y con los griegos imperiales que el sucesor de Agila, Atanagildo, habia atraído á España, para que le ayudasen en la empresa de contraer la corona visigoda.

Estos griegos imperiales, que los historiadores de entonces llaman impropiamente romanos, se habian establecido en muchas comarcas de la Bética, y adquirian cada dia mayor importancia y poderío.

No dejaba Leovigildo de conocer cuánto dañaba á la unidad y fuerza del poder visigodo, tanto la dominación de los griegos imperiales como la importancia

que con su independencia iba adquiriendo Córdoba, así es que, desde el principio de su reinado, dirigió sus esfuerzos á la espulsion de los ocos y á la sujecion de la otra.

Comprendió, pues, Leovigildo la tarea de espulsar á los griegos imperiales de España, y si bien no consiguió por completo su objeto, les privó en gran parte de su importancia, tomándoles las ciudades de Baza, Málaga, Medina-Sidonia, y otras principales de la Bética.

Entonces dirigió sus ataques contra Córdoba que, segun ya hemos indicado; continuaba gobernándose de un modo independiente desde los tiempos de Agila, y era siempre uno de los puntos principales de la Bética, en donde se mantenia vivo el ejemplo de la independencia, seguido tambien por otras ciudades.

Bien comprendió Leovigildo que para sojuzgar el territorio de la Bética necesitaba ante todo someter á la antigua colonia patriota. Recordando los cordobeses la defensa que habian realizado en tiempo de Agila, y orgullosos por disponer de un poder propio, manifestaron gran resistencia á someterse al monarca godo; pero esto, con poderoso ejército, amostendado á la victoria, la cercó y tomó en poco tiempo, desplegando despoes, sin duda para espaventar de las demás ciudades que le eran contrarias todavía, un lujo de crueldad que solo podia compararse con el que habia desplegado César algunos siglos antes. Corrió la sangre á torrentes por la ciudad y por los campos, si hemos de dar crédito al testimonio de los antiguos historiadores, y Leovigildo obtuvo, con aquella cruel conducta, el éxito que apetecía, es decir, la sumision de toda la Bética.

Desde entonces permaneció Córdoba bajo el yugo de los godos hasta la invasion de los sarracenos; pero cupole representar un papel importante en las revueltas que sucesieron poco tiempo despues, y aun en tiempo de Leovigildo, revueltas de intolemas bien religiosas que políticas, y que dieron por resultado la estirpacion en toda la Peninsula de la heresia de Arrio.

Para que podamos explicar este acontecimiento con la claridad que requiere por su importancia, se hace preciso que ochemos una rápida ojeada sobre los hechos del reinado de Leovigildo. Luego que este hubo establecido su trono sobre sólidas bases, con la sujecion de toda la Peninsula, asoció al gobierno á sus hijos Hermenegildo y Recarado, con el fin de hacer hereditaria la corona en su familia y destruir el germen de turbulencias que ocurrían siempre al principio de cada reinado con motivo de la cecion del monarca.

Estuvo casado en un principio Leovigildo con Teodora, hija de Severiano, gobernador bizantino de la provincia cartaginesa, en la cual tuvo dos hijos, Hermenegildo y Recarado. A la muerte de su primera mujer, contrajo Leovigildo segundas nupcias con Gosinda, viuda de su antecesor Atanagildo. La primera mujer de Leovigildo habia sido católica, al paso que la segunda era arriana, y tan intoleraute en materias de fe, que consideraba como enemigos mortales á los católicos.

Pensando Leovigildo en casar á su hijo primogénito Hermenegildo, el cual, segun los designios del

monarca godo Joba sucederle en el trono, escogió para esto á la princesa franca Ingunda, hija de Sigiberto, rey de Austrasia.

Intoleraute arriana la esposa de Leovigildo, concibió bien pronto un odio inextinguible por su suetra, fervorosa católica, y en una de una ocasion se dejó llevar de su furor hasta el estremo de maltratada de obra, cosa que juzgaríamos increíble si no mediara el respetable testimonio de San Gregorio de Tours.

Desando Leovigildo verse libre de esta lucha doméstica, no tanto por los cuidados y desazones que le ocasionaba diariamente sino tambien por el triste ejemplo que daba á sus súbditos, confió el gobierno de la Bética á su hijo Hermenegildo, ya asociado á su poder, y en donde creyó encontrar el remedio para apaciguar aquellas disensiones solo halló la fuente de nuevas turbulencias.

Hermenegildo, hijo de una princesa católica que habia arrojado en su corazón el germen del catolicismo, y ahora esposo de una princesa, publica tambien, á quien amaba con ternura, convirtiéndose á la verdadera fé, á cuyo resultado contribuyeron no poco las paternales exhortaciones del ilustre prelado de Sevilla, Leandro, con quien le ligaban estrechas relaciones de parentesco.

Con tan fuete acontecimiento, los católicos de España se vieron acrecer su confluencia esperando en una suerte mas próspera, y muchas ciudades de la Bética y Córdoba, que siempre se habian distinguido entre las adiantas al cristianismo, manifestaron de un modo ostensible las simpatías que sentian por el jóven y piadoso príncipe que las gobernaba.

La vehemente Gosinda, al ver burlados de esta suerte sus designios, y Leovigildo, temiendo acaso que fuese peligroso para él el ascendiente que su hijo iba adquiriendo en la Bética, valiéndose de un hábil pretexto, le llamaron á la corte. No podia desentocar Hermenegildo que aquel llamamiento envolvía un lazo, y no creyéndole oportuno ni conveniente para su seguridad, se negó á presentarse en ella.

Con tal desobediencia llegó á su colmo la irritacion de Leovigildo, y tomando por abierta rebelion aquel acto de su hijo, marchó contra él al frente de numerosas tropas, con el fin de quitarle el gobierno.

Entonces todas las poblaciones católicas se colocaron de parte de Hermenegildo, y la de Córdoba fué una de las primeras. Además de este apoyo, pudo contar Hermenegildo con el del rey de los suevos, Mira, católico consueo, y además con el de los griegos imperiales, que eran tambien de la misma comunión. Leovigildo, comprendiendo cuanto le importaba vencer en su origen aquella conjura que tan repente se mostraba, consiguió ganar con dinero al jefe de los imperiales, inutilizó el ejército suavo, obligando á su monarca á solicitar la paz, y entouces marchó resolutely á la Bética á destruir el último baluarte de la insurreccion.

Residia á la sazón Hermenegildo en Sevilla, y allí fué á buscarle su padre, poniendo cerco á la ciudad. Poco espacio de dos años resistió Hermenegildo las acometidas de su padre; pero no era Leovigildo hombre que se desanimase; y se los obstáculos.

Conociendo que la mejor defensa de la ciudad eran las aguas del Guadalquivir, torció el curso de este río, y entonces se vió obligado Hermenegildo á refugiarse á Córdoba que le había dado abundantes muestras de su adhesión.

No pudo resistir Córdoba el ímpetu de las armas de Leovigildo, que de esta suerte se vió árbitro de la suerte de su hijo. Ni las súplicas, ni los mandatos, ni las amenazas, pudieron hacer que Hermenegildo abandonase el catolicismo, y entonces juzgando su padre que la presencia de este príncipe no convenia en una ciudad cuyas creencias eran demasiado manifiestas, le trasladó á Valencia reduciéndole á estrecha prision.

No es de nuestra incumbencia detenernos á narrar menudamente el desenlace de este drama, por lo demás demasiado conocido por todos; pero sí debemos consignar que despues del martirio de Hermenegildo

y de la muerte de Leovigildo, su hijo Recaredo abrazó el catolicismo, terminando de este modo tan obstinada contienda religiosa y realizándose la unidad de creencias en toda la monarquía.

Desde entonces permaneció Córdoba bajo el yugo de los godos; pero gozando siempre de ciertas inmunidades y franquicias, que le daba su importancia municipal y la energía que había sabido desplegar en varias ocasiones.

A pesar de la importancia que había alcanzado Sevilla como silla metropolitana, siempre Córdoba continuaba siendo considerada como metrópoli civil de la Bética, y sin duda á esto debió la predilección que le dispensaron los musulmanes, los cuales establecieron en ella la sede de su dominacion, según tendremos ocasion de ver en el libro siguiente.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.



LIBRO TERCERO.

CORDOBA BAJO LA DOMINACION MUSULMANA.

CAPITULO PRIMERO.

Llegamos á la época en que la historia de Córdoba adquiere mayor importancia, no solo por ser la cabeza de un vasto imperio, sino por encerrar en su seno una cultura y civilización superiores á las que ofrecen aun los pueblos mas florecientes y adelantados de aquellos tiempos.

Relatemos someramente la invasión de los árabes en España, para que podamos comprender cuáles fueron los sucesos que elevaron á Córdoba á la categoría de capital del poder sarracénico en la Península Ibérica.

Ocupaban los árabes, desde los mas remotos tiempos, una península del Asia, rodeada por el mar Rojo, el Jordano Indico, la Persia, la Etiopía, la Siria y el Egipto, y vivían sumidos en la idolatría y divididos en diversas tribus que no formaban conjunto de nación. Estas tribus gastaron por espacio de siglos enteros su fuerza y vigor en luchas intestinas, hasta que á fines del siglo vi apareció entre ellos un hombre que comprendió el inmenso partido que podría sacarse de este pueblo, si se lograba agruparle en torno de una idea.

Mahoma, que así se llamaba este hombre, dirigió todos sus esfuerzos hacia este resultado, y después de haber logrado destruir el culto de los ídolos, introdujo el monoteísmo, proclamando que solo existía un solo Dios. Este dogma de la unidad religiosa realizó la unidad política, y este pueblo que hasta entonces habia consumido sus fuerzas en las luchas intestinas, se lanzó al terreno de las conquistas de un modo irresistible.

Después de haber pasado sus victoriosos pendones por la Persia, la Siria y el Egipto, sujetó á su dominación la parte septentrional del África, desde el monte Atlas hasta el mar Mediterráneo, posesionándose tambien del país que los romanos habian denominado Mauritania, hasta que se vió

detenido por las procelosas ondas del Atlántico, que puso por el Occidente un límite á sus rápidas conquistas.

Cumplido su designio por esta parte, dirigieron los árabes sus miradas hácia el Norte, y ya en los tiempos de Wamba enviaron una expedición marítima contra las costas meridionales de España, expedición que fué derrotada por el esforzado monarca visigodo. Este primer descalabro hizo por entonces desistir á los árabes de su proyecto, pero tan pronto como se presentó la ocasión oportuna, se dirigieron á realizarle.

A principios del siglo vii, gobernaba el África Muza-ben-Nasir, el cual segun la feliz expresión de un distinguido escritor, desde las ventanas de su palacio de Tanger podia dirigir una mirada ambiciosa hácia las costas de la Iberia, separadas de sus dominios únicamente por el Estrecho que después se denominó de Gibraltar. Algunos moradores de Tanger conocian la parte meridional de España, y continuamente excitaban en el ánimo de Muza, con las mas risueñas pinturas, el deseo de abeir un nuevo teatro á la grandeza musulmana. «Es, le decian, una tierra maravillosa, fértil y hollia como la Siria, templado y dulce como el Yemen, abundante, como la India, en aromas y flores, parecida al Hegiaz en sus frutos, al Catay en la produccion de metales preciosos, á Aden en la fertilidad de sus costas.»

Si á esta tentadora plutura añadiáse otras causas mas inmediatas é individuales que han consignado todos los historiadores, tales como los amores del rey godol Rodrigo con la famosa Casca, el despecho de su padre el conde Julian gobernador de Costa, la traicion de algunos otros nobles y las excitaciones de los judíos expulsados de España por Wamba y que deseaban volver á establecerse en la Península, comprendemos que habia causas mas que suficientes para que, dado el ardor bélico de los musulmanes y su poderosa fuerza de expansion, se resolviesen por fin á atravesar el Estrecho y á llevar la guerra á la Península Ibérica.

Así sucedió en efecto. Mas envió primero una pequeña tropa para explorar el país, y después de acuerdo con el soberano, envió ya otra respetable, que se propuso añadir un nuevo florón á la corona musulmana.

No podemos ni debemos detenernos en narrar los episodios y detalles de los primerostripunidos de isárabes: basta á nuestro propósito que digamos que el jefe de la expedición, Tarik, venció á los visigodos en la sangrienta batalla de Guadalete, y pudo desparramar sus tropas por todo el territorio español como un asolador torrente.

Diciólo Tarik su ejército en tres cuerpos y colocando el primero á las órdenes de Muguez el Rami (el romano) le envió á Córdoba, con cuya conquista debía realizarse á poca costa la de toda la Bética. Hé aquí de qué modo refiere un escritor musulmán de aquella época la toma de Córdoba por los árabes:

«Ejalaron á Muget, caballero de los cristianos muy bueno á maravilla, con setecientos caballeros sobre Córdoba que era entonces espejo de España... Muget, con su compañía, anduvo todo por sus jornadas hasta que llegó á una aldea de Córdoba, que llaman Seguda, y yace sobre Córdoba tres millas: é mandó echar fuerza de jente en los caminos, que tomasen alguno que les dicesen nuevas de la villa: y tomaron un Ovejero, y otra gente mucha que yacían entre Tasy y Seguda: é envió Muget por aquellas Atalidas que andaban en su compañía: é dijoles que catasen de aquellos presos si había ni alguno que les supiese decir nuevas de la villa; y trajéronle el Ovejero. Dijole Muget: dime agora (y cada no me mentas) qué villa es Córdoba, y qué muro tiene, y qué gente mora en ella. Y él le dijo: Señor, yo vos diré nuevas verdaderas. Creed bien cierto, que cuando sopieron que el rey Rodrigo era muerto; é que los moros andaban por la tierra por consello del conde, tuvieron mucho miedo: é en todas las villas principales de España hicieron reyes, así como Córdoba, y Sevilla, y Toledo, Mérida y Elvira: y acólese toda la gente de la compañía á Córdoba: y yace tan gran gente en la villa, que es maravilla, y agora así no sé por qual rason, mas bica creo que por miedo que toda la gente se ida, y acógiéronse á las sierras, y no fióse con el rey, sino cuatrocientos é á caballo sus vasallos, que él havia ansí que lo fiesesen rey, é non fióse en la villa si non los viejos é los cansados. Y de la villa vos digo que es muy fuerte. Et entonces le dijo Muget: El lugar mas sin embargo por donde pueda entrar á la villa qual es? Y el Ovejero le dijo, cerca de la puerta de Alcapon avía su muro caído, y por allí avía un lugar, y si ellos por aquel lugar subiesen, por el estrassen. Tanto que la noche vino, movió Muget con toda su compañía, é tan secretamente que nunca del sopieron parte los de la villa: é llevaron al Ovejero que los guió aquel lugar, é tomaron las tocas de los moros y sobieron por ellas unos á unos é desque fueron entrados en la villa muy mucha gente, cabalgó Muget en su caballo, y fizo cabalgaz consigo fasta trescientos caballeros, y mandó á los de la villa que avían entrado dentro, que quebratasen las puertas lo mas ánta que pudiesen: é después que las puertas fueron quebradas entró Muget con toda su compañía en la villa, é comenzaron de matar á escantos fallaros, así pequeños como grandes. Et cuando el

rey supo que Muget era con él en la Villa non supió qué hacer, sino que se acogió á una iglesia de San Jorge con aquella mas gente que pudo haver. Et Muget tomó todas las fortalezas de la villa, y asflorete de ellas, y basteciólas de sus homes y de sus armas, y corrió al rey en la iglesia, y tomó tan grande aver que maravilla era: é después que todo esto ovo fecho, envió á decir á Tarife y al conde: que cuando ellos lo sopieren plégolos mucho.»

De este modo refiere el historiador musulmán Rasis el acontecimiento que colocó á los musulmanes en posesión de la ciudad de Córdoba, y con algunas ligeras variantes los demás historiadores y cronistas repitieron esta misma relación. A través de ella puede observarse que después de la rota de Guadalete, los principales godos que residían en Córdoba se retiraron á Toledo, que como corte de los visigodos debía ofrecer más medios de resistencia, y por eso no debemos extrañar que Córdoba hubiese caído tan fácilmente en poder de los musulmanes.

Por lo demás debemos también tener presente para comprender este hecho, que la población hispano-romana que predominaba en Córdoba, jamás había sufrido con resignación el yugo de los godos, ya por las diferencias religiosas que existieron en un principio, ya por la diversidad de cultura entre conquistadores y conquistados. Esto quizás movió á los godos á abandonar prontamente á Córdoba, pues demasiado podían conocer por los antecedentes de la antigua colonia patricia, que sus habitantes hispano-romanos en su inmensa mayoría no los auxiliarían contra los moros.

También debe advertirse, para que pueda congeturarse la gran importancia de que gozaba Córdoba, que á pesar de haber sabido el castillo musulmán que la ciudad había sido abandonada de los godos, no creyó prudente arriesgarse á acometerla de frente, sino que recurrió á una estratagema, temeroso de la resistencia que sus moradores podrían oponer.

En la historia de los árabes, de Conde, obra que hasta hace poco tiempo sirvió de arsenal para todos los escritores así nacionales como extranjeros, que se ocuparon de las cosas de España, en la parte referente á la dominación árabe se refiere de otro modo la conquista de Córdoba.

Dice el citado escritor que Muguez el Rami acampó delante de la ciudad de Córdoba, muy principal y antigua: envió á decir á los moradores que se rindiesen á las condiciones y seguridades que ofrecía el Islam, que sujetos al tributo estaban seguros en sus personas y en sus posesiones; que el tributo era leve, y el furor y la saña de las tropas vencedoras sería terrible; que no se obstinasen en su resistencia con vanas esperanzas; que hiciesen como otras muchas ciudades que se habían entregado á la generosidad de los árabes, redimiendo á poca costa el derramamiento de su sangre; que no esperasen socorro de ninguna parte, que ya todo estaba en manos del vencedor. No quisieron dar crédito á estas proposiciones y noticias los cordobeses, engañados, según añade el citado historiador, por algunas tropas, restos de la batalla de Guadalete, que se habían refugiado á esta ciudad y confiaban po-

dar defenderla. ¿Pero de qué les servían sus muros ni el valor de sus tropas, si la fortuna estaba declarada contra ellos?

Informado Muguiciz de la poca gente que defendía la ciudad, y de que la muralla tenía fácil entrada por la parte del río, aprovechando la oscuridad de una lluviosa noche pasó á nado el río con mil caballos, que llevaban á la grupa mil peones, y con el posible silencio y diligencia se apoderaron de aquella parte de la muralla. Degollando las guardias de aquellas puertas, las abrieron á mil caballeros, y se facilitó la entrada á gran parte del ejército, que ocupó la ciudad antes de venir el día: el gobernador con cuatrocientos hombres se acogió á un templo, y se fortificaron en él: los vecinos imploraron la clemencia del caudillo Muguiciz y se postaron bajo la fe y amparo de los árabes. Mandó Muguiciz combatir el templo, y los cristianos se defendieron con obstinado valor hasta que todos perecieron pensando. La ciudad se allanó á la condición del tributo de sangre, Muguiciz tomó rehenes á su contento, y encargando el gobierno de ella á los mas principales, partió con su ejército á correr los pueblos de la comarca, para mantener en ellos el terror de la invasión y de la victoria.

Aunque diferentes ambas versiones, segun ambas me da ver, no se rechazan mutuamente, y es fácil conciliarlas en su segunda parte, pues la única diferencia esencial que en ellas se encuentra, es la que se refiere á las amonestaciones que dirigió Muguiciz á los cordobeses antes de determinarse á atacar la ciudad, porque en las demás partes solo hay divergencias insignificantes que no merecen ser tenidas en cuenta. Por esto no acertamos á comprender la causa del desfavorable juicio que hace Conde en el prefacio de su obra de la historia del moro Basiz, que en último resultado es á la que apolaron los demás historiadores.

También el arzobispo D. Rodrigo en su crónica, conviene en el fondo y en los principales detalles con lo expuesto por el escritor musulmán citado, pues en el libro III, capítulo xxviii de su libro, afirma que los principales de Córdoba (esto es, los godos) se retiraron á Toledo, y que Muguiciz cogió vivo al gobernador (á quien Basiz designa con el título de rey), siendo este el único de quien los sarracenos se apoderaron vivo entre todos los que hicieron resistencia.

Muxa no pudo ver sin despecho la prosperidad y ventura de Tarik en España, y queriendo él tambien participar de la gloria de tan importante conquista, y aun mas todavía monopolizarla en su mayor parte, despues de la victoria de Guadalquivir envió á Tarik órden de que se detuviese en sus conquistas, hasta que recibiese refuerzos que él mismo en persona le llevara.

No dejó de comprender Tarik las intenciones del gobernador de Africa, y conociendo cuánto importaba al buen éxito de la conquista aprovechar el terror y desconcierto que se habia apoderado de los godos, reunió en consejo de guerra á sus principales capitanes, y apoyado en su opinion, siguió invadiendo la Península.

Gran descontento recibió Muxa con esta desobediencia de Tarik, que por la situacion que ocupaba, debia estarle subordinado, y así es que, reuniendo el

mayor número posible de tropas, se trasladó á España resuelto á continuar la conquista por sí mismo. Para verse libre de su odioso rival, trató de desacreditarlo á los ojos del califa, su soberano, mas como Tarik habia previsto este caso, envió tambien por su parte comisionados suyos.

Perplejo el califa con tan opuestos informes, llamó á su órto á ambos caudillos, para que espusieran á su presencia los motivos de queja que respectivamente tuviesen. Muxa abundó á España con gran repugnancia; pero consolóse en parte de esta desgracia, el poder dejar en ella á su hijo Abdalaziz, que se habia distinguido ya por sus hazañas como experimentado capitán. Nombróle, en efecto, mientras durase su ausencia, wali ó gobernador, y el jóven guerrero fijó la sede del gobierno en Sevilla, que fué de este modo, pero temporalmente, capital de la España árabe.

Abdalaziz se habia hecho notar ya en la conquista de la parte oriental por su tolerancia con respecto á los cristianos, que en gran número permanecieron en los países conquistados por los musulmanes. No desmintió el caudillo árabe sus antecedentes luego que disfrutó del gobierno de España; mas, sin embargo, á pesar de las buenas cualidades que le adornaban, debia ser víctima de los celos que la importancia de Muxa, su padre, excitó en la corte de Damasco.

Temió el califa que los hijos de Muxa llegasen á adquirir demasiado predominio en los países que gobernaban, y decretó su muerte. Adalaziz, despues de haber proveído á las necesidades de la conquista, residió tranquilamente en Sevilla, cuando los que debían ejecutar las órdenes del sultán se presentaron en esta ciudad.

Temiendo que el pueblo estorbare sus designios, pues no podían desconocer el cariño que le profesaba, y desconociendo mas principalmente de las tropas que le rodeaban, apelaron á la calumnia, y sirviéndose de pretexto la misma tolerancia que ejercía Adalaziz con respecto á los vencidos, manifestaron que aquel estaba dispuesto á hacerse independiente del sultán con el apoyo de los cristianos, y á desvalvar la patria á los godos.

Observando el efecto que hacían estas insinuaciones en el ánimo de las crédulas masas, manifestaron entonces las ordenes del califa, las cuales fueron ejecutadas prontamente. De este modo dejó al sepulcro el esfuerzo y humano Abdalaziz, que por su conducta era merecedor de un fin menos desdichado.

Por espacio de algun tiempo permaneció España sin mas jefe que los caudillos y musulmans principales que mandaban las tropas, hasta que convenidos estos de la necesidad de dar unidad al gobierno para que pudiese adelantarse rápidamente la conquista, celebraron consejo y nombraron interinamente, y mientras que sobre este punto no tomase alguna determinacion la corte de Damasco, al caudillo Ayub, primo hermano del desdichado Abdalaziz.

Era este Ayub hombre de autoridad y consejo entre los musulmans de España, por las pruebas que le adornaban, y por la parte importante que habia tomado en la conquista. Uno de los primeros actos de Ayub fué

trasladar la sede del gobierno de Sevilla á Córdoba, por ser esta ciudad punto mas céntrico y por lo tanto mas á propósito para atender á los diferentes asuntos de tan dilatada provincia.

Dividió despues la Península, así para las cosas que se referían á la conquista como para las que atañían al gobierno, en cuatro grandes distritos, que denominó del Norte, Mediodía, Oriente y Occidente, en árabe *Al-Garf, Al-Kelbá, Al-Sharkia* y *Al-Garb*, nombre este último que aun conserva una de las provincias mas occidentales de la Península en lo que hoy es reino de Portugal.

Despues de esta medida administrativa, recorrió Ayub las principales comarcas conquistadas para escuchar las quejas que los pueblos pudiesen tener de los alcaldes y gobernadores respectivos, y como estos, prevalidos sin duda de la falta de poder central y de la gran distancia que mediaba entre los pueblos que regían y la corte de Damasco se habian abandonado á toda clase de excesos, injusticias y arbitrariedades, destituyó Ayub á los que encontró culpables, organizó la administracion, y por su carácter justo y benéfico, se captó las simpatías, no solo de los musulmanes, sino tambien de los judíos y cristianos que permanecieron entre los conquistadores.

Parécia dictar la justicia que un emir (*gobernador*) tan celoso en el cumplimiento de sus deberes, fuese confirmado en su poder por el califa de Damasco; pero tan pronto como supo este las relaciones de parentesco que le unian con Muza, le destituyó de su cargo y nombró para sucederle á Alhaur-ben-Abderrhaman, llamado comunemente en las eróticas antiguas cristianas El Hoer y Alcher, que de tal manera se corrompian en aquellos tiempos los nombres musulmanes al pasar de boca en boca.

El nuevo emir no justificado con su conducta la eleccion del califa de Damasco, tanto mas cuanto que ascendió al gobierno despues de Ayub, del cual dicen los historiadores musulmanes, empleando un pitoresco lenguaje de costumbre, que procedió con mucha prudencia en todas las cosas y como irreprochable no halló en su conducta donde morder el venenoso diente de la malignidad. En efecto, era Alhaur de condicion violenta, y si bien belicoso y emprendedor llevó el primero las armas musulmanas del otro lado de los Pirineos, sus injustas exacciones y las violencias á que se entregaba, lo mismo contra cristianos que contra musulmanes, hicieron que se levantase contra él el universal clamor de los pueblos, que llegó por fin hasta las apartadas regiones de Damasco y fué causa de su destitucion.

El que le sucedió llamado Alsamah-ben-Meloc, y por nuestros cronistas Zama, se consagró á reparar los males causados por su predecesor. Conociendo la importancia que para la administracion tenia la estadística, envió al califa, su señor, un catastro de la poblacion del país conquistado, con especificacion de sus riquezas, descripcion de sus principales ciudades, rios, costas y puertos. Al mismo tiempo regularizó los tributos haciendo un detenido estudio de los recursos del país. Este emir acabó sus dias peleando contra los francos con el designio de apoderarse de Tolosa, y sus

soldados eligieron para reemplazarle al valiente Abderrhaman el Gafeki, eleccion que fué confirmada por el emir superior de Africa y por el califa de Damasco.

Esforzóse Abderraman en reparar en parte las consecuencias de la derrota de Tolosa. Amábale sus soldados por su extrema liberalidad; pero esto mismo fué causa de su destitucion, pues los jefes le presentaron al califa como corruptor de las costumbres frugales de los musulmes, y esto fué suficiente para que se le reemplazase por Ambia-ben-Sehim, de su misma tribu y familia.

Comenzó el nuevo emir á proveer á las mas urgentes necesidades del país, haciendo una nueva y equitativa distribucion de los terrenos baldíos entre los veteranos del ejército y los musulmanes pobres que venian á establecerse en España, pero esto sin perjudicar á los cristianos, á los cuales hacia cumplida justicia lo mismo que á sus correligionarios. Dirigió tambien sus miras hácia el otro lado de los Pirineos que los musulmanes denominaban país de Afranc, pero detúvase la muerte, en medio de sus empresas. Aunque designó su sucesor, su eleccion no fué confirmada por el emir de Africa, el cual nombró á Yahia-ben-Salemah, que si bien hábil y arrojado guerrero, era temido por su inflexible rigor.

Los mismos que habian influido en su eleccion, no pudiendo soportar la severidad de Yahia pidieron al emir de Africa que le destituyese, y este condescendiendo con tal deseo, le envió á Hodeifa-ben-Alhaus que solo gobernó la España algunos meses, pues por su carencia de dotes para tan espinoso cargo, fué sustituido por Ochman-ben-Abu-Nesa, á quien los historiadores cristianos llaman Muzuz, bajo cuyo nombre ha adquirido cierta celebridad en nuestras crónicas.

Éfímera era en verdad la permanencia en el cargo de emir de España, pues por el descontento de los jefes influyentes y por sus gestiones cerca del emir de Africa, veianse prontamente destituidos, así es que al cabo de seis meses se vió Abu-Nesa obligado á abandonar el gobierno que se le habia encomendado, sucediéndole Alhaitam-ben-Ebeid. Tirano y avaro el nuevo emir lo mismo con los musulmanes que con los cristianos, hizoos bien pronto aborrecible á todos. Las quejas fueron generales, y el califa de Damasco envió á España á Mohamed-ben-Abdallah con el encargo de averiguar si eran ciertos los clamores de los pueblos.

Llegó el comisionado á Córdoba, y como eran tan patentes las arbitrariedades y vejaciones de Alhaitam, no tuvo dificultad en convencerse de su culpabilidad. Fué preso el tirano, y despues de haber sido despojado de sus insignias de jefe, hizo Mohamed colocar sobre un asno con la cabeza desnuda y las manos atadas á la espalda, y en este estado recorrió las calles de Córdoba, teatro principal de sus maldades.

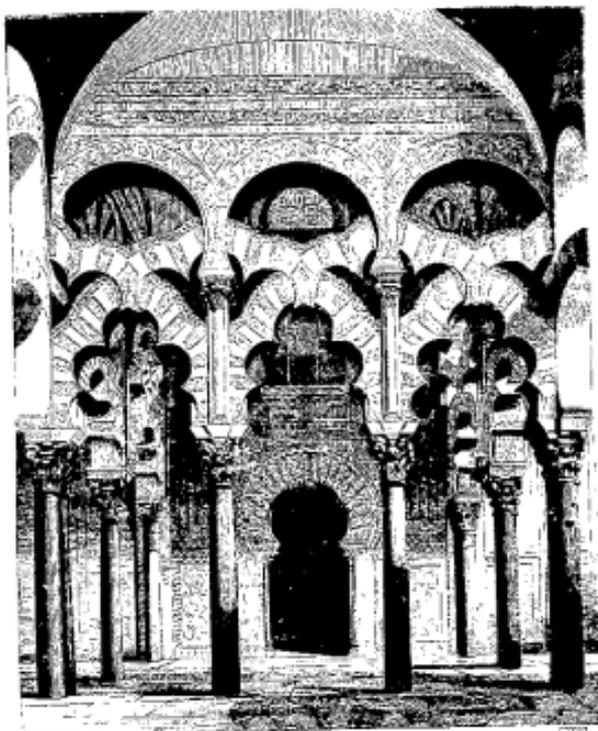
Solo dos meses permaneció el comisionado del califa en España poniendo orden en las cosas de la administracion y haciendo justicia á los pueblos oprimidos, y al cabo de este tiempo, al volver á Damasco, nombró por emir de España á Abderrhaman, el mismo que algun tiempo antes habia sido depuesto á causa de sus liberalidades con las tropas.

Reparó Abderrhaman muchas de las injusticias que

habían sido cometidas en los anteriores tiempos de turbulencias, y se mostró afable y justo con los cristianos, restituyéndoles las iglesias que se les habían quitado, contra las estipulaciones y tratos anteriores. Depuso á los alcaides opresores, y en estas benéficas tareas, encaminadas á restablecer el orden en todas partes y en reconocer y visitar las provincias, empleó los dos primeros años de su gobierno.

Después, siguiendo el impulso de todos los emires de España, dirigió sus miras hacia las tierras de Afranc, y haciendo extraordinarios preparativos, llegó victorioso hasta Poitiers, en donde fué derrotado y muerto; que la fatalidad acompañaba á todas cuantas expediciones dirigían los árabes por este lado.

Fuó reemplazado Abderrhaman por Abdel-Melek-ben-Cotam, que aunque anciano, era esforzado y hábil



La mezquita de Córdoba (capilla del Mihrab).

campesino; pero si bien consiguió infundir algun aliento en los vencidos musulimes, fué tambien desgraciado en el país de Afranc, viéndose obligado por la fuerza de las circunstancias á replegarse sobre el Ebro. Esta retirada costóle á Abdel-Melek ser depuesto por el wali de Africa, y el gobierno de Damasco nombró emir de España á Ocha-ben-Albagag, que se habia distinguido en Africa por sus victorias alcanzadas sobre los berberiscos.

Benéfico fué para Córdoba y sus provincias el gobierno de este emir. Es cierto que era severo é inflexible, pero recto y justo. Destruyó á los dilapidadores y concusionarios, destituyó á los alcaides y caudi-

llos acusados de avares y cruces, y las cárceles se llenaron con estas medidas de malversadores y exactores injustos.

Estableció además *casbes* (jueces) para la recta administración de justicia, y quemado destruir á los muchos malhechores que infestaban los caminos públicos, los cuales se valian de la ocasion que les presentaban las continuas luchas para causar toda clase de vejaciones y rapinas á los viajeros, ordenó á los walis de las provincias que organizaran partidas de seguridad pública para su persecucion y destruccion.

Recibian estos soldados ó celadores el nombre de *Azzáfes*, esto es, descubridores, y no es difícil encon-

trar en esta institución algunos puntos de contacto con las que se han introducido modernamente en todas las naciones de Europa.

Deslindó además Ocha las atribuciones de las autoridades, empadronó todos los vecinos de las poblaciones de importancia, é ignió los tributos sin reparar en la distinción de las condiciones y creencias.

Segun refiere la historia árabis, era Ocha irreprensible, y por consiguiente, amado de todos los buenos y temido de todos los malos. Examinó la conducta del depuesto emir Abdel-Melek-ben-Cotam, y no hallándole del todo bueno, le mandó pasar á las fortalezas con cargo de walf de caballería para que sirviese como antes.

Tanto por cumplir las órdenes del califa como para satisfacer sus deseos de tomar venganza de los continuos desastres que las armas musulmanas habian experimentado en tierras de Africa, emprendió una expedicion hacia los Pirineos con este objeto, pero en Zaragoza recibió cartas del emir de Africa, en las que le notificaba la rebelion de los berberiscos y la necesidad de que volviese á someterlos.

Volvió Ocha sin detencion alguna para Córdoba, y embarcándose con un escogido cuerpo de caballería en el Guadalquivir, bajó por el rio hasta desembocar en el mar.

Cuando volvió Ocha á España halló en extremo revueltas las cosas de este país, pues las walfes que gobernaban las provincias estaban divididas entre sí, y -do Abdel-Melek-ben-Cotam habia preferido las atenciones del hijo público á su particular interés, Pelfotó Ocha á Abdel-Melek por su ocioso comportamiento, manifestándole que habia escrito al califa para que le confirmase en el gobierno de España, lo que creia cosa segura; pero antes de haber tenido tiempo de componer las discrepancias de los walfes é caudillos principales, enfermó en Córdoba y murió el año de la hégira 124 ó sea el 742 de la era cristiana.

CAPITULO II.

Hasta ahora hemos tenido ocasion de ver á los árabes de España dedicados á los asuntos de la conquista, pero unidos entre sí y teniendo por enemigos á los cristianos del Norte; mas desde este tiempo comienza una nueva época de revueltas y discordias en Africa, que tendrán consecuencias inmediatas en España.

Ya hemos indicado que los berberiscos habian levantado el pedruzco de la insurreccion contra los árabes, y que solo al valor de Ocha se debió el sujetarlos por algun tiempo; mas tan luego como este experimentado general volvió á la Península y nombró sus generales (mas en Córdoba, los insurgentes se levantaron de nuevo en tan gran número y con tanta espavante, que la dominacion árabis en la Mauritania estaba amenazada de una muerte próxima, si no se recurria prontamente á remediar aquellas turbulencias.

Gran refuerzo de árabes, egipcios y sirios envió el califa de Damasco á apaciguar á los berberiscos; pero estos con el ardor de todo pueblo jóven y vigoroso, y animados por la perspectiva de sacudir el yugo de la dominacion musulmana, salieron al encuentro de

árabes y los derrotaron en dos mortíferas batallas, obligando á un cuerpo de 30,000 sirios mandados por los capitanes Baleg y Thaalaba á buscar un refugio en Ceuta.

Desde este punto, y tanto por escapar al furor de los berberiscos como por satisfacer su ambicion, atravesaron el Estrecho y llegaron á las costas meridionales de España. Abdel-Melek-ben-Cotam, que segun ya sabemos gobernaba á la sazón en España, y que habia recibido poco antes la confirmacion del gobierno de Damasco, se encontraba en Zaragoza ocupado en los asuntos de su gobierno, habiendo dejado durante su ausencia gobernando en Córdoba á Abdeheraman-ben-Ocha.

Gran disgusto causó á Abdel-Melek la nueva llegada de los sirios, pues demasiado presumia que no habian de dejar de usarle sinasabores y embarazos con su presencia. Queriendo, antes de apelar á medios extremos, recurrir á la persuasion y á la templanza, escribió á los jefes Baleg y Thaalaba, que no convenia separarse de la costa para estar mas prontos á volverse á Africa, donde sus personas y gentes eran de gran necesidad para destruir á los berberiscos.

Pero al mismo tiempo que el emir enviaba estas cartas á los sirios, los muchos walfes y subaliberos que Abdel-Melek se vió en la precision de destituir y castigar, para poner órden y concierto en la Península, se ofrecieron á Baleg y á Thaalaba manifestándoles al propio tiempo lo fácil que les seria por la fuerza de las armas destituir al emir, siempre que se resolviesen á ello.

No desechan los sirios mas que ocasion de dejarse convencer, y así queriendo aprovecharse de los primeros momentos para coger desprevenido á Abdel-Melek, dividieron su ejército en dos cuerpos, de los cuales el uno se dirigió á apoderarse de Toledo y el otro de Córdoba.

Tan luego como el emir tuvo conocimiento de estos hechos, corrió á socorrer á las ciudades amenazadas por los desobedientes sirios, y en efecto, derrotó al cuerpo que sitiaba á Toledo, ciudad que ya corria peligro de ser tomada, y antes de llegar á Córdoba, supo tambien que los que la sitiaban habian sido rechazados por el hijo de Ocha, que segun ya sabemos gobernaba entonces en aquella capital.

No obstante, los sirios consiguieron reunir sus fuerzas y aun recibir algunos refuerzos de Africa, con lo cual volvieron de nuevo á presentarse en un modo imponente. A causa de esta circunstancia volvieron sobre sus pasos, derrotaron al hijo de Ocha, y con tan buenos auspicios, se dirigieron hacia el Algarbe, por donde se encaminaba en su pereccion el emir Abdel-Melek.

Encountáronse ambas ejércitos en Mértula, en donde los árabes andaluces fueron casi totalmente derrotados, viéndose por lo tanto obligados á refugiarse á Córdoba con su emir. Trató entonces de emplear de nuevo el derrotado Abdel-Melek la persuasion con sus enemigos, y dirigió una nueva carta á Baleg y á Thaalaba, manifestándoles cuánto perjudicaban á la causa del Islam con su permanencia en España y el auxilio que daban á los revoltosos de la Península, y cuanto convenia que

pueblos de una misma nación se aviniesen y concertasen, sin dar lugar á que mientras ellos inconscientemente se destruían, sucesos los rebeldes de Africa ventajase de la guerra civil. Que considerase que los pueblos de España acababan de ser sujeción por la fuerza de las armas, y que podían muy fácilmente, á ejemplo de los berberiscos, procurar su venganza y recobrar su libertad y señorío. Propónales que se contentasen con ocupar el territorio de Gezira Sultia, y esperase allí que se facilitase su vuelta á Africa, como era necesario, y finalmente, terminaba manifestándoles sus disposiciones pacíficas.

Así como en un principio no se dejaron convencer Baley y Thaalaba, á pesar de no haber medido sus armas todavía con los árabes capañes, era natural que ahora, después de la victoria, perseverasen en su designio de dominación. En efecto, los sirios, cada vez mas persuadidos del temor y desconfianza que abrigaba en su ánimo el emir, dirigiéronse sobre Córdoba con toda su gente y la que pudieron allagar de los desconcertados de aquellas regiones.

Temiendo los cordobeses el ímpetu de los escuadrones sirios, ya fuese por evitar los escases que aquellos hacíanlos podían cometer en una ciudad tan floreciente como era Córdoba, si los irritaban con la resistencia, ya también á instigación de los enemigos de Abdel-Melek, creyeron temer la saña de los vengadores estragándole al emir, lo cual hicieron, presentándole atado en un palo á la entrada del puente.

Hizo Baley que le cortasen la cabeza y la colocasen en el mismo puente colgada de un palo, y en seguida tomando posesion de Córdoba, se hizo proclamar tumultariamente como emir de España. Descontento esta determinacion en extremo á su colega Thaalaba, y donde los cordobeses creyeron encontrar un medio de librarse de los desdénese solo hallaron el motivo de otros aun mayores.

Thaalaba en su despecho manifestó á sus gentes que Baley no era superior á él sino un igual, y que la elección del emir no correspondia ni al pueblo ni al ejército, sino al califa de Damasco, ó por orden suya al gobernador superior de Africa. Añadió el despechado Thaalaba que todo lo que allí había pasado no era mas que un alboroto popular en extremo vituperable, y mucho mas en los que pudiendo reprimirlo no lo hacian, y porque no parecia que con su presencia autorizaba aquellos desórdenes, estaba resuelto á ponerse en marcha con todos los que quisiesen seguirle.

Hízolo en efecto así, y el mismo dia de su entrada en Córdoba abandonó la ciudad con la mayor parte de la gente de guerra de su mando, dirigiéndose hacia Mérida, y aumentando por el camino el número de sus parciales.

Una nueva complicacion vino en este tiempo á aumentar los horrores de la lucha civil en que ardía la parte meridional de la Peninsula.

Abderrhaman-ben-Obba, el que en la primera acometida de los sirios á Córdoba la había defendido con gran resolución, reunió las tropas que andaban dispersas por aquellas comarcas, y se propuso vengar la muerte del emir Abdel-Melek, que siempre le había distinguido con singular amistad y protección.

Favoreciale ahora en sus designios la circunstancia del abandono que había dejado Thaalaba á Baley, llevándose gran parte de sus tropas, y con gran confianza, no solo en la superioridad de las fuerzas, sino en la justicia de la causa que defendía, se dirigió el esforzado Abderrhaman á Córdoba.

Al recibir la nueva de esta acometida, se encontró Baley en grande aprieto. Pasó revista á sus tropas y vió que solo podia contar con 12,000 combatientes, pero no queriendo aguardar á su competidor en la ciudad, y quizá creyendo que con tomar la ofensiva desbarataria los proyectos de Abderrhaman, le salió al encuentro.

Avistáronse ambas huestes en los campos de Calatraba (*Calatrava*) y se acometieron con furor desesperado. Por algun tiempo permaneció indecisa la batalla, hasta que habiendo sido muerto Baley á manos del mismo Abderrhaman, desbandáronse sus tropas dejando el campo cubierto de cadáveres.

Entre tanto que estos sucesos se verificaban, Thaalaba se había posesionado de Mérida, y dejando aquella ciudad con la conveniente guarnicion, volvió sobre Córdoba, resuelto á apoderarse de aquella capital y hacerse proclamar emir de España.

Cerráronse en un principio los cordobeses las puertas, y aun intentaron la resistencia; pero creyendo sin duda poder alcanzar una ventajosa capitulacion, entraron en tratos con Thaalaba, que no tuvo dificultad en conceder á los cordobeses buenas condiciones, por lo mismo que estaba resuelto á no cumplirlas.

Mientras que estos sucesos se verificaban en la desgraciada España, víctima de las ambiciones de los musulmanes que, validados de las revueltas que trabajaban el emirato de Africa intentaban todos alcanzar la soberania, gobernaba al otro lado del Estrecho de Gibraltar el emir Hantala-ben-Nefusa-ben-Nufal-el-Kelbi.

Viendo que la lucha con los berberiscos se iba haciendo interminable, y que estos adquirian cada dia mas pujanza y osadía con algunas victorias que alcanzaron sobre las armas del califa, resolvió hacer un poderoso y supremo esfuerzo para someter á aquellas agrestes y turbulentas tribus.

Reunió todas cuantas fuerzas pudo y salió á campaña contra los indómitos habitantes de Almagreb, á los cuales redujo á la obediencia despues de dos notables victorias que sobre ellos alcanzó. Este suceso le permitió pensar en las cosas de España, que continuaba en el mayor olvido, segun hemos tenido ocasion de observar mas arriba.

Los musulmes pacíficos pedian á Hantala, como remedio á tan inveterados males, un cualidillo que anasase todas las voluntades discordes de aquellas diversas facciones de yemenitas, alabardis, sirios y egipcios, que reuniesen tal predileccion, valor é integridad, que no se inclinase á ningun partido, que se llamase declarado enemigo de toda parcialidad, atendiendo tan solo al bien puvencional, no solo de los musulmes sino tambien de los pueblos sometidos, pues solo de esta suerte podría España desarrollar todos los elementos de su riqueza.

Acogió favorablemente Hantala estas reclamaciones

nes, tanto mas, cuanto que estaban muy conformes con sus pensamientos, y discurriendo al mismo tiempo en librar á Africa de algunos de sus turbulentos moradores, nombró emir de España á Husam-ben-Dihar (año 123 de la hégira), dándole para que le ayudase á poner orden en las cosas de la Península, un cuerpo de 15,000 habitantes de Almagreb, gente voluntaria, procedente de las cabilas de zenetas, masamases y aznages, todos muy acostumbrados á las cosas de la guerra.

Atravesó el estrecho Husam, y una vez en Andalucía, se dirigió á marchas rápidas sobre Córdoba, pues desde aquel punto, como capital, pensaba tomar las determinaciones que el estado de los negocios le aconsejase para remediar el mal estado de España.

Entre tanto Thaalaba, como ya hemos visto, se habia hecho dueño de Córdoba. En vez de cumplir la capitulación, solo pensó en tomar atroz venganza de la resistencia que habia encontrado en sus habitantes. Al mismo tiempo queria ejecutar un terrible castigo, pensando de esta suerte que todos los pueblos se le someterian obligados por el temor, y para este apoderándose de 1,000 prisioneros berberiscos y sacándolos de la poblacion, convocó á todos los habitantes para que asistiesen á tan repugnante como doloroso espectáculo.

Ya iba á comenzar el sangriento castigo cuando recibió aviso el sanguinario Thaalaba de la adicta venida de Husam-ben-Dihar que se habia adelantado al grueso de sus tropas con 1,000 ginetes. Este anuncio inesperado y que parecia providencial, suspendió la ejecucion. Mandó Thaalaba retirar los prisioneros, y no atreviéndose á oponerse á las fuerzas de Husam, trató de ganar su afecto, poniendo á su disposicion á aquellos infelices que habian estado á punto de ser inmolados á su furor pocos momentos antes.

Aparentó el nuevo emir que apreciaba este obsequio y somision, y puso en libertad á los prisioneros, dejándoles la eleccion de alistarse en sus banderas ó regresar á su patria. Con este acto de justa reparacion, ganó el emir á los musulmanes, y mas seguro ya de ser apoyado por todos, hizo prender á Thaalaba, enviándole convenientemente custodiado á Africa.

Tochó despues algunas medidas de gobierno, y dejando á Córdoba asegurata, recorrió las provincias, siendo atacada su autoridad por todos los emires, sin que tuviera que recurrir á la fuerza de sus armas.

Deseario poner término á todas las discusiones eo que se despedazaban las diversas razas de musulmanes españoles, é informado de que una de las causas mas fuertes de las discordias que los dividian era lo que se referia á la reparticion de tierras, pues todos aspiraban á poseser las feraces campiñas de Andalucía, y con especialidad los árabes y sirios que se creian acreedores á la preferencia, segun lo oras en la gerarquía religiosa, pretendió por un medio ingenioso dirimir todas las disputas, acallar todos los odios y concertar todas las voluntades, procediendo á una nueva distribucion de tierras, en la cual se tendria presente la circunstancia de dar á cada tribu aquellas comarcas que mas se asemejasen á su pais natal, y cuyo suelo y clima les suscitase mas dulces recuerdos de su patria.

Así, á los de Palestina, dicen los historiadores árabes, les fué señalado el montañoso pais de Ronda, Algeciras y Medina-Sidonia, que podian recordarles su Líbano y su Carmelo; los que habian cuidado los riberanos en las orillas del Jordan, fueron enviados á Archidona y á Málaga á las riberas del Guadalquivir, que corre como el Jordan impetuoso por entre amenos y pintorescos valles; los de Kisereria se establecieron en tierra de Jaen; algunas personas se alojaron en Loja, y los de Wacita, á los alrededores de Caba; los del Egipto y la Arabia Felix, obtuvieron lotes en las tierras de Sevilla, Ubeda, Baza y Gaudix; á otros egipcios les fué designada la comarca de Osonoba y Beja; los de Damasco no hallaron ni país ni cielo que les representara mejor los jardines y vergelos que rodeaban la corte de sus califas, que las márgenes del Genil y la vega de Garnathah y de Elvira, y finalmente, á los árabes de Palmira les fueron señaladas campiñas en Murcia y en las comarcas orientales de España, que formaban lo que se denominaba entonces tierra de Tadmir.

Tal era el poder de los recuerdos en aquel pueblo soñador, que por algun tiempo los árabes llamaron á Elvira *Damasco*, á Jaen *Kisereria*, á Medina-Sidonia *Palestina*, á Murcia *Palmira*, *Ardes* á Málaga, y así á las demás.

Mas sin embargo, por muy buenas que fueran las intenciones del emir, no consiguió esto cortar de raíz el germen de las discordias, pues cuando las ambiciones se desatan, no es fácil ahogarlas en un instante, sino por medio de una autoridad reconocida por todos y legitimada por las tradiciones. Por lo demás, el emir habia tenido que introducir cambios en el gobierno, destituir y trasladar walies de un punto á otro, y esto era mas que suficiente para que no faltaran descontentos, y por lo tanto para que continuasen los disturbios intestinos.

El que mas agraviado se consideró, fué Samail-ben-Hatin, apellidado Abu-Graif, que habia acompañado desde Africa á Balag, y que representaba en España á la faccion egipcia, enemiga irreconciliable de la Yemenita. Bajo protesto de que el nuevo emir favorecia á esa última, en el repartimiento que acababa de decretar, comenzó á conspirar secretamente concertándose con todos los discontentos, siendo el resultado de sus trabajos que seis adibices Thueba-ben-Salemi, que aunque yemenita, estaba descontento de la supremacía que ejercia Husam-ben-Dihar. Uniendo ambos rebeldes sus fuerzas, se alzaron resucitamente contra el emir, le declararon la guerra, destituyéndole de su cargo, al paso que Thueba se hacia conferir esta dignidad por sus parciales.

Viendo el emir que la tempestad arreciaba, que los revoltosos musulmanes aumentaban todos los dias sus partidarios, y que las tropas en que podria confiar estaban distantes de Córdoba y ocupadas en la guarda de la frontera, é combatiendo sus con los walies que no se habian sometido á su obediencia, creyó urgente presentarse en Córdoba, y para realizar este designio, desde la tierra de Beja, donde á la sazón se hallaba, con poca compañía se puso secretamente en camino.

Su determinacion no pudo sin embargo ser tan

oculta, que no la supieran gentes entregadas á sus contrarios, los cuales pudieron fácilmente y á favor de una emboscada apoderarse de la persona del emir. Si se hubiese seguido el sanguinario consejo de Thuéba, Husam hubiera perecido en el acto, que de este modo ejecutivo tenían la costumbre de deshacerse los árabes de sus enemigos; pero en aquella ocasión prevaleció el dictámen de Samail, que acordó encarcelar al emir. Fue, pues, este trasladado de nuevo á Córdoba y encerrado en una torre, y ya libre de su principal contrario, creyó Thuéba disponer sin rivalidad alguna del emirato.

Vanos intentos! Husam todavía tenía partidarios entre los buenos musulmanes, que al paso que reconocían las dotes de gobierno que adornaban al desdicha-

do emir, se le manifestaban también adictos por la legitimidad de su nombramiento. Entre los más resueltos amigos del emir depuesto, se contaban Aben-Cotas y Aben-Ocha que mandaba algunas fuerzas en la frontera oriental. No obstante, no disponían de los suficientes recursos para atacar directamente al usurpador Thuéba, y como por otra parte padecían de los sucesos que habían acaecido en Córdoba, mas que lo que les transmitían los amigos de Thuéba, resolvieron enviar á aquella ciudad un emisario de su confianza, para que se enterase de las causas que habían motivado la prisión de Husam.

Desempeñó el emisario con toda felicidad su cometido, y penetrando secretamente en Córdoba, bien pronto supo que la ambición de Samail, los deseos de



Vista exterior de la mezquita de Córdoba.

venganza de Thuéba-ben-Salema, y la codicia y maldad de los que ansiaban la licencia de las correrías y extorsiones, que autoriza el estado de guerra y de revueltas, eran las únicas razones y los verdaderos motivos de la inobediencia hacia el emir Husam, y de su violenta deposición.

Con tales informes, resolvió Aben-Cotan á presentarse en Córdoba; mas como las tropas de que podía disponer eran escasas y estaba, además, poco seguro de su fidelidad, se presentó secretamente y solo, hospedándose en casa de un compañero de toda su confianza.

Entre ambos, ya que no por la fuerza, pues este era imposible, al menos por la astucia, se prepararon á dar libertad al desdichado emir, y á concluir después con la facción de Samail y Thuéba.

Para este efecto, reunieron veinte soldados de su confianza, y aprovechándose de la oscuridad de la noche, acometieron á los que guardaban la torre en común.

donde yacía preso Husam, el cual fué puesto en libertad, con cuya noticia la juventud cordobesa se armó y preparó á defender al legítimo emir. Bien pronto Aben-Cotan y Husam se encontraron dueños de la capital, pues los partidarios del usurpador le abandonaron.

Esperando la acomoda de Thuéba, resolvió Aben-Cotan salir hacia las tierras de Toledo á reunir tropas, quedando Husam entre tanto para la defensa de Córdoba. En efecto, poco se hizo esperar el usurpador. Comprendiendo cuánto valen la diligencia y actividad en tan críticos momentos, envió con numerosas huestes á su colega Samail, para que se apoderase de Córdoba.

De nuevo se encontró esta ciudad entregada á todas las calamidades de un obstinado cerco; mas sin embargo, se defendía con resolución, esperando en los refuerzos que debería llevarles Aben-Cotan. No obstante, los jóvenes impacientes ansiaban el momen-

to de salir á pelear con sus contrarios, creyéndose bastante fuertes para destruirlos, y calificando de pusilanimidad la prudencia de Husam, llegaron hasta murmurar de él, diciendo que había perdido el valor y la audacia de los combates en su prisión.

Ofendió el emir por estas habillitas, con pocos guerreros salió contra las huestes de Samail, y cogiéndolas de improviso, pues de ningún modo esperaban que Husam se arriesgase á empresa tan comprometida con los pocos elementos de que podía disponer, volvió á Córdoba, después de haber alcanzado un triunfo, que aunque no definitivo, dió gran resolución á los cordobeses.

Esto mismo fué lo que les perdió. Dispúsose otra salida con mayores fuerzas, y Samail, que estaba prevenido, ordenó que sus tropas aparentasen retirarse, con el designio de que avanzasen sus contrarios para envolverlos en seguida, lo cual se verificó en todas sus partes.

Hé aquí en qué términos refiere un historiador árabe estos sucesos: «Fué como un duelo caballeresco entre dos ejércitos de quince á veinte mil hombres cada uno.... No hubo lanza que no se rompiera, y los caballos heridos y sofocados por el calor, ni obedecían ya al freno ni podían moverse: echaron los ginetes pié á tierra y arremetieron espada en mano... la mayor parte rompieron también sus aceros, pero no por eso dejaban de combatir, los unos con el pedazo de alfanje que en la mano les quedaba, los otros hasta con pedruzcos de arena y guijo. Los que no hallaban con que herirse se abrazaban cuerpo á cuerpo, se usaban por la garganta, por los cabellos, luchando, haciéndose rodar por el polvo, sobre los cuerpos de los heridos, de los moribundos, de los muertos. Hacia el medio día la victoria estaba indecisa, faltaban ya á todos las fuerzas... cuando de repente vienen de Córdoba algunos contonares de hombres á mezclarse en la pelea. No eran guerreros, era un populacho tumultuoso de artesanos, de gaupanes, de carniceros ávidos de sangre, armados de lanzas ó de espadas, de hachas, de palos, de cachillos ó de piedras... que en otra ocasión no hubieran excitado mas que risa; pero que en la crisis en que la lucha se hallaba, no tuvieron que hacer sino prender y degollar...» (1).

Husam pareció en la pelea combatiendo como bueno, y esta circunstancia dió la victoria á su rival Thusba, que se alzó con el poder soberano de la Península. Reconcompensó á Samail dándole el emirato independiente de Zaragoza y de la España Oriental.

Sin embargo, los walis de Toledo y de Mérida se negaron á reconocer al usurpador, y la guerra civil comenzó de nuevo con mayor fuerza. A favor de tan continuas revueltas y discusiones, todos los que ejercían algun poder aspiraban á la soberanía, y muy poco después hubo casi tantos jefes independientes como eran las provincias en que se dividía el gobierno de la España musulmana.

Con estas cosas, no solo el país se empobrecía cada vez mas, sino que los cristianos crecían diariamente

mente algunas comarcas de las que poseían los musulmanes, y la anarquía, el desorden y la inseguridad eran tales, que hasta los labradores y pastores se veían precisados á defender con sus armas las propiedades y ganados.

En el capítulo siguiente tendremos ocasion de ver de dónde vino el remedio á tantos males, que amenazaban disolver y asiquitar el poder musulmán en la Península.

CAPÍTULO III.

Cuando el mal había llegado ya á un extremo tal que muchos desesperaban del remedio; cuando las discordias y disturbios civiles parecían el estado permanente de la sociedad mahometana; cuando no podía esperarse el remedio de parte alguna; cuando los buenos musulmanes veían á los que por sí mismos se habían repartido el gobierno de la Península, cuidarse mas que del bien general, de la satisfacción de sus personales ambiciones; cuando cada walf era un soberano y cada alcaide de fortaleza dictaba leyes á su capricho; cuando el hombre pacífico estaba á merced de las bandas de malhechores que talaban los campos y saqueaban las pequeñas poblaciones, todos los hombres sensatos conocieron la necesidad de la union y de la concordia, para acabar con este estado de cosas que destruía la nacion, y pensaron de comun acuerdo en adoptar una resolucion eficaz y salvadora.

Y era ya tiempo, en verdad, de arbitrar un medio para salir de aquella situacion. Los máximos pacíficos, segun expresion de los mismos historiadores musulmanes, parecían poco menos que los cristianos; el descontento era general, y cada día mas inscribible la gobernacion militar. Los castillos de cada provincia querian gozar independientes de cuanto sus tierras producian; los walis de Andalucía pretendian ser obedecidos de los de Toledo y de Mérida; estos no reconocian superioridad legitima en los de Córdoba ni en los de Zaragoza; todos procuraban acrecentar su partido, ganando con franquezas y libertades los ánimos de los alcaldes y capitanes de frontera, y se disponian á conservar sus pastos y rebanos á fuerza de armas contra quicua quisiese invadirlos. De este modo estaba España lastimosamente dividida entre yemanes ó árabes del Yemen, egipcios, sirios y alabarderos, sin un emir con autoridad legitima que los gobernase y mantuviese los pueblos en justicia. Por lo demás, á causa de las revueltas de Oriente y de Africa, no se podia esperar que de allí viniese el remedio á tantos males.

Entonces comenzó á cundir la idea entre los mas nobles árabes catthanes, otros del Yemen y algunos egipcios, de reunirse y celebrar entre sí juntas pacíficas para tratar los asuntos de España, y arbitrar despues de maduro examen el partido que juzgasen mas conveniente.

Los que de aquel estado de cosas reportaban grandes ventajas, los que solo tenían presente lo que les dictaba su desmedida ambicion, los que no deseaban mas que aprovecharse del estado de desorden para pro-

(1) Manuscrito árabe de la Biblioteca real de Paris.



GÓNGORA.



curarse el medro personal, era natural que mirasen con repugnancia estas proyectadas reuniones; pero como sucede siempre, la razón acabó por triunfar, y al cabo de algunos aplazamientos y no pocas dificultades, se congregaron en Córdoba, no solo los walis de las provincias, sino también los principales caudillos para tratar de los asuntos del reino, que cuando el mal toma proporciones colosales, olvidanse ciertos pretendidos derechos, y se recurre á su remedio, según lo que dicta la conveniencia.

Conviniere todos en que el único medio de escapar aquel estado de caos era elegir un emir que ejerciese autoridad sobre todos los walis y caudillos; que tuviese la potestad de proveer los gobiernos de las ciudades y provincias en las personas que juzgase más idóneas y por el tiempo que estimase conveniente; que dispusiese de la suprema autoridad en pró del interés y seguridad de los pueblos, y que todos le ayudasen á mantener el orden, la sumisión y la justicia. Entre las cualidades que se juzgaban más indispensables en el que hubiese de ser objeto de la elección, figuraba en primer término la de que fuese hombre de valor y prudencia, y que no hubiese sido cabeza de partido, ni ferviente parcial de ninguno de los bandos que tenían divididas las gentes.

Fue elegido de común acuerdo para tan elevado puesto, Yusuf-ben-Abderrhman-el-Fehri, noble coraixita y caudillo de mucho crédito, tanto por el valor y resolución que en diversas ocasiones había desplegado, como por haber sabido mantenerse extraño hasta entonces á todo espíritu de parcialidad.

La elección se creyó acertadísima, siendo recibida la nueva de su nombramiento, verificada en la luna de Rebié segunda, del año 129 de la egra (746 de Cristo), con universal aplauso y general regocijo. Antes de este tiempo había muerto ya el usurpador Thuwa, con lo cual la cuestión se había simplificado bastante, y con tal motivo no opuso dificultad Yusuf en encargarse de la comisión que los walis y principales caudillos encomendaban á su prudencia, comisión que, aunque grave y espínosa, no arredraba al elegido, habiéndolo sido por tan unánime acuerdo y con el beneplácito de la mayoría de los principales musulimes.

Desde este tiempo, según se desprende de lo que llevamos dicho, el emirato de España fué ya de hecho independiente del califato de Damasco, que hartas discordias civiles y revueltas embarazaban á aquella corte por aquellos días, para que pudiese pensar en recobrar la soberanía de la Península que se le escapaba de las manos.

Entonces pudo ya considerarse á Córdoba como capital independiente de la España musulmana, sin tener que rendir pleito ni homenaje á ningún otro, ni dentro ni fuera de la Península.

Acataren todos los caudillos la elección verificada en Córdoba; y aunque Samail, el campesino de Thuwa, no dejó de mirar con algún disgusto el verse postergado, y Amr-el-Coraxi, cabeza de los alabarderos y Muir-al-Mar de las costas de España, participaba del mismo descontento, ambos obligados por los acontecimientos, disimularon por entonces su enojo, pues según dicen los historiadores árabes en su pintoresco

lenguaje, las excelentes prendas de Yusuf eran como la luz del sol, que á su vista desaparecen y se ocultan las estrellas.

Inauguró Yusuf su gobierno con algunas medidas relativas á la administración, y después de confirmar á Samail en el gobierno de Toledo, y á su hijo en el de Zaragoza, tanto por su elevada jerarquía y las dotes que le adornaban cuanto por evitar la repetición de nuevos conflictos, teniendo en cuenta que las comunicaciones marítimas con la Siria y el Africa estaban cortadas, suprimió por inútil el cargo de Emir-al-Mar (1) que era de todo punto inútil.

No obstante, no queriendo resentir á Amr que lo desempeñaba, le dió en compensación el gobierno de Sevilla; pero el orgulloso almirante añadió este hecho á los anteriores, preparándose á oponer un dique al nuevo emir, tan luego como se presentase la ocasión oportuna.

Dedicóse Yusuf en los primeros tiempos de su emirato á visitar las provincias de España, que harlo le habían menester después de las pasadas revueltas y disturbios, puso nuevos walis en donde lo juzgó necesario y conveniente, y destituyó á muchos por injustos y creoles, con gran contentamiento de los pueblos, que veían por fin, después de tantos sinsabores, que se inauguraba una nueva era de paz y bienestar para ellos. Dedicóse á las obras públicas, reparando las calzadas y caminos principales, los puentes derribados, y para estos objetos de tanta importancia dedicó la tercera parte de los tributos, que hasta entonces habían sido malversados por la codicia insaciable de los gobernadores.

Para la mejor administración de la cosa pública, ordenó un empadronamiento general de todos los habitantes de la España musulmana, dividiendo el territorio en cinco provincias, (2) á saber: Andalucía, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona, compuesta esta última de las tierras de Afraco.

Comprendía la de Andalucía, cuya capital era Córdoba, todo el territorio que media entre la orilla izquierda del Guadiana, hasta el mar, lindando por el Oriente con la tierra de Tadmír, ó sea el país de Murcia. Existían en esta provincia, además de la capital, las siguientes principales ciudades: Huelva/Sevilla, Carmona, Estija, Tálica (Tálica, cerca de Sevilla), Sidonia, Arcos, Líbta, Málaga, Bivira, Jaen, Arjona, Castalona, Alkurja, Cebra, Bulcona (Porcuna), Astaba, Osama y otras de menos importancia, cuya enumeración sería demasiado prolija para los límites que nos hemos impuesto.

Para proceder á la defensa de la frontera, envió Yusuf á su hijo Abderrhman, llamado Abaluswad, con tropas escogidas, y una vez tranquilo por este punto, comenzó á introducir en el gobierno una prudente severidad con el fin de evitar la repetición de los pasados excesos.

Pero todos sus cuidados fueron inútiles. El mal estaba demasiado inveterado en España para que pudiese

(1) De esta palabra se deriva la de *Abstruso*.

(2) En tiempo de los goznes España estaba dividida en seis provincias.



se desaparecer tan fácilmente, y aunque la mayoría de los musulimes estaban de acuerdo con la marcha que seguía Yusuf en su gobierno, no faltaban ambiciosos descontentos que dejaran de tasear con impaciencia el freno de la ley.

Entre los que muy luego comenzaron á manifestarse hostiles al emir Yusuf, contábase en primera línea Amor-ben-Amrú-el-Coraixi, el que, según dijimos mas arriba, fué destituido del cargo de Emir-al-Mar, y ocupaba ahora el gobierno de Sevilla. Acaso para buscar pretextos con que justificar los desiglos que abrigaba, manifestó desmedidas pretensiones que Yusuf no creyó prudente satisfacer, y con estos desaires, comenzó á expresar mas á las claras el descontento, y á concertarse con algunos enemigos del emir, especialmente con los que habian sido depositos de sus mandos.

Yusuf, que no dejaba de conocer el carácter de Amrú, y que prevía alguna maquinación suya, redobló su vigilancia con respecto al wali de Sevilla, y en efecto, llegó á sus manos una misiva que este enviaba al califa de Damasco.

Escribía en ella el descontento Amrú, que Yusuf gobernaba la España como absoluto dueño de ella; que él y sus amigos la tenían repartida entre sí como si fuese herencia propia; que no se oía el nombre del califa en España, ni de quien se precisase de serle obediente; que llevaba de su celo y respeto á la autoridad del emir de los árabes y legítimo califa, se lo participaba para que decretase el oportuno remedio; que contase con su obediencia y la de sus parciales, que eran muy poderosos; que no confiase en Samail ni en su familia; que estos tenían parte en la tiranía y mal gobierno de Yusuf-el-Fehri.

El enojo que mostró el emir fué estremado al ver el lazo que le tendía su mortal enemigo, y dando cuenta á Samail y á su hijo de aquellas intenciones, manifestó la necesidad de asegurarse de Amor-ben-Amrú, y apelar hasta á la muerte, en último caso, si no habia otro remedio.

No olvidó Samail este consejo, y aprovechando la ocasión de pasar por cerca de su residencia, que era la ciudad de Secunda (1), el wali Amrú con algunos de sus parciales envió á su encuentro á varios hombres de su confianza para que le prendiesen. Encontraron los de Samail que Amrú venia fuertemente escoltado, y considerando peligroso el atacarle en el campo, emplearon la astucia en lugar de la fuerza, y con refinada hipocresía, le manifestaron tenían orden de su señor para ofrecerle su casa, en donde hallarian la mejor acogida.

No podía figurarse Amrú que sus intentos fuesen conocidos en España, pues ignoraba totalmente que la carta que habia enviado al califa hubiese caído en manos de Yusuf, así es que por no infundir sospechas, admitió el ofrecimiento que en la apariencia tan cortésmente se le hacia. La estratagema surtió su efecto. En vez de la acogida que esperaba, halló Amrú una emboscada, en la cual pereció gran parte de su gente y él solo pudo salvarse acudiendo á la fuga.

Amrú y sus parciales recorrieron varias comarcas de la Península, pidiendo venganza contra tan atroz pérdida, y como lo de la carta dirigida al califa era un secreto para todos, y la asechanza de Samail habia sido pública, gran parte de los árabes, yemanes y catalanes, se declararon en su favor.

Con estos recursos, y alzando tropas, gracias á las muchas riquezas de que podia disponer, dirigió Amrú sus primeros tiros contra Zaragoza, en donde gobernaba un hijo de Samail. Corrió este en auxilio de su hijo con cuantas fuerzas pudo reunir; pero Amrú le salió al encuentro y le derrotó, viéndose obligado el vencido á refugiarlo dentro de los muros de Zaragoza, cuya sitio continuó con mayor encarnizamiento.

A causa de la victoria que acababan de alcanzar, los alabarderos cercaban la ciudad con grandes esperanzas de rendirla en breve; pero Samail la defendía con valor y resolución; los combates se repetían diariamente, y en las diversas salidas que hizo el emir de Toledo, demostró á los sitiadores cuál era el esfuerzo de su brazo.

Sin embargo, los víveres comenzaban á escasear, los alabarderos apretaban cada vez mas el cerco, y esto hacia que los sitiados pensaran en tomar una resolución que los sacase de tan crítico estado. Despues de varios acuerdos, determinó Samail salir con algunas de sus tropas á buscar refuerzos á Córdoba y Toledo, mientras que su hijo, con los guerreros mas á propósito para la defensa, prolongaba el sitio hasta la llegada de los auxilios que se esperaban.

Este plan se realizó, á pesar de los esfuerzos de los sitiadores, y el hijo de Samail continuó sosteniendo resueltamente el cerco. Sin embargo, los refuerzos no pudieron reunirse tan presto como era de desear, y entre tanto, se apuraban los recursos de la ciudad. Viéndose reducidos los sitiados al último extremo, resolvieron abandonar la ciudad, y á favor de las sombras de la noche, peicando desudadamente, consiguieron romper las líneas, no sin haber causado en esta sorpresa gran daño á sus enemigos.

Posesionado Amor-ben-Amrú de Zaragoza, confió el gobierno de ella á su hijo Wahib, y con la nueva de esta ventaja, aumentó el número de partidarios.

Gran disgusto causó á Yusuf-el-Fehri la noticia de la rendición de Zaragoza, pues alimentaba fundadas esperanzas de que Samail destruyera á los alabarderos, y por lo tanto, creía fácil someter á los demás rebeldes. Véase, pues, precisado á reunir tropas en Córdoba, y con ellas marchó con direccion á la España Oriental, que estaba conjurada toda en contra suya. En Toledo agregó á sus escuadrones las fuerzas que habia conseguido reunir Samail, y marchó contra sus enconados enemigos.

De esta suerte, al cabo de algunos años de reposo, volvian de nuevo á despertarse las facciones en España, toda ella estaba en armas, los caudillos de la frontera, ya dirigian sus bandas al interior de la Península para destruirla en horrorosa guerra civil, ya tambien se declaraban por los diversos bandos que dividian el Estado musulman.

Las tropas de uno y otro campo, talaban y destruian cuanto encontraban á su paso para privar de

(1) Acaso Sigüenza.

recursos á sus enemigos, y los pacíficos pueblos que apenas habían comenzado á reponerse de las pasadas calamidades, se veían víctimas de otras no menos horrosas é insufribles.

Otra vez el exceso del mal hizo pensar á los principales musulmanes en el remedio, y como ya en otra ocasión se habían reunido en Córdoba para tratar de los asuntos que atañían á la conservación de la conquista, apelaron de nuevo á este recurso. Sin embargo, antes de tratar de lo que ocurría en esta asamblea, necesitamos separarnos por breves momentos del teatro de estos sucesos, y narrar algunos antecedentes que servirán para la mejor inteligencia de los hechos siguientes.

CAPÍTULO IV.

No solamente en la España musulmica se espantaban entonces los horrosos y calamidades de la guerra civil; el Africa presentaba el mismo doloroso espectáculo, y en el mismo centro del imperio musulman, en la órta de Damasco, se verificaban cambios y revoluciones que habían de dar por resultado un cambio de dinastía, el cual ocasionó notables consecuencias, no solo en el Asia y Africa, sino tambien en la misma España.

Desde algun tiempo antes, las disensiones intestinas habían conmovido el imperio musulmico, y por este motivo, ni podia reprimirse con mano fuerte las revueltas de Africa y de España, ni evitarse que se aflojasen los lazos que unian estas provincias con el poder central. Cuando los walis procedían por propia autoridad y sin consultar á la órta de Damasco á nombrar su emir, la situación en extremo débil y vacilante en que se encontraban los califas les obligaba á ratificar lo hecho, puesto que no se encontraban en situación de impedirlo.

Imponaba entonces en Damasco la ilustre casa de los Beni-Omeyas, que había dado distinguidos califas al imperio musulman; pero en los cuatro últimos reinados especialmente, las contiendas civiles combatían aquella dinastía y todo parecía presagiar que se acercaba el instante de su ruina. Meruan, que gobernaba en Damasco al mismo tiempo que en España tenian lugar las luchas que dejamos descritas, veía desmoronarse poco á poco el imponente edificio erigido por la espada de los musulmanes con la emancipación de las provincias mas apartadas.

No obstante, no era esta la mayor desgracia de las que amonestaban á la casa de los Beni-Omeyas; la poderosa raza de los Abbasidas, que se preciaba de descender del profeta, dirigía todas sus aspiraciones á suplantar á los Omeyas y á ocupar en su lugar el trono de Damasco. Entre los Abbasidas distinguíase Abul-Abbas-el-Saffah, hombre cruel y feroz, á quien nadie había visto reír en su vida, y que se alababa de haber muerto medio millón de hombres. Auxiliado por algunos poderosos parientes, levantó el negro pendón de los Abbasidas contra el blanco de los Beni-Omeyas, en cuyos opuestos colores claramente se manifestaba que la lucha entre ambos partidos había de ser irreconciliable.

Llamó Meruan-el-Beni-Omeya á todos sus parientes, y colocándose al frente de sus tropas, salió en persona á defender su poder amenazado; pero la fortuna le fué contraria, y en una reñida contienda que sostuvo con el feroz Abul-Abbas perdió el trono y la vida.

Esta victoria abrió al Abbasida las puertas de la ciudad de Damasco y le colocó en el trono objeto de todas sus ambiciones. Para evitar en lo sucesivo toda nueva lucha, se propuso extirpar la familia de los Beni-Omeyas, y empleando en esta causa reunió á todos sus vástagos, haciéndoles purgar con la mas cruel de las muertes el único crimen de descender de la real prosapia.

«Bendito sea aquel señor, esclama el narror estos sucesos un historiador árabe, en cuyas manos están los imperios, que da los reinos, el poderío y la grandica á quien quiere, y quita los reinos, la potestad y la soberanía á quien quiere. Señor Alá, tu imperio solo es eterno y sin vicisitudes, y tú solo eres sobre todas las cosas poderoso. Estaba escrito en la tabla reservada de los eternos decretos, que á pesar de los Beni-Alabas, y de sus deseos de acabar con toda la familia de los Beni-Omeyas, ya despojada del califado y soberanía del imperio musulmico, todavía se había de conservar una fecunda rama de aquel insignie tronco, que se estableceria en Occidente con floreciente estado.»

En efecto, Abderrhaman-ben-Mouwia-ben-Hixraben-Abdohellic-ben-Meruan, manchado que á la sazón contaba solo veinte años, se hallaba por feliz casualidad de Damasco cuando todos sus parientes perocieron. Prevencido á tiempo de las intenciones del califa usurpador, refugióse á los arenales de Egipto, y anduvo errante haciendo la vida del verdadero beduino, acostumbrándose con facilidad á la rústica y dura existencia del campo.

No obstante, teniendo siempre por víctima de alguna nueva asechanza interese en el Africa hasta la tierra de Barca, desde donde, al verse tambien perseguido, se trasladó á la parte occidental del Africa, á la Mauritania, recibiendo hospitalidad en la tribu de los zenetas, á la cual pertenecía su madre.

Verificábase entre tanto en Córdoba la reunion de los principales musulmanes, en número de ochenta, todos ancianos de integridad y prudencia que veían con dolor los interminables males de la guerra civil.

Uno de los que disfrutaba mas crédito, llamado Hayut de Hemera, dirigíoles una extensa arenga, en la cual entre otras cosas les puso de manifiesto que bien notorias eran las revueltas de Oriente, la usurpacion de la soberanía del califato por los Alabas contra los Omeyas, la tiránica arbitrariedad de los gobernadores de las provincias, y el general desasosiego del imperio musulmico; que en España ellos conocían por experiencia, que como país tan apartado de Oriente no podia esperarse que llegaran á tiempo los auxilios de la justicia, aun cuando por fortuna ocupase el trono un califa tan justo como Abu-Becr é Omar; que por hartos años había visto cuanto mal ocasionaba al gobierno de los pueblos la distancia del trono; que no debían esperar como débiles y tímidos aves el triunfo de alguno de los que contendían para hallar la paz y la justicia que anhelaban.

Conviniéron todos en la exactitud de estas razones, pues creían unánimemente que lo que convenia á la España musulmana era el ser regida con independencia de Africa y de Damasco por un buen príncipe. ¿Pero dónde encontrarle, y sobre todo con la suficiente autoridad para hacerse obedecer? Hé aquí la pregunta que todos se dirigian.

Tomó entonces la palabra otro de los ancianos, llamado Wahib-ben-Zahir, diciendo: «No extrañéis que os proponga un jóven descendiente de nuestros antepasados califas, de la misma prosapia: en Africa vaga errante entre las tribus bárbaras, y aunque perseguido y fugitivo, está en ellas respetado y servido por su valor y su noble condiccion. De Abderrhaman os hablo, hijo de Moavia, hijo del califa Hixem-ben-Abdelmalic.»

Sin dificultad alguna aceptaron los musulmes congregados la proposicion que acababan de escuchar, y enviaron la nueva de su eleccion al proscrito Abderrhaman con el necesario sigilo, para que ni Yussuf ni Samail, que continuaban con varia fortuna la guerra con su competidor Awad, pudiesen sospecharlo.

Desempeñaron los emisarios su cometido con completa felicidad, y Abderrhaman, despedido de haberse despedido de los zenetas, que le ofrecieron como auxilio quinientos caballeros de su tribu, dispuso su partida, conociendo cuánto importa en esta clase de resoluciones la prontitud y la actividad.

En este tiempo Yussuf habia conseguido derrotar á su contrario y apoderarse de su persona así como de la de su hijo y su secretario; pero cuando apenas habia comenzado á saborear la satisfaccion de su triunfo, supo por Samail lo ocurrido en Africa, y la próxima venida del jóven Abderrhaman que ya era esperado con ansiedad en todas partes, pues además de las dotes personales que le adornaban, todos creían que procediendo de la rígida estirpe de los Beni-Omeyas, el reino de España le correspondia de derecho, y por lo tanto conseguiria establecer su dominacion sobre sólidas bases, destruyendo de una vez los gérmenes de la guerra civil.

Instante fué el disgusto que experimentó Yussuf con esta nueva contrariedad. En los primeros arranques de su cólera, hizo degollar á los prisioneros, y reuniendo sus fuerzas se dirigió á Andalucía, mientras que ordenaba á su hijo Abderrhaman defender la ciudad de Córdoba de todo ataque.

El año 138 de la egira (755 de Jesucristo) desembarcó Abderrhaman-ben-Moavia en Almuñeal (Almuñeal), uniéndose á los zenetas que le acompañaban, los jefes principales de Andalucía que le estaban aguardando. Tan pronto como tomó tierra le juraron obediencia, y el pueblo, que habia acudido en gran número, lo victoreó lleno de entusiasmo.

En pocos dias se le juntaron mas de veinte mil hombres de las comarcas de Elvira, Almería, Málaga, Jerez, Arcos y Sifonia, y tan pronto como se acercó á la populosa Sevilla, todos los habitantes salieron á recibile proclamándole como soberano, en tanto que comisionados de otras ciudades mas lejanas le ofrecian sus servicios y adhesion.

Persuadido Abderrhaman de cuán importantes seria para acrecentar su partido y para acreditarse con sus nuevos pueblos dar alguna muestra de su valor, pues no se le ocultaba que tenia en su contra dos caudillos experimentados, celebró un consejo con los zenetas y andaluces, y de comun acuerdo se dirigió sin perder momento sobre Córdoba, defendida por el hijo de Yussuf-el-Fehri.

Salíó este al encuentro, pensando desconcertar á Abderrhaman con un rasgo de audacia; pero los del Fehri fueron derrotados, viéndose en la precision de refugiarse de nuevo en Córdoba, que fué inmediatamente cercada por Abderrhaman, el cual con la posesion de la capital creia tener mucho adelantado para la sumision de las demás provincias.

Enviábanse al mismo tiempo proclamas á los pueblos, en las cuales se manifestaba que el rey Abderrhaman, su legitimo soberano, como hijo de los califas Beni-Omeyas, venia á liberarlos del tiránico yugo de Yussuf, y que si en adelante en la obediencia del jóven príncipe, en breve tiempo todos gozarian de los bienes inestimables de la paz.

Bien conocia Yussuf el efecto que estas proclamas, y sobre todo la victoria alcanzada por Abderrhaman, ejercerian en el ánimo de los pueblos, y así determinó hacer un desesperado esfuerzo para desbaratar estos proyectos. Envio á Samail con un cuerpo respetable para hacer levantar el sitio de Córdoba.

Avisado de esto Abderrhaman, dejó diez mil hombres para sostener el sitio de la capital, y con el resto de sus tropas salió al encuentro de las numerosas huestes que mandaban sus contrarios, que habian conseguido reunirse y que se aprestaban á jugar el todo por el todo.

El choque fué terrible. Por largo tiempo permaneció la jornada indecisa, pero la impetuosidad de los zenetas decidió la accion en favor de Abderrhaman, viéndose obligados Yussuf y Samail á huir con los derrotados restos de sus tropas.

Valió esta victoria á Abderrhaman la posesion de Córdoba, en donde se detuvo algunos dias para disponer las cosas mas urgentes relativas al gobierno, é inmediatamente salió contra los fugitivos, sometiendo al paso algunas ciudades, en tanto que otras, con las nuevas de los triunfos alcanzados por el jóven príncipe, se le sometian sin resistencia.

Sabiendo Yussuf la salida de Abderrhaman de Córdoba, y conociendo que en aquella ciudad habia dejado escasas fuerzas, volvió sobre ella por caminos escabrosos, y se presentó á su vista, de sorpresa. Como la tropa que la defendia no podia oponer una séria resistencia, adoptó el partido de evacuar á Córdoba, de la cual se posesionó de nuevo Yussuf.

Mucho sintió Abderrhaman verse burlado de este modo, y no queriendo de ninguna manera dejar Córdoba en poder de Yussuf, volvió de nuevo sobre sus pasos; pero á su llegada ya no encontró al enemigo, que habia salido poco antes á unirse con el grueso de sus tropas, en Almuñeal.

Allí fué á perseguirlos el diligente Abderrhaman, y allí se trabó una reñida refriega. Por mas que Yussuf y Samail se batieron conodadamente como quien juega

el todo por el todo y prefirió una gloriosa muerte á la derrota, no pudieron contrarrestar el ímpetu del Beni-Omeya, y á la hora que los musulmanes llaman de alzar, ó sea media tarde, los de Yussuf y Samsil fueron deshechos sin quedarles otro medio que refugiarse en las escabrosidades de Sierra-Rivira.

Ante tan repetidas contrariedades, propuso Samail á su compañero de infortunio que establecieran tratos de avenencia con el proclamado príncipe, y si bien con estrema repugnancia de Yussuf, que todavía quería tentar de nuevo la suerte de las armas, cedió en este punto. El resultado de estos tratos fué que Abderrhaman concediese seguro al Ferhí y á los suyos, con absoluto olvido de lo pasado, con la condicion de que estos por su parte entregasen en cierto tiempo convenido todas las fortalezas y ciudades que tenían en su poder y los depósitos de provisiones y de armas, excepto las de su propiedad.

Recorrió entonces Abderrhaman algunas de las ciudades principales de sus dominios, y en Mérida recibió diputaciones y comisiones de la Lusitania, siendo objeto en todas partes del entusiasmo popular, pues ya se creían terminadas las contiendas civiles en todo el territorio musulman de España.

Ocupado se encontraba Abderrhaman en estos asuntos, cuando recibió la noticia de que su esposa Howara estaba á punto de darle un hijo, y con tal motivo, que aseguraba un heredero para el nasiente imperio, volvió precipitadamente á Córdoba. Celebróse en esta ciudad el acontecimiento (año de 756) con las muestras del mayor regocijo, y determinado ya Abderrhaman á fijar la sede de su gobierno en esta importante ciudad, se dedicó á embellecerla con toda profusión.

En este mismo año de 756 mandó Abderrhaman labrar la Ruzafa, construyó y reconó las antiguas calandras, dispuso amenas jardines y plantó por su propia mano una palmera, casi en el mismo sitio en que algunos siglos antes habia plantado César un plátano celebrado por Marcial. Mas como Abderrhaman era guerrero y poeta á la vez, dirigió á su palmera favorita unos sentidos versos, que por fortuna nos han transmitido los historiadores árabes (1).

A las mismas orillas del Guadalquivir mandó construir el alcázar, que habia de ser mansion de los emires de España, rodeándolo de frondosos y plateros jardines, que con el tiempo fueron embelleciendo mas y mas sus sucesores.

Aunque los intentos de Abderrhaman eran los de fundar en España un imperio musulmán independiente del de Damasco, no se dió el título de califa, sino el mas modesto de emir.

Desuando quitar todo pretexto á nuevas rebeliones, y queriendo premiar de algun modo á Samail por lo que habia contribuido á conducir á Yussuf á una pacífica avenencia, le confió una comision importante y de confianza, cual era la de que visitase las ciudades de la España Oriental, disponiendo lo que jugase mas acertado para su mejor gobierno, y al mismo tiempo

dióle tambien el encargo de componer las desavenencias que se habian suscitado entre los caudillos de la frontera de Afrac.

Poco dará la tranquilidad en el país, que Yussuf y sus parciales solo habian dejado las armas compeliidos por las fuerzas de las circunstancias, pero con intento decidido de volver á tomarlas tan luego como les pareciese ocasion oportuna. En efecto, cuando Abderrhaman se entregaba al gobierno de sus pueblos, recibió noticias del waif de Sevilla Abdelmelék-ben-Omar, el *Masilia* de nuestras crónicas (2), en las cuales se le participaba que Yussuf con respetables tropas habia vuelto á levantar el pendon de la desobediencia, llamado el Beni-Omeya *Adgáfil* (intruso), y proclamándose emir legitimo de España.

Comisionó Abderrhaman al waif de Sevilla para que persiguiese á Yussuf, y envió ademas desde Córdoba algunas tropas. En una sangrienta batalla perdió el rebelde la vida peleando con esfuerzo y resolucion. Su cabeza, segun la costumbre de aquellos tiempos, fué enviada á Córdoba y clavada en una de las puertas de la ciudad para escarmiento de los revoltosos.

Samail, complida ya la comision que habia llevado á la España Oriental, y disgustado sin duda del giro que tomaban los sucesos, renancó el mando, retirándose á su casa de Sigüenza á la vida privada. Con esto parece que deberian terminar todos los motines y contiendas civiles; pero quedaban todavía los hijos de Yussuf el Ferhí, que habian heredado, con el ánimo turbulento de su padre, su odio hácia el emir, á quien calificaban de usurpador.

En tierra de Toledo resucitó la rebelion contra Abderrhaman sostenida por los hijos de Yussuf, y aunque en una batalla pereció el mayor de ellos y su cabeza fué colocada al lado de la de su padre en los muros de Córdoba, los otros dos hermanos, llamados Muhammad Abulwasad y Casim se refugiaron dentro de los muros de Toledo, y desde allí se defendieron contra las fuerzas del emir. Sin embargo, como el pueblo no estaba unánime en la defensa, la ciudad fué tomada; Abulwasad cayó en poder de las tropas de Abderrhaman, y fué enviado á Córdoba y encerrado en una prision, pero Casim consiguió escapar á favor de un disfraze.

Apagada la rebelion por este punto, estalló de nuevo en la España Meridional. Valióse Casim de uno de sus partidarios que reunió gran número de gente de guerra, de esa que acostumbrada á la licencia de la saquea ve siempre con disgusto la paz, embrió la bandera de la insurreccion en Medina-Sidonia; pero pronto tuvo que arrepentirse de su temeridad, pues habiendo salido de Córdoba y Sevilla tropas contra él, despues de varios reveses, fué entregado por sus propios soldados. A la clemencia de Abderrhaman, que queria emplear todos los medios para apaciguar el país, debió el conservar entonces la vida, pero fué encerrado en una prision en Toledo.

Casim fué sacado de su encierro por un pariente de Yussuf, y de nuevo Toledo se declaró en abierta rebelion. Con esta nueva exasperose el ánimo de Abderrha-

(1) Poemas versos estos versos en Casim, *Historia de la dominacion de los Omeyas*, tom. I, págs. 191.

(2) *Construccion en Julia de Ovaris Atila*.

man, el cual creyendo cortarle una vez la hidra revolucionaria, y acaso por haber recibido informes de que Samail desde su retiro de Sigüenza no era extraño á estos sucesos, le hizo prender y dar muerte al poco tiempo en la prisión.

Sin embargo, era preciso reducir á Toledo, y Abderrhaman, abandonando á Córdoba al frente de lucidas tropas, marchó á reducir á los rebeldes. No le esperaron estos en Toledo; retiráronse á Guadalajara, y defendieron la ciudad con tal teson, que el emir, con gran disgusto suyo, se vió precisado á tratar con los rebeldes, los cuales pudieron conservar de este modo la vida.

Parecía que el destino, que había sumido á Abderrhaman en una juventud borrascosa y llena de persecuciones, le había condenado á no reposar en toda su vida. Sin que pudiese contar como completamente tranquilizada España, pues de vez en cuando estallaban algunos chispazos revolucionarios, fué objeto del odio de las Abasidas de Oriente, que no le perdonaban el haberse proclamado emir independiente de España, ni mucho menos el descender de la estirpe de los Beni-Omeyas sus mortales enemigos.

El califa Almansur, sucesor de Abulabbas, el destructor de los Beni-Omeyas que había trasladado la sede del imperio desde Damasco á Bagdad, envió una poderosa flota á las costas de Andalucía á las órdenes del wálí Ali-ben-Mogueitz. Desembarcó el wálí en territorio de España, y patrocinando á todos los descontentos y á los que usaban las lucias civiles, excitó al país contra Abderrhaman, declarándole usurpador, y proclamando emir de España al abasida Almansur.

A causa de estos sucesos, volvió á encenderse en Toledo el mal apagado fuego de la rebelión, cada día se allegaban nuevos rebeldes en torno del negro estandarte de las Abasidas, y todo parecía conjurarse contra el combatido Abderrhaman.

Abandonando prontamente á Córdoba con las tropas que pudo reunir, salió el emir al encuentro de sus enemigos, y con tanto esfuerzo peleó, que en la batalla que se dió entre Badajoz y Sevilla, fueron destruidos los Abasidas, y el mismo Mogueitz pereció pelando.

Poco tiempo después de esta batalla, una mañana amaneció en la plaza pública de Carruña (1) un saugriento trofeo. Volase sobre un poste clavada una cabeza humana con algunos trunados miembros. Leíase encima un rótulo concebido así: *De esta suerte castiga Abderrhaman-ben-Moavia-ben-Omeya á los temerarios como Ali-ben-Mogueitz, wálí de Cairvan.*

El mismo resultado obtenía Abderrhaman empleando la fuerza que la ciencia; y á una insurrección seguía otra; un tumulto á otro. El alcalde de Silucia preséntase en abierta rebelión, y aunque cercado en la ciudad por el wálí de Sevilla, trató de romper el cerco y escapar; fué hecho prisionero en la salida y muerto por orden del wálí, temeroso de que Abderrhaman no le conservase la vida. Los que consiguieron escapar se acogieron á las sierras de

Ronda y la Alpujarra, y desde allí hacían una guerra destructora y esconada.

No contentos con esto, enviaron á buscar á Africa, para que viese á capitanearlos, al jóven Abdel-Gafir, wálí de Mekhannah (2), que se jactaba de ser descendiente de Fatima, hija de Mahoma. Era el wálí de gran empuñador, y por lo tanto, se sintió tan halagado con aquella inesperada invitación, que no tuvo dificultad en aceptar. Todos los esfuerzos de Abderrhaman para impedir la venida á España de este nuevo competidor, fueron inútiles. Desembarcó Abdel-Gafir cerca de Almoñegar, se puso al frente de los rebeldes y comenzó inmediatamente una campaña de depredación, aunque limitándose en un principio á algunas ligeras escursiones, y sin osar internarse demasiado en la tierra llana.

La lucha llegó entonces á su colmo. Al mismo tiempo que esto acaecía, Toledo continuaba por los rebeldes, y como si todo esto no fuese suficiente, un cuerpo de africanos vino á dar nuevo alimento á la insurrección.

No nos cansamos de indole de nuestro trabajo descendiendo á los pormenores de tan empeñada contienda, solo si debemos indicar que, cansado Abderrhaman de tan larga y fatigosa guerra, se resolvió á dirigir por sí mismo las operaciones militares. Salió, pues, de Córdoba, puso en acción todos sus recursos, combatió hábilmente un plan de campaña, y destruyó las tropas rebeldes en las alturas de Ceja, en donde murió el turbulento Abdel-Gafir.

Tomó entonces Abderrhaman enérgicas y prudentes medidas para evitar que se reprodujese de nuevo el fuego de la rebelión, y publicando un edicto de perdón para todos los que en un plazo determinado depositasen las armas, logró restituir la paz á un país tan trabajado por las discordias intestinas.

La derrota de Ceja avengó por algun tiempo la tierra de Andalucía, y Abderrhaman, con aquel respiro, pudo entregarse al gobierno de su Estado, del cual quería hacer uno de los mas florecientes del mundo. En su residencia de Córdoba, ciudad que amaba con especial cariño por su hermosa situación sobre el Guadalquivir, se dedicó á introducir toda clase de mejoras, y la colonia patricia, que en otro tiempo habia resplandecido con los monumentos romanos, iba convirtiéndose poco á poco en una nueva Damasco.

Como las invasiones de Cairvan y Mequinez habian dado á conocer al emir la necesidad de poner las costas de sus Estados al abrigo de cualquier intento, dedicóse al fomento de la marina, construyó numerosos buques, tomando por modelo algunos que hizo venir de Constantinopla. Con este motivo, las aguas de Barcelona, Tarragona, Tortosa y Rosas; las de Almería y Cartagena; las de Algeciras, Huelva, Cádiz y Sevilla rebosaban, segun la hiperbólica frase de los historiadores arábigos, de hermosas naves, quedando de este modo los puertos de la Península defendidos de nuevas incursiones (año de 774 de Cristo).

De tal manera se iba afianzando poco á poco el po-

(1) Mogueitz era wálí de Cairvan.

(2) Hoy Mequinez.

der de los Omniadas en Córdoba, gracias á que Abderrhaman reunía todas las cualidades necesarias al fundador de una nueva dinastía, mucho mas tratándose de un Estado lastimosamente dividido por las discordias civiles. Con el fin de acostumar á sus hijos al gobierno, despues de haberles dado una escogida educación, nombró al mayor, llamado Suleiman, wali de Toledo, una de las principales provincias despues de Córdoba, é hizo á su segundo hijo Abdaliba, wali de Mérida.

En cuanto al tercero, que nació en España, de su suelta favorita Howara, y que segun ya dijimos se llamaba Huxem, destinábale su padre á sucederle en el trono, pues entre los árabes, segun acostucia por aquellos tiempos entre los cristianos, se seguía en la

sucesion á la corona un sistema misto entre electivo y hereditario, sistema que, si bien no tenia todos los inconvenientes del electivo puro, no dejaba en ociosidad de causar sérios disgustos, como tendremos lugar de ver mas adelante.

Apenas Abderrhaman habia descansado de las pasadas disensiones, y cuando se ocupaba en el gobierno y fomento de sus pueblos, acogiendo en su corte á los sábios y literatos, no solo de España sino tambien del extremo Oriente, la rebelion volvió de nuevo á estallar con mas fuerza que nunca, complicada, además, con la guerra exterior.

Gobernaba por aquel tiempo en la importante provincia de Zaragoza el wali Suleiman-ben-Alarabi, que los antiguos cronicones llaman Ibsalarabi, el cual



Capilla del Califa.

aspiró á declararse independiente del emir de Córdoba.

Mas como no desconocia el poder y resolucion de Abderrhaman, pensó en buscar auxiliares, y para este efecto no encontró mejor recurso que concertarse con los francos. Como por todas partes circulaba la fama que habia llegado á conquistar Carlo-Magno, acudió á él el ambicioso wali.

No quiso desaprovechar el monarca franco la ocasion que se le presentaba de asegurar los límites meridionales de su vasto imperio, y acaso estenderles con alguna nueva conquista, así es que se puso en camino al frente de un considerable ejército. Llegaron los francos sin obstáculo hasta Zaragoza; pero en vez de entregarse esta ciudad, se dispuso á rechazar el ataque, ya sea porque Ben-Alarabi se arrepintiese de sus primeros propósitos, ya tambien porque los musulmanes llevasen á mal el llamamiento de los príncipes cristianos.

De todos modos, es lo cierto que el monarca franco...

... en vez de la acogida que esperaba, solo halló hostilidad y guerra por todas partes, viéndose obligado á repasar los Pirineos, no sin que los indómitos vascos le destruyeran la retaguardia de su ejército (1).

Despues de la retirada de los francos, Zaragoza presentó el mas desastroso ejemplo. Los mismos rebeldes se hacían entre sí cruda guerra, hasta que Abderrhaman abandonó con poderosa hueste á Córdoba y puso sitio á Zaragoza, que resistió por espacio de dos años las fuerzas del emir. Cuando todavia no habia reposado Abderrhaman de las fatigas de esta empresa, una nueva rebelion estalló en el mismo seno de Andalucía.

Esta vez se habian puesto á la cabeza los dos hijos de Yusuf-el-Ferhi; Carim, que se habia fugado algun tiempo antes de su prision de Toledo, y Abul-Awad, que consiguió tambien evadirse de la torre en

(1) Esto fué la famosa batalla de Roncevaux, tan celebrada en nuestros romances populares.

que permanecía preso en Córdoba. Las circunstancias de esta evasión son interesantes y dramáticas. Hé aquí cómo la refieren los historiadores árabes:

Muhammad-Abulwad estaba preso en una torre del muro de Córdoba muchos años hábil; los primeros años de su prisión fueron muy rigurosos; pero como todo cede al tiempo, también la dureza de sus guardias y carceleros. Al cabo de algunos años, compadecidos de su triste suerte, le pareció que ningún riesgo había en que gozase de la luz del sol; pero el astuto Muhammad en aquel punto se fingió ciego, y con tanta propiedad, que de todos fué tenido por verdadero ciego, y así le llamaban. Así pasó gran tiempo, y en esta seguridad, confiados sus guardias, solían dejarle salir de su encierro á unas salas bajas de la torre, en especial en la estación calurosa del verano, y aun le permitían pasar en ella la noche para que gozase de la frescura, y le concedían bajar á los aljibes por agua para lavarse. El fingido ciego vió la oportunidad que deseaba, y la fácil salida que ofrecían unas ventanas bajas que daban luz á las escaleras de los aljibes. Solían visitarle en este tiempo algunos parciales secretos de su padre, y con ellos comunicó sus pensamientos y ellos le asimilaron á ponerlos por obra, ofreciéndole su ayuda para ello. Una tarde de verano en que todos estaban bañándose en el Guadalquivir y hasta los sierreros de la prisión estaban fuera á sus negocios, y confiados en la poca serena de Muhammad, le habían dejado solo en las salas bajas donde solía pasar el día, no quiso perder la ocasión que tan favorable le abría sus puertas, y así, con mucha presteza, se desprendió por las ventanas bajas de la escalera de los aljibes y pasó el río á nado, y á la otra parte de las alamedas, á corta distancia de la orilla, tomó vestido y caballo que le estaba prevenido, y caminó toda la noche y al día siguiente por caminos estraviados, y así desconocido, llegó á Toledo, se hospedó en casas de amigos, le proteyeron de lo necesario, y le encaminaron con mucha seguridad á las sierras de Jaén al abrigo de los bandidos y rebeldes que allí estaban. Temerosos los guardias de la pena que merecía su descuido, tuvieron mucho tiempo oculta su falta y en secreto esta novedad; pero al cabo fué forzoso dar parte al rey de la fuga del ciego Muhammad-Abulwad; pesó mucho al rey este descuido, y dijo: «Todo es obra de la sabiduría eterna que nos enseña con este acontecimiento que nunca se hace bien á los malos sin hacer al mismo tiempo mal á los buenos. Yo recelo que la fuga de este ciego ha de causar no poca inquietud y derramamiento de sangre.»

Las sierras de Segura y de Cazorla eran esta vez el teatro de la insurrección. En ellas se habían refugiado los dos hermanos hijos de Yusuf, y con ellos no solo sus partidarios, sino toda la gente que á causa de las pasadas luchas civiles se veía perseguida.

Poco podían hacer en aquel terreno las tropas regimientadas de Abderrhaman, así que tuvo que recurrir á medidas extraordinarias. Reunió, pues, las tropas de las provincias limítrofes y dispuso una batalla general. Luego que logró llevar á los insurgentes á terreno mas despejado los derrotó, viéndose obligado Muhammad-Abulwad á andar errante y disperso como un mendigo,

hasta que encontró una muerte oscura é ignorada sumido en la mayor miseria.

Casim, aunque cayó en manos de Abderrhaman tuvo un fin mas próspero, pues habiendo apelado á la magnanimidad del emir, este le perdonó dándole tierras en Sevilla, para que pudiese vivir según su clase y aun auxiliar á sus necesitados parientes.

Treinta años llevaba de lucha el descendiente de los Beni-Omeyas, al cabo de los cuales dedicó los últimos de su vida en ilustrar con monumentos impercederos su reino. Continuó, pues, embelleciendo á su predilecta Córdoba con jardines, palacios y alcázares, y como complemento de todas estas mejoras, dispuso la erección de un templo que igualara á escediera tal vez á los magníficos y soberbios del Oriente. Guisaba en esta idea un pensamiento eminentemente político, cual era el de evitar las peregrinaciones que los árabes acostumbraban hacer á la Meca y á Jerusalem, y convertir á Córdoba en un nuevo centro de la religión mahometana.

Una vez formado el plan, obra suya, se entregó de lleno á tan colosal empresa; pero aun cuando para activar los trabajos y animar á los operarios con su ejemplo trabajaba Abderrhaman por sí mismo una hora cada día, no pudo ver concluida la obra, satisfacción reservada á su hijo Hixem.

Ocupábase el ilustre emir en estos trabajos, cuando sintiendo próximo su fin convocó á los walis de todas las provincias, á los gobernadores de las doce ciudades principales con sus veinticuatro varones, y en su alcázar á presencia de su primer ministro (*Hagib*), del cadí de los cadíes, de los alcaides, secretarios y consejeros de Estado, declaró que era voluntad dejar á su hijo Hixem por wali-alahid ó sucesor de su imperio, y rogó á todos los presentes que le reconociesen y jurasen como á tal.

Hicieronlo de esta suerte todos los altos funcionarios allí reunidos, tomando la mano á Abderrhaman en señal de obediencia y respeto, según era la costumbre entre los musulmanes, y prometieron fidelidad y respeto á Hixem para cuando su padre muriese.

Los dos hermanos mayores allí presentes, disimulando la envidia que les causaba ver postergados á su hermano menor, siguieron el general ejemplo, y poco tiempo después fué Abderrhaman al sepulcro, sentido de sus súbditos, después de un largo y turbulento reinado.

Acabó su muerte, según refieren los escritores musulmanes, en el año 171 de la egira, el día 23 de la luna de Rebié segundo, ó sea el 30 de setiembre del año de Cristo 788.

CAPITULO V.

Antes de continuar en la narración de los hechos, exponer las revueltas intestinas que se vió precisado á sofocar Hixem á su advenimiento al trono de Córdoba, se hace necesario que examinemos la condición de que disfrutaban los cristianos que permanecieron entre los musulmanes, al mismo tiempo que el gobierno de estos y los principales elementos de su civilización.

Esta necesaria digresión nos servirá al mismo

tiempo para tomar algun descanso, despues del fatigoso y monótono relato de las continuas insurrecciones que trabajaron á la España musulmana desde el momento de la invasion.

Si nos detenermos á examinar menudamente la causa de la rápida desaparición de la monarquía gótica y la conquista de la España y del Mediodía de la Francia, efectuada por un puñado de musulmanes en el transcurso de poco mas de tres años, pues esta causa la concentraremos en el estado de opresion en que vivia la poblacion hispano-romana bajo la dominacion gótica, la falta de fusion entre ambos pueblos y el espíritu tolerante que en un principio manifestaron los moros, tanto porque el libro de su religion (el Corán) se lo prescribia, cuanto porque la política se lo aconsejaba, debemos examinar cuál era la suerte que la poblacion muzárabe (1) disfrutaba en Córdoba, pues como capital del imperio musulman nos da la clave de cuanto ocurría en las demás partes, con solo las diferencias que son inherentes á gobiernos despóticos.

Ni convenia á los musulmanes manifestarse en un principio demasiado exigentes con los cristianos que voluntariamente se les sometían, pues ellos eran poco numerosos para tan estensa conquista y corrían peligro, si exauraban demasiado á los pueblos, de ser de nuevo rechazados allende el Estrecho, si aun conviniéndoles se lo permitian las prescripciones del Corán, que sobre este punto estaban demasiado definidas, para que un verdadero creyente tratase de faltar á ellas.

Cuando los musulmanes declaraban la guerra á los infieles, debían, segun los preceptos de su ley, darles á escoger entre estas tres cosas: ó abrazar el mahometanismo, en cuyo caso quedaban todos bajo la misma ley y la guerra cesaba, ó pagar un tributo teniendo entónces libertad de seguir profesando su religión, ó decidir la contienda por medio de la fuerza de las armas. En este último extremo los vencidos eran condenados á muerte, y sus hijos y mujeres hechos cautivos, á no ser que el príncipe dispusiese de su suerte de otro modo.

La poblacion de Córdoba se encontraba en el segundo de los casos que acabamos de enumerar. Es cierto que no abrió las puertas á los musulmanes, mas cuando estos se posesionaron de su recinto por sorpresa, se resignaron á sufrir su suerte, y si bien los godos se encerraron en la iglesia de San Jorge resueltos á la defensa, todos perecieron al filo de los alfanjes mahometanos, excepto el jefe que fué enviado á Toledo, y del cual no nos veziren á hablar los cronistas sin dudar porque recibiría la muerte en castigo de su obstinada defensa.

Crear, por otra parte, que á pesar de las prescripciones del código político, civil, religioso y social de los mahometanos, la suerte de los muzárabes fué siempre la misma, sería desconocer la tutela de aquel gobierno. En un principio, dependiendo la España musulmana de un emir que gobernaba en nombre del califa de Damasco, el cual se encontraba demasiado lejos para poder intervenir en el gobierno y castigar los

desafueros de sus lugartenientes, era natural que la condicion de los muzárabes estuviese sujeta á la voluntad mas ó menos despótica y á los sentimientos mas ó menos generosos de los emires.

Y esto mismo no se refiere á los muzárabes solamente, pues los mismos musulmanes fueron víctimas en ocasiones, de la crueldad y avaricia de los emires, no todos, por desgracia, compasivos, humanos, rectos y justos. Por lo demás, las continuas luchas y los disturbios intestinos que trabajaron continuamente á la España musulmana hasta la consolidación de la dinastía omeyyada, dan tambien la clave de cuál sería la suerte de los cristianos, cuando aun los mismos musulmanes encontraban intolerable este estado de cosas y tomaban varios acuerdos para hacerlo desaparecer.

En efecto, cuando en España no habia autoridad alguna; cuando cada jefe de banda dominaba el país que ocupaba con sus partidarios; cuando cada walf era un soberano y cada wafir y alcáide un aspirante á la independencia, debe suponerse que la suerte de los muzárabes dependía de las circunstancias personales de cada uno de estos jefes, y por lo tanto no es fácil dar una medida general para todos los puntos.

Cuando Abderrhaman vió consolidado su poder y pudo llevar su vigilancia á todas las regiones de su reino, entónces la suerte de los cristianos se normalizó y fué tan tolerable, como veremos por los datos que nos han conservado los mismos historiadores cristianos de aquella época.

Los muzárabes estaban obligados á pagar el tributo, que en las ciudades que se habían sometido sin resistencia consistía en el *aqayq* ó diezmo de los frutos, segun prescribia el Corán. Si bien en algunas ocasiones la rapacidad de los emires hizo subir el tipo del impuesto, esto mismo sucedió algunas veces con los mismos musulmanes, y no faltaron emires, como Ayub y otros, que igualaron á los tributos á los árabes y á los cristianos.

En cambio de esta sesion y obediencia y del pago de tributos, podían los cristianos profesar libremente y al amparo de las leyes su religión, y el testimonio de este hecho lo encontramos hasta en escritores eclesiásticos, cuya deposicion no puede ser sospechosa.

Así vemos que al hablar de este punto se expresa el padre Florez (1) en estos significativos términos: «Vivían, pues, los cristianos sin estorbo en punto de la fe, esto es, que no les molestaban ni compulsió los moros á que faltasen á ella, permitiéndoles en el tiempo de paz, que tuvieran iglesias con torres y campanas, como veremos en el Apologético de San Eulogio número 8. *Basilicarum turres et rotas templorum arces diruerit, et ecclesie pinaculorum prosterneret, que signorum sustinens erant ad contentum canonice pastore Christianis immunitas.* De esta libertad de tener y usar campanas, dedúcese tambien la de concurrir públicamente á la iglesia para los Oficios Divinos, que el santo entiendo bajo el nombre de convento canónico, ó justa señalada por la ley, y esta era quoti-

(1) Así se llamaba á los cristianos que permanecieron entre los moros despues de la conquista.

(1) España Sagrada, tomo X. pag. 221.

diana, asistiendo cada día los fieles á la iglesia, llamados al son de campana.»

Usaban tambien los muzárabes de toda la solemnidad del culto, teniendo cantores, salmistas, lectores, levitas, etc., etc., pues no dejan duda sobre este punto las siguientes palabras de San Eulogio al lamentarse del silencio que padecía la Iglesia por la persecucion que se desencadenó en su tiempo: «*Non promit Cantor divinus carmenis publico: non vos Psalmista tinnit in choro: non Lector concionatur in pulpito: non Levita evangelizat in populo: non Sacerdos thus infert altari-bus.*» Además celebraban solemnemente las fiestas clásicas, y para el culto habia un copioso número de clérigos desde el obispo de Córdoba hasta las últimas clases de la gerarquía eclesiástica. Habia por lo tanto arcoidianos y arciprestes que mantenian su regular gerarquía, presididos por el correspondiente obispo, como si no hubiera habido novedad en los monarcas que dominaban (1).

Del mismo modo siguió observándose la costumbre cristiana de que los sacerdotes fueran á las casas por los cuerpos de los difuntos para llevarlos á la iglesia en pública procesion y entonando los acostumbrados salmos, y si bien en algunas épocas provocaba esta costumbre la hilaridad de los musulmanes y era causa de burla y mofa, es lo cierto que legalmente estaba permitida por el emir y se verificaba siempre.

El número de templos cristianos que existian en el recinto de Córdoba debia ser numeroso, á juzgar por los que podemos entresear de las citas de los antiguos escritores eclesiásticos, y no solo consta que se conservaron muchos de los que existian en tiempo de los godos, sino que fué permitido restaurar los ruinosos y aun construir otros nuevos, segun las necesidades del culto.

En estas construcciones se siguió el estilo arquitectónico llamado romano-godo, ó sea la arquitectura romana degenerada, y por lo tanto no extrañamos que los contemporáneos manifesten la rudeza de estos edificios como vemos en San Eulogio: *Subit Ecclesiar nuper structas diruere et quidquid uno cultu in antiquis Basilicis splendebat, seralque temporibus, Arabum rudi formatioue adjectum, elidere.*

Para que pueda juzgarse del número de templos católicos que existian en Córdoba durante la dominación musulmana, basta que sepamos que los escritores religiosos de aquellos tiempos citan por lucidancia dentro de los muros de la ciudad los de San Acisclo, San Zoilo, los tres Mártires, San Cipriano, San Ginés y la Virgen María, algunos de ellos pertenecientes á conventos de diversas religiones. Además, fuera de la poblacion, mencionan las citados escritores las iglesias y monasterios siguientes:

San Cristóbal, con monasterio, situada cerca de la ciudad por la parte del Mediodía y á orillas del Guadalquivir; San Cosme y San Damian, colocada en el sitio llamado *Colubris*; San Félix, en un lugar de la sierra de Córdoba llamado *Fronizus*, que distaba de

la capital tres leguas al Occidente, iglesia que pertenecía á un monasterio; San Martín, monasterio tambien, situado en la montaña de Córdoba: en un lugar llamado *Rejana*, á dos millas poco mas ó menos de la poblacion; San Justo y Pastor, monasterio establecido en el interior de la montaña en un terreno muy quebrado llamado Fraga, junto á un pueblo de escasa importancia conocido con el nombre de *Leitense* á 25 millas de la capital; San Salvador y Peñamuelaria, otro monasterio situado en la falda de una Peña. Este monasterio era de los que se llamaban *duplices*, esto es, de religiosos de ambos sexos. *Armillatae*, monasterio llamado de San Zoilo, situado al N. de Córdoba en una comarca desierta y áspera, sin mas comodidad que el río Armillata, de donde tomaba el nombre *Cateclares*, llamado así por encontrarse en *Cateclara*, pueblo situado al Occidente de Córdoba; *Tabanense*, de un pueblo llamado *Tábanos*, que se hallaba cerca de dos leguas al N. de la capital, y finalmente, para no alargar demasiado este punto, el llamado *Aurianiense*, del lugar de este nombre, que se encontraba á ocho millas al Occidente de Córdoba.

«Este número de iglesias, dice el citado padre Florez en el tomo x de la *España Sagrada*, muestra la abundancia de cristianismo que tenia la ciudad de Córdoba dentro y fuera de sus muros, sin ocultar lo mas áspero de los montes, y aun podemos decir que habria mas templos y monasterios, por cuanto los referidos son precisamente los citados por San Eulogio con ocasion de los sucesos que menciona, y es muy creible hubiese otros de quienes no necesitase su historia hacer mencion.»

Además, en los monasterios se enseñaban las ciencias religiosas y toda clase de estudios y artes liberales, habiendo algunos en Córdoba que habian llegado á conquistarse tal renombre, que no solo de los lugares comarcanos, sino tambien de los mas remotos, acudia gente á instruirse como podiamos concurrir á las mas famosas universidades.

Entre los célebres maestros que se dedicaban á la enseñanza teológica sobresale el ya citado San Eulogio, que fué el primero, segun atestiguan graves escritores, que introdujo entre los muzárabes el metro latino, entonces totalmente ignorado en España, dedicándose además con empeño á dar á conocer los ocultos tesoros de la antigua literatura clásica de Roma.

Los eclesiásticos podian usar el traje que les correspondia segun su estado y gerarquía, y lo mismo hacian las vírgenes consagradas al Señor. En cuanto á los seglares, si bien en un principio usaban su traje respectivo, ya á mediados del siglo ix en nada se distinguian de los árabes. Y era natural que esto sucediese cuando con el continuo roce desaparecian muchas diferencias, y hasta la lengua, que es lo que mas suele persistir, basta olvidando los muzárabes que adoptaban la de los conquistadores, hasta el punto de que el célebre escritor cordobés Pedro Alvaro, que floreció en el siglo ix, dice que en su tiempo apenas habia quien pudiese formular una carta en latin, mientras que todos escribian el árabe y aun hacian versos en este idioma. Hé aqui sus palabras: *«Hec pro doli! Linguam suam versant Christiani, et linguam pro-*

(1) St. Eulogio, 588-97, Capitulo.

plura non advertunt latini, ita ut omni Christi collegio via inveniaturs unus in mille hominum numero, qui salutatoris, fratri possit rationabiliter dirigere literas. Et reperitur abque numero multiplex turba, qui erudite caldaticas verborum explicet pompas.

Tenian tambien los cristianos autoridades propias cuyo principal empleo era el de conde, el antiguo *Comes* de los romanos. De este cargo hacen con frecuencia mención los escritores de aquel tiempo, y en San Eulogio vemos citado el nombre de *Censur*, especie de juez que disfrutaba de gran autoridad.

De todo esto se desprende que la situación de los muzárabes no era tan intolerable como se ha dicho y como podiera creerse, segun las declamaciones de muchos escritores que no han profundizado lo suficiente en la índole de aquellos tiempos para poder juzgarlos con completa exactitud.

Era natural que los que se habian visto obligados á abandonar las comarcas mas ricas y feraces de la Península por los riesgos de las montañas del Norte, lloraran con sentidas quejas la calamidad que habia sobrevenido á la España cristiana; pero prescindiendo del noble arranque que tiene por origen la independencia de la patria y el deseo de conquistarla, en el fondo se ve que la poblacion muzáraba gozaba de toda la libertad que podia exigirse en aquella época de un pueblo conquistador.

Durante todo el tiempo de la dominacion hubo en Córdoba obispos, y si bien los nombres de algunos no han llegado hasta nosotros, todavia se conservan los de Recafredo, Saulo, Valencio, Fedeban, Juan I y Juan II. Dedúcese de todo lo que llevamos apuntado, que los árabes jamás persiguieron sistemáticamente á los muzárabes, y que si hubo épocas de intolerancia y de desgracia para los cristianos, esto se debió á las circunstancias de algunos tiempos, á las revueltas de otros, á las exigencias y celo intolerante algunas veces de los que no querian comprender la verdadera situación en que se encontraban.

¿Cuáles eran, por otra parte, el gobierno, las leyes y costumbres de los conquistadores? En este punto debemos ser en extremo sobrios, pues nos lo imponen los límites á que debemos ajustarnos.

En tanto que la España musulmica dependió de los califas de Damasco ó de los walies de Africa, su gobierno ni podia ni era otra cosa que el reflejo de lo que pasaba en Oriente. La necesidad obligó á los musulimes, segun ya hemos visto en mas de una ocasion, á proveer á las cosas del gobierno.

Rantonces comenzaron á introducirse en la órbita de Córdoba cargos que no se conocian en la de Damasco, segun las necesidades del país y lo que dictaba la ilustracion de aquellos príncipes.

Abderrhman estableció el *wazir*, especie de Consejo de Estado, al cual consultaba en los casos graves y en los negocios árduos, Consejo que en mas de una ocasion y en medio de las discordias civiles ejerció el poder supremo. De él salian los altos funcionarios del Estado y se elegia el *Asirid*, ó sea primer ministro, que desempeñaba las mismas funciones que el gran visir de Oriente, cuyas facultades se extendian á todos los ramos de la administracion.

Seguian despues en el órden de la gerarquía los *cañifes* ó secretarios, y la administracion de justicia estaba encomendada á los *cadies*, presidentes por el *cadí* de los *cadies*, ó sea juez supremo, que residia en la capital. Esto fallaba las causas en apelacion, y era tan respetada su autoridad, que el mismo emir tenia que comparecer ante él cuando era citado.

Tenian bajo su jurisdiccion los *cadies* un funcionario subalterno llamado *al-nasir* ó alguacil, que debia prender á los delincuentes y ejecutar las sentencias criminales.

Así como era sencilla la administracion de justicia, lo era tambien la que se referia á la parte económica. Los cristianos estaban sujetos á la capitacion, cuya cuota solia variar segun las circunstancias y la condicion y carácter de los gobernadores. Habia además dos clases de rentas del Estado: el *arazay*, que consistia en la décima de los frutos de la agricultura, ganadería, minería y comercio, y el impuesto de aduanas. Estas rentas estaban destinadas á los gastos de la guerra, al mantenimiento del califa y de los demás funcionarios, á la reparacion y construccion de las obras públicas, al sustento de escuelas y maestros, y al rescate de cautivos y alivio y socorro de los musulmanes desvalidos y pobres.

El impuesto de aduanas debía ser muy importante, á ser verdad lo que suponen algunos historiadores, es decir, que consistia en el décimo de las mercancías importadas ó esportadas. El encargado de recibirlas se denominaba *al-mugiri*, nombre y empleo que se conservó por mucho tiempo entre los cristianos. A esta simplicidad con respecto á los impuestos, correspondia tambien la sencillez en lo que atañe á la administracion, y si bien en un principio las rentas públicas variaban segun el capricho y rapacidad de los emires, desde el establecimiento de la dinastía omniada se regularizaron. En su origen ascendian solo á la cantidad de 300,000 dinares; pero en tiempo de Abderrhman III el Grande, en que ya se habia desarrollado la agricultura, el comercio y la industria, subian á la respetable cifra de 5,496,000 dinares.

Para la mas justa percepcion de los impuestos, los árabes cuidaban mucho de la estadística. Ya uno de los primeros emires hizo una, todo lo completa que pudo de la poblacion y riqueza de España; sus sucesores siguieron este ejemplo, y en tiempo de los omniadas se regularizó este servicio, dividiéndose la España musulmana en cinco provincias, pues si bien Yusuf, el-Fehri habia formado seis, en tiempo de Abderrhman I la de Narbona dejó de pertenecer á los árabes.

Al frente de cada provincia estaba un *wali* ó gobernador, y en las ciudades de mas importancia habia un *nasir* ó subgobernador. En las demás ciudades residian *alesides*, nombre que ha pasado á nosotros y que se conserva todavia. Para las fronteras mas expuestas á ser acometidas por los cristianos, se nombraba un *wali* que mandaba las tropas de frontera y que tenia las atribuciones de un general de ejército.

Restados los principales elementos de la civilizacion árabe, se hace necesario que volvamos á resumir la interrumpida narracion de los hechos hasta la

destrucción del poder musulmán en la importantísima comarca de Córdoba.

CAPITULO VI.

Hemos visto en uno de los precedentes capítulos, que hallándose Abderrhman próximo á su muerte designó como heredero de su trono á su hijo tercero Hixem, el primero que había tenido en España de la sultana favorita Howara. Hallábase Hixem en Mérida cuando acaeció la muerte de su padre, y en esta ciudad fué proclamado soberano con gran pompa y solemnidad (año de 788).

La proclamación de Hixem se celebró en todas partes con gran regocijo; en todas las mezquitas del imperio se rezaba la *ekfah* por el nuevo emir (1), y tanto por su magestosa presencia, por su índole apacible y dulce, como por el renombre que ya disfrutaba de justiciero, fué apellidado por sus súbditos con el epíteto de *Al Ra'íí*, el justo, y *Al Ra'á'dí*, el ágil y benigno.

No obstante, la sumisión que en su vida de su padre se habían visto obligados á hacerle sus hermanos, había sido forzada y nada sincera, y como ocupaban los importantes gobiernos de Mérida y Toledo, no tardaron en levantar el estandarte de la insurrección. Juzgándose postergados injustamente, declararon que se mantenían independientes en sus respectivos dominios, é Hixem, aunque en un principio lo repugnó, se vió obligado á marchar desde Córdoba contra Toledo, punto en el que habían reconcentrado sus fuerzas las rebelde hermanos.

Suleiman salió al encuentro del emir al frente de 15,000 hombres, pero fué derrotado, y solo pudo escapar con los restos de sus desastrosas escuadras en favor de las sombras de la noche. Esta primera victoria abrió á Hixem el camino de Toledo, en donde permaneció su otro hermano Abdallah, que no juzgó prudente, luego que vió establecido el cerco, esperar el asalto. Puesto de acuerdo con los habitantes de Toledo, salió de la ciudad, se sometió á su hermano el qual le recibió con los brazos abiertos, olvidó su falta y le dió para su residencia una casa de recreo situada en uno de los mas amenos sitios del Tajo.

Suleiman, que desde los montes de Toledo se había corrido á los campos de Murcia, se obstinó en la resistencia; pero fué vencido en los campos de Lorea por el jóven Albaken hijo del emir, que mandaba la vanguardia de las tropas. Todavía intentó resistir por algun tiempo Suleiman; pero cansado en todas partes por la caballería de Hixem, solicitó una avenencia que le fué concedida, con la condición de que vendiese las propiedades que tenía en la Península y marchase con su producto á establecerse en Africa.

Desembarazado de estas contiendas, pudo Hixem dirigir su atención á los asuntos de la España Oriental, en donde algunos walíes habían implorado el apoyo de los francos para rebelarse contra su soberano. Nada se resistió á las vencedoras armas de Hixem, y

el peudon mahometano quedó de nuevo triunfante. Los árabes llegaron entonces hasta la ciudad de Narbona, volviendo de su correría con inmensa botín. Las nuevas de estos felices acontecimientos causaron en Córdoba gran regocijo, é Hixem á su regreso fué acogido con las muestras del mayor entusiasmo por todos los cordobeses.

Siguiendo el ejemplo de su padre dedicóse, despues de asegurada la paz en sus Estados, á la administración de su reino, mostrando las buenas cualidades de que se hallaba adornado. Los historiadores árabes dicen de este príncipe que era tan magnánimo, que de su particular tesoro pagaba los rescates de los prisioneros y tomaba á su cargo y bajo su protección á los hijos y mujeres de los que morían en la guerra santa (1).

Desearo dar cima á la obra de la mezquita, que su padre había dejado comenzada en Córdoba y que debía ser la mas suntuosa é importante de las de la España musulmana, dedicó el quinto de los despojos de la guerra á esta obra, empleando tambien en su construcción á los esclavos que había traído de Narbona, lo que quizás dió margen á la asercion de los historiadores musulmanes, de que Hixem concluyó la mezquita con materiales que hizo traer de la ciudad franca que dejamos mencionada.

Lo mismo que su padre, trabajaba tambien en aquella construcción algun rato cada dia, consiguiendo verla totalmente terminada, y dotando á Córdoba de uno de los monumentos mas notables que aun hoy causa admiración á los viajeros.

Hé aquí la descripción que de esta mezquita hacen los historiadores árabes, la cual aunque algo hiperbólica, como son todas las de los musulmanes, es digna de ser tenida en cuenta. Esta magnífica aljama de Córdoba aventajaba á todas las de Oriente, tenía sesientos pies de largo y doscientos cincuenta de ancho, formada de treinta y ocho naves á lo ancho y diez y nueve á lo largo, mimboidas en mil noventa y tres columnas de mármol: se entraba á su aljambra por diez y nueve puertas cubiertas de planchas de bronce de maravillosa labor y la puerta principal cubierta de láminas de oro: tenía nueve puertas á Oriente y diez á Occidente. Sobre la cúpula mas alta había tres bolas doradas, y encima de ellas una grande de oro; por la noche para la oracion se alumbraba con cuatro mil setecientos lámparas, que consumían veinticinco mil libras de aceite al año, y ciento veinte libras de alce y ámbar para sus perfumes: el altar del mihrab é lámpara del oratorio secreto, era de oro y de maravillosa labor y grandexa (2).

En el alcázar régio y en otras partes dentro y fuera de Córdoba, construyó tambien otras mezquitas de menos importancia. Presentándose roinoso el puente principal de la ciudad que habían construido los romanos, le reedificó con gran solidez, y es uno de los prin-

(1) Así llamaban los musulmanes lo que se hacía contra los cristianos, é quienes se les había robado.

(2) Debe tenerse presente que esta multitud de lámparas no se encendían todas sino en las noches del Ramadán, la quaresma de los árabes.

(1) Era uno de los privilegios del soberano que se rezase en todas las mezquitas una oracion en su nombre.

principales monumentos de cuantos Córdoba debe á la dominación musulmana.

Todas las demás obras que exigian reparo y mejora, fueron tambien poestas en buen estado por Abderrahman, y de este modo se iba convirtiendo la corte de los califas en una de las ciudades mas bellas de España, sobrepajando tambien á muchas de las mas santosas del Oriente.

Dícese que estando el rey Hixem el año 178 de la egira recreándose en sus almenas y sienes jardines, donde se entretenia en cultivar por su propia mano algunas flores y plantas, un cefebre astrólogo de su corte se llegó á él y le dijo:—«Señor, trabaja en estos breves dias para el tiempo de la eternidad.»

Instado por el rey el astrólogo para que esplicase estas palabras, manifestó que estaba escrito en el dielogue Hixem debía morir antes de dos años. No por eso abandonó Hixem sus favoritas tareas, continuó embelleciendo la capital y distándola de escuelas. Con el fin de asimilar mas y mas el pueblo mozarabe al musulman, decretó que los cristianos no hablasen ni escribiesen mas que en lengua árabe. Aunque en la apatencia no dió gran crédito á la predicción del astrólogo, quiso tomar todas las disposiciones necesarias para el caso de su fallecimiento, y mandando congregar á los walfes principales, á los wacires, alcaldes, secretarios y consejeros de Estado, al cada de los cadies y á su hijo el primer ministro, declaró por su walf alcaidá ó futuro sucesor á su hijo Alhakem, el qual recibió el juramento de todos los funcionarios allí reunidos.

Poco tiempo despues cayó Hixem enfermo, y antes de morir dirigió á su hijo y sucesor los siguientes consejos: «Deposita en tu curacion y no olvides nunca estos consejos que quiero darte por el mucho amor que te tengo. Considera que los reinos son de Dios, que los da y quita á quien quiere. Pues Dios nos ha dado el poder y autoridad real que está en nuestras manos por su divina bondad, demos gracias á Dios por tanto beneficio, hagamos su santa voluntad, que nos es otra que hacer bien á todos los hombres y en especial á los encomendados á nuestra protección: haz justicia igual á pobres y ricos; no consentas injusticias en tu reino, que es el camino de perdición: al mismo tiempo serás benigno y clemente con los que dependen de tí, que todas son criaturas de Dios. Confía el gobierno de tus provincias y ciudades á varones buenos y experimentados: castiga sin compasión á los ministros que oprimen tus pueblos á sin razón ó voluntarias exacciones: gobierna con dextera y firmeza á tus tropas cuando la necesidad te obligue á poner las armas en sus manos: sean los defensores del Estado, no sus devastadores: pero cuida de tenerlos pagados y seguros de tus promesas. Nunca ceses de granjear la voluntad de tus pueblos, pues en la benevolencia de ellos consiste la seguridad del Estado, en el miedo el peligro y en el odio su cierta ruina. Procura por los labradores que cultivan la tierra y nos dan el necesario sustento; no permitas que los talen sus sembrar y plantar: en suma, haz de manera que tus pueblos te benignen, y vivan contentos á la sombra de tu protección y bondad, que gocen seguros y tranquilos los placeres de la vida, en esto consiste el buen gobierno, y si lo consigues

serás feliz y logrará fama del mas glorioso príncipe del mundo.»

Acaeció la muerte de Hixem á los treinta y siete años de su edad, despues de un glorioso reinado de siete años y siete meses.

Corrió el año 180 de la egira (796 de Cristo) cuando fué proclamado Alhakem con toda solemnidad emir del imperio musulman-español; pero no debia gozar por mucho tiempo en Córdoba de la tranquilidad, pues apenas hubo empufado las riendas del Estado, cuando sus tíos Suleiman y Abdallah renovaron sus pretensiones á la soberanía de España, ó por lo menos de algunas provincias, segun habian hecho con su hermano Hixem.

Consiguieron hacer cuadir la rebelion por las provincias de Toledo, Valencia y tierra de Tadmír, ocupando la primera de estas ciudades, en cuya fortaleza tenian gran confianza.

Reunió Alhakem sin pérdida de momento la caballería de Arcos, Jerez, Seveola, Sevilla y Córdoba, la infantería de las comarcas de Toledo y Mérida, y marchó contra los revoltosos con decisión y denuedo.

Por el camino supo que los franceses invadían por la parte del Pirineo Oriental la España musulmana. Dejando algunas tropas al mando de Amrú, el único walf de la provincia de Toledo que le habia permanecido fiel, marchó resueltamente contra los estranjeros, y á fuerza de actividad, energia y arrojo, consiguió rechazarlos al otro lado de los montes.

Es cierto que durante este tiempo se fué engrandeciendo el partido de los rebeldes tíos de Alhakem con la adhesion de las provincias de Valencia y Murcia; pero tan luego como el emir se presentó con tropas de refuerzo en Toledo, activó el sitio y los rebeldes Suleiman y Abdallah se vieron precisados á refugiarse á las tierras de Valencia y Murcia, si bien dejando á un caudillo de su confianza sosteniendo el sitio.

Alhakem dividió tambien sus fuerzas. Dejó encomendado el ataque de Toledo á Amrú, y marchó en pos de sus tíos. Cuando se encontraba en Chischilla presentóse Amrú con la feliz nueva de haber tomado á Toledo y haber dejado á su hijo Yusuf gobernando en la ciudad rebelde, y ya nada le impidió marchar contra Suleiman y Abdallah.

Estos entre tanto pensaron en rebatilitarse por medio de un atrevido golpe de mano, y marcharon decididamente sobre Córdoba, creyendo poder sorprender á la capital. ¡Vana esperanza! Alhakem les sale al encuentro, trábese una reñida batalla, los hijos del primer Aderrhaman manifiestan en su esfuerzo que corre por sus venas la sangre de los Omniadiaz, pero Alhakem alcanza una nueva victoria sobre ellos, Suleiman muere en la batalla, y Abdallah se ve precisado á refugiarse en Valencia, donde contaba con grandes simpatías.

No obstante, privado del apoyo de su hermano, no quiso Abdallah prolongar mas la resistencia y ofrece someterse. Alhakem en esta ocasion señaló las huellas de sus antepasados, concedió á Abdallah el permiso para que se estableciese donde gustase, asignándole mil micales de oro mensuales y cinco mil mas al año, pero manteniendo en su poder

en calidad de rehenes á los hijos de auñ, á los cuales distinguió confidables cargos de importancia y casando á uno de ellos con una de sus hijas llamada *Akhiva* (1).

Terminada así la lucha civil, volvió el emir á Córdoba con gran alegría (año 800 de Cristo); pero no eran solos los enemigos interiores los que tenía que combatir. Los astures por Occidente y los francos por Oriente hacíanle también cruda guerra, y lo peor era que los últimos estaban ayudados por los malos musulimes, que con el fin de hacerse independientes, recurrían al reprochable medio de abrir al extranjero las puertas de la patria.

De todo esto resultó la pérdida de Barcelona y el establecimiento de la llamada Marca Hispánica, que los francos habían de dominar por algun tiempo. De nuevo se presentó Alhakem en la guerra, estipuló un armisticio con el rey de los astures, y marchando á la parte oriental recobró algunas ciudades, aunque no pudo volver á recobrar á Barcelona. Después de haber castigado á los walies infieles volvió á Córdoba. desde cuyo punto envió una embajada á África al joven Edris-ben-Edris, que acababa de ser proclamado emir independiente del Magreb, ofreciéndole amistad y alianza, pues convenia mucho á los Omníidas establecer amistosas relaciones con los enemigos de los abasidas de Oriente.

Desde este tiempo la vida del emir cordobés transcurre entre sangrientas tragedias, que acabaron por despertar en él los mas sanguinarios instintos, lanzándole hasta la locura.

Españámoslos sucintamente, tal como lo reclamian los límites y la índole de nuestro trabajo. No debemos olvidar que, cuando Amrú tomó á Toledo dejó en el gobierno á Yusuf su hijo. Aven este de pocos años, escitó en contra suya, con violencia y caprichosas crueldades, el ánimo de los toledanos. Valiéndose estos de la circunstancia de hallarse el emir en guerra con los francos, depusieron y encarcenaron al imprudente wali. Su padre pidió y obtuvo de Alhakem el gobierno de Toledo, pero al presentarse en esta ciudad, no respiraba mas que furor y venganza.

Necesitaba una ocasion para realizar sus rencorosos designios, y esta no tardó en presentársele. Pasando por las inmediaciones el hijo del emir, Abderrhman, que llevaba un refuerzo de 500 caballos á la España Oriental, le indujo Amrú á descansar en Toledo. Conseguido esto, brindó á los principales musulimes á un festín que preparaba al presunto heredero del trono de los Omníidas.

Todos asistieron sin prever lo que les esperaba, y mas de trescientos fueron decapitados por Amrú, aporciéndole al dia siguiente sus cabezas á la espectacion del público. El terror fué grande, pero la animadversión contra Amrú y contra el emir que consentía aquella monstruosa venganza, llegó tambien al mayor estremo. Como si esto no bastase, nuevos acontecimientos del mismo género, en los cuales estaba mas

estrechamente ligado el emir, ocurrieron poco despues en Córdoba. Veamos cómo.

Mientras que Alhakem se encontraba en Mérida, fraguóse en la capital una conspiracion contra su poder. Un primo suyo llamado Casim, fingió entrar en ella, y bajo la fé de conjurado se le entregó la lista de los conspiradores, que eran mas de trescientos de los principales musulimes de Córdoba. Notició estos sucesos el desleal Casim á su primo, advirtiéndole que arguya su presencia en la capital, y el emir no se hizo repetir esta indicacion, llegando repentinamente á Córdoba dos dias antes del prefijado para que estallase la rebelion.

«No se daríam el rey, añaden las historias arábigas, y por diligencia del *Walieda*, ó sea presidente del consejo, á la tercera vela de la noche, *só sentados sobre sus alfombras las trescientas cabezas de los conjurados*, mandando que amaneciesen puestas en garfios en la plaza, y escrito sobre ellas: *Por traidores asesinos de su rey.*» Quéó horrorizado el pueblo de tan repugnante espectáculo, tanto mas cuanto que la mayor parte de los habitantes de Córdoba ignoraban la causa de esta atroz ejecucion.

Comenzaron de nuevo las incursiones de los francos por la parte del Pirineo, y esta vez salió á perseguirlos el joven Abderrhman hijo del emir. Aunque el presente heredero del trono de los Omníidas apenas frisaban los diez y nueve años, combatió en estas empeñadas luchas con saguidad y resolucion, venciendo á los enemigos y rechazándolos con gran pérdida. En vez de proseguir la contienda regresó Abderrhman á Córdoba, siendo nombrado entónces wali de Zaragoza al sanguinario Amrú, ejecutor del degüello de Toledo.

Confabulóse este con Carlo-Magno para hacerse independiente; pero los otros walies de la frontera frustraron tales proyectos, destruyendo las huestes francas que invadieron de nuevo la Peninsula. Entónces entró en negociaciones Alhakem con el emperador germánico, pues á pesar de que sus tropas habían llevado la mejor parte en la lucha, conocia demasiado que no podia sostener ventajosamente la guerra con los francos y los astures á la vez.

Poco duró no obstante la paz. Los francos volvieron de nuevo á sus tentativas, pero con la misma desgracia. Sin embargo, si los musulimes triunfaron de ellos en diferentes encuentros y llegaron á invadir la Galia Narbonense, volviendo á la Peninsula con pocos despojos, fueron derrotados en la España Occidental por los astures y gallegos, viéndose obligados á estipular con estos montañeses una tregua de tres años.

En este tiempo fué proclamado en Córdoba Abderrhman, que tanto se había distinguido en las pasadas luchas, sucesor del imperio omníida con las acostumbradas ceremonias. Aunque otra vez volvió de nuevo á encendarse la guerra entre francos y musulmanes, cesó al poco tiempo sin que tuviese graves consecuencias.

Así como los antecesores de Alhakem habían empleado los ocios de la paz en empresas útiles en el embellecimiento de Córdoba y hasta en las tareas literarias, este emir entregóse de lleno á los deleites de la sensualidad. Encerrado en el alcázar de Córdoba, que

(1) Palabra que significa trono.

Los padres habían construido y embellecido con deliciosos jardines, vivía en medio de sus mujeres y esclavos, desplegando una magnificencia y prodigalidad, que solo podían sostenerse oprimiendo al pueblo con tributos insoportables.

De vez en cuando, alguna sentencia de muerte venía á advertir á los cordobeses que su emir seguía con los mismos instintos, y como no podía fundar su poder en el amor de sus pueblos, creó una guardia personal de 5,000 hombres, de los cuales 3,000 eran andaluces y 2,000 procedentes de Africa.

Para subvenir á los gastos que le ocasionaba esta especie de ejército permanente, que debía pagar con toda puntualidad, si quería que le fuese fiel, sobrecargó los tributos, llevando á su mas alto grado la exacerbadura de los cordobeses.

Negáronse un dia algunos habitantes á satisfacer el nuevo tributo; los recaudadores fueron maltratados, y habiendo sido presos diez de los amotinados, Alhakem los mandó empalar para escarmiento de los demás. Al acudir el pueblo á aquel espectáculo, como se reuniere una inmensa multitud, en especial del arrabal del Mediodía, y un soldado hirióse á un vecino casualmente, la multitud se amotinó de nuevo, asaltó los cuerpos de guardia, y atropellando cuanto á su paso se encontraba, llegó hasta las puertas del mismo Alcázar.

Poseído Alhakem de la mayor indignación al escuchar el ruido del tumulto, colocóse al frente de su guardia y cargó sobre la multitud peso de cólera, á pesar de los consejos de los que le rodeaban, entre los cuales se encontraba su propio hijo.

Huyó al arrabal la muchedumbre, y se encerró en las casas; pero mas de trescientos que cayeron en mano del emir, fueron clavados vivos en estacas, y cordobeses.

locados en hileras á lo largo del rio desde el puente hasta las últimas almazaras ó molinos de aceite.

No contento con esto, dió Alhakem una órden, por la cual se prescribió que el arrabal fuese saqueado por espacio de tres dias, sin que la soldadesca respetase mas que á las mujeres. Al cabo de este tiempo, fué aquel sitio destruído, prohibiéndose edificar de nuevo. Al cuarto dia, ordenó el emir que se quitase de los maderos á los justiciados, y si bien otorgó seguridad de la vida á los que se habían salvado de las anteriores tropelías, los desterró de Córdoba y sus alrededores. Muchos de estos infelices anduvieron errantes durante algun tiempo por las aldeas de la comarca de Toledo, hasta que por compasión les fueron abiertas las puertas de la ciudad. Mas de 15,000 pasaron al Africa con sus familias, quedándose 8,000 en el Monarch y continuando los restantes hacia Egipto (1).

Este inmenso y sangriento castigo, disminuyó en mas de 20,000 hombres útiles la poblacion de Córdoba, cifra que demuestra el gran número de habitantes que en aquel tiempo encerraba esta ciudad, cuando que solo de los arrabales tenia tanta poblacion. El arrabal quedó convertido en campo de siembra, y el emir sanguinario, que al principio de su reinado era apellidado por todos *Al-Ac-Madái* (el afable), fué llamado desde entonces *Al-Raddi* (el del arrabal), y tambien *Abul-Asy* (padre del mal).

A pesar de su carácter cruel, no era Alhakem tan empoderado, que la matanza del arrabal no hiciera



Interior de la Mezquita de Córdoba.

A pesar de su carácter cruel, no era Alhakem tan empoderado, que la matanza del arrabal no hiciera

(1) Debe observarse que tal es lo sucesivo de estos espantosos. Los que fueron á Oriente llegaron á Alejandría; los musulmanes de aquella ciudad hicieron vigilia por su muerte para impedir la entrada de los adventizos andaluces, pero estos despreciados, entraron por fuerza de armas y se hicieron dueños de su gobierno por barto tiempo. Captivos al cabo al valle de Egipto con los cordobeses, acco-

mella en su ánimo. Los recuerdos de aquella terrible jornada estaban siempre presentes en su ánimo, y lentamente se fué apoderando de él una hipocondría febril que le devoraba. Paseábase solo y como temeroso de sí mismo por las habitaciones de su alcázar, y su calenturienta imaginación le evocaba diariamente el recuerdo de aquella lucha, creyendo algunas veces encontrarse de nuevo en ella.

Al mismo tiempo daba frecuentes señales de demencia. Algunas veces llamaba á sus ministros á las altas horas de la noche, como si fuese á comunicarle algún asunto de importancia, para hacerles oír el canto de sus esclavos ó presenciar sus voluptuosos bailes. Entregábase otras á la poesía, y en cantos fugaces exclamaba la melancolía que se había apoderado de él. En una palabra, las historias arábigas han dejado consignados con respecto á este príncipe muchos rasgos de verdadera locura.

Fuése consumiendo la fiebre lentamente, y un jueves, cuatro días por andar de la luna dyhagía del año 205 de la hégira; esto es, el 22 de mayo de 822 de la Era cristiana, bajó al sepulcro el tercero de los Omníadas, arrependido de sus crueldades, según afirman los escritores arábigos.

«Trinta y un años, tres meses y seis días, dice un historiador musulmán, cumplió el hijo de Abhakem el día mismo que fué enterrado su padre é investido él de unos poderes que de hecho había ya ejercido en el imperio. Era Abderrahmán II hermoso de rostro, alto de cuerpo, esbulto de tallo, color triguero y bien dispuesta barba, que se tenía con albeña. Apellidábase ya *Almansáfar* ó vencedor feliz, por el valor con que había vencido y domado los rebeldes de las fronteras y los enemigos que habitaban los montes y sierras, gente rústica y feroz. Era tan intrépido y duro en la guerra como humano y benévolo en la paz; llamábasele el padre de los desvalidos y de los pobres: tenía además excelente ingenio y admirable erudición, y hacía elegantes versos. Gustábele la ostentación y la magnificencia, y aumentó su guardia con mil africanos, gente brillante y lucida.»

Así como atorgó de los reinados de los Omníadas se había inaugurado de un modo pacífico, el de Abderrahmán siguió las mismas huellas, pues tan luego como su tío Abdallah, que residía en Africa, supo la elevación de Abderrahmán al trono de Córdoba, reunió cuantos africanos pudo, y se presentó en la Península á disputar á su sobrino la soberanía, como lo había hecho con Hixem y Abhakem. Contaba Abdallah con el apoyo de sus tres hijos que residían en España; pero estos prefirieron los puestos que ocupaban, á lanzarse en el camino de las aventuras, y no respondieron al llamamiento de su padre.

Desde estos á dejar la ciudad mediante una suma considerable y con la condición de que se les dejase una parte de que establecieron. Poco después, á consecuencia de esta operación de Creta, que estaba poco poblada, y muy fértil en las aguas. Mandáronse Omar-ben-Nasr, y poco á poco se hicieron muchas bandes de cristianos en ciudades, en las cuales peregrinaron el islamismo. Allí se multiplicaron por espacio de 120 años, hasta que en 903 fué vencido su gobernador Almansor-ben-Omar y conquistada Creta por los emperadores de Bizancio. Los que quedaron en el Magreb se establecieron en Fez, en donde el emir El-Hix-ben-Ehix les permitió fundar un templo, que se llamó de los Andalusíes. Coele, tomo 2, pág. 323.

Bien pronto se vió este acosado por el emir y en la necesidad de encerrarse en los muros de Valencia, mientras que sus hijos se presentaban en el campo de Abderrahmán, con el fin de preparar una avenencia.

La sumisión de Abdallah se señaló por circunstancias particulares que demostraban la superstición de los musulmanes. Hé aquí cómo refieren esta anécdota los historiadores costáneos.

«Había dispuesto Abdallah hacer una salida con toda su gente contra los de Córdoba, y un día, jueves, habló á sus gentes y les dijo: «mañana, si Dios quiere, compañeros míos, haremos nuestra oración de Juma, y con la bendición de Alá partiremos el sábado, y pelearemos si fuese su divina voluntad. Venido el Juma, y congregada su gente delante de la mezquita de Bab-Tadmír ó puerto de Murcia, los hizo una plática, y al acabarla dijo: «Oh nobles compañías de varones, que Dios os sea misericordioso, creed que nos conviene pedir á su divina bondad que nos enseñe el camino que debemos seguir.» Alzó sus ojos y sus manos al cielo, y dijo: «Dios mío, si tengo razón y es justa mi demanda; si mi derecho es mejor que el del nieto de mi padre, ayúdame y dame victoria contra él; y si él tiene más fundado derecho al trono que su tío, bendicéle y no permitas las desgracias y horrores de la guerra y discordia que hay entre nosotros; apoya su poder y estado, y ayúdalo.» Todos los de la hueste, y muchas gentes de la ciudad que estaban presentes, dijeron á una voz: así sea; y en este punto sopó un viento muy frío y helado, extraño en aquel clima y estación, y dió á Abdallah un súbito accidente que le derribó en tierra y lo dejó sin habla; de suerte que se acabó la oración sin él, y lo llevaron al alcázar, y permaneció sin hablar algunos días. Luego soltó Dios su lengua, y dijo á sus candillos y wazires: «Dios ha declarado este negocio, así que no quiera Dios que yo intente cosa contra su divina voluntad.» Evió un wazir al campo para llamar á sus hijos, escribiendo al mismo tiempo al rey Abderrahmán, ofreciéndose á su obediencia con entera voluntad. Poco después mandó abrir las puertas de la ciudad, y habiendo entregado el wazir sus cartas al rey Abderrahmán y á sus hijos, estos, habida licencia del rey, montaron á caballo y fueron á la ciudad; adelantóse el wazir de Abdallah, y anunció á este la llegada de sus hijos, y salió á recibirlos con sus caballeros, y todos juntos vinieron al pabellón del rey Abderrahmán. Traían al venerable anciano en medio de sus hijos y seguían sus caballeros: apeáronse los hijos de Abdallah, y uno asió la brida del caballo y otro tuvo el estribo para que su padre descabalara, y lo entraron á la presencia de Abderrahmán, á quien Abdallah fué á besar la mano, y Abderrahmán lo recibió en sus brazos y le hizo toda honra y buena acogida; quedó asentada perpetua paz entre ellos, y le concedió Abderrahmán el gobierno y señoría de Tadmír, y allí falleció al cabo de dos años (823).»

Después de estos sucesos, y cuando el emir se disponía á licenciar sus tropas, recibió aviso de que los francos habían invadido de nuevo la frontera oriental musulmana. Sin pérdida de momento se dirigió Abderrahmán al punto atacado y rechazó al enemigo. Si



GONZALO DE CORDOVA
(EL GRAN CAPITAN)



hemos de creer: á las historias musulmanas, tomó de nuevo á Barcelona (1), á Urgel y á otras poblaciones, y dejando asegurada la frontera por aquella parte regresó á Córdoba.

Una vez en la capital, recibió una embajada que le envió el emperador de Constantinopla, el cual pretendía la alianza del emir español contra el califa de Oriente, alianza aceptada por Abderrahman contra el enemigo común de ambas dinastías.

Como una muestra de la cultura y desarrollo que iba adquiriendo la ciudad de Córdoba, y lo que á ello contribuyó el ilustrado gobierno de Abderrahman, debe tenerse presente, que tan luego como el emir se vio libre de los cuidados de la guerra, se dedicó á construir hermosas mezquitas, poniendo en ellas factos de mármol y de varios jaspe. Trajo á la ciudad dulces de las montes por medio de acueductos y encastados de plomo, construyendo también cómodos y abundantes ahorraderos para los gusdos.

Edificó alcázares en las principales ciudades de España, reparó los caminos, construyó las mezquitas de orillas del Guadalquivir, dotó las *madrasas* ó escuelas de muchos pueblos, y mantuvo en la madraza de la Aljama de Córdoba trescientos niños huérfanos.

Dado al cultivo de las letras, honraba con su amistad á los árabes y á los poetas, con los cuales, como en general con todos, se mostraba en extremo liberal y dadivoso.

Estas liberalidades salían, es cierto, de los impuestos, los cuales debían por lo tanto aumentarse, y esto produjo sensibles perturbaciones en Mérida y Toledo, que solo pudieron ser apagadas á costa de largas y desastrosas contiendas.

Al mismo tiempo los franceses continuaban en sus irrupciones, y como si todo esto no bastase, los normandos asolaban las comarcas meridionales de España.

A todo acudió Abderrahman con actividad y resolución; mas cuando consiguió destruir aquellos enemigos, una nueva calamidad se cernió sobre sus estados. Grandes sequías destruyeron las cosechas, y el hambre lastimó en extremo á los pueblos, ya agobiados por las anteriores calamidades de la guerra.

Entonces Abderrahman perdonó los impuestos; de su propio tesoro envió grandes socorros á los desvalidos; construyó toda clase de obras públicas para mantener á los jornaleros, y con otras medidas tan humanitarias como benéficas, conjuró en gran parte los males que azotaban á sus pueblos.

Debemos registrar un episodio de la vida de Abderrahman que está en la apariencia en contradicción con las dotes que resplandecieron en este príncipe; nos referimos á la persecución contra los cristianos, de los cuales muchos recibieron entonces la corona del martirio.

¿Cómo es, preguntan los historiadores, que Abderrahman, tan humano y caritativo hasta este punto, persiguiera después tan redamente á los mozárabes?

Consta la tolerancia de los musulmanes con respecto á los mozárabes, y también que estos adoptaron muchas de las costumbres de sus dominadores; pero como en una y en otra religion existían fanatismos, conservábase siempre vivas las antipatías entre conquistadores y conquistados.

Era difícil que entre ciertas clases del pueblo se desvaneciese esta antipatía, pues á ellas no podía llegar el espíritu de tolerancia, que engendra la cultura. Por esta razón no debemos extrañar, que, así como habia musulmanes que se consideraban como contaminados con solo el contacto con un cristiano, hubiese también cristianos fervientes, que, llevados quizá á un excesivo celo religioso, hiciesen alarde de sus ansias y despreciasen las de sus contrarios.

Los unos cristianos y los otros árabes intervenían para apaciguar estas disensiones nacientes; pero la mayor parte de las veces eran ineficaces sus esfuerzos. Los musulmanes (hablamos de los fanáticos), no podían escuchar sin ira el toque de campana que llamaba á los mozárabes al templo, y estos á su vez, cuando oían al *muezzin* convocar á los *fieles* á la oración desde lo alto del *minaret*, no se sentían cotados de la suficiente prudencia para contenerse.

Era natural, que siendo los cristianos los conquistados, la ley favoreciese á los conquistadores, y si bien gozaban en general de la libertad de culto, las palabras del Koran, estrechamente interpretadas por los *Shees* guardadores del Islam, daban en muchas ocasiones motivos de disgusto á los cristianos. Véase si no lo que se desprende de las siguientes leyes: El cristiano que penetra en una mezquita, se vea obligado á abrazar el islamismo ó era mutilado de piés y manos: el que una vez llegaba á pronunciar estas palabras del simbolo musulmán: *No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su profeta*, aunque fuese solo por juego ó en estado de embriaguez, era ya considerado como musulmán: el que tenía comercio con mujer musulmana, entendiase que abrazaba su religion: el hijo de mahometana y de cristiano ó vice versa, era reputado como musulmán; pues el profeta habia dicho muy astutamente, que debía seguir aquella de las dos religiones del padre ó de la madre que fuese la mejor, y era natural que fuese para los musulmanes la suya; y finalmente, el cristiano que de palabra ó de hecho injuriaba á Mahoma ó á su religion, veíase en la alternativa de abrazar el islamismo ó recibir la muerte.

El celo religioso, á veces indiscreto de los cristianos, el fanatismo de algunos musulmanes, las excitaciones ardientes de algunos monjes y cenobitas preparados para el martirio por la vida eremítica, debían provocar luchas, en las cuales los cristianos tenían naturalmente que llevar la peor parte. Las ejecuciones en algunos, animában á otros á ganar la palma del martirio, y cuantos que el monje Isaac bajó espontáneamente de su monasterio, comenzando á predicar el cristianismo en la plaza y en las calles de Córdoba, y que, no contento con esto, llegó á provocar al cadi ó juez de los musulmanes. El resultado de tan ferviente celo fué el martirio del monje; pero en vez de servir de escarmiento este ejemplo, los héroes que daban su

(1) Nació en los montes cristianos.

sangre por Jesucristo se multiplicaban. El presbítero Eulogio, uno de los varones más verdados en las letras divinas y humanas, exhortaba incesantemente con sus palabras y sus cartas á despreciar la muerte, á persistir en la fé de Cristo y á injeriar la religion mahometana. Multitud de vírgenes, de sacerdotes, de cristianos de todas clases del pueblo sufrieron el martirio; pero la misma heroica serenidad con que soportaban la muerte, excitaba á otros á seguir este ejemplo.

Entonces se presentó un hecho extraño, y que quizá no tenga semejante en la historia, el de un concilio católico convocado por un califa musulman. Persuadido Abderrahman de que cada nuevo suplicio provocaba otros muchos, convocó en Córdoba para un concilio nacional á todos los obispos muzárabes, para que acordasen un medio de poner coto á estas escenas, declarando que no debían ser considerados como mártires los que voluntariamente buscaban el martirio.

Presidió este concilio el arabesigo de Sevilla Recaredo, y en efecto se dió esta declaración; pero el famoso Eulogio escribió con fervor condenando esta doctrina. La efervescencia aumentó en extremo el valor de los fieles, y con él el rigor de los mahometanos, todo lo cual produjo una dispersion de muzárabes, y el mismo obispo de Córdoba, Saul, fué encarcelado por mandato del metropolitano de Sevilla; que hasta tal punto estaban divididas las opiniones de los cristianos sobre este asunto (1).

La muerte de Abderrahman, acontecimientos (852), y la elevacion al trono musulman de su hijo Mohammed I, aumentó la persecucion en vez de apaciguarla, y entonces á los mártires de la primera campaña, hubo que añadir los nombres de Eulogio y Leoricia.

No obstante, no todos manifestaron la entera satisfacción para conquistar el martirio, algunos apostataron de sus creencias, y otros, entre los cuales se contaba el obispo de Málaga, Hostigiesio, y Samuel de Elvira, además de no ser modelos de buenas costumbres y arrastrados quizá por la avaricia, excitaron á Mohammed á que exigiese nuevos tributos personales á los cristianos. Para este resultado le aconsejaron hiciese un empadronamiento general y escrupuloso, poseiendo á su disposición el de sus diócesis respectivas. El conde cristiano, Servando, hizo causa comun con los obispos disidentes, y entonces presentósé á combatir esta conducta el abad Samson, varon respetado por su ciencia y por su piedad.

Hostigiesio, para evitar el golpe, de acuerdo con Mohammed, convocó un concilio de todos los obispos de la comarca para juzgar la conducta de Samson. Cebaleño este concilio en Córdoba con asistencia de los prelados de Calva, Ecija, Almería, Elche y Medina Sidonia, y el resultado fué la condena de Samson. Presentó este, el obispo de Córdoba, Valencia, se retrac-

tó de su primera decision, y para demostrar la consideracion que le merecia el monje perseguido, le nombró abad de la iglesia de San Zoilo. Este nombramiento irritó en extremo á Hostigiesio y á Servando, los cuales consiguieron al fin que el abad fuese depuesto y desterrado á Martos. Aquí escribió la defensa de su doctrina, con el título de *Apologético*, con lo cual se acaloraron mas los ánimos.

Finalmente solo el tiempo pudo templar poco á poco aquella cruda guerra, que dió márgen en lo sucesivo á tan ruinida controversia entre los mismos teólogos.

Uno de los episodios del reinado de Mohammed fué la sublevacion de Muza. Era este godo de origen, que, habiendo abrazado el islamismo, alcanzó en tiempo de Abderrahman gran importancia. Valiéndose de la astucia, se apoderó de Zaragoza y otras ciudades importantes de aquellos contornos, y entonces se declaró contra los musulmanes aliándose con los cristianos. Mohammed salió á su encuentro y le derrotó. Volvió despues á Córdoba, dejando á su hijo A. woodhir al frente de las tropas, las cuales fueron vencidas á su vez por el rebelde Muza.

Este hecho engendró tanto á aquel aventurero, que se llegó á titular el tercer rey de España, y no del todo sin razon, pues consiguió constituir un territorio independiente entre las posesiones musulmanas y cristianas. No obstante, Muza fué derrotado por el rey Ordoño, y tuvo que refugiarse en las provincias del Oriente al lado de dos hijos, de los cuales uno gobernaba en Zaragoza y otro en Tudela, el cual llegó á entablar tratos de amistad con el rey de los cristianos.

Hacia ya algun tiempo que otro hijo de Muza, llamado Lupo, se mantenía en Toledo, sitiado por el hijo de Mohammed, cuando se presentó el mismo emir á activar las operaciones del sitio; pero aun entonces logró escapar Lupo de la suerte que le esperaba refugiándose en la corte de Ordoño por medio de un astuto ardid.

De nuevo volvieron los normandos, despues de haber sido rechazados de las costas de Asturias y Galicia, á presentarse en Andalucía, anegando algunos pueblos y alquerías, hasta que, acosados por Mohammed, tuvieron que volver á embarcarse.

Como la guerra era en aquel tiempo el estado normal de España, apenas terminada una volvía á estallar otra, y cuando aun no habia envalunado el acero el emir cordobés, recibía la noticia de que sus estados se veian amenazados de una formidable invasion. Tratóbase esta vez de una expedicion combinada, emprendida por el rey Ordoño por la parte de la Lusitania y por los franceses que penetraba por el Oriente. Creyó Mohammed llegado el caso de publicar la guerra santa, á la cual estaban obligados á asistir todos los musulmanes que se encontraban en estado de empuñar las armas, y despues de variadas peripecias, y habiendo conseguido alianza con Carlos el Calvo, rey de los franceses, consiguió apaciguar sus estados, volviendo de nuevo á Córdoba, donde fué recibido en triunfo por las victorias que acababa de alcanzar.

Continuaron las guerras entre los mismos y cristianos y las luchas civiles entre los de la misma religion,

(1) No es de nuestra incumbencia juzgar la conducta de los cristianos de Córdoba, que ha sido objeto de las mas empuñadas controversias entre los teólogos. Solo debemos decir, que los mártires de Córdoba fueron reconocidos en el catálogo de los santos por los Papas. Por lo demás, el que quiera ilustrarse sobre los débidos cuestion, puede consultar el Padre Pignas en el tomo X de sus *Epístolas Serenas*, la obra de Juan Eulogio, ó el tratado de Don Alvaro Cordobés, que en otra lugar dejamos citado.

en las cuales representó un importante papel el hijo del emir, titulado Almondhir, el que fué llamado á suceder en el trono de los Omniadas á su padre. Hé aquí en que términos dan cuenta de la muerte de Mohamed los historiadores arábigos. «Los mas grandes acontecimientos como los mas leves, el hundimiento de una montaña como el movimiento y la vida de una hoja de sisece todo procede de la Divina voluntad, y está escrito en la tabla de los eternos hades, cómo y cuándo el soberano Señor lo quiere: así fué que el rey Mohammed, hallándose en dolencia alguna y recreándose en los huertos de su alcázar con sus waizares y familiares, le dijo Hixem-ben-Abdelasix, wali de Jaen; ¡qué feliz condición la de los reyes! ¡para ellos solos es deliciosa la vida! ¡para los demás hombres carece el mundo de atractivos! ¡qué jardines tan amenos, qué magníficos alcázares, y en ellos cuántas delicias y recreos! Pero la muerte tira la cuerda limitada por la mano del hado, y todo le trastora, y el poderoso príncipe acaba como el rústico labriego.» Mohammed le respondió: «La senda de la vida de los reyes está en apariencia llena de aromáticas flores, pero en realidad son rosas con agudas espinas; la muerte de las criaturas es obra de Dios y principio de bienes inefabiles para los buenos; sin ella yo no sería rey de España.» Retiróse el rey á su estancia, y se reclinó á descansar, y le alcanzó el eterno sueño de la muerte, que roba las delicias del mundo y ataja y corta los cuidados y damas esperanzas humanas. Esto fué al amanecer del domingo 29 de la luna de Safa, año 273 (896 de J. C.), á los sesenta y cinco años de su edad y treinta y cuatro y once meses de su reinado: tuvo en diferentes mujeres diez hijos, y le sobrevivieron treinta y tres: fué de buenas costumbres, amigo de los sábios, honraba á los sines, huíase á sus tradicionalistas.»

Certo fué el reinado de su sucesor Almondhir. Saliendo contra los hijos de Hafsum, que todavía mantenían el escandalo de la rebelion en gran parte de España, pereció en una batalla llevado de su natural ardor.

Uno de los hermanos de Almondhir, llamado Abdallah, que le acompañaba en la expedicion, volvió precipitadamente á Córdoba, al qual le eligió por emir, á pesar de que Almondhir habia dejado sucesion.

Otros hermanos de Almondhir, y por lo tanto del nuevo emir, protestaron contra aquella eleccion, y á ellos se unió un hijo del mismo Abdallah que gobernaba en Sevilla. Desde este tiempo hasta la muerte de Abdallah, conviértese la historia musulmana en un tejido de luchas civiles, de aprehensiones de cristianos, de confusion y lucha, que solo el sumo indomable del emir pudo conjurar.

En resumen, Abderrahman, hijo de Abdallah, salió contra los revoltosos de Andalucía mientras su padre peleaba por el Norte. Despues de mil peripecios, Mohammed, el rebeldé hijo del emir, y los dos hermanos de este, cayeron en poder de Abderrahman, que les rindió á prision. Mohammed murió al poco tiempo, segun el rumor del pueblo violentamente, y por este motivo á un hijo que dejó, llamado Abderrahman, se le

designó con el nombre de *Ben-el-Mastul*, el hijo de asesinado.

Este tierno príncipe fué llevado á la corte de Córdoba y educado con esmero, siendo ya desde niño la delicia del pueblo por las nobles cualidades que reunia. El hijo del emir, llamado tambien Abderrahman *Almudáfar* por sus victorias, parecia el destinado para heredar á su padre; pero Abdallah al morir declaró por sucesor suyo á su victo, con beneplácito, no solo de todos los cordobeses, sino tambien de todos los honrados musulimes. El hijo del emir fué uno de los primeros que le reconocieron sinceramente. De este modo llegó á ocupar el trono de los Omniadas Abderrahman III, el más célebre de aquella dinastía, que por sus grandes hechos mereció el dictado de Grande, con que le designa la posteridad.

CAPITULO VII.

En tiempo de este príncipe llega el califato de Córdoba á su mayor grandexa; pues si bien es cierto que algunos años despues, las victorias de Almanzor ensancharon sus linderos, á la muerte de este célebre guerrero, derrumbóse aquel poder, que ya entonces tenia mucho de artificial. Como Abderrahman es el mas genuino representante de la dominacion Omniada en España, examinaremos con algun detenimiento su reinado, segun lo merece por su importancia.

Segun dicen las historias musulmanas, todos los pueblos, y todos los partidos recibieron con satisfaccion la nueva de la proclamacion de este príncipe, y esta vez los musulimes no se engañaron en sus predicciones. Veian en él los partidarios de Abdallah al predilecto de su abuelo, los revoltosos de Andalucía esperaban tolerancia de su soberano, cuyo padre habia sido sacrificado por su propia causa, y hasta los musulimes de Córdoba y del resto de Andalucía, despues de las persecuciones sufridas, miraban con benevolencia á un príncipe musulman por cuyas venas corría sangre cristiana, porque la madre que le parió, dicen las historias arábigas, se llamaba Nuria, y habia sido hija de padres cristianos (1).

Abderrahman fué el primer emir de Córdoba que tomó el título de Califá á imitacion de los de Bagdad, y los pueblos pare manifestarle en afecto, le dieron los títulos de *Iman de Al-Narsi-Labín-Allah* (comparador de la ley de Dios), *Emir Al-muslimin* (príncipe de los fieles), de donde nuestros cronistas tomaron la palabra *Miraxmalia*, con que designaban á los califas de Córdoba.

Hasta este tiempo los soberanos cordobeses habian acuñado las monedas con las mismas leyendas que usaban los Califas de Oriente, sin que satisficieran mas que por el lugar de la acuñacion; pero Abderrahman puso ya su nombre y títulos. En uno de los lados se inscribia esta leyenda: *No hay mas Dios que Dios solo y sin compañero*: en la otra se grababan las siguientes palabras: *En el nombre de Dios, este diáshem*

(1) Segun un manuscrito del Escorial, Abderrahman III era nieto de Abdallah y de la hija de Garcia Iñiguez de Navarra, la qual fué cautiva en la batalla de Aybar. Mohammed, hijo de este cristiano, se casó tambien con otra llamada Nuria, de quien nació Abderrahman.

(dinar) ha sido acuñado en tal año. En el otro lado se escribía: *Inaa, Alnasir, Ledin, Allih, Abd-el-Bakman Emir Almansur*; y finalmente, la siguiente leyenda: *Makana es el apóstol de Dios: Dios le envió para dirigir el mundo, para asociar la verdadera religión, y hacerla prevalecer sobre todas las demás, á despecho de los adoradores de muchos dioses.* La forma de los caracteres arábigos, las abreviaturas de que son susceptibles, y la falta de buato, permitía que se grabasen en las monedas tan largas leyendas.

El primer cuidado de Abderrahman, fué salir contra los hijos del rebelde Hafsúm que dominaban aun en Toledo y en la mayor parte de la España oriental. Llevó en su compañía á su tío Almuhammad, y ambos ejércitos contendientes se encontraron en una estensa llanura situada entre Toledo y las montañas de Cuencas. Después de un reñido combate venció el joven califa. Era la primera batalla en que se hallaba, y se estremece al ver tanta sangre derramada, mercedádale igual compasión los heridos de ambos bandos, y así mandó que se les curasen con igual esmero.

Ben-Hafsúm se retiró á Cuencas con fuerzas todavía respetables, y Abderrahman, dejando el cuidado de la guerra á su tío, regresó á Córdoba acompañado de los principales jefes andaluces.

Dirigióse entonces á las comarcas de Jaén y Elvira, en donde muchos alcaldes y wazires se mantenían en abierta rebelión; y mas que á la fuerza de las armas se sometieron al influjo de las prendas personales del joven califa. Con tan satisfactorios resultados volvió á Córdoba, en donde fué recibido con las muestras del mayor entusiasmo.

Pero ni estas amistades eran duraderas, ni los cristianos dejaban descansar á los musulmanes con las continuas invasiones que hacían por la parte del Norte. Es cierto que el tío del califa consiguió victorias notables sobre los rebeldes hijos de Hafsúm; pero estos mantenían la guerra civil sin someterse por completo. Víase precisado Abderrahman á proclamar la guerra santa, y después de grandes esfuerzos consiguió apoderarse de Toledo, como lo había hecho anteriormente de Zaragoza.

Desde este tiempo guerras continuas, unas veces por la parte del Norte y otras por la de Africa, distraían el ánimo del califa. El resultado era vario, como puede suponerse; pero al fin, después de tantas luchas, vino un temporal reposo, y el califa pudo entregarse á trabajar por el florecimiento de su estado y por el embellecimiento de la ciudad favorita de los musulmanes, Córdoba.

Construyó en esta ciudad nuevos palacios, alcázares y mezquitas, ensanchó las antiguas segun las necesidades siempre crecientes de aquella populosa población. Dotóla además de aguas potables, construyendo muchas y abundantes fuentes y baños públicos para solaz y recreo de sus habitantes. Siguiendo la costumbre de sus antepasados, visitó las principales ciudades de su imperio proveyendo á las necesidades del gobierno, captándose en todas partes la adhesión de los pueblos por su estabilidad y justicia.

Vuelto á Córdoba, montó su corte con una esplendor enteramente oriental, llamando justamente la

atención de los demás soberanos, que le enviaron frecuentes embajadas.

Sin embargo, la obra mas notable, si bien no la mas útil, de su reinado erigió Abderrahman, fué el célebre sitio de recreo de *Medina-Zahara*. Ningun vestigio ha llegado hasta nuestros dias de este espléndido palacio de inmensas dependencias, y si se tratase de tiempos mas remotos y no le encontrásemos citado en multitud de escritores contemporáneos y posteriores, muchos de ellos de reconocida veracidad, creeríamos que se trataba de una ficción, creada por la fecunda fantasía de los escritores orientales.

Las temporadas en que la guerra exterior y la lucha intestina cesaban, refugiábase Abderrahman en Córdoba, en donde se ocupaba en el fomento de las obras públicas y el desarrollo de los estudios, honrando con tola suerte de distinciones, favores y recompensas, á los sábios y poetas que constituían el principal ornato de aquella espléndida corte. La primavera y el otoño pasábalo Abderrahman en un hermoso, pintoresco y apacible sitio, situado á cinco millas rio abajo de Córdoba, en el valle ameno que el Guadalquivir riega con sus transparentes aguas.

En él hizo construir magníficos y deliciosos jardines, predilecta pasión de los árabes, levantando en el centro un alcázar soberbio, que se propuso hermosear con cuanto la naturaleza y el arte producen de mas bello y suntuoso.

Dedicó el califa esta encantadora mansión á una esclava favorita, la mas hermosa de su harem, llamada *Zahara*, voz que significa *perla*, y este mismo nombre tomó, segun ya dejamos indicado, aquella espléndida posesión, una de las principales maravillas de la comarca de Córdoba.

Segun cuentan unánimemente las historias arábigas, trabajaban diez mil hombres, mil quinientos mulos y cuatrocientos camellos, y estraban en la obra diariamente seis mil piedras labradas, sin contar el número infinito de mampostería. Todos los pavimentos de las diversas habitaciones eran de preciosos mármoles de los mas variados y caprichosos colores, combinados con estudio y arte, de modo que produjesen agrado á la vista. Los techos todos de primorosos arcos de cedro con relieves de un trabajo esquisito, plateados de oro y azul. Las paredes interiores eran tambien de mármoles escogidos, formando fajas y labores en consonancia con el decorado del suelo y del techo.

En los principales salones habia fuentes de mármol, que con sus variados ruidos contribuían á refrescar el ambiente, y en la habitación llamada del califa estaba colocada una de jaspe con un cisne de oro de esquisita labor. Para completar la suntuosidad y belleza del aposento, sobre la fuente del cisne pendía del techo una magnífica perla, regalo del emperador bizantino Leon VI. Esta fuente habia sido trabajada en Constantinopla, en cuya ciudad en aquella época habian alcanzado las artes gran desarrollo.

Todo el edificio contenia cuatro mil trescientas columnas de preciosos mármoles, lo cual le daba un aspecto mágico y aéreo.

En las inmediaciones del palacio se hallaba el ge-

neralife, jardín de recreo, en el cual había multitud de bosquecillos de laureles, arrayanes, mirtos y otros bellos árboles y arbores, sin que se olvidasen los frutales que prosperaban en aquel férax terreno. Estanques y lagos de las mas caprichosas formas, contenían multitud de sabrosos peces y toda clase de aves acuáticas, en cuyas puras y transparentes aguas se reflejaban, como en límpidos espejos, las frondosas copas de los árboles y las arreboladas nubes del cielo.

Veíase en medio de los jardines y construido sobre un cerro que los dominaba, el pabellón del califa, sostenido por columnas de mármol blanco, ornadas de dorados capiteles, en cuyo aposento acostumbra descender cuando regresaba de la caza, ejercicio á que era muy aficionado como todos los soberanos de la dinastía Omniada. Cofetase que en el centro de este pabellón había una gran concha de pórfido con un surtidor de azogue vivo, que por medio de un aparato convenientemente dispuesto, fluía y refluía como si fuese de agua. Las puertas de este pabellón, eran de ébano con delicadas y caprichosas incrustaciones de marfil.

Los baños de los jardines eran asimismo de mármol, hermosos y cómodos; las alcantías, cortinas y velos tejidos de oro y seda con figuras de flores y animales, tan primorosamente pintados, que parecían vivos y naturales á los que los contemplaban. Finalmente, esclama al llegar á este punto un historiador musulmán: dentro y fuera del alcázar estaban como comendadas todas las riquezas y delicias del mundo que puede gozar un príncipe poderoso. Con razon, pues, dice otro historiador: «que solo el Dios del cielo podría llevar cuenta de los grandes tesoros que en esta posesion consumió el califa Abderrahmán.»

Fastoso y esplendido, hasta sobrepujar á los soberanos mas opulentos del Oriente, hizo construir en Medina Zahara una mezquita, que, si bien no era tan grande como la erigida en Córdoba por su antecesor Abderrahmán I, le llevaba gran ventaja, en cuanto á hermosura, suntuosidad y elegancia.

Mas que una posesion aislada, fué bien pronto Zahara una verdadera ciudad, pues además de la multitud de edificios que constituían la morada del califa, y de los cuales hemos hecho una ligera descripción, tenía cuarteles estensos y cómodos para la guardia personal del soberano, creada por el segundo Abderrahmán y aumentada notablemente en esta época. Compusase en tiempo de Abderrahmán la guardia de doce mil hombres, de los cuales, cuatro mil eran slaves de á pie, cuatro mil africanos zenetas de caballería y otros cuatro mil caballeros andaluces, que gastaban un fastuoso lujo en sus trajes y monturas. Los jefes y capitanes de esta guardia, debían ser individuos pertenecientes á la familia real ó de las principales Andalucías.

Cuando el califa salía á caza, le acompañaban, además de una numerosa guardia, algunos wazires, alcaifes (secretarios), sábios, poetas y astrónomos, pues en todos los actos de la vida se rodeaba Abderrahmán de una pompa verdaderamente oriental.

Después de esta descripción, no podemos menos de lamentarnos de que la mano destructora del tiempo,

ayudada de la no menos funesta de los hombres, haya aniquilado este verdadero paraíso, de manera que ni en solo vestigio nos reste de tantamaras villas, de tantas riquezas construidas. Para que no podamos considerar fabulosas las descripciones de los historiadores árabigos, nos certifica de la existencia de esta ciudad, y vienen en auxilio de su testimonio muchas monedas acuñadas en su sazón (casa de moneda), que han llegado hasta nosotros resistiendo al destructor impulso de los siglos. Medina Zahara se edificó por los años 324 y 325 de la hejira, ó sea el 936 y 937 de nuestra era.

La fama del esplendor de la corte de Córdoba, habia llegado hasta los reinos extranjeros, especialmente cuando Abderrahmán llevó sus victoriosas armas al Africa y conquistó el Almageb. El emperador de Oriente, Constantino Porphirogeneta, cuya familia desde algun tiempo antes estaba en relacion con los emires de Córdoba, envió por aquel tiempo (949) á Abderrahmán III una embajada en solicitud de que se renovasen las antiguas relaciones de amistad y alianza, que habian existido entre ambas cortes.

La carta del emperador veía trazada en pergamino con caracteres de oro y azul, conteniendo además otra de letras azul y plata, en que se hacia referencia de los regalos que el príncipe bizantino enviaba al califa de Córdoba. La primera era un autógrafo del mismo emperador, del cual se cuenta que era excelente calígrafo, y estaba cerrada con un sello de oro del peso de cuatro mitcales, en cuyo anverso se representaba el rostro de Cristo, y en el reverso los bustos de Constantino y de su hijo Romano.

Iba encerrada esta carta dentro de una caja de plata hábilmente cincelada, en la cual y en un marco de oro, veíase el retrato de Constantino pintado sobre cristal. Otra segunda caja de forma de cáncax, forrada de tela de oro y plata, cubria la primera. Comensaba la misiva del emperador griego de este modo: «Constantino y Bonifacio, adscritos del Mesías, ambos emperadores y soberanos de Roma, al grande, al glorioso, al noble Abderrahmán, califa constante de los árabes de España, prolongue Dios su vida...»

Teniendo en cuenta el carácter fastuoso de la corte de Córdoba en aquella época, el recibimiento no podia menos de corresponder, en brillo y magnificencia, al ceremonial de la embajada. Desde que Abderrahmán supo que se acercaban los enviados del emperador Constantino, envió á la frontera al caballero musulmán Yahya-ben-Muhammed con recogido séquito á recibirlos, y tan luego como estuvieron en las cercanías de Córdoba, salieron á darles honorífica escolta las mejores tropas de la guardia del emir á las órdenes de los mas renombrados jefes.

Fueron alojados en el magnífico palacio Merwan de Córdoba, residencia primitiva de los emires de la dinastía Omniada, y en los dias que trascurrieron desde su llegada hasta el de la recepcion oficial, permanecieron en este punto sin comunicar con nadie.

Celebróse la ceremonia de la solemne recepcion el 11 de la luna de rabio, primera (7 de setiembre de 949), formaron las tropas de la guardia del califa con los mas lujosos trajes, el pético, escalera y vestíbulo de palacio, se adornaron con precisas colgaderas

de oro y seda. Recibió el califa á los embajadores bizantinos, sentado en su trono, con sus hijos á la derecha, sus tíos á la izquierda. Los hijos de los wazires con los funcionarios subalternos, vestidos con ricos trajes, ocupaban el fondo del salón.

Aparecieron los enviados de Constantino y presentaron á Abderrahmán la misiva de su soberano, despues de lo cual ordenó el califa á los poetas y literatos de su corte, para hacer los honores á la embajada, que celebraran la grandeza del islam y del califato, dando gracias á Dios por la proteccion manifiesta que habia dispensado á la verdadera religion. Sobre este detalle refieren los historiadores arábigos una curiosa anécdota, que, aunque algo exagerada por la imaginacion hiperbólica de los orientales, manifiesta, no obstante, el espíritu de ilustracion que reinaba en la corte de Córdoba.

Después que, turbados oradores y poetas por el brillo y majestad de aquella asamblea, bajaron la vista, pudiendo apenas balbucear algunas palabras, y todos se detuvieron dichas las primeras frases de sus respectivos discursos. Mahammed-ben-Abdilbar, encargado por Alhakem, hijo mayor del califa, de pronunciar una oracion, custado intentó hablar, súbitos repentinamente indispuesto, y no pudo proseguir su apenas comenzada peroracion. Hallábase en calidad de huésped del califa un famoso sábio y poeta llamado Abs-Aty-el-Kaly, que con este motivo fué invitado para que hablase; pero ni él ni nadie pudieron proferir sino algunas breves palabras. Entonces se presentó un jóven, á quien nadie tenia por poeta, y sin preparacion alguna, pronunció un largo discurso, que mas bien, dicen, fué un largo poema, y eso con tal elegancia, facilidad y fluencia, que dejó asombrada á la asamblea, siendo mirado desde entonces aquel jóven, ignorado y oscuro, como un génio superior. Llamábase Almondhir-ben-Said, y tan satisfecho quedó el califa de las disposiciones de aquel jóven, que le nombró para una de las primeras dignidades de la mezquita de Zahara, y despues le hizo caudillo de los cadetes de la gran aljama de Córdoba, que hasta tal punto distinguian los ilustrados Omniadas el talento y el génio en cualquier punto en que le encontrasen.

Despues de haber residido por espacio de algun tiempo los embajadores en Córdoba, visitando y admirando las muchas maravillas de la corte de los califas encerrada, despidiéronse de Abderrahmán, el cual dispuso que los acompañara hasta Constantiнополь uno de sus wazires, con el encargo de saludar al emperador y entregarle algunos presentes. Consistían estos en hermosos caballos andaluces, con juncos y armas. De este modo se consolidaron las relaciones con el imperio griego, y se estrecharon mas y mas los lazos de amistad que ya unian á ambos príncipes.

Necesitamos relatar aqui, si hemos de consignar los hechos principales que acaecieron en el largo reinado de Abderrahmán III, un suceso trágico que acobardó la satisfaccion que Aderrahmán podia disfrutar, encontrándose en el apogeo de su gloria y de su grandeza.

Tenia el califa dos hijos: Alhakem y Abdallah, ambos de brillantes dotes, instruccion esmerada y vas-

ta erudicion. El segundo, Abdallah, era astrónomo, poeta, jurisperito é historiador, gozando, como era natural, de gran crédito en una corte tan ilustrada como la de Córdoba. A pesar de esto, Abderrahmán preferia al hijo mayor Alhakem, principe tambien recomendable, que habia recibido una esmerada educacion, y por el cual su padre habia hecho venir á Córdoba maestros del Oriente á costa de grandes dispendios. Digno Alhakem por las dotes que reunia y por su carácter afable y benigno, de ocupar el trono de los Omniadas, habia sido designado por Abderrahmán para sucederle en el trono, lo cual excitó en extremo la envidia de su hermano, que se creia con superiores títulos y talento para ser el preferido: Si á esto añadimos las sugerencias de un consejero ambicioso que disfrutaba de su confianza. Llamado Ahmed-ben-Mohammed, comprendemos que se preparaba una catástrofe en el seno de la misma familia de los califas. En efecto, queriendo Ahmed explotar en su provecho la popularidad de Abdallah, empleó la adulacion para lauzar al jóven príncipe á la desobediencia; tratando de demostrarle con toda clase de pérfidas sugerencias, que todo el pueblo estaba disgustado de la preferencia que su padre habia dado á su hermano; que todos reconocian la superioridad de los talentos de Abdallah, y que, por lo tanto, se encontraba dispuesto á hacer una manifestacion popular para que el califa revocase su determinacion, para lo cual era solamente preciso su consentimiento. Habló Ahmed tambien del ejemplo del primero de los Omniadas de España, que habia preferido para sucederle á su hijo tercero, atendiendo á la superioridad de sus talentos, que era el mismo caso en que se encontraba Abdallah con respecto á su hermano Alhakem.

Tanto insistió el ambicioso consejero, y tan factible supo plantar la empresa, que Abdallah, no solo dió su consentimiento para trabajar en el sentido de promover la manifestacion popular propuesta; sino que por sí mismo trató de ganar á su partido á los wazires, caudillos y musulimes de mas valor. Ahmed, menos prudente que ambicioso, y menos cauto que intrigante, confió el secreto de estos proyectos á uno, con cuyo auxilio creyó contar; pero que lo declaró todo al califa designando el dia en que debía estallar el movimiento, que era el de la Pascua de las Victorias, una de las cuatro que celebraban los musulmanes españoles.

Al escuchar tan grave revelacion, recurrió el califa al consejo de su tío Almondhaffir, y con el designio de averiguar cuanto habiese en el asunto, enviaron uno de los wazires al palacio de Merwan en que habitaba Abdallah con la misiva de sorprender á media noche al príncipe.

Cumplió el wazir su encargo reduciendo á prision al hijo del califa, á Ahmed y á otro caballero, conocido con el nombre del señor de la Rosa (Sard el Ward) y los condujo á Zahara á presencia del califa. Cuéntase que, cuando Abdallah fué presentado á su padre, este le dirigió las siguientes palabras: «¿Te tienes por ofendido porque no reinaste?»

La única respuesta de aquel drachichado, fueron las lágrimas y sollozos, contestando cuando fué interrogado, que las sugerencias de su ambicioso conse-

jero le habian conducido á aquel estado; que Ahmed aspiraba á ser cañí de los cañes de todas las provincias de España; pero que el señor de la Rosa era inocente, y no habia tomado parte alguna en aquella conjuración.

Mas bien que como padre amoroso, se condujo en aquella ocasion Abderrahman como juez severo é implacable. Ni el sincero arrepentimiento del desdichado Abdallah, ni sus protestas, ni la intercesion de su hermano, le libraron de la sentencia de muerte. Albakon intervino acerca de su padre para que no se ejecutase; mas Abderrahman le contestó en tono resuelto: «Bien está de tu parte la intercesion y la de ruegos, y si yo fuese un hombre privado y pudiera escuchar solo los impulsos de mi corazon, desde luego accederia á tus súplicas; pero como imam y cañí que soy, tengo un deber de justicia que cumplir y dar ejemplo de ella á mis pueblos mientras viva: yo debo imitar al gran cañí Omar-ben-Alchitab; así, pues, ni tus lágrimas, ni mi desconsuelo y el de toda nuestra casa, pueden librar á mi desdichado hijo de la pena debida á su crimen (1).»

El cómplice de Abdallah, Ahmed, previendo la suerte que le esperaba, se encicó en la cárcel la víspera de su ejecucion. El príncipe, interesado por el señor de la Rosa, que, segun él, estaba inocente, recibiendo la muerte en la misma prision la noche destinada para la asonada.

Fué enterrado al día siguiente en el cementerio de Ruzafa, acompañando sus restos mortales, no solamente

te toda la familia real, sino tambien los principales nobles de Córdoba. Al referir estos dolorosos sucesos, exclama un historiador musulmán: «Como las desgracias no vienen nunca solas, poco despues fulminó el príncipe Almudhaffar, tío del rey, con gran dolor de este, que le amaba como á padre.»

El sentimiento de Abderrahman estaba plenamente justificado, pues este esforzado príncipe, aunque se vió postergado por el *Ajío del asesinado*, supo comprender la gran popularidad de que gozaba este entre el pueblo, y la conveniencia de que reinase para los intereses de la España musulmana. No contento con haber hecho tan costoso sacrificio, fué siempre, durante su vida, una de las columnas mas firmes del Estado.

Despues de este tiempo, nuevas empresas exteriores distrajerón el animo del cañí. Sus posesiones de Africa fueron raudamente atacadas por tropas procedentes del imperio fatimita; pero Abderrahman se trasladó á Africa con la cida ejército, y recobrando sus plazas tomadas por el enemigo, le hizo experimentar derrotas de consideracion.

La fama del cañí de Córdoba iba cada dia en aumento, hasta llegar á las agerribas regiones de la Alemania. El rey de Germania, Othou el Grande, estaba en relaciones de amistad con el cañí de Córdoba, y mas de una vez mediaron entre ambos soberanos

tratos y convenios. Referiremos ahora uno de los episodios mas dramáticos del reinado de Abderrahman, que demuestra á la vez, tanto la importancia que ha-



Torre de San Nicolás.

(1) El ejemplo á que alude aquí Abderrahman es el de Habis de Abu-Nabha, cuando su padre el cañí Omar le mandó matar con quequier severidad. El cañí musulmán Elabl, cuando en muy pocas palabras esta descripción de la familia de Abderrahman, llamado Abdallah, hijo de Alasir, musulmán muy creyente y virtuoso, fue

bia llegado á alcanzar la corte de los califas españoles, como el espíritu religioso que inflamaba á los pueblos cristiano y musulman.

El califa de Córdoba se había visto precisado en una ocasión á enviar un mensaje al gran jefe de la *Mawana*, que de este modo designaban los árabes al emperador de Occidente. La carta que envió Abderrahman al emperador Othón, contenía varias frases, de aquellas que tan familiares eran á los musulmanes, es decir, elogios á la religion de Mahoma, y frases denigrativas contra la de los cristianos. No era fácil que Othón tolerase estos desmanes, y sintiendo provocar una ruptura, volviendo injuria por injuria, retuvo con varios pretextos á los embajadores en su corte.

Sin embargo, la carta no podía quedar sin respuesta, y después de muchas deliberaciones hubo que adoptar la resolución de despachar una embajada á Córdoba, menos para tratar de asuntos políticos, que para responder á la parte injuriosa de la carta de Abderrahman. Un hermano del emperador, el sábio Bruno, arzobispo de Colonia, encargóse de redactar la respuesta; en la cual predigaba mas denuestos á Mahoma y al Korán, que los que contenía contra Cristo la carta del califa de Córdoba.

Para remitir aquella misiva, se necesitaba una persona de resolución y arrojo, que no temiera arrostrar los efectos de la colera del califa, y un monje de la abadía de Gorza, llamado Juan, se ofreció espontáneamente á ello, apasé con la esperanza del martirio. Aceptado el ofrecimiento, se le dió al monje Juan por alojamiento otro de la misma abadía, llamado Caramano, y ambos se pusieron en camino, llegando con toda felicidad á Córdoba. El recibimiento que se hizo á los enviados germanicos fué hospitalario y benévolo, destinándoseles una casa distante dos millas del palacio, en la cual fueron asistidos con un lujo verdaderamente rígio; pero en aquella especie de cautividad dorada se les tuvo mucho tiempo, sin permitirles Abderrahman darle cuenta de su misión.

Logo que pasaron los primeros meses, no dejaron de preguntar los monjes en qué consistía aquella inexplicable demora, y entonces se les dió por única respuesta, que, puesto que los enviados del califa habían sido detenidos en Alemania por espacio de tres años, sus dependientes residirian en Córdoba tres veces tres años; pero la verdad del caso era que, habiéndose trasladado que la carta del rey Othón contenía expresiones injuriosas hacia la religion de Mahoma, tratabase de evitar un conflicto, dando treguas hasta encontrar una solución pacífica á tan crítico asunto. Aunque Abderrahman hubiese querido ser tolerante en esta ocasion, no se le hubieran permitido sus pueblos ni los principales musulmanes de Córdoba, pues recelando estos el verdadero contenido de la carta, y temiendo que el califa quisiese ser indulgente con los embajadores, presentáronse un día tumultuosamente en palacio, exigiendo el cumplimiento de los preceptos del Korán. Solo con trabajo pudo Abderrahman apagar aquella insurreccion.

A pesar de estas disposiciones tutelares que demostraba bien á las claras al pueblo, deseaba Abderrahman encontrar un expediente capaz de arreglarlo

todo amigablemente, y con este objeto envió á decir al monje Juan, que desde luego le recibiría, siempre que no presentase las cartas del rey de Germania; pero el comisionado del califa se esforzó en vano en convencer al inflexible y obstinado monje. Queriendo dar tiempo Abderrahman á que el embajador meditase mejor aquel asunto, y creyendo que acaso la soledad trabajaria mas el ánimo del monje, dispúndole á ceder en el asunto, ordenó que se le dejase solo sin mas compañía que la de su colega de embajada.

No obstante, el tiempo pasaba, y el monje germano permanecía inquebrantable. Todavía quiso emplear un nuevo expediente el califa cordobés. Envio á la habitacion del fraile, con el solo objeto de persuadirle á que desistiese de presentar las cartas, al obispo mázarabe de Córdoba, haciéndole ver, que de insistir en su empeño, además de causarse un grave perjuicio á los cristianos que residian en aquella ciudad, se veria obligado el califa á usar con él personalmente de una severidad que no estaba en su mano evitar. Si duro había estado el monje alemán con el primer enviado del califa, lo estuvo aun mucho mas con el obispo mázarabe; pues, después de manifestar paladinamente que de ningún modo variaria de opinion, afós al prelado y al pueblo de Córdoba, el que viviese bajo el dominio musulman y en un territorio en donde dominaba la ley de Mahoma.

Todavía dejó Abderrahman pasar algunas semanas mas, creyendo que el tiempo venceria la inflexibilidad del monje Juan. ¡Vana esperanza! Nuevos comisionados del califa se presentaron, y otra vez se retiraron convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos.

Entonces el califa determinó ensayar, si por el terror conseguiria lo que no había podido alcanzar por medio de la blandura y de la benevolencia. Conociendo que la amenaza de un castigo personal no bastaria para doblegar aquel carácter de hierro, le anunció que si persistia en su temeridad, decretaria una persecucion entre los cristianos de sus dominios, y que él solo, por su obstinacion, seria responsable de todas las víctimas y desgracias que se siguieran. A este repase el inexorable monje, que era su deber cumplir con las órdenes que había recibido de su soberano, á despecho de todos los obstáculos, succediase lo que quisiera.

Ante esta nueva dificultad, los cristianos mozárabes eran ya los mas interesados en que se viniese á un acuerdo, y después de haber hablado al monje Juan, determinaron proponer al califa que se enviase nueva embajada al rey Othón, anunciándole los embarazos que habían surgido de su carta, y pidiéndole nuevas instrucciones para salir de aquel atolladero. Accedió Abderrahman á la demanda; mas como no hubiese quien se prestase á desempeñar tan delicada mision, publicó un edicto prometiendo un favor especial al que quisiese pasar á Alemania, y todo género de presentes para cuando voltiese á Córdoba después de evacuada su comision.

Vivia en el palacio de Abderrahman un lego llamado Requemonda ó Raimondo, empleado en la secretaría del califa por sus especiales conocimientos en la lengua árabe, el cual, al ver una ocasion de medio

personal, y sabiendo por el monje Juan que no sería mal recibido por el emperador Othón, aceptó el encargo bajo la condición de que sería nombrado obispo de Ilíberis, sede que se hallaba vacante, y no habiendo tenido dificultad Abderrahmán en acceder á la demanda, bien pronto se vió al lego consagrado obispo, partiendo en seguida de Córdoba, y llegando al cabo de pocas semanas al monasterio de Gorza.

Fué recibido el flamante obispo con gran agasajo por los monjes, y aun algunos le acompañaron hasta Francfort en donde á la sazón residía Othón I. Consiguió con facilidad Recomendando lo que se le había encomendado. El emperador autorizó á Juan á no presentar el escrito, causa de tantas negociaciones, y á estipular en cambio un tratado de paz y amistad, que pasase fin á sus invasiones de los bandidos sarracenos que infestaban el imperio de Othón.

Tan pronto como Recomendando volvió á Córdoba, pidió una audiencia al califa, el cual contestó: «No cuento en ver á nadie, sin que venga antes con monje testarudo que tanto tiempo me las ha estado apostando. Los otros se podrán presentar despues.» Y oyó una comision á Juan mandándole comparecer á su presencia.

No faltó mucho para que volviesen á surgir nuevas complicaciones y dificultades. Cuando fueron los wazires á cumplir la órden del califa al aposento del monje germano, le encontraron despeinado y con barbas, con su túnica de sayal tosca y nada limpia. Manifestáronle los wazires que en aquel estado no podía presentarse ante el califa, muy coloso del ceremonial, y que por lo tanto era preciso que se hiciese rasurar la barba, peinar el cabello y poner otro vestido mas decoroso. Juan contestó que no tenia otro, y que el que traía era el hábito de su órden. Anunciaron á Abderrahmán lo que acontecia, y le mandó entregar diez libras de plata, cantidad que le pareció mas que suficiente para que pudiera hacerse un traje decente. Aceptó el monje la suma, y dando las gracias al califa por su liberalidad, la distribuyó entre los pobres, volviendo á repetir que no se presentaría en la corte sino con su ordinario traje. «Pues bien, exclamó Abderrahmán, cuando sepa esta determinacion, que venga como él quiere, aunque sea envuelto en un saco, mas le parece.»

Hé aquí de que modo reflexion los escritores musulmanes la ceremonia de la recepcion, en lo que puede verse hasta qué extremo llegaba el ceremonial de la corte de Córdoba en aquel tiempo.

«Fijado el día de la ceremonia, hizo Abderrahmán desplegar la mas suntuosa pompa y aparato para hacer los honores al benedictino, que habia alcanzado ya cierta celebridad. En toda la carrera, desde la casa del monje hasta el palacio del califa, estaban escaionadas las tropas de infantería de la guardia, los unos con sus picas apoyadas en tierra, los otros blandiendo dardos y venablos y ejecutando una especie de simulacro de combate, los otros oprimiendo con sus largas espuelas los ijeres de sus caballos, y haciéndolos caracolear de tal manera. Unos grupos de mores, probablemente dervises, especies de monges de la religion musulmana, que solian asistir á todas las ceremonias públi-

cas, iban dando saltos y haciendo ridículas contorsiones, ataviados tambien de un modo estravagante y raro. Al aproximarse el monje cristiano al real alcázar, salieron á su encuentro los principales dignatarios del califa. El átrio estaba cubierto de vistosas y ricas alfombras. El monje Juan fué introducido por medio de dos filas de magníficos sillones á la presencia del príncipe de los musulmanes, que, sentado sobre blandos cojines con las piernas cruzadas á estilo oriental, aguardaba al embajador en un salon cubierto de riquísimos tapices y telas de seda.

Cuando el monje estuvo ya cerca del califa español, dióle esto á besar la palma de su mano, honor que dispensaba muy rara vez á los mas elevados personajes, nacionales ó estrangeros; y le hizo seña de que se sentara en un sillón que á su lado preparado le tenia. Un intervalo de silencio se siguió á esta ceremonia. Rompió el califa esponiendo las causas que habian retardado aquella audiencia, contestó Juan de Gorza, y en seguida hizo entrega de los presentes del rey Othón; y como luego hiciera ademán de retirarse, oh, no, exclamó el califa, no le consentiré sin obtener antes palabra de que nos habremos de ver muchas veces, y de que nos habremos de tratar para conocernos mejor.» Prometiólo así Juan de Gorza, y salió complacido y satisfecho de haber hallado en el príncipe musulmán un hombre, que estaba lejos de merecer el epíteto de bárbaro, que entonces aplicaban los cristianos á todos los ismaelitas.

«Las entrevistas y conferencias se repitieron conforme habian convenido: en ellas se informó el califa de las fuerzas y poder del rey Othón, del número de sus tropas, de su sistema de guerra y gobierno y de otras circunstancias, y despues de haber hablado y cuestionado diferentes puntos, y quedado mutuamente aficionado el emir y el monje, partió este á dar cuenta al emperador del éxito de las negociaciones, con lo cual quedaron amigos el emperador germano y el príncipe musulmán (1).

Por desgracia para los cristianos españoles y especialmente para los de Córdoba, si todos los príncipes musulmanes fueron tan tolerantes como el tercer Abderrahmán, si este mismo soberano deja de tener en este punto lunares que afean su dominacion; pero, á pesar de esto, no puede desconocerse que su reinado fué en general grande y próspero, llegando el califato de Córdoba á un estado tal de esplendor y civilizacion, que en aquella época marabala á la cabeza de todos los imperios conocidos.

Fué Abderrahmán protector decidido y constante de las ciencias y de las letras, tarea en que le ayudaba su hijo Abubekem, llamado á sucederle en el trono, y el desgraciado Abdallah, digno por sus cualidades de menos desahogado fin. Las ciencias, las artes, la literatura, en una palabra, todos los ramos de la cultura de su pueblo, tomaron en su tiempo tal desarrollo, que bien podría llamarse Córdoba la Atenas de la

(1) Para mas detalles, pueden verse las Actas de los Santos de los congregados benedictinos en Xabilton, en la Vida de San Juan de Gorza, presente monje Aguirre en el catálogo de los Santos.

Edad media. La historia, la medicina, la geografía, la filosofía, la gramática, la poesía, las ciencias experimentales y naturales, la astronomía, la arquitectura, la música, todo prosperó entonces de un modo admirable, y el mismo Abderrahmán ocupaba un lugar distinguido entre los literatos de su corte, por su erudición poco común y sus obras poéticas.

Propiamente, desde su elevación al trono, que Córdoba faseó el centro de la religión musulmana, la madre de los sábios y la sembradora del mundo civilizado, y para conseguir este resultado no perdonaba medio ni gasto, con tal que lograse atraer á aquella culta ciudad los profesores mas ilustres y las obras mas afamadas. Compraba los libros carísimos y útiles á peso de oro, y honraba á los sábios sosteniéndolos con esplendor. Sus mismos hijos eran historiadores, poetas y filósofos, y el palacio Merwan, mas bien que la mansion de un príncipe, era una academia, en donde se cultivaban todos los ramos del saber que entonces se conocían.

Hasta las mujeres de que se acompañaba eran literatas ó artistas. «Los últimos meses de su vida, dice uno de sus cronistas, los pasó en Medina Zahara, entretenido con la buena conversacion de sus amigos y en oír cantar los elegantes conceptos de Mozna, su esclava secretaria; de Aixa, doncella cordobesa, que, segun cuenta Ebn-Hayyan, era la mas bonita, bella y erudita de su siglo; de Safia, hija de Abdallah el Rayi, asimismo en extremo linda y docta poetisa, y con las gracias y agudezas de su esclava Noitarredia; con ellas pasaba las horas de las sombras apacibles en los bosques, que ofrecían mezclados racimos de uva, naranjas y dátiles.»

En estas ocupaciones y en obras públicas de utilidad pasó Abderrahmán ocupado el resto de sus dias, hasta que, segun la frase de uno de sus historiadores, la mano irresistible del ángel de la muerte trasladó de sus alcázares de Medina Zahara á las moradas eternas de la otra vida, la noche del miércoles dia 2 de la luna de Ramazan, del año 350 de la egira (961), á los setenta y dos años de su edad, y cincuenta y seis meses y tres dias de su reinado, que ningun de su familia reinó mas largo tiempo: «Laudo sea aquel Señor, cuyo imperio es eterno y siempre glorioso.»

Ahmed Ainsakari refiere, que entre los papeles que de él se encontraron despues de su muerte se halló uno así concebido: «He reinado cincuenta años, y mi reino ha sido siempre ó pacífico ó victorioso. Amado de mis súbditos, temido de mis enemigos, respetado de mis aliados y de los príncipes mas poderosos de la tierra, he tenido cuanto parece pudiera desear: poder, riquezas, honores y placeres. Pero he costado escrupulosamente los dias que he gastado de una felicidad sin amargura, y solo he hallado catorec en mi larga vida.»

CAPITULO VIII.

Al ser elevado al trono, contaba ya Alhakem mas de cuarenta y siete años, lo cual se comprende, teniendo en cuenta el largo reinado de su padre. El mismo

Abderrahmán solía decirle: mi tiempo se prolonga y defraudado el tuyo.

Celebróse el advenimiento al trono de este príncipe con una solemnidad no acostumbrada, en conformidad con el ceremonial introducido en la corte de Córdoba por el califa Abderrahmán III.

Al dia siguiente de la muerte de este príncipe, á sea el 16 de noviembre de 961, el patio exterior del alcázar de Zahara presentaba un aspecto deslumbrador. Los andaluces y zenetas de la guardia, vestidos con los mas vistosos y magníficos trajes y cubiertos de bruñidas armaduras, se hallaban simétricamente colocados en las avenidas del palacio, y dos hileras de esclavos negros de Africa, cubiertos con trajes talares blancos y con hachas de arenas al hombro, seguían á los caballeros. El gran salon del califa estaba circundado de otras dos filas de guardias slaves que tenían en una mano sus espadas desnudas, y en la otra dos anchos escudos, y los waxires, cañes y cántaros con vestidos blancos (color de lato entre los árabes), los capitanes de la guardia, y finalmente, todos los grandes dignatarios daban frente al trono erigido en el centro del salon.

En él estaba sentado Alhakem, que, si no aparecía de tan majestuoso continente como su glorioso padre, era, no obstante, de presencia noble y afable aspecto. Rodeado de sus hermanos y primos recibió el nuevo califa el juramento de fidelidad de todos los principales dignatarios del imperio, en tanto que el pueblo, apiñado en los alrededores de palacio, aclamaba con victores llenos de entusiasmo á aquel califa, cuyo reinado, segun la predicción de los astrólogos, había de ser tan venturoso como el del grande Abderrahmán.

El primer acto de gobierno de Alhakem, fué nombrar habió á primer ministro á Ghiafar el Sokleby, hombre de gran crédito y poder, por cuya razon aquel nombramiento fué recibido por todos con aplauso. Regaló el poderoso y capidido habió al califa el dia de su nombramiento cien mamelucos europeos, armados de espada, venablos y escudos, montados en ligerísimos corceles y uniformados segun el estilo de la India; trecientas veinte costas de malla, cercas de quinientos caecos, indios unos, europeos otros, trecientos venablos ó lanzas arrojadizas, diez costas de malla de plata sobredorada, cien coronas de búfalos, que servían como de trompas, y otra multitud de objetos raros y preciosos.

Ya hemos indicado anteriormente la esmerada educacion literaria que habia recibido el califa, así como tambien la circunstancia de no perdonar su padre gasto ni dispendio alguno para proporcionarle los mas célebres y sábios maestros, no solo de España, sino tambien del mas remoto Oriente. Desde sus primeros años siguió Alhakem las huellas que le habia trazado su glorioso antecesor, y por eso no debemos extrañar, que en su tiempo recibiesen las letras y las artes en Córdoba un impulso notable.

Tan luego como Alhakem oia hablar de un famoso sabio, ó de una obra rara y preciosa, no descansaba hasta traer el uno á Córdoba y obtener la otra, para cuyo efecto, aun antes de ascender al trono, tenia comisionados en las principales ciudades de Africa, de

Egipto, de Siria, de Persia, es una palabra, en todos aquellos puntos, en donde pudieran existir producciones literarias de verdadera importancia.

Las que no podía adquirir originales, mandábalas copiar por sábios enviados al efecto, los cuales podían disponer de toda clase de recursos para sus trabajos. De este modo llegó á reunir en el palacio Meruan la biblioteca mas numerosa y escogida de aquellos tiempos, pues, segun el testimonio de todos los historiadores, ascendian á mas de cuatrocientos mil volúmenes. Debe tenerse en cuenta, que de cada una de las distintas partes de una obra se hacia un volumen, y así podemos comprender mejor que en este aserto de los cronistas no hay gran exageracion.

Segun refiere Ebn-Hayan, solo el índice ó catálogo de obras formaba cuarenta y cuatro volúmenes, y eso que en ellos no figuraba mas que el título y nombre del autor; pero otro que emprendió en mas ámplia escala, y que además de los títulos de las obras y nombre de los autores, comprendia la genealogía y biografía completa de cada escritor, no llegó á acabarse, aunque se escribieron muchos volúmenes.

Desde el tiempo de Alhakem, el palacio Meruan, que había servido en otro tiempo de residencia de los príncipes, se destinó esclusivamente á biblioteca, y en sus muchos y vastos salones estaban clasificadas las obras por orden de materias. En las salas y armarios ó *almacenes* se habian colocado inscripciones alusivas á la clase de libros que cada una encerraba.

El mismo califa habia hecho gran parte del índice de que hemos hablado, pues este príncipe, no solo en bibliografía hasta el punto de conocer los tesoros que encerraba su biblioteca, sino que tambien era biógrafo, historiador y genealogista, hasta el extremo de escribir las genealogías de los árabes de todas las tribus que habian pasado á España.

La biblioteca de Meruan no solo era rica y abundante, co-no se desprendió del crédito número de volúmenes que encerraba, sino que era además lujosa y espléndida. Todos los libros estaban ricamente encuadernados, con dibujos y arabescos de los mas vivos y deliciosos colores, y para este fin habia hecho venir y reunido en su palacio, al lado de los mas hábiles copiantes, los mas acreditados encuadernadores.

Participaba de los trabajos literarios de aquel príncipe su secretario particular Galib-ben Mohammed, llamado tambien Abu Abdulsalam, del cual refiere El Razi: que de orden del califa hizo el empadronamiento general de todos los pueblos de España. Escribió Alhakem un autógrafo al célebre autor de aquel tiempo, Abulforagi, rogándole le remitiese una copia de su libro titulado *Aghas*, colección muy preciosa de canciones, enviándole para los gastos de la copia letra abierta, y además mil escudos en oro. El autor citado le envió la copia acompañada de una historia genealógica de los Omniadas, muy completa y circunstanciada, y además una casida (1) muy elegante en elogio de los príncipes de esta dinastía.

Era natural, que despues de la muerte de su padre, y cargando sobre Alhakem todo el peso del gobierno,

no pudiese emplearse en estas tareas con la misma asiduidad que antes; pero no por eso las olvidó por completo, sino que les dedicaba todos los ocios que los negocios públicos y los cuidados de la guerra le dejaban.

Teniendo que vivir en el palacio de Medina Zahara, encargó la administración de la biblioteca Meruana á su hermano Ablalaxiz, principe en extremo erudito y aficionado á las letras, y el cuidado de las academias y de los sábios á otro hermano llamado Almondhir.

Como los primeros años de su reinado fueron pacíficos, cosa hasta entonces nueva en la dinastía Omniada, tan trabajada por toda clase de leñas, residió tranquilamente en el palacio de Zahara gozando de todas sus delicias, conversando con los sábios y poetas que oraban su corte, y distinguiendo á su favorito, Mohamad-ben-Yusef de Gualdajara, que escribió por encargo del califa la historia de España y Africa y otras historias de ciudades particulares.

Apreciaba tambien en extremo Alhakem al poeta Mohamad-ben-Yahye, llamado el *Calafate*, uno de los géneos mas floridos de Andalucía, y al poeta Sapor, que habia hecho venir desde su país á establecerse á Córdoba, colmándole con los beneficios de su munificencia y generosidad.

En los primeros años de su reinado, pudo dedicarse tambien Alhakem á los cuidados de la organización interior del reino, y á proveer á lo mas urgente de la pública administración, pues se encontraba en paz con los reyes de Leon. Cuando el famoso conde castellano Fernán-Gonzalez, comenzó sus correrías con el designio de fundar un dominio independiente, vióse Alhakem en la precision de declarar la guerra santa contra los cristianos, y para dirigir mejor, tanto las preparativos, como las operaciones de la campaña, se trasladó á Toledo, desahucando probar tambien á sus súbditos, que aunque aficionado á las letras, no por eso se desdénaba de empeñar el acero en defensa de sus pueblos.

En aquella ocasion fué cuando mandó publicar á los caudillos de todas las banderas, como órden del día, una célebre proclama que recuerda la pronuncianza por Abu-Bokr, inmediato sucesor del fundador del Islamismo. Dice en ella Alhakem lo siguiente:

«Soldados, deber es de todo buen musulman ir á la guerra contra los enemigos de nuestra ley. Los enemigos serán requeridos de abrazar el Islam, salvo el caso en que como ahora sean ellos los acometedores... Si los enemigos de la ley no hacen dos veces mas en número que los musulmanes, el musulman que volviere la espalda á la pelea, es infame y peca contra la ley y el honor. En las invasiones de un país no matéis las mujeres ni los niños, ni los débiles ancianos, ni los monjes de vida retirada, á menos que ellos os hagan mal... El seguro que diere un caudillo sea observado y cumplido por todos. El botín, deducido el quinto que nos pertenece, será distribuido sobre el campo de batalla, dos partes para el de á caballo y una para el de á pié... Si un musulman reconoce entre los despojos algo que le pertenece, jure ante los caudillos de la hueste que es suyo, y se le dará si lo reclamase antes de ha-

(1) Nombre de cierta composicion poética de los árabes.

cese la partición, y si después de hecha, se le dará su justo precio. Los jefes están facultados para premiar á los que sirvan en la hueste, aunque no sea gente de pelea ni de nuestra creencia... No vengan á la guerra ni á mantener fronteras, los que teniendo padre y madre no traigan licencia de ambos, sino en casos de súbita necesidad, que entonces el primer deber del musulman es acudir á la defensa del país y obedecer al llamamiento de los walíes (1).

Después de tomar Alhakeem todas las medidas necesarias para la campaña, y reunidos los contingentes ó banderas de las provincias, dirigió sus armas contra los cristianos. «Entró, dice la crónica musulmana, en tierra de cristianos y puso cerco al fuerte de Santisubin (San Esteban de Gormaz): vinieron los cristianos con innumerable gentío, y peleó contra ellos y Dios le ayudó, y venció con atroz matanza: entró por fuerza de espada la fortaleza, y degolló á sus defensores y mandó arrasar sus muros: ocupó á Sotomera, Cauca, Uxama y Clunia (Sannanca, Cocí, Osma y Coruña del Duero) y las destruyó; fué sobre Medina Zamora, y cercó á los cristianos en ella y les dió muchos combates, y al fin la entró por fuerza, y pocos de sus defensores lograron librarse: del furor de las espadas de los musulmanes se detuvo en aquella ciudad con toda su hueste, destruyendo sus muros. Con muchos cautivos y despojos se tornó vencedor á Córdoba, y entró en ella con aclamaciones de triunfo, y se apellidó *Almuntazir Billah* (el que implora el auxilio de Dios).»

A la primavera del año siguiente, si bien se dirigió Alhakeem por sí mismo la guerra, envió á Galeb, guerrero experimentado é ilustrado literato, como muchos de los cordobeses de aquel tiempo; el cual obtuvo tan notables ventajas en la guerra contra los cristianos, que el rey de León y los habitantes de Castilla, enviaron mensajeros á Córdoba en solicitud de la paz. Como Alhakeem era un príncipe muy dado á los estudios y á la vida pacífica que al estruendo de las armas, recibía benévolutamente á los mensajeros que le demandaban la paz, y después de haberlos obsequiado en el palacio de Zahara, siguiendo en esto la hospitalaria conducta de su padre, los despachó acompañados de un wazir de su consejo con preciosos presentes para el rey de León, como prueba de que deseaba vivir en amistad con él.

Casi por el mismo tiempo recibió el califa cordobés emisarios de los condes de Barcelona, solicitando también la renovación de los tratos y estipulaciones que habían concertado con su padre Abderrahman. Según refiere Almakari, la petición de los enviados catalanes iba acompañada de un magnífico presente, compuesto de veinte alanos cunacos, diez corazas slavas, doscientas espadas del Frandjat, veinte quintales de martas cobellinas y cinco quintales de estado. Ajustése en efecto la paz, en la cual se estipuló la destrucción de algunas fortalezas de la España oriental que molestaban á los musulmanes.

Después de esta época, dedicóse Alhakeem á gozar las delicias que le ofrecía la mansión de Zahara; pero

no sin cuidar de las mejoras que debían introducirse en el reino. Dejándose llevar de sus adiciones favoritas, fomentaba los estudios, aumentaba la biblioteca de Córdoba todos los días con nuevos volúmenes y pensaba sábios y poetas. De este modo convirtióse la ciudad del Guadalquivir en emporio del saber, de suerte, que de los países mas remotos llegaban á Córdoba personajes de todas religiones, á buscar una instrucción que no podían encontrar entonces en otra parte.

Aunque en los reinos cristianos se había desarrollado la guerra, y sus príncipes estaban divididos, siéndole muy fácil á Alhakeem sacar ventajas por medio de estas favorables circunstancias; no quiso moverse de Córdoba, contentándose con responder á los que le incitaban á hacer la guerra á los cristianos con las siguientes palabras de Mahoma: «Guardad fielmente vuestros pactos, y Dios os lo tomará en cuenta.»

No obstante, por mas que fuese la voluntad de Alhakeem, el ofrecer á sus pueblos los beneficios de la paz, tuvo que dedicarse de nuevo á la guerra, que esta vez estalló en la parte del Magreb al otro lado del estrecho de Gibraltar. No debo olvidarse que los califas Abbásidas, habían mirado siempre con celosa envidia la prosperidad de la casa de los Omníidas, así es que opusieron todos los obstáculos imaginables para evitar que Abderrahman III estableciese su dominio en el Africa. No habiendo podido conseguirlo entonces, creyeron que en el tranquilo reinado de Alhakeem podían lograrlo, y enviaron al Magreb numerosos huestes para arrebatar aquellas posesiones al califa cordobés. En un principio marcharon con prosperidad las armas orientales; pero habiendo enviado Alhakeem á Africa, al frente de numeroso ejército, al experimentado Galeb, con la precisa orden de que no voltiese á España sino muerto ó vencedor: al cabo de diversas peripecias y sangrientos combates, Galeb cumplió su cometido, y pudo regresar á Córdoba, después de haber pacificado y asegurado el Magreb, á recibir el justo galardón debido á sus proezas.

Desembarazado ya el califa, con este favorable resultado, de la lucha del Magreb, se entregó de nuevo con mas actividad que nunca á la administración del Estado y al fomento de las letras. Por aquel tiempo, queriendo complacer á su mujer predilecta llamada Sobehya, hizo reconocer con la magnificencia acostumbrada, y siguiendo el ceremonial prescrito, á su hijo Hixem como heredero del trono, aunque era aun muy niño.

Habiendo buscado el califa los mas doctos maestros del Oriente y Occidente, y las historias nos hacen suponer, que bajo la sábia y pacífica dominación de este príncipe estaban colocados en los mas importantes cargos los hombres mas doctos.

De este modo, y manteniéndose siempre que pudo la paz, le fué posible llevar á cabo empresas de la mayor utilidad é importancia para sus pueblos, como son, entre otras que tendremos ocasion de citar, un empadronamiento ó matrícula general de todos los pueblos del imperio, y de la población y riqueza á que había llegado entonces la España musulmana.

Por este empadronamiento sabemos que dependían

(1) Estas máximas están tomadas casi textualmente del Koran.

entonces de Córdoba cinco ciudades grandes, capitales de capitania, otras ochenta de mucha población, trescientas de tercera clase, y las aldeas, logares, torres y alquerías eran innumerables. Algunos historiadores han llegado hasta afirmar, que solo en las tierras que riega el Guadalquivir había doce mil posesiones. Córdoba había llegado entonces á su mayor estension; contenían el recinto de la ciudad y los arrabales, hasta doscientas mil casas, seiscientos molinos, cincuenta hospicios, ochenta escuelas públicas y novecientos baños para el pueblo.

Ascendían las rentas del Estado en esta época á 12.000.000 de mitales de oro, sin contar el *aceque* (licencioso) que se pagaba en frato, cantidad enorme que prueba el desarrollo que habían tomado en el califato las diversas fuentes de riqueza.

La agricultura prosperó también sobremedra el abrigo de la larga paz que consiguió mantener Alhakem. En una palabra, los historiadores antiguos dicen de este buen rey, que convirtió las espadas y lanzas en azadas y rejas de arado, y transformó los bellicosos é inquietos musulmanes en pacíficos labradores y pastores.

Los hombres mas distinguidos hacían alarde de cultivar sus huertos y jardines por sí mismos; las cañías y alfaguas se bologaban bajo la apacible sombra de los paraules, y todos iban al campo dejando las ciudades, unos en la florida primavera, otros en el otoño y las vendimias.

En aquel tiempo muchos pueblos se entregaron á la ganadería y trashumaban de unas provincias á otras, procurando á sus rebaños la comodidad de pastos en ambas estaciones, en lo cual seguían la costumbre de los antiguos árabes *almalas*, basando en la *mesesifa*, ó sea en la estación del verano, las partes del Norte y del Oriente, volviéndose para la sexta ó inviernadero hacia los campos abrigados del Mediodía ó Poniente. Estos árabes se llamaban *asadias*, vagantes ó trashumantes.

Con respecto al desarrollo literario verificado en tiempo de Alhakem, basta decir que fueron inuitas las obras que se compusieron en Córdoba, y segun manifiestan los escritores coetáneos, la biblioteca del palacio Merwan se aumentó hasta el número de seiscientos mil volúmenes, cifra casi fabulosa en aquella época, en que no existían los medios actuales; pues aun son hoy pocas las bibliotecas que llegan á ella.

Alhakem dedicaba tambien muchos de sus días al cultivo de la bella poesía. Entre las composiciones que nos han quedado de este príncipe, no podemos menos de recordar aquí, una que dirigió á la sultana favorita Sobehya cuando partió para la campaña de San Estéban de Gormaz.

Dice así:

De tus ojos y los míos—en la triste despedida,—de lágrimas las raudales—iguandaban tus mejillas.—Líquidas perlas llovaban,—rojos zafiros vertías,—juntos en tu lindo cuello—precioso collar hacían,—estrañ amor al partir,—cómo no perdí la vida:—mi corazón se arrancaba,—el alma salir quería.—Ojos en llanto anegados,—aquellas lágrimas mías,—sí del corazón

salieron,—en su propia sangre tintas,—este corazón de fuego—¿cómo no se deshacía?—Lozo de amor preguntaba: ¿Dónde estás, bien de mi vida?—Y estaba en mi corazón,—y con su encanto vivía...

Partidario decidido de la paz, condecor de sus beneficios, aunque cuando hubo necesidad supo conducirse en el campo de batalla como esforzado y prudente campeon, no se cansaba de inculcar en el corazón de su hijo los siguientes consejos: «No hagas sin necesidad la guerra; manten la paz para tu ventura y la de los pueblos; no deservirás la espada sino contra los malvados; qué placer hay en invadir y destruir poblaciones, arruinar Estados y llevar el estrago y la muerte hasta los confines de la tierra? Conserva en paz y en justicia los pueblos, y no te deslumbrén las falsas máximas de la vanidad: en tu justicia un lago siempre claro y puro, modera tus ojos, pon freno al ímpetu de tus deseos, confía en Dios y llegarás al aplazado término de tus días.»

Cuán lejos debía estar del ánimo de Alhakem al repetir al heredero de su trono los beneficios de la paz, que su reinado había de ser el mas belicoso de los de la dinastía Omniada, si bien no por la parte derecha que en la guerra tomase el califa, sino por el infatigable esfuerzo de su primer ministro.

Tales fueron los mas principales hechos que ilustraron los tiempos de Alhakem II, que segun la expresión figurada de los escritores árabes, trasladado á las mansiones eternas de la otra vida, donde hallaría, como todos los hombres, aquellas moradas que labró antes de su muerte con sus buenas ó malas obras: falleó en Medina Zahara á 2 de safar del año 360 de la hegira (976) á los 63 años de su edad, y á los 15 años, 5 meses y 3 días de su reinado; fué enterrado en su sepulcro del cementerio de la Ruzafa.

CAPITULO IX.

Desde el advenimiento de Hixem II, comienza la decadencia de la dinastía Omniada de Córdoba, pues ya en este tiempo la importancia histórica no residirá en la persona del califa, semejante á los reyes francos, denominados *doctores*, que juncian bajo la férula de los mayordomos de palacio; sino en el lugr ó primer ministro, hombre extraordinario, que pasa de nuevo el poder cristiano al borde de su ruina, enterrándose en los límites marciales por la cordillera pirenaica y el mar atlántico.

A la muerte de Alhakem II quedó como heredero un niño de poca mas de diez años, designado para fatarse sucesor algun tiempo antes con todas las formalidades acostumbradas, introducidas por el fundador de la dinastía.

A pesar de su corta edad, y ser los árabes opuestos á las minorías á causa de los graves inconvenientes que envuelven, fué declarado y reconocido sin oposición Hixem II como califa de la España musulmana. Además de su corta edad, estaba supeditado entormentado al influjo de su madre Sobehya, que durante la mayor parte del reinado de Alhakem, había influido muy directamente en los asuntos del gobierno; pues si hemos de creer en el testimonio de los cronistas con-

táncos, no se había hecho cosa alguna de poca ó mucha importancia en los diez años que precedieron á la muerte de su esposo, así en la corte como en las provincias, sin consultar su voluntad. Sus mas leves insinuaciones eran soberanas mandamientos y órdenes perentorias, que se obedecian sin escusa ni dilacion.

Era secretario de Sobehya un caballero llamado Muhamad, ben-Abdallah, ben-Abi-Amer el Mosferi, el cual por su saber y aplicacion, por su gentileza y valor, consumada prudencia y afabilidad constante, habia conseguido ganarse el afecto, tanto de la sultana, como del califa. Habia sabido además conducirse con tal tino, que todos los empleados del palacio, así wazires, como capitanes de la guardia, y los walis de las provincias, le manifestaban el mayor respeto y sumision.

Habia nacido Muhamad en una aldea cerca de Algeciras. Su padre recibiera grandes muestras de consideracion de parte de Abderrahman III el Grande, y su madre pertenecia á una de las mas ilustres familias de España.

Cuando se encontraba en la primera juventud, vino Muhamad á Córdoba, centró entonces del saber y de la ilustracion, á entregarse á los estudios; y habiendo manifestado raras disposiciones para las letras, fué colocado por Alhakem entre sus doctores.

Bien pronto logró distinguirse en palacio por su ingenio y gentileza, y en efecto, estas únicas dotes bastaban en una corte, en que tanto se apreciaba el mérito, para elevarse á los primeros cargos. La sultana le eligió para secretario, y luego reconocida á sus servicios, y viendo un cuenta las dotes que adornaban, le elevó á la categoria de mayor, manifestándole un afecto cada vez mayor.

A la muerte de Alhakem, quedó Sobehya al frente del gobierno, pues su hijo, por su poca edad y por la indolencia y falta de energía que tornaban el fondo de su carácter, no podia empuñar las riendas del gobierno. En efecto, segun dicen los historiadores cordobeses, el rey Hixem, así por sus pocos años, como por su natural inclinacion, no pensaba sino en sus juegos é inocentes pinceros, no salia de sus alcázares y deliciosos jardines, ni desahucaba otras distracciones ni recreos, que no conocia: en su retiro era su siempre rodeado de esclavos de su edad, que vivian encerrados con él y con nadie comunicaban.

Uno de los primeros actos del gobierno de Sobehya, fué nombrar á Muhamad hágb ó primer ministro del jóven soberano, encomendándole su tutela y la regencia y direccion del imperio; aunque no por eso se quitó el título á Giasfar, que habia sido el primer ministro de Alhakem. Grande fué el descontento de Giasfar, pues no pudo desconocer que, aunque se le dejaba un vano título, el poder pasaba á otras manos, y su resentimiento fué tanto mayor, cuanto que todos aplaudieron la determinacion de la sultana Sobehya, con respecto á su favorito Muhamad.

El fondo de la política desplegada por el favorito, fué el tener alejado del gobierno y de la intervencion de los negocios al jóven califa, y con el designio de evitar que algunos pudiesen aconsejar á Hixem que saliese de aquel estado de tutela y gobernase por sí

mismo, le tenia encerrado en la encantada mansion de Medina Zahara, sin mas comunicacion que los esclavos y las personas de su íntima confianza.

Hasta tal extremo se llevó este aislamiento, que un personaje, Sabur el Persiano, que habia sido en otro tiempo camarero del califa Alhakem, y que desde Mérida, donde se encontraba, habia llegado á Córdoba á la jura de Hixem, quiso hablar con él antes de su partida; y la sultana, de acuerdo con su ministro, equivoó esta visita, la cual consideraban peligrosa para la realizacion de los proyectos que meditaban.

Prescindiendo de los descontentos, que jamás faltan aun tratándose de las personas mas intachables, el privado Muhamad supo con hábil política ganarse el favor y amistad de todos los principales de la corte y de fuera de ella, usando con ellos de gran cortesía y afabilidad.

A los sábios, conformándose con las ideas que imperaban en aquella corte, dispensaba toda clase de mercedes y distinciones, admitiéndolos en su casa y empleándolos en los mas honoríficos cargos.

Conociendo que necesitaba tambien conquistarse el favor de los pueblos, si habia de establecer su dominacion sobre sólidas bases, se preparó á invadir las fronteras cristianas, rompiendo las treguas estipuladas por Abderrahman y Alhakem. Conoció además la idea de pelear sin tregua ni descanso hasta conquistar al dominio del Islam toda la España, idea que no podia menos de halagar el fanatismo de las masas.

Para obtener este resultado necesitaba encontrarse desembarazado por la parte de Africa, y para este objeto entró en tratos de avenencia con el principal guerrillero que recorría el país de Almagreb, al mismo tiempo que, desamando los honores que por aquella parte le pedia en hijo de Giasfar que allí hacia la guerra, le desacreditaba y concluia con la importancia de aquella familia, cuya supremacia le estorbaba para la realizacion de sus designios de absoluta dominacion.

En los principios del año 367, partió el hágb de Córdoba con el fin de recorrer las provincias de la España oriental, tomar sus determinaciones que exigiese el estado de las cosas, é introducir las reformas necesarias para regularizar la administracion. Recorrió las banderas de aquellas provincias, penetrando por las fronteras cristianas, ya por una parte, ya por otra, visitó tambien la frontera de los montes de Afrano, recorrió la orilla del Ebro, pasó luego al Duero, se corrió hacia el Occidente, y raseñando á sus huertes las banderas de Mérida y Lusitania, entró en el territorio del rey de Leon, talando los campos, haciendo numerosos cautivos y apoderándose de cuantioso botin.

A la primavera siguiente (año 368 de la egira), habiendo recibido un refuerzo de caballería africana, segun los convenios que habia establecido en aquel país, recorrió las banderas de Andalucía y Mérida, entrando en tierra de cristianos donde alcanzó notables victorias. Regresó despues á Córdoba, en donde fué recibido con entusiasmo, apellidándole el pueblo Al-wazir (insigne vencedor), auxiliador del pueblo musulmán, defensor ayudado de Dios, titúlus que justificó con sus repetidas victorias en innumerables con-

bates. Desde ahora le daremos el nombre de Almanzor con que le ha conocido la posteridad.

Con el fin de adquirir popularidad entre sus soldados, y tener en ellos siempre un instrumento de poder y el medio de realizar su deseo de anonadar el nombre cristiano en toda la Península, repartió entre ellos liberalmente los despojos de la expedición, sin reservar nada para sí, dediciendo solamente el quinto que pertenecía al califa, y la *asta* (1), que se dejaba á

mismo Gíafar, que con algunos parciales murmuraba de la conducta de Almanzor.

No dejaban de llegar á los oídos de Almanzor estas murmuraciones. Juró entonces la pérdida de su rival, para que sirviese de escarmiento á los demás enemigos, y solo esperó á que se presentase la ocasión oportuna. Ofrendóse esta, en el mismo año de 368, al regresar de su entrada en la frontera cristiana. Esta expedición fué tan próspera como las anteriores, y la

liberalidad de Almanzor con sus caudillos y soldados mayor que las primeras veces. El wasir encargado de las presas pertenecientes al rey percibió de esta expedición muy poco, y sabiendo esto el *bagib* Gíafar, como prefecto de la tesorería, dijo á sus *wasires*: «paréceme que las escursiones del *bagib* Muhamad, aunque sean, como dicen sus amigos, muy gloriosas, son en verdad de muy poca utilidad y ventaja para el Estado, pues no saca de la inquietud en que se halla, sino pérdida de gentes y de caballería: mas bien lo entendia nuestro buen rey Al-hakem.»

Supo Almanzor estas murmuraciones, y vió ya el modo de desbaratazarse del único competidor que le quedaba. Redújole prontamente á prisión, confiscóle, no solo sus bienes á nombre del califa, sino tambien sus empleos y honores, y cuatro años mas tarde corrió la voz de que Gíafar habla muerto de consunción en su encierro. Algunos historiadores manifiestan

que en la muerte de Gíafar tomo mas parte la voluntad de Almanzor que las enfermedades.

Espléndido Almanzor con sus soldados, instrumentos de su gloria, era en extremo severo en lo que se refiere á la disciplina militar. Refiere Almakari, que cuando pasaba revista, no solo los hombres estaban en las filas inmóviles y como clavados, sino que apenas se oía un caballo relinchar.

Por lo demás, al lado de rasgos de barbarie, según



Capilla del Hospital del Cordero.

Conservaba en la memoria los nombres de los que se distinguían por su bravura y pericia en los combates, convidádoslos á su mesa, para introducir entre sus tropas un motivo mas de emulación.

Desde entonces ya pudo contar con el dominio absoluto. El niño Hixem era, mas bien que califa, un preso incomunicado, que en nada intervenia en la marcha de los negocios, quedándole solamente de las prerogativas de la soberanía, el que su nombre se estampase en las monedas y figurase en la *chotba* ó oración que se hacía en las mezquitas.

Habia inutilizado en África, según ya hemos indicado, al hijo del titulado *bagib* Gíafar, sirviéndole de pretesta para mandarle decapitar, el no haber sabido defenderse sin los recursos que en tiempo oportuno solicitó, y que no le fueron enviados. Entonces solo le hizo ya sombra el

(1) Libertades en el derecho de escoger que tenían los jefes militares.

acontece tratándose aun de las mas grandes figuras árabes, se encuentran otros totalmente opuestos; pues era elemento con los vencidos, y no permitía hacer daño ni cometer violencias con la gente pacífica é inermes. Su política con los cristianos era humanitaria, aunque desahaba exterminarlos y conquistar toda la Península para el Islam. Sobre este punto, dice el monge de Sitos: «Lo que sirvió mucho á Almanzor, fué su liberalidad y su largueza, por cuyo medio supo atravesar gran número de soldados cristianos: de tal manera hacia justicia, que segun hemos oido de boca de nuestro mismo padre, cuando en sus cuarteles de invierno se levantaba alguna sedición, para apagar el tumulto, ordenaba primero la muerte de un bárbaro, que la de un cristiano.»

Recordando sin duda, aquella *sura* (1) del Koran: «Aquel cuyos pies se cubran de polvo en el camino de Dios, el señor le preservará del fuego», cada vez que volvía á su tienda del campo de batalla, hacia que con gran cuidado le sacudieran el polvo de sus vestidos, guardándolo en una caja dispuesta al efecto, caja que constituía uno de los muebles de mas estima, y que siempre se encontraba en su tienda, con el designio de que á su muerte le cubriesen con aquel polvo.

Con esta mezcla estraña de crueldad y de humanidad, con la severa disciplina y la largueza en premiar los servicios, conocido personalmente á casi todos sus soldados, tratándolos con cierta familiaridad mezclada de dureza, siendo el primero en el combate y en soportar los peligros y sinsabores de la ruda vida guerrera, llegó á entusiasmar de tal manera á los musulmanes, que todos pedían con ansia alistarse en sus banderas.

Almanzor había constituido tambien una especie de ejército permanente que le acompañaba en todas las expediciones, y el cual recibía refuerzos en casos necesarios, ya de las banderas de las ciudades y provincias, ya tambien de las gentes de frontera.

Descanso bostigar continuamente á los cristianos y no dejarles un punto de reposo, se propuso emprender dos expediciones ó correrías anuales, una por la primavera y otra por el otoño, y en ellas con la velocidad del rayo, unas veces por el Oriente, otras por el Occidente; pero siempre por donde menos se le esperaba, invadía las fronteras cristianas como un torrente desolador, destruyendo cuanto á su paso encontraba.

Después de haber tomado poblaciones, cautivos y riquezas de todos géneros, regresaba á Córdoba, en donde recibía las muestras de agasajo, que le conquistaban sus multiplicados triunfos.

Dicen las Crónicas, que hallándose Almanzor á la vista de una poderosa hueste de cristianos de Galicia y de Castilla, trababan los campeadores de ámbos ejércitos repetidas y frecuentes escaramuzas porfiadas y sangrientas. En esta ocasion preguntó Almanzor al esforzado caudillo Mustafá:—«¿Cuántos valientes caballeros crees tú que vienen en nuestra hueste?—Tú bien lo sabes, le respondió Mustafá.—¿Te parece que serán mil caballeros? volvió á preguntar Almanzor.—

No tantos.—¿Serán quinientos?—No tantos.—¿Serán ciento, ó siquiera cincuenta?—No confío sino en tres, respondió el caudillo.» Entonces salió del campo cristiano un caballero bien armado y montado, avanzando hácia los musulmanes. «¡Hay, gritó, algun musulman que quiera pelear conmigo? Presentéme en efecto un árabe, peleó el cristiano con él y le mató. «¡Hay otro que venga contra mí? volvió á gritar el cristiano. Salió otro musulman, comenzó el combate y el cristiano le mató en menos tiempo que el primero. «¡Hay todavía, volvió á exclamar el cristiano, algun otro, ó dos ó tres juntos que quieran batirse conmigo? Presentéme otro arrogante musulman, y á las pocas vueltas, dice su misma Crónica, le derribó el cristiano de un bote de lanza. Aplaudían los cristianos con algazara y estrépito, desesperaba el despecho y la indignacion á los musulmanes, y el cristiano volvió á su campo, y al cabo de breves momentos volvió reaparecer en otro caballo, no menos hermoso que el primero, cubierto con una gran piel de tigre, cuyas manos pendían anudadas á los pechos del caballo, y cuyas uñas parecían de oro. «¿Que no salga nadie contra él, exclamó Almanzor.» y llamando á Mustafá le dijo: «¿No has visto lo que ha hecho este cristiano todo el día?—Le he visto por mis ojos, respondió Mustafá, y es ello no hay engaño. Y por Dios que el infiel es muy buen caballero, y que nuestros musulmanes están acobardados.—Mejor dirías afrontados, repuso Almanzor.»

Entonces el esforzado campeón con su feroz caballo y su preciosa cubierta de piel se adelantó y dijo: «¿No hay quien salga contra mí?—Ya veo Mustafá, exclamó Almanzor, ser cierto lo que me decías, que apenas tengo tres valientes caballeros en toda la hueste: si tú no sales, irá mi hijo, y si no ire yo, que no puedo sufrir ya tanta afrenta.—Pues verás, replicó Mustafá, que pronto tienes á tus pies en cabeza, y la cruzada y preciosa piel que cubre su caballo.—«Así lo espero, dijo Almanzor, y desde luego te la cedo para que con ella entres orgulloso en el combate.» Salió Mustafá contra el cristiano, y este le preguntó: «¿Quien eres tú, y á que clase perteneces entre los nobles musulmanes? Mustafá blandiendo lanza le respondió: «Esta es mi nobleza, esta es mi prosapia.» Polvoroso, pues, ambos adalides con igual brío y esfuerzo, hiriendo-se de rudos botes de lanza, revolviendo sus caballos, paraudo los golpes, y entrando y saliendo el uno contra el otro con admirable gallardia. Pero el cristiano estaba ya cansado, y Mustafá, joven y ágil, acertó á revolver su corcel con mas presteza, y dando una mortal lanzada á su valiente competidor, logró derribarle del caballo: saltó Mustafá del suyo y le cortó la cabeza, y despojó al caballo de la hermosa piel, y corriendo con uno y otro á Almanzor, fué recibido de este con su abrazo, é hizo proclamar su nombre en todas las banderas del ejército.

Empeñose despues una ruda contienda entre los ejércitos enemigos, y por ambas partes fué la batalla tan obstinada y violenta, que solo las sombras de la noche pudieron suspender la matanza. Al dia siguiente Almanzor esperaba que se volviese á comenzar la pelea; pero al romper el dia los cristianos que en el anterior habian llevado la peor parte, se retiraron con

(1) Llámase así los capítulos ó partes en que se divide el Koran.



LUIS FERNANDEZ DE CORDOVA.



prestera; mientras que Almanzor, habiendo terminado la campaña con aquel nuevo triunfo, se volvió á Córdoba, según costumbre, cargado de botín.

Las expediciones continuaron sin interrupción todas las primavera y todos los otoños. Dirigía Almanzor sus huestes á las fronteras cristianas, y unas veces se apoderaba de Zamora, otras de León, para vengar un descalabro que habia experimentado en la ribera del Esla, mientras que por el lado de Oriente atacaba con especialidad á Barcelona, cuya ciudad era desde algunos años antes centro y capital de un condado independiente, á cuyos sobornos designaban los árabes con el título genérico de reyes de Afranc.

Uno de los sucesos mas notables que sucedieron por entonces en Córdoba fueron las fiestas con que se solemnizó la boda de Abdemelek, hijo del Hagib, con su sobrina la joven Habiba.

Aunque esta boda se hizo con suntuosidad inusitada, conviene leer la descripción de ella hacen los cronistas árabes, pues nos da la clave de las costumbres que se observaban en Córdoba en esta clase de ceremonias. «En la primavera de este año (376 de la hegira), dicen los historiadores, se celebraron en Córdoba las bodas de Abdemelek, el hijo de Almanzor, con Habiba, hija de Abdallah-ben-Yahya-ben-Abi-Amer, y de Boriba, hija de Almanzor: hubo con este motivo grandes fiestas y regocijos públicos: se hicieron las bodas en los bellos jardines de la Almunia, llamada Alameria, contiguos á los alcázares de la Zahiga Almunia, que regaló el rey Hixem á su hagib Almanzor cuando le pidió licencia para celebrar en ella estas bodas. La nobleza toda de Córdoba concurrió á estas alegrías: la linda novia fué conducida en triunfo por las principales calles de la ciudad, acompañada de todas las doncellas amigas de la familia, precedidas y seguidas del Cadi, y de los testigos, los señores, jaques y caballeros de la ciudad: las doncellas todas armadas de tocados de marfil y de oro, guardaron la entrada del pabellón de la novia todo el día: el novio, acompañado de gran séquito de los nobles moachos de su familia, á la venida de la noche, protegido de los estoques dorados de sus amigos, logró la entrada á pesar de la bizarra defensa de las doncellas: todos aquellos jardines estaban iluminados, y en todos sus bosques y fuentes y en los barcos de sus limpidos lagos resonaban apacibles músicas, y las alabanzas de los desposados eran el asunto de todas las canciones: los versos y las músicas duraron toda la noche hasta la hora del alba, y los regocijos continuaron todo el día siguiente. Repartió Almanzor en esta ocasión á sus guardias preciosos vestidos y armas, dió quantos limosnas á las Zaynyas (hospicios para los pobres de solemnidad), casó y dotó huérfanas pobres de su Aljama, y regaló á los benedictinos que celebraron á su hijo y nieto: no se vieron en Córdoba dias mas grandes que estos, ni walimas á convites nupciales mas esplendidas.»

Las treguas que daba á Almanzor sus repetidas expediciones, residia en la opulenta Córdoba, y como era, á la vez que perito y esforzado capitán, hombre político, así como habia conseguido captarse el amor del ejército, halagaba en los cordobeses su afición por el cultivo de las letras y de la poesía.

En casa era una especie de academia, á la que asistían todos los sábios y poetas mas célebres de su tiempo, bastando para penetrar en ella el distinguirse en algun ramo del saber ó de la amena literatura. Los sábios eran tratados por el temible guerrero con afabilidad y benevolencia, y sus obras premiadas con la misma liberalidad que lo hacian los dos últimos califas.

Además de las muchas escuelas y madrassas que habia en Córdoba, fundó Almanzor una universidad, que podia considerarse como una escuela normal de Humanidades, en la cual solo eran admitidos los hombres mas eminentes por su saber y su erudición, ó por haber escrito obras de relevante mérito.

En muchas ocasiones asistia el mismo Almanzor á las aulas, tomando asiento entre los discípulos, y prohibiendo terminantemente que se interrumpiese la lección, ni á su entrada ni á su salida de la cátedra. Para introducir una noble emulación entre los jóvenes estudiosos, premiaba por sí mismo á los mas sobresalientes, honrándolos con toda clase de distinciones. Así era este hombre extraño, que sabia amoldarse á todas las circunstancias y ser el primero en todo, con lo cual habia logrado dominar, lo mismo en el ejército que en el pueblo, y ser el ídolo á la vez de los sábios y los eruditos, y de las masas ignorantes y fanatizadas, que veían en él el instrumento mas poderoso para la defensa y prosperidad del islamismo.

Mientras tanto que Almanzor atroja sobre sí todas las miradas, el indolente y apático Hixem, aunque habia llegado ya á la edad viril, permanecía en una perpetua infancia, sin manifestar otros deseos que los de solazarse en los bellos jardines de Zahara.

Nadie podia visitarle, según ya hemos dicho, sin permiso del hagib y de la Sultana Sobekha, y cuando en las festividades solemnes asistia á la mesquita, no salia de su *makbara* (1) hasta que todo el pueblo se habia retirado, y entonces volvía rodeado de su guardia á su alcázar que estaba inmediato, sin que pudiese comunicar con nadie. Mas bien que un poderoso príncipe, parecia un prisionero, á quien se trataba de dotar su desventura con toda clase de sensuales placeres.

Por aquel tiempo un suceso de diversa índole vino á turbar la prosperidad de que gozaba el invicto caudillo. Ya hemos conseguido que Almanzor habia dirigido los esfuerzos de su política á abatir á los mas poderosos del imperio, para destruir de este modo el germen de las ambiciones que tanto habian trabajado á la España musulmana, sumiéndola en destructoras é interminables contiendas civiles.

Quedábale, sin embargo, Ábderrahman-ben-Motarrif, wali de Zaragoza, que comprendiendo el sistema del caudillo cordobés, conoció que no tardaría en to-

(1) Trájanse en declinación los edificios, en poco eleva la parte de pavimento y apoyada en la parte principal de la mesquita. Colocase el pueblo en el tiempo del modo siguiente: Los jóvenes se sientan detrás de los ancianos, las mujeres detrás de los hombres y separadas. Al terminar las ceremonias religiosas, las mujeres salian las primeras, y los hombres no se movían de su puesto hasta que habían abandonado el templo. Las doncellas no iban á las mesquitas que no tenían un lugar reservado para ellas, y sus oraciones estaban cubiertas con sus velos. Córdoba, parte II, cap. 18.



carle la vez, y se propuso parar el golpe antes que descargase sobre su cabeza. Aprovechándose de la circunstancia de encontrarse en Zaragoza el hijo menor del regente, llamado Abdallah, resentido de su padre por la preferencia que daba á sus hermanos, sondeó sus disposiciones, entró con él en inteligencia, y el resultado de todo, fué el proyecto de una conjuración, cuyo objeto sería derrocar el poder de Almanzor, dividirse la soberanía de España, reservándose uno todo el Aragón con la capital Zaragoza, mientras que el otro disfrutara de la de Córdoba y resto de España.

Puestos de acuerdo con varios generales y wazires, no faltó uno que informase á Almanzor de lo que nacía.

Quitó Almanzor en vista de esto el gobierno de Zaragoza á Abderrahman; pero queriendo demostrar que solo la justicia era la que le obligaba á proceder de este modo, encomendó el gobierno vacante al mismo hijo del desdichado walf, que, procesado por malversador, fué decapitado á la presencia del mismo Almanzor.

Muerto el principal de los culpables, faltábale á Almanzor atraerse á su propio hijo Abdallah; pero, por mas que empleó la dulzura y la amabilidad, no pudo conseguirlo. Sea que el jóven Abdallah se encontrase poseído de desmesurada ambición, ó que no creyese en la sinceridad de su padre, es lo cierto, que acompañándole á una expedición á la frontera de Galicia, se pasó al campo del conde castellano.

Reclamó Almanzor á su hijo; pero el castellano se negó resueltamente á entregarlo, hasta que en otra expedición verificada en 990, habiéndose apoderado el caudillo musulmán de las principales ciudades fronterizas de Castilla, conoció aquel soberano cuánto le convenia entrar en negociaciones con su enemigo, y para lograr la paz le entregó á Abdallah.

Conociendo el carácter de Almanzor, y teniendo presente lo ejecutivo que era su justicia ó su venganza, no debemos extrañar que el desgraciado Abdallah pagase con la vida su inobediencia.

Desembarazado de estos cuidados prosiguió infatigable sus correrías, hasta que el año de 1002, haciendo venir grandes refuerzos de Africa, se preparó á dar el golpe de gracia á los cristianos.

Al percibir estos los preparativos respetables de Almanzor, comprendieron que solo en su union podrían encontrar quizás probabilidades de triunfo, y en efecto, los soberanos de Leon, de Castilla y de Navarra reunieron sus fuerzas, y se prepararon á rechazar al caudillo musulmán.

Acompañaron los cristianos en los campos llamados de *Kalat-al-Nazar* (Calatañazor), en tierra de Soria, divididos en tres cuerpos de ejército, que cubrían con su muchedumbre los campos.

Quando los campeadores musulmanes, dicen las Crónicas musulmanas, descubrieron el campo de los infieles tan extendido, se horrorizaron de su muchedumbre y avisaron al hágib Almanzor, que con los mismos campeadores reconoció la posición de los enemigos y dió sus disposiciones para la batalla. Hubo aquel dia algunas escaramuzas entre los campeadores de ambas huestes, que suspendió la venida de la noche. En la corta trégua que les concedió á favor de las sombras, los caudillos musulmanes no gustaron el dalec sueno:

inquietos y dudosos con el temor y la esperanza, miraban á las estrellas y al cielo á la parte de la aurora, y la venida de aquel rubor y claridad del alba que suele alegrar á los hombres, oscureció entonces las escaramuzas de los tímidos, y el toque de añailas y trompetas estremeció á los mas animosos y acostumbrados á los combates. Hizo el hágib Almanzor su oracion del alba, los caudillos caparon sus puestos y se reunieron á sus banderas. Los cristianos se pusieron en movimiento y salieron sus haces muy ordenadas: tombaba la tierra debajo de sus pies. Las *Ataquehíras* (1) y clamores de ambos campos, el estruendo de atambores y trompetas, el relinchar de los caballos resonaba en los cercanos montes, y parecia hundirse el cielo: la batalla se trabó con enemigo ánico y con igual descaído, y se mantuvo con admirable constancia por ambas huestes: los cristianos con sus caballos cubiertos de hierro pelocaban como hambrientos lobos, y sus caudillos en todas partes parecían animando á los suyos. Almanzor revolvía á todas partes su feroz caballo, que semejaba un sangriento pardo, atropelló con sus caballos andaluces á los armados de erugientes armas, y entrando en la mas rievó y arigente de la pelea, se indignaba de aquella desusada resistencia y del bárbaro valor de los infieles. Sus caudillos hacían cosas de estremado valor, y los caballeros africanos rompieron muchas veces los apinados escuadrones cristianos; con el polvo que se levantó en toda la estension del campo de batalla, el sol se oscureció antes de su hora y la noche se anticipó con sus tenebrosas alas de oscuridad y separó estos enemigos pueblos, sin que ninguno hubiese cedido un paso del campo de batalla. Quedó la tierra cubierta de cadáveres y regada de humana sangre. Aquella noche esparando Almanzor que se congregaran como solían los caudillos de su ejército, viendo que tardaban y que no parecían sino algunos pocos, informado de que la mayor parte de ellos habian muerto peleando, y otros estaban mal heridos, conoció el estrago que habian padecido los suyos, y dió orden para levantar el campo antes de rayar el dia y pasar el *Duero* por los puentes de Abdalaz, llevando sus hucates en orden de pelea, por si los enemigos quisiesen seguirlos. Los cristianos viendo el movimiento de los musulmanes, recelando que fuese para renovar la sangrienta lid, se pusieron en orden de batalla; pero seguros de su retirada, no se movieron, cansados del trabajo del dia anterior, y por la gran pérdida que tambien habian padecido.

El sentimiento de su derrota, la agitacion que se apoderó de su ánimo al ver á sus huestes siempre victoriosas obligadas á emprender la retirada, recordaron las heridas que habia recibido en el combate el caudillo musulmán, que no quiso tomar precaucion ninguna, como si presintiese que, una vez vencido, no estaba lejano el instante de su muerte. En efecto, al poco tiempo de camino ya no pudo sostenerse en el caballo. Colocado en una silla de manos y en hombros de sus soldados, llegó hasta cerca de Medina-Selim (Medinaceli), y allí le encontró su hijo Abdalmelik,

(1) *Ataquehíras* son linceros á Dios, que usan los musulmanes al entrar en las batallas, gritando: *Dios es grande y poderoso*.—Conde, parte 2.^a, esp. CII.

que venia de Córdoba á saber noticias de la campaña. Solo llegó á tiempo el hijo de Almanzor para recibir su paterno aliento. Espiró á los tres días por andar de la luna de Ramazan, año 392 de la egira, ó sea el 9 de agosto de 1002, á la edad de sesenta y tres años.

Fue sepultado en Medina y cubierto su cuerpo con el polvo, que, según hemos indicado, se había recogido de sus vestidos en la multitud de batallas en que peleó. Cumplióse con él los preceptos del Koran: «Enterrad á los mártires según los coge la muerte: con sus vestidos, sus heridas y su sangre. No los laveis, porque sus heridas en el día del juicio despidrán el aroma del almizcle.» Encargóse su hijo Abdelmelik del mando del ejército, presidió las honras fúnebres del gran guerrero, y sobre su sepulcro se inscribieron numerosos epitafios.

Así acabó este hombre notable, en cuya época llegó el califato de Córdoba á su mayor altura, no porque en sí mismo encerrase los gérmenes de su grandeza, sino por la poderosa voluntad de un hombre profundamente político.

CAPITULO X.

Poco sobrevivió la sultana Solbeyá á su habib Almanzor; pero conociendo la impotencia de su hijo Hixem para manejar el cetro cordobés, le aconsejó que nombrase primer ministro al hijo del difunto habib, que había llegado á Córdoba conduciendo las huestes destruidas en los campos de Calatañazor.

Siguió el indolente califa los consejos de su madre, tanto porque estaba acostumbrado á escucharlos, cuanto por no cuidarse por sí mismo del manejo de los negocios del Estado, y Abdelmelik, que poseía algunas de las cualidades de su padre, pero no su fortuna, se vio de este modo elevado á la suprema autoridad, mientras el soberano continuaba encerrado en sus preciosos alcázares.

Para ganar el mismo favor que su padre en el pueblo y en el ejército, continuó el nuevo habib el sistema de compañías periódicas; no ya con tanta brillantez ni resultados, pues los reyes cristianos, aunque no habían sabido aprovecharse de su victoria de Calatañazor, comprendieron que los musulmanes no eran invencibles, y se dispusieron á rechazarlos con denuedo y resolución. No obstante, las primeras expediciones de Abdelmelik fueron victoriosas.

En 1005 concertó una tregua de dos años con los reyes de León, y hasta 1007 no emprendió nuevas algaras. Por los años de 1008 invadió las tierras de Galicia, venció á los cristianos y regresó á Córdoba.

Poco tiempo después de haber vuelto á esta ciudad, sucumbió Abdelmelik de una grave enfermedad, no sin que algunos cristianos supongan que su muerte no fué natural, sino ocasionada por un veneno.

Hixem, que no podía contar en esta ocasión con el consejo de su madre, elevó á la categoría de habib ó primer ministro, á otro hijo de Almanzor llamado Abderrahman, tan semejante al padre en el cuerpo y la fisonomía, como opuesto en las cualidades del corazón y del talento.

Aunque nadie le reconocía aptitud para los negocios graves y serios del gobierno, y siempre había

llevado una vida de placeres, dedicándose tan solo á los juegos y festines y á los ejercicios de calallería, que ponían en relieve su bella figura; tan pronto como tuvo en sus manos las riendas del poder, gracias á la elección de los slayos y eunucos, conocidos con el nombre de almorávis, que disponían en un todo del ánimo del califa Hixem, se llenó de una desmesurada ambición, adornándose con los pomposos títulos de *Al Nasir Sefik Allah*, como había hecho el gran Abderrahman III. Debiendo, pues, su elevación á los caprichos de la fortuna, creyóse en disposición de aspirar á todo, y viendo que el califa Hixem no tenía sucesión, aunque por su edad no estaba incapacitado aun de tenerla, influyó en el ánimo del imbécil califa, y consiguió ser declarado por él wali alhádi, ó sea sucesor al imperio.

Ocultó Abderrahman esta circunstancia, hasta realizar una expedición que intentaba contra los cristianos, jugando que una vez victorioso, sería ocasión oportuna para presentar de frente y de un modo ostensible sus pretensiones. Pero el secreto con que se hizo esta declaración no fué tanto, que no traspasaran las aspiraciones insensatas del degenerado vástago del infeliz Almanzor.

El paso que acababa de dar Abderrahman, revelaba una ambición tan desmesurada, que causó profundo descontento en todos los miembros de la familia Omíada.

Considerábanse los individuos de la real familia, por más de un título, con muchos mas motivos para aspirar á la soberanía, pues si habían soportado sin murmurar el predominio de Almanzor, había sido tan solo por las grandes cualidades que le adornaban.

Entre los descontentos figuraba en primera línea el joven Mohammed, biznieto de Abderrahman III, el cual, desplegando gran brío y resolución, abandonó sigilosamente á Córdoba, trasladóse á la frontera, ganó á su partido á los que respetaban el nombre de la familia Omíada, y después de congregar una numerosa y decidida hueste, marchó resacaadamente sobre la capital, con ánimo deliberado de destruir de una vez el poder del ambicioso hijo de Almanzor.

Así que este tuvo conocimiento del peligro que le amenazaba, usó también sus fuerzas, dispuso á presentar la batalla al biznieto de Abderrahman, antes que pudiese aumentar mas el número de sus partidarios.

No quiso el brioso Mohammed exponer el éxito de su nascente poder á las contingencias de una batalla, y empleando la presteza y la astucia evitó el encontrarse con su enemigo. Dando pues, un rodeo, se presentó inesperadamente en Córdoba, posesionándose de esta ciudad, y apoderándose de la persona del califa y del resto de la guardia. Despechado Abderrahman, y ardiendo en ira, volvió sobre Córdoba; pero á su llegada halló á su competidor posesionado de la plaza de palacio. Trábase allí un obstinado combate; el pueblo se colocó al lado de Mohammed, y la misma guardia africana, al ver que la fortuna le volvía el rostro, le faltó en aquella ocasión suprema. Cuando lleno de desesperación, intentaba retirarse de Córdoba, cayó

arribillado de heridas en poder de Mohammed, que inmediatamente mandó se le cortase la cabeza, y fuese colgada á la pública espectacion, en castigo de sus ambiciosas pretensiones.

No se preocupó Mohammed por recibir el nombramiento de ministro de parte de Hixem, pues conociendo la debilidad de carácter del califa, dióse á sí mismo el título de *hagib*, separó del lado del soberano todas las hechuras de Almanzor, y le rodeó de gentes de su confianza para asegurar de este modo el buen éxito de los proyectos que meditaba.

Para adquirir popularidad entre los cordobeses, sabiendo que la guardia de zenetas africanos era aborrecida de la multitud, ordenó que saliese, no solo del palacio sino tambien de la ciudad, con cuya medida se atrajo, como era natural, el odio de los alameritas y de los caudillos principales africanos.

Creyéndose ya seguro por esta parte, divulgó la noticia de que el rey Hixem estaba gravemente enfermo, y al ver la indiferencia con que fué recibida entre el pueblo, dió el segundo paso en la senda de su engrandecimiento, que fué deshacerse del califa Hixem, y erigirse él en jefe supremo de los musulmanes de España.

Para realizar estos propósitos trató de hacer asesinar al imbécil Hixem; pero Wadha el alameri, que era camarero del rey, empleando la astucia y la prudencia, supo persuadir á Mohammed á que no atentase á los días de Hixem, diciéndole que para lograr lo que intentaba no era necesario quitar la vida al pobre príncipe, que, retirado, oculto y bien guardado, en nada estorbaba á sus intentos.

Dejóse persuadir Mohammed de las razones del slavo Wadha, y ambos de acuerdo encerraron sigilosamente al desdichado califa. Para dar mas apariencia de verdad á aquella farsa, buscaron á un hombre muy parecido en edad, estatura y fisonomía á Hixem, le arrebataron una noche de su casa, y le abogaron. Colocado en el lecho del califa, él valga quien que este habia succumbido á impulsos de una grave enfermedad, declararon antes de morir por sucesor suyo al *hagib* Mohammed. Congregáronse los wálises y wazires, según se acostumbraba para estas ceremonias, se publicó esta supuesta declaración, y pocas horas despues la nueva del fallecimiento del rey Hixem.

Con vez dueño del desahogado cetro, confirmó Mohammed con gran rigor la orden que habia dado para que abandonasen el territorio cordobés los soldados africanos de la guardia, y precisamente en esta misma medida brusca é impolitica, tuvieron origen los hechos que habian de destruir el poder del usurpador.

En efecto, los formalidates zenetas y los rudos berberiscos, en vez de obedecer esta orden se presentaron en abierta insurreccion. Uno de sus caudillos, Hixem Raxid, les animó á la resistencia, y guiados por él se presentaron aquellos resueltos africanos ante el palacio de Mohammed, pidiendo tumultuosamente su cabeza.

Salió el califa al frente de su guardia de cordobeses á rechazar á los insurrectos, y entonces se trató una retirada contizada, cuyo resultado hubiese sido acaso fausto para el califa, á no haberse puesto el

pueblo de su parte movido por el odio que tenía á los alameritas africanos. Estos no pudieron resistir á tan numerosos enemigos y abandonaron la ciudad.

Conociendo que con las fuerzas de que podian disponer no conseguirian su objeto, se trasladaron los africanos á las fronteras de Castilla, y obtuvieron la proteccion del conde Sancho Garcia, prometíndole la posesion de varias fortalezas en caso de triunfo. La consecuencia de este convenio fué marchar sobre Córdoba un ejército de africanos y castellanos.

Salió al encuentro de aquellas fuerzas Mohammed con sus andaluces, y ambas huestes se encontraron en Gebal Quintos, en donde se dió la batalla que las Crónicas arábigas designan con el nombre de *Al-Kaastizá*. Los aliados triunfaron: por completo, y Mohammed con los restos de sus destrozadas tropas se vió obligado á refugiarse dentro de los muros de Toledo, de donde era wálif su hijo Obeidallah jefe de los africanos.

A pesar de su victoria, no se atrevió Suleiman á penetrar repentinamente en Córdoba. Sabia que la poblacion en su inmensa mayoría le era hostil, y que no podia mirar sino con odio á sus soldados de raza africana.

En efecto, los cordobeses querian defenderse á toda costa contra los ataques de Suleiman; pero por consejo del slavo Wadha, se abrieron las puertas al vencedor al cabo de un mes. Sin embargo, desconfiando todavia el africano de los vecinos de aquella populosa ciudad, acordó con el mismo slavo que la mantuviese en quietud, protestando que no entraba por evitar molestias y disgustos secundarios, hasta que al fin, apaciguados algun tanto los ánimos, y por consejo del mismo Wadha, entró Suleiman en la capital, proclamandose califa y tomando el título de *Almohata Bija*, ó sea el protegido de Dios.

Razones fundadas tenia Suleiman para desconfiar del pueblo de Córdoba, que no podia perdonarle ni á él ni á sus suyos su procedencia y origen. Estallaban continuas conspiraciones, que se veía en la precisión de ahogar el nuevo califa con los mas sangrientos castigos y hasta un paciente suyo trató de suplantarle.

Mohammed, refugiado en Toledo, despues de la derrota de Gebal Quintos, no desistió de sus aspiraciones, y habiendo recibido la leccion que su contrario le dió, solicitó el auxilio de los condes de África, los cuales, despues de haber convenido con el musulman los tratos y estipulaciones que creyeron mas útiles, le auxiliaron, en efecto, con una hueste escogida de nueve mil combatientes.

Reunió Mohammed este número á treinta mil musulmanes que pudo concentrar, auxiliado por su hijo Obeidallah.

No creyó prudente Suleiman esperar á su competidor dentro de los muros de Córdoba, y reuniendo sus fuerzas, que consistian casi esclusivamente en africanos, salió al encuentro de Mohammed. Halláronse los dos ejércitos en los campos llamados de Albatallaner, (colina de los bueyes), y aunque las tropas de Suleiman eran inferiores casi en la mitad á las de su enemigo, aceptó rescatadamente la batalla. Pelearon los africanos con estremado valor, á pesar de la inferiori-

dad del número; pero á la caída del sol se vieron rechazados. Solo á favor de las sombras de la noche, pudieron escapar á una total destrucción.

Suleiman no se atrevió á regresar á Córdoba. Detúvose en Zahara, recogió los tesoros que allí había, y los africanos que no pensaban por conocer mas en Andalucía, robaron contra la volar ad de su caudillo el alcazar y la principal mezquita, llevándose lámparas de oro y plata, cadenas y coronas preciosas, ricos paños y pedrería de algunas casas principales.

Lo que estos no pudieron llevar lo robaron después los soldados de Mohammed y los andaluces que llegaron de Córdoba, y de este modo comenzó á ser destruida tan suntuosa morada, adonde se habían reunido todas las maravillas que ofrece el arte y la naturaleza.

Suleiman se retiró hacia Algeciras, con el designio de regresar á Africa, mientras que Mohammed penetraba en Córdoba en medio de las aclamaciones del pueblo, que le consideraba como su vengador y libertador.

Solo se detuvo Mohammed en Córdoba dos dias para dar descanso á sus tropas, al caer de los cañones, sembrado de bagib al slavo Wadha, salió en persecución de los fugitivos africanos. Alcanzados en las cercanías de Algeciras en los campos de Guadaira, y con el orgullo de su pasada victoria los atacó repentinamente, sin dar á sus tropas el conveniente reposo para repararse de las fatigas del camino. Este exceso de confianza le perdió.

Los africanos, que se encontraban entre el mar y las espadas andaluzas, se aporrecieron resueltamente al combate. Suleiman los exhortó á la resistencia diciéndoles: «Por tales estamos á pelear hasta vencer ó morir: no hay otra esperanza que la de nuestras espadas, y así antes de rendir el cuello á nuestros enemigos debemos morir vengados.» Ordenó en seguida Suleiman sus haces, que acometieron con ímpetu descomulgado al enemigo, el cual, aunque resistió con denuedo, no pudo rechazar el impetuoso empuje de los caballos africanos, mas descanzados que los suyos.

Las haces de Mohammed fueron destrozadas y rotas, y el Omniada tuvo que huir con pocos de los suyos y refugiarse dentro de las muras de Córdoba. Entonces se dedicó á fortificar la ciudad y á ponerla en estado de defensa para rechazar el asalto de Suleiman, que en efecto volvió sobre sus pasos con ánimo de apoderarse de la ciudad enemiga.

Mohammed, en esta crítica situación, puso toda su confianza en el slavo Wadha, que rodeándose de hechuras de su predilección, slavo como él, mandaba en la ciudad mas despoticamente aun que el mismo califa. Hacia trabajar á los cordobeses en las obras de fortificación, y tanto esto como el predominio que tomaban los slavos, descontentaba, así á los sálidos y gente principal, como al poblacho.

Al mismo tiempo los mismos slavos eran los que contribuían á poner en mas crítico estado la causa de Mohammed. Para privarle del auxilio de los catalanes que le habían hecho triunfar en Albatubana, dijeron á su jefe que Mohamed les armaba una celada, y estos se retiraron, llevando cartas para el wali de Toledo

Obeidallah, para que enviase cuantos refuerzos pudiese para resistir la acometida de los africanos.

Entre tanto habían llegado á las puertas de Córdoba comenzando á molestarla con un apretado asedio. Los víveres principiaron á escasear, y los mismos slavos, siguiendo, como dicen las Crónicas musulmanas, el aire de la fortuna, que ya era contraria á Mohammed, se pasaban al enemigo.

Urgia, pues, tomar una determinación que salvase aquel conflicto, y tomóla por él el bagib Wadha, que de improviso y sin especial mandato de Mohammed, hizo salir de la prisión al desventurado califa Hixem, presentándole al pueblo en la makeura ó tribuna de la grande alhama. Esta inesperada novedad entusiasmó á los cordobeses.

Habiendo recibido esta infausta nueva, refugiáse Mohammed en los mas apartados recintos de palacio, confiando en la fidelidad de los slavos; pero de allí le sacó uno de ellos llamado Ambaro, presentándole á los pies del trono de Hixem. Reprendió el califa asperamente su deslealtad, y ordenó que allí mismo le cortaran la cabeza, diciendo: «Ahora gustarás el amargo fruto de tu desmedida ambición.»

Mandó Hixem la cabeza de Mohammed á su rival Suleiman, que agradeció como un precioso tesoro aquel ensangrentado trofeo.

Sabiendo que Obeidallah hacia preparativos de gente en Toledo para venir contra él, le envió la cabeza de su padre cuidadosamente envuelta y diez mil mitcales de oro, escribiéndole una carta en la cual, entre otras cosas, decía: «Así paga el rey Hixem á los que le sirven y sustituyen el trono: esa es la cabeza de Mohammed tu padre; guárdate de caer en manos de este ingrato: si deesas tu seguridad y confianza, será tu compañero Suleiman.»

De este modo supo el caudillo africano convertir á su enemigo en auxiliar, pues Obeidallah contestó á Suleiman aceptando su alianza.

El slavo Wadha, que había sido confirmado por Hixem en el cargo de bagib que desempeñaba, hizo algunas salidas venturosas contra los africanos.

Dejando las tropas suficientes para garantizar á Córdoba, al frente de algunas fuerzas escogidas se dirigió á Toledo, pidiendo al mismo tiempo auxilio al rey de Castilla.

Ya Obeidallah había abandonado esta ciudad con sus mejores tropas, dirigiéndose sobre Córdoba para unirse con Suleiman, así es, que estando Toledo con escasa guarnición, y pudiendo establecer Wadha inteligencias en la plaza, su posición de ella. Súpelo Obeidallah, y lleno de despecho contramarchó hacia Toledo; pero salió á su encuentro Wadha, y ambos ejércitos se encontraron á las cercanías de Murgueda, en donde se trabó una reñida batalla.

Favoreció la fortuna las armas del slavo Wadha, y Obeidallah se vió precisado á retirarse hacia Córdoba, con el designio de unirse á Suleiman. Sin embargo, antes de lograr sus deseos, fué hecho prisionero por los de Wadha, que le enviaron á Córdoba, en donde el califa Hixem mandó decapitarle en el instante.

Entre tanto Suleiman con sus africanos talaba los

campos de Ecija y Carmona, teniendo en perpétua alarma á toda la campiña del Guadalquivir, y causando graves perjuicios á Córdoba. Evidó Wadha contra él á los esclavos Zahor y Amburo, los cuales, después de haber peleado con varia fortuna, lograron al fin algunos triunfos sobre los africanos, que se vieron rechazados.

Aunque obligado á refugiarse en los montes, no ignoraba Suleiman lo crítico que era el estado de la capital.

Aprovechando esta favorable coyuntura, se concertó Suleiman con los walis de Calatrava, Guadalajara, Medinaceli y Zaragoza; ofreciéndoles, si le ayudaban á destruir el poder de los esclavos y alamerites, la confirmación perpétua de los gobiernos. Tal proposición fué acogida, enviándole los citados walis, y otros de menos importancia, sus banderas para reforzar sus huestes.

Grande era el peligro que se acrecaba, y Wadha para conjurarle no encontró mejor medio que recurrir al auxilio de los walis de la España meridional y de Ceuta y Tánger. Sabía que estaban desavenidos con Suleiman, y creyó ganarles á su causa, haciendo que Hixem les escribiese cartas en solicitud de auxilio, con grandes promesas, entre las cuales figuraba la de declarar como sucesor al trono al mas caracterizado.

Wadha no hizo por entonces uso de estas cartas, sin duda porque no le creyó oportuno, y entre tanto toda clase de calamidades continuaba afligiendo á la población de Córdoba, cuyos vecinos desertaban poco á poco hacia las sierras.

Como en la desgracia aumentan siempre los enemigos, los que tenía el hágib intentaron perderle. Sea que efectivamente manteniésemos inteligencias con Suleiman, sea que los calumniadores abusaron de la crueldad de Hixem, es lo cierto que este comenzó á mirar con desconfianza á su hágib, mandó prenderle, y evitando sus buenos servicios, ó quizá ya acordándose mas sino de que había sido carcelero, mandó matarle, nombrando para sucederle al wali de Almería Hairan.

Con este la odiosidad contra el califa había llegado ya á un grado imposible de contener, y Suleiman que estaba informado de todo, adelantándose hasta Medina Zahara, se dispuso á dar el asalto á la ciudad.

No demoró por esto el decidido Hairan. En vista del estrecho cerco que su enemigo estableció, animó á la guardia slava, tomó las mas prudentes medidas, y se preparó á rechazar resueltamente la acometida de Suleiman. Pero todo fué en vano. Cuando Suleiman atacó á Córdoba, en tanto que Hairan se ocupaba en defender los puntos mas peligrosos, los descontentos de la ciudad pelearon con las tropas fieles del califa, y abrieron una de las puertas, por donde penetraron Suleiman y los suyos.

Corrió Hairan al frente de la guardia y de los vecinos fieles á oponerles al paso de las tropas de Suleiman, trabóse un terrible combate, que de la gran parte del día; pero los enemigos se apoderaron de todas las torres y fortalezas. La guardia del califa y muchos valientes cordobeses, defendieron hasta morir la morada del

califa, y el esforzado caudillo cayó herido entre ellos, creyéndole los enemigos muerto.

El desdichado Hairan, aprovechándose de la oscuridad de la noche, pudo refugiarse en casa de uno de sus amigos.

Todavía tendremos ocasion de verle tomar parte en estas sangrientas revueltas, que dieron por resultado la disolución del califato de Córdoba.

Después de un cruel saqueo, Suleiman hizo desaparecer á Hixem, sin que hubiera vuelto á saberse nada mas de él. Dió margen con esto á multitud de consejas y patanas que corrieron por mucho tiempo en boca del vulgo.

Al mismo tiempo que Suleiman protegía y elevaba á los mas importantes puestos á sus africanos, perseguía encarnizadamente á los alamerites y slavos como si quisiese reinar sobre el estermínio de sus contrarios; pero todavía vivía Hairan, el último hágib de Hixem, que había conseguido salir de Córdoba y refugiarse en tierra de Almería, en donde por haber sido wali, conservaba algunos amigos y partidarios.

Dueño Hairan de esta ciudad, se trasladó á Ceuta con el intento de pedir su xilix al wali Ali-ben-Hamad y á su hermano Alkasim, que gobernaba en Algeciras.

Echó mano para llevar el convencimiento al ánimo de los walis africanos de las cartas que Hixem les había escrito anteriormente, y que, como ya sabemos, Wadha no hizo llegar á su destino.

Sea por ambición, sea por clemencia, Ali-ben-Hamad se dejó persuadir; envió á Hairan con cartas para su hermano Alkasim el de Algeciras, aconsejándole que uniese sus fuerzas á las de los alamerites de Andalucía para socorrer al oprimido califa Hixem.

Mientras que Hairan desempeñaba su comision cerca de Alkasim, Ali-ben-Hamad reunió sus fuerzas, atravesaba con ellas el estrecho, se apoderaba de Málaga á pesar del wali que quiso defenderla, y uniéndose á las tropas de su hermano y á las principales alamerites de Andalucía, que le reconocieron por jefe, marchó resueltamente hacia la capital.

Con lo las nuevas de esta agresión llegaron á Córdoba, sintiéndose poseido Suleiman de gran indignación.

Escribió Suleiman á sus partidarios para que viesesen con sus respectivas banderas en su auxilio, y reuniendo la caballería salió al encuentro de sus enemigos, no creyendo oportuno esperar en Córdoba, de cuya población seguía desconfiado. Dejó por jefe de la ciudad á su padre Alhakem, que se opusió á encargarse del gobierno, previendo sin duda los peligros que le amenazaban.

En los campos de Almonaster alcanzó Suleiman con un cuerpo volante de caballería á los alamerites, trabándose entre ambos ejércitos algunas escaramuzas, si bien Suleiman hacia todo lo posible para esquivar un encuentro definitivo.

Sin embargo, Hairan y Ali-ben-Hamad consiguieron forzarle á aceptar la batalla: los africanos llevaron en la acción la peor parte. El mismo Suleiman y un hermano suyo cayeron en manos de los vencedores que se adelantaban resueltamente sobre Córdoba.

Alhakem, el padre del desdichado Suleiman, para

evitar nuevos horrores no quiso resistirse, y por lo tanto, Hairan y Ali-ben-Hamad, penetraron al día siguiente en la capital.

Hé aquí de qué modo refieren los historiadores musulmanes, la entrada de los árabes en Córdoba: «Cuando entraron en la ciudad, Ali se apoderó del alcázar, prendió al walf Alhakem-ben-Suleiman, ben-Abderrahman-Anasir, y mandó traer á su presencia á sus

dos hijos Suleiman y Abderrahman, que estaban ya moribundos por causa de sus muchas y graves heridas. Preguntó Ali al noble anciano: «¿oh viejo, qué habeis hecho del rey Hixem, dándo lo tenéis?» Y respondió el anciano que nada sabia de él: «Vos le habeis muerto,» replicó Ali; y dijo Alhakem: «no, por Dios, no le habemos muerto, ni sabemos si es vivo, ni dónde está,» y sacando Ali su espada dijo: «yo ofrezco estas cabezas á la venganza de Hixem el Muyad, y conaple su encargo.» Entonces Suleiman alzó sus ojos hácia él, y le dijo «¿hice á mí solo, Ali, que estos se han colgado?» pero Ali desatendió sus palabras y les degolló por sus propias manos de varios golpes. Fué la muerte de Suleiman Almoztain y de su padre y hermano, dia domingo, ocho dias por andar de Melarrem, año trescientos siete.

Habia mandado Ali que se buscase al rey Hixem con mucha diligencia, y no quedó estancia ni subterráneo en los alcázares y en las casas de la ciudad que no se registrase: todo fué vana diligencia, que nunca pareció, y se publicó la muerte de Hixem, dando ocasion al vulgo de habillitas y de fábulas.

Por consejo del slavo Hairan fué cerrado Ali al califato.

Gran descontento recibió el nuevo califa al observar que muchos de los walfes y con especialidad los mas importantes, tales como los de Toledo, Sevilla, Mérida y Zaragoza, ni aun se dignaron contestar á él.

Para deshacerse de este personaje, á quien consideraba ya el califa como enemigo, le envió á su gobierno de Almería. Al paso para su gobierno, arribóse Hairan con muchos almerices descontentos, y con los

alcaldes de Orjona, Jaca y Baeza, que le prometieron secundarle en sus planes, y escribió al walf de Zaragoza aconsejándole que los walfes y alcaldes de su territorio se declarasen contra Ali en favor de un descendiente de los Beni-Omeyas, que él por la parte de Andalucía le auxiliaria con toda su poder.

Era tal el prestigio de que habia gozado la dinastía Omeyyada en España, que jamás se invocaba su nombre en vano. En breve muchos personajes principales de Andalucía y algunos walfes, se declararon en abierta rebelion contra el africano Ali.

Proclamaron los insurrectos por soberano de la España musulmana á Abderrahman-ben-Mohammed, llamado *Almoradí*, de la ilustre prosapia de los Beni-Omeyas, hombre virtuoso y rico, de ánimo esforzado y en extremo querido de todos, bajo el nombre de Abderrahman IV, en torno de cuya bandera se agruparon los almerices.

Resaca, pues, un respetable ejército, aproximáronse los insurgentes á Córdoba, mientras que el califa africano se dispuso á salir de la ciudad á hacer frente á su competidor. Sin embargo, no pudo realizarlo. En su misma corte y dentro de su propio alcázar fué abogado por los mismos slavos que le servian, inducidos á ello por los almerices de la capital.

Esparecióse entonces la nueva de su muerte por la



Puerta del Perdón.

ciudad como un accidente natural, y así lo creyeron sus guardias y familiares. Parecería natural que este suceso diese el triunfo al Omeya Abderrahman IV, pero no sucedió así; mientras este guerrea en tierra de Jaen, el partido africano proclamó por califa al hermano del abogado, al wali de Algeciras, Alkasim.

Tan luego como este supo su proclamación se presentó en Córdoba con tal presteza y sigilo, que el partido contrario no tuvo tiempo para oponerle á su entrada. Bajo pretexto de vengar á su hermano, se condujo con tal crueldad, que hizo bien pronto olvidar la del Ali-ben-Humud.

Entre tanto seguía la guerra con varia fortuna; pero no era esto lo que mas inquietaba á Alkasim, sino la nueva que recibió de que tenía que combatir á un nuevo y terrible competidor.

Era este su propio sobrino Yahya, hijo de su hermano Ali-ben-Humud, el cual, fundándose en el mejor derecho que le asistía al trono de Córdoba, como hijo del califa Ali, y sobre todo, en una honesta auxiliar compuesta de los feroces negros del desierto del Sur, raza belicosa y bárbara, que aun no había pisado el territorio español, atravesó el estrecho, dejando deducos en Ceuta para que le enviasen refuerzos.

Al mismo tiempo supo Alkasim que el ejército que guerrea en las Alpujarras contra las huestas de Athakom, había sufrido tambien considerable descalabro, y esto le hizo pensar en establecer negociaciones con su sobrino, manifestándole que la división de los africanos solo podía servir para dar el triunfo á los almerices.

Concertáronse, pues, Alkasim y su sobrino Yahya, bajo la base de repartirse el gobierno de la España musulmana. No obstante, ambos procedían de mala fé al establecer estos pactos. En efecto, habiendo cometido Alkasim la imprudencia de trasladarse á Ceuta con el fin de dar solamente sepultura á los restos de su hermano; Yahya, que había entrado en Córdoba, se hizo proclamar como único califa.

De vuelta Alkasim de su expedición á África, y encontrándose en Málaga, supo la perfidia y falta de fé de su sobrino; y viendo las banderas que le permanecían fieles, se dirigió con resolución hácia Córdoba. No creyó prudente Yahya recibirle en la ciudad, y tomando caminos estraviados, se dirigió á Algeciras, donde se fortificó, en tanto que llegaban los refuerzos que había pedido al Africa.

De nuevo entró Alkasim en Córdoba, aunque el silencio del pueblo dóbló darle á entender cuán odiado era; pero no por eso modificó su conducta; y todo lo contrario; informóse de los partidarios mas decididos de su competidor, y los persiguió cruelmente, dando muerte á cuantos pudo haber á las manos.

Estos desafueros y tropelías le hicieron aun mas odioso á los cordobeses, los cuales intentaron deshacerse de aquel tirano, recurriendo á una conjuración.

Los principales vecinos de la ciudad trabajaron con ahinco para conseguir su objeto. Repartieron dinero y armas entre los pobres, y á media noche, á la señal convenida, se reunieron tumultuosamente y atacaron con decisión el real alcázar.

Defendiéronse los guardianes toda la noche, sin que

los de la ciudad pudiesen penetrar en el recinto del califa; pero en cambio se apoderaron de las puertas de la ciudad, de las fortalezas y avonidas de palacio, de suerte, que Alkasim y sus guardias quedaron allí completamente bloqueados.

Este cerco duró nada menos que cincuenta dias, sin que los cordobeses pudiesen penetrar en el alcázar; pero al cabo se consumieron las provisiones y recursos que el palacio encerraba, y como de la parte de afuera no podia esperarse socorro alguno, fué preciso tomar una resolución para salir de aquel crítico estado. Acordóse, en efecto, hacer una salida contra la armada multitud, y romper la línea para abandonar á Córdoba. Terrible fué el choque, pues los cordobeses se batieron denodadamente; así es que los que pudieron atravesar la primera línea, morian en las calles cubiertas de combatientes. Este mismo fin hubiera tenido indudablemente Alkasim, sin la generosidad de algunos caballeros que le reconocieron y facilitaron la huida, escoltándole hasta Jerez, cuyo wali le dió franca hospitalidad.

Parecia que nada se oponia ya á que Abderrahman Almortadi penetrase en Córdoba, puesto que el partido cordobés lo deseaba ardentemente; pero cuando los cordobeses aguardaban la presencia del Ozmiaida, recibieron la nueva de su muerte.

CAPITULO X.

Notable descontento ocasionó la noticia de la muerte de Almortadi á todos los cordobeses que deseaban vivamente la llegada del Omeya para colocarle en el trono. No obstante, urgía tomar una resolución, y las almerices de Córdoba y los partidarios de los Omeyas, anularon por califa á Abderrahman-ben-Hixem-ben-Adelgiabar-ben-Abderrahman Ansar, hermano de Muhamad-el-Mohdi Bta, y biznieto del Ilustre Abderrahman III el Grande.

Las cualidades que adornaban á Abderrahman que en su proclamación habia recibido el título de *Al-mohtadir Billah* (el que espera el auxilio de Dios), parecían asegurar á los cordobeses el fin de sus discordias civiles; pero desgraciadamente el mal estaba demasiado arraigado, para que habiese humana fuerza que pudiera estirparle.

Escribió cartas Abderrahman á los walis de las provincias; pero estos ya no acostumbraban á acatar á los príncipes elegidos en Córdoba, pues cada uno de ellos aspiraba á la independencia, favorecido por la impunidad que le proporcionaban las luchas civiles.

Trató además de corregir la ilimitada licencia de la guardia de andaluces, slaves y zenetas. Reformó las ordenanzas de la guardia, y quitó algunas libertades, manifestado en estas providencias la rectitud y severidad de su ánimo.

Pero para llevar á cabo estas medidas existian gravísimos inconvenientes. Además de las inveteradas costumbres de licencia que dominaban en la guardia, tenia contra sí el Califa á un primo suyo que, valiéndose de los actos de reforma instigaba á la guardia á la rebelion. Comenzaron aquellos nuevos pretorianos, que ya casi disponian del cerco cordobés, por

burlarse del califa, diciendo que era mas cortado para superior de un convento de monges que para soberano de un imperio.

Dispuesto todo para la insurreccion, dióse el golpe el dia 27 de la luna de Dilcads, acometiendo en tropel los insurrectos el real palacio. Asesinaron á los esclavos que guardaban la puerta, y el califa, despertado por el ruido y por las voces de sus guardias, se arrojó del lecho, armóse con un alfanje y se defendió obstinadamente; pero sucumbió á fuerzas muy superiores, siendo despedazado inhumanamente por los revoltosos.

Cometido el asesinato, salieron los insurrectos por la ciudad con sus espaldas ensangrentadas, aclamando por soberano á Mohammed. Dueñote del sèlio que tanto habia ambicionado, siguió una linea de conducta totalmente opuesta á la de su desdichado primo. Concedió, pues, á sus zenotes nuevas libertades, y como si esto no fuese bastante, los agasajaba de mil maneras con toda suerte de espléndidos banquetes y costosas fiestas.

Por grandes que fuesen las riquezas particulares de Mohammed, debian agotarse gastadas con tal prodigalidad, y cuando esto sucedió, fué preciso abrumar al pueblo de la comarca de Córdoba con nuevos tributos.

El rey Mohammed sentia que no se procediese en estas exacciones con órden y justicia; pero no podia remediar con su indolencia las vejaciones que arbitrariamente causaban los recaudadores. Y aun así faltaba para cubrir las atenciones mas justas y necesarias; por cuya razon, aunque el principe era en exceso liberal y generoso, murmuraban de él la gaudia y el pueblo.

Una y otro al fin se sublevaron contra el califa que ellos mismos habian impuesto á Córdoba, y solo á causa de haberle permanecido fieles algunos caudillos de sus guardias, pudo escapar Mohammed y refugiarse en la fortaleza de Uclés, cuyo acaide le abrió generosamente las puertas.

Aun allí le alcanzó el odio de sus perseguidores, muriendo al poco tiempo envenenado, despues de un corto reinado que apenas duró año y medio (1025 de Jesucristo).

Desaban á toda costa los cordobeses un monarca que les colocase al abrigo de tan continuadas revueltas, y entonces los africanos se acordaron de Yahya, que, despues de su salida de la capital se habia retirado á Málaga, donde desde gobernaba las comarcas de Algeciras, Ceuta y Tanger, con mucha moderacion y justicia, segun refieren sus historiadores.

Volvió Yahya á Córdoba, en donde fué recibido con grandes aclamaciones. Una vez seguro del afecto de los cordobeses, resolvió, á imitacion de sus predecesores, hacer reconocer su autoridad en toda la estension del imperio.

Dirigió al efecto sus cartas á los walis de las provincias, convocándolos á Córdoba para que lo reconociesen y jurasen como á legitimo soberano; pero los mas distantes se excusaron con varios pretextos, y los mas cercanos declararon que de ningun modo le reconocian.

Entre los que mas duramente le trataban, figuraba el wali de Sevilla, y esto obligó á Yahya á abandonar al frente de sus tropas la capital, marchando con direccion á Sevilla, á castigar la insolencia del orgulloso wali.

Cuando Mohammed-ben-Abel, conocido por el nombre de Abu-Alkasim, que así se llamaba el wali de Sevilla, tuvo conocimiento de la determinacion de Yahya, preparó sus tropas, y contando con algunas inteligencias entre las de su contrario, dispuso una emboscada, colocando las banderas de Sevilla y Carmona en paraje conveniente, mientras que él, con el resto de sus tropas, salió al encuentro de Yahya.

Sin trabar formal batalla y empleando toda clase de ardid, atrajo Abu-Alkasim á su competidor al punto de la emboscada, y allí fueron derrotadas las tropas cordobesas, sin que les valiera la resolucion y el desahogo con que pelearon. El desgraciado Yahya murió atravesado de un lanzazo en el campo de batalla, y sus escuderos se retiraron precipitadamente á Córdoba.

Cuando se esperaba que el vencedor Abu-Alkasim marcharia sobre Córdoba para proclamarse califa, supieron con gran sorpresa los cordobeses, que se habia vuelto tranquilamente á Sevilla, y de nuevo se mostraron en la necesidad de elegir monarca que ocupara el trono vacante.

En este conflicto, reunióse el diván ó consejo supremo para proceder á la eleccion. Como predominase todavia el partido andalaz, por consejo del wazir de la ciudad, Gewhar, eligieron los miembros del diván á Hixem-ben-Mohammed, otro hermano de Abderrahman III el Grande y hermano del desdichado Abderrahman-Almotadid.

Recibió el pueblo el resultado de la eleccion con grandes muestras de regocijo, y el consejo envió comisionados á informar al elegido lo que acontecia. Hallábase este á la sazón retirado en la fortaleza de Albonte (caso Alpuente), haciendo una vida moza, así es que se resistió por algun tiempo á aceptar el cargo con que se le habia interesado.

Sin embargo, tanto instaron los almoravites, que Abderrahman aceptó el califato con el título de Mostar-Bellah; pero conociendo por la experiencia la inconstancia del pueblo de Córdoba, no quiso penetrar en la capital. Sirviéndole de pretexto el mal estado de las fronteras, se dirigió á organizar la defensa, pues durante las turbulencias que habian trabajado á los musulmanes, los cristianos adelantaron de un modo notable sus conquistas.

El wazir Gewhar que tanto habia contribuido á su eleccion, al ver el estado de los ánimos, escribió al rey esponiéndole que convenia se presentase inmediatamente en Córdoba.

Por estas noticias comprendió Hixem que era necesaria su presencia en la capital, y aunque con alguna repugnancia, entró en ella, siendo recibido con las mayores muestras de regocijo por parte del pueblo.

Después de poner órden en todo, visitaba los hospicios y casas de los pobres, las medrasas, escuelas y colegios, estirpando los abusos que allí se habian in-

truducido, y recordando á cada uno el cumplimiento de sus deberes.

Dirigió despues su atención á atraxerse á la obediencia á los walis de las provincias, intentando persuadirles con afectuosas cartas, cuanto convenia en aquellos momentos para la prosperidad de la causa musulmana, la concordia y union de las fuerzas y recursos de todo el imperio.

Esta moderacion, dicen los escritores coetáneos, llenó de descontento á los de Córdoba, sin reconocer que el mal procedia de ellos mismos, de su desmesurada ambicion, y de que las cosas habian llegado ya á un término que no tenia remedio.

En este conflicto, y viendo que la tempestad amenazaba estallar de un momento á otro, aconsejó el prudente Gohwar al califa que se retirase á Medina Zuhara, para evitar todo atropello contra su persona; pero Hixem, que habia aceptado con visible repugnancia el trono, y que solo habia accedido á las repetidas instancias de sus súbditos, en cuyo amor y respeto creia poder confiar, se resistió á adoptar este partido.

No obstante, la inconstancia del pueblo le obligó á abandonar una corona que no habia abdicionado. En una noche el populacho de Córdoba se presentó en abierta insurreccion, corriendo las calles en tumulto y pidiendo la deposicion y destierro del califa.

Gohwar fué uno de los primeros que anunciaron al rey la voluntad del inquieto y alborotado pueblo, á lo que aquí contestó sin alterarse: «Gracias á Dios que así lo quiere.» Tan luego como amaneció abundó Hixem aquella ingrata ciudad, que aun no habia mucho tiempo le habia distinguido con sus ovaciones.

En Hixem acabó la dinastía de los Omeyas en España, que principió con Abdeerahman-ben-Monwia, el año 128 de la egira, terminando el 432. «Así pasó el estado y fortuna de ellos, refiere el historiador árabe, como si no hubiese sido. Feliz quien bien obedé, y loado sea siempre aquel cuyo imperio jamás acabará.»

CAPITULO XII.

Difícil es señalar el tiempo fijo y determinado en que los distintos *walíates* se declararon independientes, pues este hecho, como la mayor parte de las transformaciones históricas, se fué verificando lentamente. Sin embargo, ya en los primeros años del siglo XI comocieron algunos walis á negar su obediencia á los soberanos cordobeses ó á rebelarse contra ellos, reconociendo despues y ofreciendo una efímera obediencia á otros que les sucedían, y que eran mas de su agrado por pertenecer á su parcialidad ó á su raza. Otros habian sido declarados por los mismos califas, y últimamente por Almanzor, en una especie de dependencia feudal, es decir, que disponian libremente de su gobierno, con tal que reconociesen la soberanía de Córdoba. Poco á poco fueron estos arrojándose todos los derechos hasta que por último asumían en su persona la soberanía.

Entre estos eran los mas poderosos los de Toledo, Zaragoza, Sevilla, Málaga, Granada y Badajoz, y por la parte de Oriente, los de Almería, Murcia, Valencia, Alburacín, Denia y las Baleares, sin contar además

una multitud de otros pequeños soberanos, de entre los cuales, habia algunos que solo poseian un reducido territorio ó una sola ciudad ó fortaleza.

Todos, cada uno en la escala en que se lo permitian sus recursos, tenían su pequeña corte, sus vasallos y su ejército; levantaban y cobraban impuestos, y muchos llegaron hasta acallar moneda con su nombre, no faltando tampoco quien se adornase con el pomposo título de emir Almonesim (Mirammolin).

A causa de este fraccionamiento, á la estincion de la dinastía Omniada, quedó Córdoba reducida á su propio territorio, y á la caída del califa Hixem tuvo que proceder el consejo ó diván á nueva eleccion, siendo elegido unánimemente el wazir Gohwar, que tanta participacion habia tomado en los últimos sucesos.

No faltaba políticos suspicaces que recelasen de su conducta agaz y disimulada; pero Gohwar conocia demasiado el pueblo de Córdoba, y habia presenciado los últimos trastornos, para que no ciese su conducta á sus elocuentes lecciones que acababa de recibir.

Con el designio de librarse de la mayor parte de la responsabilidad, y tambien para el mejor acierto y manejo de los negocios, instituyó Gohwar un gobierno aristocrático. Reunió una especie de consejo ó diván, compuesto de los mas principales y honrados vecinos de la ciudad, al cual confió los negocios de verdadera importancia, nombrando para sí el nuevo califa rias que el deber de presidir el consejo.

Una de las medidas que mas aplauden en él los historiadores arábigos, fué la espulsion de Córdoba de los delatores, que hacian un pérfido tráfico con sus calumnias, y de este modo logró introducir la tranquilidad en los ánimos. Al mismo tiempo tomó sábias providencias para la provision y el abastecimiento de las poblaciones, llegando á ser Córdoba, en su tiempo, el granero de gran parte de España, y así sus mercados veianse concurridos por individuos de la mayor parte de las provincias.

Para proporcionar sosiego á la ciudad, además de un cuerpo de policia que creó con el encargo de velar por la seguridad de los vecinos dia y noche, repartió armas entre los mas honrados, haciendo á los de cada barrio rondar por turno las calles. Cuando estos terminaban su faccion, entregaban las armas á los que debían sucederles.

Con el fin de evitar desórdenes nocturnos, y para que los malhechores no pudiesen huir de las rondas de cada barrio, atajó las calles con verjas de hierro, que se cerraban á cierta hora de la noche, y que hacian muy difícil una evasion.

Establació además procuradores asalariados como los jueces, y especies de fiscales encargados de las acusaciones públicas. Creó proveedores, y waldes de los mercados, almajarifes ó recaudadores de los impuestos, que cada año debían rendir costas al Diván; en una palabra, puso órden y concierto en todo, de suerte que al poco tiempo aquella ciudad, dividida por la discordia y castigada con frecuencia á causa de sus turbulencias y repetidas asonadas, por el hambre y la escasez, vivia tranquila en medio de la justi-

cia que reinaba, llegando á un grado de prosperidad, en consonancia con sus naturales recursos y feracísimo suelo. Así no extrañamos que los cronistas árabes digan al llegar á este punto, que todos los vecinos de Córdoba bendecían á Gewhar, que como desde atalaya miraba desde el trono lo que convenía á la justicia y buen gobierno de los pueblos.

Llamábante el padre del pueblo y el defensor del Estado, y bajo su dominio vivieron los cordobeses hasta la muerte de Gewhar, acaecida el año 435 de la Egira (1044 de Jesucristo). Grande fué el sentimiento de los vecinos de Córdoba por la muerte de su soberano, y si hemos de creer á los cronistas musulmanes, siguieron su fétetro, no solo los habitantes de aquella populosa ciudad, sino tambien hasta las retiradas doucelias, derramando preciosas lágrimas.

Fué proclamado para sucederle en el trono su hijo Muhamad-ben-Gewhar Abul Walid, varon virtuoso y prudente, digno hijo de su padre, pero de salud quebrantada y enfermiza. Tan luego como se posesionó del trono, comprendiendo la dificultad de los tiempos y la imposibilidad de hacer frente al rey de Toledo, que desde algun tiempo antes no habia dejado de mover guerra por las fronteras de Córdoba, intentó entrar en avenencia con él; mas como sus proposiciones fuesen acogidas con insolente altanería, encargó la continuacion de la guerra á su hijo Walid y al caudillo Hariz-ben-Alhakem.

Conoció entónces el orgulloso rey de Toledo, que tenia necesidad de todos sus recursos para hacer frente á los cordobeses. Reunió todas sus huestes, estableció conciertos con el rey de Valencia, y penetró con numerosa hueste en territorio cordobés. Farron derrotadas en diferentes escaramuzas las tropas de Córdoba, y las de Toledo ocuparon muchas fortalezas de aquella frontera, tanto que el caudillo Hariz-ben-Alhakem, no se atrevia ya mas que á mantenerse á la defensiva.

Ante estas criticas circunstancias, pensó Ben-Gewhar en buscar alianzas, y envió cartas con este objeto al rey de Sevilla, que era á la sazón Muhamad Aben-Abu-Amru, rogándole que se viniese con él contra el rey de Toledo, puesto que ya no se trataba solamente del imperio de Córdoba, sino de la libertad é independencia de todos los Estados de Andalucía.

Contestó en buen sentido el sevillano á las pretensiones de Muhamad-ben-Gewhar, si bien le manifestó, que en aquella ocasion no podia ofrecerle gran auxilio por estar él ocupado en otras guerras; pero que le ayudaria en lo que pudiese. Estableció tambien alianzas el rey de Córdoba con el del Algarbe, llamado Aben-Alaftas, y congregándose los aliados se acordaron las bases del convenio.

En él llevó la mayor parte el rey de Sevilla; pero los del Algarbe y Córdoba disimularon en aquella ocasion, por la necesidad que tenían de su auxilio. En consecuencia, pues, de estos pactos, ayudó el de Sevilla á Ben-Gewhar con un cuerpo de quinientos guerreros; pero no por eso el de Toledo se dejó intimidar, sino que por el contrario, reuniendo sus huestes, continuó talando las campañas de Córdoba y mole-

tando á los pueblos de aquel territorio con todas las calamidades de la guerra.

Cuando las tropas aliadas se presentaron á rechazar la agresion del rey de Toledo, fueron vencidas en varias escaramuzas, y por último, en un sangriento combate que duró un dia entero, cerca del rio Algeador (así llamado por los muchos artillos y estratagemas que empezaron los dos bandos que impulsaban las huestes contrarias), fueron derrotados los confederados, viéndose en la necesidad de retirarse á los montes de la campiña de Córdoba para escapar á una completa destruccion.

Hariz-ben-Alhakem que mandaba las tropas cordobesas, envió la triste nueva de su derrota al rey, manifestándole cuánto urgian los refuerzos, si se queria poner coto á la invasion de los toledanos.

Sensible fué este golpe, no solo para el soberano cordobés, sino para todo el pueblo, que ya veia encima de su cabeza todos los horrores y calamidades de su siglo. Era por lo tanto necesario adoptar una determinacion, y esta fué pedir mas auxilios al sevillano, para cuyo efecto salió el príncipe Abdelmelik con direccion á Sevilla.

Encontró Muhamad-Aben-Abu al jóven príncipe Abdelmelik con varios prestos, y por último á fuerza de ruegos consiguió el príncipe cordobés el escaso auxilio de cincuenta ginetes.

Cuando llegó Abdelmelik á las cercanias de Córdoba, supo que esta ciudad estaba estrechamente cercada por los toledanos y sus auxiliares. No pudiendo Abdelmelik penetrar en la ciudad con el corto auxilio que llevaba, establecióse con sus tropas en Medina Zahara.

Pero la situacion de Córdoba iba cada vez siendo mas desesperada, con tanto mayor motivo cuanto que el rey se encontraba gravemente enfermo. En este apuro, ofrecióse grandes premios á los que lograsen atravesar las líneas de los sitiadores y solicitar lo que acaecia, tanto al príncipe Abdelmelik como al rey de Sevilla.

Consiguieron algunos á travéz el campo enemigo y trasladarse á Sevilla con cartas del rey y del Consejo.

Esos dióros á entender al rey de Sevilla, que habia llegado la ocasion oportuna para el logro de sus designios. En consecuencia, accionando esta idea envió hacia Córdoba su poderoso ejército al mando de su hijo Muhammed con instrucciones precisas acerca de la conducta que se habia de seguir.

Pronto llegó la hueste sevillana al campo de Córdoba, amanqueado á la vista del enemigo. Tan general era la ansiedad de venir á las manos de una y otra parte, que solo pudo establecerlo la venida de la noche.

A los primeros albos de la mañana siguiente comenzaron á moverse las tropas sevillanas. Los toledanos y sus auxiliares, tomaron asimismo las disposiciones que creyeron oportunas para el mejor éxito del combate. La batalla fué en extremo tenaz y sangrienta. Por espacio de mucho tiempo permaneció indecisa; pero habiendo salido de Córdoba los principales caballeros con quantas fuerzas pudieron reunir, y habiéndose adelantado el príncipe Abdelmelik desde Zahara

con su caballería, los de Toledo no pudieron resistir al ímpetu de esta, y se pusieron en retirada.

El príncipe Abdelmelik siguió largo trecho al frente de sus tropas en persecución de los fugitivos, y lo mismo hicieron los cordobeses.

Cociendo el caudillo sevillano el valor de los momentos, penetró en la ciudad, ocupó sus puertas y fortalezas, se apoderó del alcázar, y puso guardia de su confianza al triste rey que yacía enfermo.

«Cuando el desgraciado Mohammed-Abul-Walid supo lo que pasaba, se affigió tanto, que la dolencia le llevó á punto de muerte, que se siguió pocos dias después. Cuando su hijo el príncipe Abdelmelik volvió del alcázar y supo la traición de los auxiliares, se llenó de justa indignación; llegó delante de las puertas de la ciudad, y no le abrieron; y mientras estaba indeciso sin saber qué partido tomaría, se vió rodeado de caballería de Sevilla, que le intimó á que se rindiese, y á todos los suyos les mandaron dejar sus caballos y armas, y faltar de consejo, se puso en defensa peleando como desesperado, sin otro ánimo ni determinación que morir matando, pues varias veces le abrieron paso por donde hubiera podido salir entre ellos; pero al fin cayó herido de muchas lanzadas, y así fué preso el infeliz príncipe y llevado á una torre, donde murió de pesar mas que de sus graves heridas.»

Réstanos ahora, para terminar esta época y entrar en otra séria de consideraciones, historiar rápidamente los sucesos de que fué teatro el territorio cordobés, hasta que el santo rey D. Fernando III le unió para siempre á la corona de Castilla, arrancándole del yugo de los almorávides.

CAPITULO XIII.

Coincidió casi con la destrucción del reino de Córdoba la noticia de la importancia que iban adquiriendo en Africa los almorávides.

Después de la destrucción del reino de Córdoba, Ahen-Abel fué uno de los mas poderosos reyes de la España musulmana, y así no debemos extrañar que consiguiere sujetar á su dominio á varios reynuelos poseedores de pequeños cantones.

No obstante, no se contentaba con esto el rey de Sevilla; queriendo reunir toda la España musulmana bajo su solo cetro, preparó una expedición contra Toledo; pero antes de poder realizarla, la muerte de una hija suya, á quien amaba en extremo, aceleró el fin de sus dias.

Sucedióle su hijo Mohammed-Abul-Kasim, á quien se pudo encargó en extremo que se guardase de los lamtanas ó almorávides, que procurase apoderarse y guardar bien las llaves de España, Gibraltar y Argencias.

El rey de Toledo, al tener noticia de la muerte del de Sevilla, dirigió contra su sucesor sus armas, aliándose con los castellanos; y después de varias jornadas, en las cuales la fortuna estuvo dividida entre ambos ejércitos, entró el toledano en tierra de Córdoba con tanta diligencia, que sorprendió á los enemigos.

No se detuvo mucho tiempo el ejército toledano en

Córdoba, pues su principal objeto era el apoderarse de Sevilla, lo que consiguió. No obstante, habiendo reunido nuevos refuerzos Abul-Kasim, volvió en defensa de su capital; y como por este tiempo hubiese muerto el rey de Toledo en Sevilla, los toledanos tuvieron que restituir la ciudad á Abul-Kasim, y con ella el resto de sus dominios.

No por eso terminó la guerra civil entre los musulmanes. Cada vez mas esconidos unos con otros, acudían con frecuencia al auxilio de los cristianos contra los mismos de su propia raza, y el resultado de todo esto fué que los enemigos del Islam se apoderasen de Toledo.

En este conflicto unióronse los soberanos con el objeto de entrar en una avenencia, juntáronse en Sevilla representantes de muchos de las cortes de Andalucía. Después de deliberar, fijáronse casi todos en el parecer de que se escribiese al príncipe de los almorávides Yussuf, cuyo nombre y conquistas en Africa eran ya muy celebradas en España.

Recibió benévolaemente Yussuf la embajada de los musulmanes españoles.

Desembarcó al poco tiempo con numeroso ejército, y atacó á los cristianos en Alarcos, causándoles una sangrienta derrota. Inmediatamente, en vez de aprovecharse Yussuf de su triunfo regresó á Africa, por haber recibido la infausta nueva de la muerte de su hijo.

De nuevo volvió Yussuf á España; pero bien pronto penetró el desconcierto entre los musulmanes, teniendo que regresar á Africa el jefe de los almorávides sin haber conseguido triunfo alguno notable.

Desembarcó de nuevo Yussuf en Argencias al frente de numeroso ejército, y habiendo comenzado por rechazar á los cristianos hacia Toledo, volvió sobre Granada, de cuyo reino se posesionó. Trasládase otra vez á Africa á buscar nuevos refuerzos para realizar los designios á que aspiraba, no sin haber dado antes á su caudillo principal Abo-Bekr las instrucciones que juzgaba necesarias para el cumplimiento de sus planes.

En efecto, tan luego como se recibieron en España los refuerzos, dividiéronse los almorávides en cuatro cuerpos de ejército, de los cuales, dos se dirigieron hacia el Oriente y dos al Occidente, con ánimo de sujetar toda la España musulmana, lo cual consiguieron al cabo de algun tiempo.

Varias expediciones dirigió Fernando III contra los musulmanes, siempre con próspera fortuna.

El 29 de setiembre de 1236 tomó la ciudad de Ubeda, y después de dejarla presidida con la correspondiente guarnición, para poder resistir á las tentativas que intentasen los moros para recuperarla, volvió á sus estados en donde le llamaban las atenciones del gobierno interior.

Entre tanto los cristianos de Ubeda, unidos á los de Andéjar, alentados con la revelación de algunos prisioneros, que les manifestaron la poca guarnición que encerraba Córdoba en sus muros, concibieron el proyecto de intentar un golpe de mano contra la importante ciudad, que había sido metrópoli del poder musulmán en la Península.

Con efecto, hicieron con todo secreto los preparativos de la empresa que meditaban y se acercaron con

suna diligencia á Córdoba, apoderándose de la Axarquía (el arrabal).

Intentaron entonces los cordobeses hacer una salida contra aquellos temerarios cristianos; pero estos se fortificaron en el arrabal, reclararon enérgicamente las acometidas de los cordobeses, y se dispusieron á conservar aquellas posesiones, hasta que recibiesen auxilios de Andújar y Baza.

En efecto, poco tiempo después llegó desde Martos con algunos refuerzos de castellanos y extremeños Alvar Perez de Castro, y si bien con esto ya no fué tan crítica la situación de los cordobeses, no dejaba de ser en extremo peligrosa y comprometida. En este apuro, resolvieron enviar á pedir refuerzos al monarca, notificándole lo que ocurría.

Ordoño Alvarez fué el encargado de esta importante y urgente comision, la cual desempeñó con toda la premura que el caso exigía.

Fácil es comprender el contento que experimentarían los del arrabal, al tener noticia de la llegada de Fernando, tanto mas, cuanto que su posición era ya en extremo crítica y difícil.

El rey de Sevilla, que era á la sazón Aben-Hud, encontrábase en Ecija con respetables huestes, dispuesto á marchar contra los sitiadores de Córdoba, para poner en salvo á esta ciudad. Si hubiese llevado á cabo sus intentos, hubiera indudablemente colocado en gran conflicto á los cristianos; pero afortunadamente supo disuadirle de este proyecto un cristiano que Aben-Hud tenía en su corte, y al cual dispensaba gran confianza.

Llamábase este personaje Lorenzo Juarez, y se habla refugiado cerca del rey de Sevilla, expulsado del reino castellano por algunos delitos que había cometido. Consultó Aben-Hud con Juarez, cuyos talentos tenía en gran estima, acerca del partido que debería tomar en aquellas circunstancias, y el cristiano que creyó encontrar entonces una ocasión favorable de volver á la gracia del rey, se propuso engañar al musulmán.

Con este propósito aconsejó Juarez á Aben-Hud, como lo mas oportuno, el examinar las fuerzas del rey de Castilla, antes de resolverse á tomar una resolución definitiva. Déjole tambien, que para obtener este resultado, parecíale lo mejor ir él mismo con solos tres cristianos y de caballo, á los reales del monarca castellano; y así con disimulo, y protestando una comision de ausencia, podrían informarse sagazmente de las fuerzas que componían el ejército enemigo. Juzgó Aben-Hud prudente y atinado el consejo, y en su con-

secuencia partió Juarez con sus tres cristianos con direccion á los reales del rey de Castilla. Dejando dos de ellos á alguna distancia, entró con el otro con cuya discrecion contaba en el campamento cristiano.

Sorprendido é irritado quedó D. Fernando al ver al mismo á quien habia desterrado para siempre del reino; pero luego que se hubo enterado del objeto y del plan que se proponia Juarez, que no era otro que alejar á Aben-Hud de su propósito de atacar á los cristianos, holgáse mucho de ello, volviendo á su gracia á su antiguo vasallo. Pucatos, pues, de acuerdo el monarca y el caballero, regresó este á Ecija, ponderando á Aben-Hud el gran poder de la hueste de Castilla, y afirmando que seria hasta temerario atacar á un ejército tan numeroso como disciplinado.

Dando entera confianza el rey de Sevilla á los informes de su desical confidente, resolvió dirigir sus fuerzas en socorro del rey de Valencia, que le pedía auxilio contra los aragoneses. A su paso por Almería, hospedó el alcaide de aquella ciudad en su palacio, y después de un convite con que aparentó obsequiarle, vabógle—dice la Crónica musulmana—en su propia cama de un modo bárbaro y cruel, y su ejército se desbandó por completo al tener noticia de la muerte de su soberano y caudillo.»

Entonces encontró Juarez ocasion de volverse con algunos cristianos hácia Córdoba, para unirse con las huestes del monarca castellano, que diariamente se aumentaban.

En vista de estas favorables circunstancias, pudo ya con todo desahago dedicarse Fernando III á la conquista de Córdoba y estrechar el cerco, sin temor de verse sorprendido en esta tarea por ningún ejército auxiliar de los musulmanes. Defendíronse en un principio los cordobeses con brio y resolución; pero así que tuvieron noticia de la trágica muerte del monarca sevillano, entraron en negociaciones con los cristianos, síndoles únicamente concedida la vida y la libertad de ir á donde mejor les pareciese.

«El 29 de junio de 1236—dice un distinguido historiador de las cosas de España,—día de los santos apóstoles San Pedro y San Pablo, se plantó el signo de la redencion de los cristianos en lo mas alto de la aljama de Córdoba: purificáse y se convirtió en basilica cristiana la soberbia mezquita de Occidente.»

Desde esta época, Córdoba no tiene historia propia, pues entró á formar parte de la monarquía castellana, que habia de ser la piedra fundamental de la unidad española.

LIBRO CUARTO.

CAPITULO PRIMERO.

Aunque Córdoba fué, sin duda alguna, la principal ciudad musulmana del Occidente, aunque en la época de su mayor esplendor podía rivalizar en lujo y magnificencia con las más suntuosas ciudades mahometanas del Oriente, conserva, sin embargo, muy poco de su pasado esplendor, y de los tiempos verdaderamente arábigos solo tenemos en la actualidad la célebre aljama comenzada, según ya hemos visto en el discurso de nuestro trabajo, por Abderrahman I, fundador de la dinastía Omniada en España.

Mas, sin embargo, aunque este monumento, truncado y mutilado después en diversas épocas para que pudiese servir á las necesidades y exigencias del culto católico, sea casi el único que nos dá á conocer la pasada grandeza de la ciudad de Córdoba, es de tal precio, que él solo basta para que podamos formarnos una idea exacta del desarrollo que llegó á adquirir en Occidente la arquitectura arábiga, en las más gloriosos tiempos de la dominación musulmana.

La misma importancia que llegó á adquirir Córdoba durante el poder arábiga, es, sin duda, la causa que ha destruido y borrado por completo el recuerdo de anteriores dominaciones; pues si bien no faltan restos en Córdoba que atestigüen el dominio romano, no obstante, son de un carácter puramente numismático y epigráfico, pero de ningún modo monumental. En efecto, la dominación arábiga, haciendo de Córdoba el centro y imperio de su poder en España, concluyó con los restos arquitectónicos de la época romana, y de esta reica sistemática solo se libraron pequeños fragmentos que, si son de gran importancia para la historia, no pueden servir para el examen puramente arquitectural.

Con respecto á este punto, poco ó nada influyó la dominación de los godos, pues durante ella Córdoba hizo cuanto pudo por ser independiente, y si en el tiem-

po en que tuvo que sufrir su yugo debió á sus dominadores algun monumento arquitectónico, demasiado sabido es que los godos no hicieron en esta parte mas que copiar la arquitectura romana, ya en extremo decadente en su tiempo.

De todo lo dicho se deduce naturalmente, que la misma suerte que sufrieron los monumentos romanos de la ciudad patria, ópulos á los romanos-godos, teniendo, por lo tanto, que limitarnos en el examen de los restos arquitectónicos de Córdoba, á empezar por la época arábiga, que fué la que nos ha dejado los mas característicos vestigios.

El punto en donde se edificó el célebre aljama de Córdoba, es, según todas las indicaciones, el mismo en donde se encontraba la catedral cristiana, que á su vez se habia construido sobre las ruinas del templo pagano dedicado á Jano.

Ya hemos visto, en otro lugar el ardor con que el omir se dedicó á la construcción de la aljama. Sentíase ya anciano, y no quería que le sorprendiese la muerte antes de haber podido gozar siquiera del espectáculo que presentaría el templo, aunque no fuese mas que bosquejado. Así sucedió en efecto, terminadas las principales naves, colocados los techos y cubiertos con tapices y riquísimas telas los huecos de las que estaban todavía en construcción, pudo Abderrahman iniciar en aquel punto el culto del profeta; pero el templo no se terminó hasta el breve y glorioso reinado de su hijo y sucesor Hixem.

Ocupaba la aljama una área de 460 pies de Setentrion al Mediodía y de 280 de Oriente á Occidente, espacio cercado de altos y gruesos muros almenados como los de una fortaleza, y reforzados además por robustos estribos, que terminaban en torres albaranas, y un elevado *adwiar*, desde el cual el *suezzis* llamaba á los musulmanes á la oracion.

Entrábase en la aljama por nueve puertas exteriores, es decir, que comunicaban á los pórticos que ro-

deban el jardín de las abluciones, puertas espaciosas, de rica y variada ornamentación.

Desde el jardín de las abluciones se penetraba en el templo por once puertas correspondientes á las once naves de que constaba la parte de edificio cubierto ó la aljama propiamente dicha. El patio que servía para las abluciones, estaba formado por varias alamedas de naranjos y palmeras, que daban agradable sombra á aquel recinto.

En el interior, el templo, se componía de un vasto cuadrilongo, que, según ya indicamos, constaba de once naves principales que corrían de Norte á Sur, cortadas en ángulo recto por otras veintuna más pequeñas. Los techos eran en un principio de madera de sicos, primorosamente pintados y cubiertos de menudas labores y dorados, y en el fondo de la nave principal se encontraba el santuario ó *Mihrab*, donde se guardaba el ejemplar del *Koran* copiado por Othman, príncipe califa descendiente de Mahoma, y que los musulmanes consideraban como una de las más preciosas reliquias.

Tal era, en resumen, la mezquita comenzada por Abderrahman I, y terminada por su hijo y sucesor Hixem. Todos los califas sucesores, unos más y otros menos, fueron añadiendo nuevas riquezas á aquel templo nacional.

Una de las reformas más notables la acometió Abderrahman III el Grande, el espléndido constructor de Medina Zahara. Esta obra á que nos referimos, fué la construcción de un nuevo *al-Mihrab* por considerarse el antiguo, por su sencillez, en disonancia con el resto de la aljama. Para este objeto, se procedió á derribar el antiguo, pues el nuevo debía ocupar el mismo sitio, siguiéndose después la obra con febril actividad, tanto que en cuarenta y tres días se abrieron los cimientos; y la esbelta y elevada torre se concluyó en solos trece meses, y eso, que según el testimonio de verdicos escritores que lograron

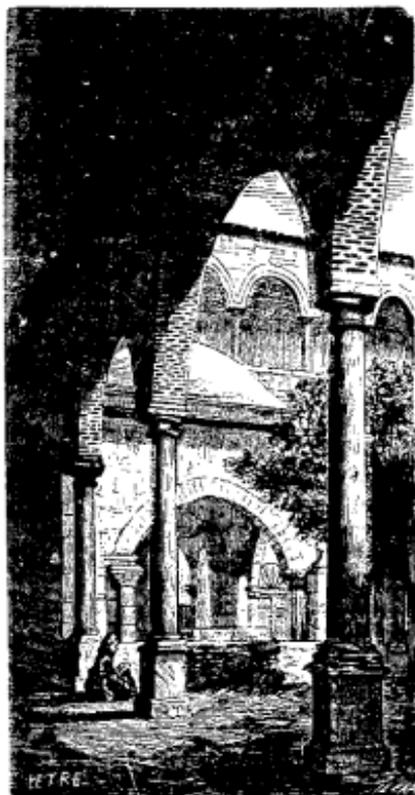
verla todavía intacta, era una mole de considerable altura.

Siendo la aljama demasiado estrecha para las necesidades del culto, y habiendo aumentado la población de Córdoba hasta un extremo casi hoy inconcebible, Abakem II la aumentó de un modo considerable prolongando las once naves principales en líneas rectas

150 pies más hacia el Mediodía. Al extremo de la prolongación de las naves, por la parte de S., entre el muro interior de la aljama y el exterior ó de circunvalación, se dejó un espacio de unos 15 pies, que se dividió en 11 compartimientos iguales, correspondientes á las naves, y en el del centro se construyó el *Mihrab* ó santuario con pérga magnificencia. Este pequeño recinto de forma heptágona, tenía el pavimento de már-mol blanco bruñido con esmero, y el áncalo formado por seis grandes tableros también de mármol, así como la arquería ornamental y la bóveda, que eran de la misma materia.

El hajib Almanzor encontró poca cosa todavía la mezquita, y empleó una parte de los tesoros que producía la guerra, en aumentarla. Pero si bien la obra de Almanzor es notable por su estension, dábse más bien que favoreció á la perfección total del edificio, pues como el aumento no pudo ser simétrico, puede decirse que no llegó á formar parte integrante de la mezquita. Ocho fueron las naves que construyó Almanzor de la misma estension que las 11 principales que ya existían; mas como á causa de que por la parte de Occidente estaba muy próximo al templo el alcázar que los califas habitaban cuando residían en Córdoba, no pudo hacerse el aumento mas que por la parte del Oriente, y así se faltó á las leyes de la simetría.

Hé aquí, reduciéndonos á los límites que nos hemos impuesto, el estado en que se encontraba la aljama de



CLAUSTRUM DEL CONVENTO FRANCISCANO DE CÓRDOBA.

Córdoba en la época de la conquista: veamos ahora las modificaciones que en ella se fueron haciendo sucesivamente al convertirse en catedral católica.

CAPITULO II.

Aunque tan luego como el pabellon castellano flotó en los alminares y torresones de Córdoba se perfijó la célebre mezquita y se celebraron en ella los Divinos Oficios, la catedral no se trasladó á este punto hasta el año de 1216. Era natural que para adaptar el templo musulmán á las necesidades del culto católico, debiese experimentar el primitivo edificio transformaciones y reformas notables, todo lo cual no pudo hacerse en un momento, pues espulsada, según ya hemos visto, la población musulmana, la ciudad perdió mucho de su anterior esplendor, y solo fué resarciendo en parte sus pérdidas, cuando recibió los habitantes suficientes para el cultivo de sus feraces campiñas.

Tan luego como pudo pensarse en el esplendor del culto, comenzaron los prelados por dirigir su atención hácia el pensamiento de trasladar la catedral al templo musulmán, lo cual no era mas que volver las cosas á su primitivo estado, pues según todas las tradiciones, la iglesia principal de Córdoba habia estado desde el tiempo de los primeros obispos en aquel sitio.

Por espacio de 22 años continuaron las cosas en este estado, emprendiéndose tan solo algunos trabajos de poca consideración, según podia permitirlo la penuria de aquellos tiempos.

A excitación de los prelados y movidos por las reclamaciones del cabildo cordobés, los reyes Fernando IV y Alfonso X hicieron algunas donaciones de consideración, concedieron á aquella nueva iglesia algunos privilegios, con lo cual pudieron ya verificarse algunos trabajos en mayor escala.

El cabildo, auxiliado con los necesarios fondos por el rey Sábido, emprendió la construcción de una capilla mayor que sustituyese á la provisional, que no reunia las condiciones apetecidas; y para este efecto escogió las tres primeras naves trasversales de la parte de la mezquita, llamada *cuarto noble*.

Algunos años después (1278) ostendiéronse las modificaciones á la parte exterior del edificio, colocándose la imagen de San Rafael en la cúpula del alminar construido por Abderrahman III el Grande.

Durante los siglos XIV y XV se construyeron muchas capillas (1), debidas unas á la piedad privada y otras obras de los esfuerzos del cabildo y de los prelados. Sin embargo, en estas primeras construcciones respetóse siempre en lo posible la arquitectura arábiga, pues las capillas colocadas en el extremo de las naves en nada desfiguraban el primitivo carácter del templo. De este modo, desde los tiempos de la reconquista hasta los de Carlos I, en cuya época, como veremos, sufrió la mezquita la mas notable transformación, construyéronse veintiocho capillas en que alternativa-

mente se empleaban los estilos gótico y sarraecónico, y en las cuales puede verse la degeneración del arte ojival.

Hasta principios del siglo XVI, la obra de los árabes no habia sufrido todavía una transformación radical. En este tiempo, queriendo el cabildo emprender una construcción que correspondiese á las necesidades y solemnidad del culto cristiano, bajo la iniciativa del obispo D. Alfonso Manrique, se hicieron los preparativos necesarios para la erección de un grandioso crucero, en donde se hallase colocada con la debida magnificencia la capilla mayor. Sabedor el pueblo de Córdoba de los intentos del cabildo, hizo oír sus reclamaciones en contra de la obra proyectada, que debia quitar en gran parte al primitivo templo musulmán su verdadero carácter.

A pesar de todo, el cabildo continuó adelante en sus proyectos; mas como la oposición de la ciudad aumentaba por momentos, sometidas aquella divergencia al arbitrio del monarca, que era á la sazón Carlos I, recibiendo el cabildo, á consecuencia de esta determinación, el permiso para emprender la obra, según los planos que presentó. En efecto, comenzaronse los trabajos en el año de 1523; pero marcharon tan lentamente por falta de los necesarios recursos, que solo al cabo de cien años pudo abrirse la nueva iglesia al culto.

En 1526 visitó el emperador la ciudad de Córdoba, y al observar por sí mismo las obras de la catedral, sintió en extremo haber partido de ligero dando al cabildo la autorización pedida sin haber tomado antes más detallados informes (1). Efectivamente, razón tenia Carlos en deplorar aquellas obras, pues si bien el crucero proyectado debia ser grandioso y magnífico, habia sido preciso derribar alguna parte de la mezquita, la cual perdía de este modo su primitivo carácter.

El crucero, cuya construcción dirigió en un principio el maestro de arquitectura Hernán Díaz, formaba una gran cruz latina, cuyo brazo mayor se extendió á Oriente á Poniente, cortando en sentido perpendicular las nueve naves del centro de las quince principales que formaban la mezquita de Abderrahman, al paso que el brazo menor que seguía la dirección de Norte á Mediodía, se hallaba situado en el ángulo formado por el muro de refuerzo de la adición de Alhakem y la de Almanzor.

Colocadas las pilastras sobre que debia descansar la bóveda, notase la dificultad de colocarla, pues se creia que no ofrecian bastante solidez los pilares construidos, tanto mas, cuanto que no habia posibilidad de darles los refuerzos necesarios por el exterior, según en semejante caso se acostumbra, para neutralizar los efectos de la presión lateral del arranque de la bóveda. Tanto por esta causa, como por la escasez de recursos pecuniarios, la obra avanzaba con extrema lentitud.

El obispo Reinoso, sin desalentarse por las dificultades, y creyendo que un arquitecto hábil sabria triunfar de ellas, hizo venir á Córdoba al maestro Diego de

(1) En 1524 la de Santa Cruzaló de los ante tall virgenes; en 1400 las de San Acacio y San Antonio de Padua. Mas últimas se fundación de Alonso Fernan de Córdoba, y las dos anteriores del doctor D. Miguel Sermeola, canónigo de la catedral; y del obispo D. Fernando González Daza.

(1) «Yo no sabia qué era esto, dijo Carlos I, pues no habiera permitido que se derribase á un antiguo porque hacer lo que pueda haber en otras partes, y habiera deseado lo que era singular en el mundo.»



JOSE W. REY.



Praves, que había adquirido gran celebridad, no solo en Valladolid, su patria, sino también en el resto de España. En efecto, el nuevo arquitecto consiguió fabricar la bóveda y colocar la última piedra el año de 1600, celebrándose con este motivo una solemne fiesta religiosa.

La decoración interior de la catedral y la construcción del coro se terminaron en 1607, y finalmente el retablo del altar mayor, ejecutado de hermosos mármoles, quedó colocado definitivamente el 27 de abril de 1627. Esta sumaria reseña de las vicisitudes por que pasó la construcción del crucero, y el largo tiempo invertido en su fabricación, explican su carácter arquitectónico, que comprende el gótico decadente, el plateresco y el griego-romano.

Además de la catedral, es digno de notarse en Córdoba el palacio episcopal, no tanto por su mérito arquitectónico, como por el asiento que ocupa, que es el mismo en donde se elevaba en otro tiempo el suntuoso altar de los califas Omniadas. Este altar debió haber sido de una desmesurada extensión, pues abarcaba todo lo que hoy es palacio episcopal alfinzar viejo y nuevo, caballerizas y muchas huertas. La iglesia de Santa Marina, que se levanta majestuosamente en la plazoleta llamada del conde de Priego, pertenece á los primeros tiempos del arte ojival español. La fachada principal, aunque de molduras lisas, es, no obstante, bella y agradable. Flanqueada dos severas agujas, y sobre la puerta ojival de arcos reentrantes descuellos una claraboya formada de anillos concéntricos, con la cual forman simetría otras dos menores colocadas en los extremos de la fachada. El carácter principal de este templo es la sencillez y la perfecta disposición y armonía del conjunto, que hacen que la vista repose en él con placer y sin fatiga, á pesar de no observarse los detalles que hermosean otras creaciones del arte ojival.

Al mismo género, pero menos severo, pertenece la iglesia de San Lorenzo. Como en el siglo XVI ha sido desfigurada lastimosamente con la colocación de una torre en uno de los ángulos de la fachada, torre que está en disonancia completa con el resto del edificio; como posteriormente los arcos del pórtico que daban ingreso al templo han sido tapiados y sustituidas sus tres arcos ojivales por una macizua puerta de medio punto, solo resplandece hoy y sorprende agradablemente al viajero el gran rosón colocado en la parte central de la fachada, y que por sus deliciosos detalles como los del mas finísimo encaje, dejan penetrar la luz iluminando profusamente la nave central.

Las demás parroquias de la ciudad pertenecen en general al mismo género de arquitectura; pero como en épocas posteriores han sido retocadas en parte, añadidas y reformadas con descomulgado gusto y sin respeto al brillo y á la pureza del arte, apenas pueden llamar hoy la atención del viajero, á no ser por alguno que otro detalle que revela su pasada historia.

La graciosa torre de San Nicolás, edificada por el obispo D. Íñigo Manrique á fines del siglo XV, es digna de notarse por su graciosa y esbelta forma, que la asemeja mucho á un alminar árabe. Lástima que sobre su plataforma se haya colocado posteriormente un rú-

tico y feo campanario, que destruye en gran parte la belleza del conjunto, causando una desagradable impresión al que contempla aquel monumento.

Con respecto á los conventos, en su mayor parte nada ó casi nada conservan de su primitivo estilo arquitectónico, lo cual es tanto mas sensible cuanto que muchos de ellos eran soberbios edificios. Del convento de San Francisco todavía se conserva una parte del cántaro que nos da la muestra de lo que podía ser el resto. Los arcos robustos que formaban esta galería descansan en columnas, ya de estilo árabe, ya del renacimiento.

Al lado del palacio episcopal, frente á una de las puertas de la catedral existe un precioso modelo del arte cristiano ojival, y es la fachada del Hospital de los Véspitos. Nada mas bello que la portada encajada de arbotres de crestería, adornada de estatuas sostenidas por lindas peanas y calados y esbeltos descoltes. Sobre todo, las tres estatuas que coronan la puerta causan el mas gran efecto, por la noble actitud, el grandioso estilo de sus ropajes, las ropas graciosas que las sostienen y las umbelas bajo las cuales se cobijan.

Además de estos edificios que acabamos de citar, si la índole de nuestro trabajo lo permitiese, podríamos aun considerar otros que contienen preciosos detalles, porque aunque el aspecto general de Córdoba diste mucho de ser bello y agradable, pues conserva mucho de su carácter morisco, no obstante, á través de tantas ruinas como ostenta la ciudad de los califas españoles, destacan aquí y allí algunos palacios, casas y templos que revelan su pasada grandeza.

CAPITULO III.

Dividense los campos que forman el territorio de Córdoba en *sierra* y *campiña*, términos que separa el rio Guadalquivir que atraviesa diagonalmente la actual provincia. Encuéntrase la sierra y sus pueblos en la derecha y en la opuesta bállase la faxa campiña, en donde es otro tiempo, segun noticias de los escritores musulmanes, habia infinitad de pueblos, aldeas, alquerías, casas de campo y toda clase de deliciosas posesiones, tanto agrícolas como de recreo.

Por lo que respecta á la sierra, en otro tiempo albergue de multitud de poblaciones, encierra notables recuerdos, ya de la época romana, ya de la árabe, ya de la restauración cristiana. ¿Quién no conserva los nombres de Fuentovejuna, Aznaga, Belmez, Espiel, Trastierra y tantos otros, en donde existían fuertes castillos, poblaciones importantes, templos y conventos notables, de todo lo cual apenas queda hoy vestigio alguno?

Muchos de estos pueblos y otros, como son Beliscazar, Santofleita, Hinojosa, Torremilano, Villalpedroche, Pozoblanco, pertenecen á la época romana, durante la cual representaron un papel bastante importante; otros conservan la que tenían bajo el dominio de los visigodos y después bajo el de los musulmanes; otros surgieron á impulso de la grandeza que recibió Córdoba, que se reflejaba tambien por todo el territorio, y

may pocos, puede decirse, que desaparecieron antes de la época de la reconquista.

La sierra cubierta de pueblos, de aldeheelas, de caseríos y toda clase de posesiones agrícolas, estaba cuidadosamente cultivada, y por eso en vez del triste aspecto que hoy presenta, estaba cubierta de perpetua verdura. En los valles, por medio de los arroyos que hoy desaguan en el Guadalquivir, dejando tras sí la esterilidad y el abandono, se hacía fructificar toda clase de deliciosos productos; en las lomas cubiertas de alisos y ríñelos funcionaban los lugares para estruir el jugo de tan fructífera planta, y en la dehesa numerosos rebaños suministraban abundante materia para multitud de productivas industrias.

Este estado que llegó á su mayor altura en la época de los Aberrahmaes, con la destrucción del imperio Omíyada comenzó á decaer visiblemente. Repetidas causas contribuyeron á este resaca: la furia enconada y devastadora que dividid á las razas musulmanas despues de la destrucción del califato cordobés, la conquista de los castellanos que convirtió aquellas comarcas en tierras de frontera, en las cuales era peligroso residir, pues se veían expuestas á los continuos ataques de unos y otros; las causas generales que predisponían á la población cristiana contra los pueblos de origen islámico, y mas que todo esto, la calamitosa política y la deplorable administración de la dinastía austríaca, que entregada á descabelladas empuenas, esquilimaba á los pueblos, agotando al mismo tiempo las fuentes de la riqueza pública.

Y sin embargo, cuán pródigo se mostró la naturaleza con aquel territorio. Además de los naranjales, olivares, granados, cidras damasquinas y moreras, elemento necesario para una industria rica y lucrativa que se obtiene con escaso trabajo y fatiga por parte del agricultor, produce la sierra espontaneamente lentiscos, arráyanos, algarrobos, almeces de grato fruto, piños, avellanos, castaños y acobuche. Por lo demás, en esta comarca hay sitios deliciosos, como lo prueban los nombres de *Palmarico*, *Valle hermano*, *Miradores*, valles encantados y risueños, que convienen perfectamente con sus denominaciones.

Recorriendo rápidamente las principales poblaciones de la sierra de Córdoba, encontraremos á Fuenteovejuna, que debe á un acto de sangrienta venganza la inmortalidad de que goza. En 1475 el comendador de la orden de Calatrava, bajo cuya jurisdicción estaba el citado pueblo, no contento con vejarse y oprimirle con toda clase de cargas, permitía que sus hombres de armas se abandonasen á los mas posibles excesos. Penetraban, pues, estos guerreros, que mas bien merecían el dictado de foragidos, en las casas de los pacíficos é indefensos vecinos, dominando en ellas como en país conquistado y verificando toda clase de repugnantes fechorías.

Llegó el escándalo hasta tal punto, que los vecinos resolvieron unánimemente rechazar la fuerza con la fuerza. Armasse apresuradamente con todos los objetos que pueden haber á las manos, atacan á los hombres de armas del comendador, que no esperaban aquella acometida, y los obligan á buscar su salvacion en la fuga. La multitud enardecida con la victo-

ria, marcha inmediatamente al palacio del comendador, que, rodeado de sus mas fieles criados, se dispone á la defensa. Indótilos son todos sus esfuerzos. Su valor ni el de los que le acompañaban podia ser suficiente para rechazar la agresion de todo un pueblo impulsado por la ira de repetidos y afrentosos agravios.

Al cabo de algun tiempo de combate, y cuando ya todos los soldados del comendador yacian tendidos en tierra, cae este atravesado tambien por las espadas de la irrita muchedumbre. Su cadáver, arrojado por las ventanas del palacio, fué recogido por las lanzas y picas de los que se encontraban en la plaza, que despedazaron aquel sangriento trofeo con rabia siempre creciente.

Llegados estos hechos á noticia de los Reyes Católicos que á la sazón regían los destinos de España, enviáronse á Fuenteovejuna las fuerzas necesarias para apaciguar el motin, y los competentes jueces para el exámen de aquellos sucesos. En vano trataron los magistrados de castigar á los principales jefes é instigadores de la anarquía; pues á cuantas preguntas hacían, los vecinos contestaban unánimes, que todo el pueblo sin escepcion de personas habia tomado venganza de los desafueros del comendador. Ni las repetidas pesquisas, ni las amenazas, ni el tormento á que se vieron sujetos muchos de los vecinos, ni los ejemplares castigos, fueron suficientes para provocar la menor delacion, de suerte que los jueces se veían en la precision de castigar á todo el pueblo ó dejar el crimen impune. Supieron los Reyes Católicos este conflicto, enteráronse de los antecedentes del suceso, conocieron por la unanimidad de los vecinos del pueblo las graves faltas cometidas por el desdichado comendador y mandaron terminar los procedimientos, habiéndose considerado la muerte del magnate y de los suyos como un castigo de la Providencia.

Dejando aparte otras poblaciones de menor importancia, aunque notables por los monumentos, cuyos vestigios todavia podemos hoy contemplar, citaremos en este lugar algunas que se encuentran en las riberas y feraces ribonas del Guadalquivir, en otro tiempo medio activo y eficaz para el desarrollo del comercio.

Aldea del Rio, situada como su mismo nombre lo indica en la orilla izquierda del Guadalquivir, es una poblacion de alguna importancia, compuesta de tres calles grandes y colocada en una eminencia. La principal ocupacion de sus habitantes es la industria de lanas. Siguiendo las aguas del rio se encuentra Carpio, tenida por unos como la antigua Corbulo, al paso que otros afirman que es la Calpurniana de los romanos; pero ambas opiniones son erróneas, pues todo induce á creer que la poblacion, que hoy se denomina Carpio, era la antigua Martialium, de que nos dan noticia los historiadores y geógrafos romanos que se han ocupado de las cosas de España.

De Villafraza, la antigua *Ososa*, no se conserva dato alguno digno de mención, y lo mismo diremos de las Ventas de Alcolea, á no ser que el magnífico puente de veinte arcos, fabricado de mármol negro, no fuese suficiente para atraer la atencion del viajero.

Desde este punto comienzan á ser mucho mas agradables las riberas del Guadalquivir, la campiña adyacente nuevas galas conforme se adelanta hácia la capital, hasta convertirse en un delicioso vergel, que en la época de los musulmanes y á favor de una cultura esmerada, era á la vez rico y hermoso.

En esta ligera enumeracion no debemos olvidar de Peñafór, la antigua *Hipsa*, puerto principal sobre el Guadalquivir en la época en que este rio era navegable hasta Córdoba. Aunque en su lugar hemos tratado ya este asunto, conviene no obstante insistir en él, para que pueda comprenderse de qué modo este rio fué perdiendo estas cualidades, que eran una de las fuentes de riqueza de la espléndida corte de los Omíadas. Durante la época romana los objetos de comercio eran transportados por el Guadalquivir hasta el mar en pequeños barcos, que remontaban despues el rio, alimentándose de esta suerte en frecuente tráfico entre todos los pueblos de las riberas del Betis. Consta que los árabes se aprovecharon tambien de este medio de comunicacion, pues todavía en los últimos tiempos del califato se hace mención del comercio que se hacia por el rio. Despues de la conquista, suspendido el tráfico por algun tiempo ó disminuido en gran parte á causa de la despoblacion de aquellas comarcas con la expulsión de los árabes y la decadencia de la agricultura, comenzó á mirarse con indiferencia este canal natural de riqueza, y entouces el curso del rio se fué interrumpiendo sucesivamente á causa de los molinos que se colocaron en él, los cuales fueron estrechando el cauce y embalsamándolo con toda clase de obstáculos. Al mismo tiempo las corrientes que sobre las riberas del Guadalquivir hacian con frecuencia los moros granadinos, retrojeron en gran parte tambien á los que se dedicaban á esta industria, que en poco tiempo previó totalmente.

Despues que los Reyes Católicos se hubieron apoderado del reino de Granada y habiendo desaparecido este inconveniente, se pensó de nuevo en utilizar el Guadalquivir como via de transporte, pero como se tomaron varias disposiciones con este objeto, no produjeron resultado alguno satisfactorio. Es cierto que las antiguas obras de canalizacion que encauzaban el rio, habían desaparecido en gran parte, y debían realizarse otras nuevas, si se queria que la navegacion fuese cómoda. Al mismo tiempo el esmerado cultivo de la sierra, el completo sistema de riego empleado por los árabes, y que era una de las causas que impedía las rápidas crecientes, que en otro tiempo apenas existían, dificultaron é imposibilitaron por completo su navegacion.

En tiempos posteriores fijóse la atencion de los monarcas sobre este asunto, y aun se estudiaron los medios que se deberían practicar para el objeto. Entouces se aconsejó cambiar el antiguo método de navegacion por medio de remos, empleado tambien sin quilla conlaidas á la sierra, las cuales con muy poco cuidado podrían trasladar grandes pesos; pero si los trabajos se hicieron, ni por lo tanto hubo ocasion de emplear el sistema propuesto.

Además de las publicaciones mencionadas, merecen citarse Castro del Rio, Bajalanco, que cuenta con una

numerosa poblacion, y que ya en tiempo de los romanos era conocida con el nombre de *Calpurniana*, si no se han interpretado torcidamente los antiguos geógrafos. Esta poblacion cuenta entre sus timbres el haber sido patria del afamado pintor Antonio Palomino, cuyas obras le han grangeado un imperecedero renombre. Cabra, hermosa aunque pequeña ciudad; cuyo nombre al pareceres de origen griego, y cuya sima se ha hecho proverbial; y Lucena, la mayor poblacion de la provincia, que cuenta por lo menos 30,000 habitantes, y cuyos términos son en extremo fércos y abundantes, especialmente en aceite y otros productos de consideracion, contribuyen á hermosear la campiña de Córdoba. Para concluir citaremos tambien á Montilla, célebre por haber sido cuna del *Gran Capitán*, Gonzalo de Córdoba, de cuyos famosos hechos debemos ocuparnos en capítulo aparte, segun hemos hecho con otros ilustres cordobeses en sus respectivas épocas.

CAPITULO IV.

Gonzalo Fernandex de Córdoba, conocido despues universalmente con el dictado de *Gran Capitán*, con que lo designa la historia, era hijo del rico-hombre de Castilla D. Pedro Fernandez de Aguilar, y vió la luz primera en Montilla el año de 1451. Habiendo recado los bienes de la casa en su hermano mayor D. Alonso, que se habia hecho célebre en las guerras de Granada, quedó á Gonzalo por único patrimonio su genio y su valor, con lo cual sepo conquistarse una fama perdurable.

Conviene advertir, que en la guerra que desgraciaron el reino en la época de Enrique IV el Impetuoso, la ciudad de Córdoba y su distrito se colocaron al lado del hermano del rey D. Alfonso que aspiraba al trono, y por este motivo el jóven Gonzalo estaba en Avila, cuando en esta ciudad se verificó la famosa *farra* tan conocida en la historia.

Cuando murió el infante y las miradas de los que estaban descontentos del vergonzoso gobierno de Enrique se dirigieron hácia la infanta Isabel, como única esperanza, el jóven Gonzalo se presentó en Segovia, llamado á lo que se dice por esta princesa, que ya tenia noticia de la resoluzion y brevedad del jóven guerrero. A la muerte de Enrique IV, y cuando el rey de Portugal movió guerra á Castilla para impedir que Fernando é Isabel se apoderasen del trono, Gonzalo, á las órdenes del gran maestro de Santiago, que lo era á la sazón D. Alonso de Cardenas, y al frente de una compañía de ciento veinte caballos, echó los primeroscimientos al edificio de su fama, mereciendo por su brillante comportamiento en la batalla de Albuera las alabanzas de su jefe.

Cuando, posteriormente, los Reyes Católicos se propusieron conquistar el reino granadino para acabar la interminable lucha de la reconquista, Gonzalo fué uno de los primeros en el combate, señalándose en cuantos se dieron entonces á los árabes. La noche en que el campamento cristiano fué presa de las llamas, Gonzalo envió á llorar por la reclamara de su esposa doña María Manrique, y gracias á este rasgo de respetuosa

galantería, la reina Isabel apenas experimentó las inoportunidades de este acontecimiento.

Finalmente, tanto se había distinguido ya el joven guerrero cordobés durante las variadas peripecias de esta lucha, que al celebrarse las capitulaciones para la entrega de Granada, nombráronle los reyes uno de los comisionados que debía tratar este asunto con el rey Chico, mereciendo después de sus soberanos, entre otras distinciones honoríficas, una hermosa alquería con estenso territorio, y la cesión de un tributo que pertenecía al rey por el comercio de la soda.

Siguió Gonzalo á la corte después de terminada la conquista de Granada hasta la época en que, habiendo surgido una nueva lucha entre Francia y España sobre la posesión del reino de Nápoles y Sicilia, los Reyes Católicos eligieron á Gonzalo como el mas á propósito para dirigir aquella campaña, que tenia todas las trazas de ser en extremo empuñada.

Llegó Gonzalo á Sicilia, en donde encontró á los monarcas despoitados de Nápoles, Alfonso II y su hijo Fernando. Habiendo acordado con el segundo el plan de operaciones, trasladóse el cordobés á la Calabria, punto el mas favorable para emprender la campaña con escasos recursos, tanto por la disposición particular del territorio, como porque en él la dominación española contaba con mayores simpatías.

Las primeras operaciones que emprendió Gonzalo produjeron resultados felices, por mas que tuviera que habérselas con un adversario tan entendido y valiente como el general de Aubigny, á quien sus contemporáneos llamaban el *Caballero six tactics*. Es cierto que contando con pocas fuerzas, y estas no todas de su confianza, no se arriesgaba el cordobés á una batalla campal; pero por medio de una lucha semejante á la que había aprendido en España guerrasde contra los moros, conquistaba cada día nuevos territorios, y molestaba continuamente á los franceses que no estaban acostumbrados á aquel modo de pelear.

El rey de Nápoles, Fernando, alentado con estos primeros sucesos, empuñóse á toda costa en dar una batalla campal para influir moralmente en el ánimo de sus súbditos; pero el prudente Gonzalo se opuso con todas sus fuerzas á este pensamiento. No obstante, insistió el monarca, y el general español tuvo que ceder, mal de su grado, á tan imprudentes exigencias. Dieron la batalla, y los sicilianos y españoles fueron derrotados, á pesar del valor que en ella desplegaron.

Retiróse Gonzalo á Reggio con las reliquias de su ejército, dispuesto á mantenerse á la defensiva hasta que la situación cambiase. Tan luego como consiguió reanudar sus tropas, atacó y tomó sucesivamente las plazas de Piomara de Muro, Catania, Bagnara, Terranova, Tropea, Maida y otras varias fortalezas de consideracion, y aunque apenas podia presidirlas por falta de gente, continuó adelante en su empresa, apoderándose tambien de otros puntos. De esta serie, en la primavera de 1496 habia ya sujetado, con cortas excepciones, toda la alta Calabria.

En este estado las cosas, recibió órden del rey Fernando de Nápoles para que se le uniera en la Puglia. Gran disgusto experimentó Gonzalo al recibir esta órden; pero obedeció, sin embargo, llevando algunas de

sus tropas y dejando las restantes para sostener las conquistas de la Calabria. Una vez con el rey Fernando, se decidió la conquista de Atella, plaza fuerte que ocupaban los franceses. Desde entonces, dice Zurita, como si todos hubiesen acordado en ello, de un comun consentimiento de los contrarios y de la gente del rey, le comenzaron á llamar *Gran Capitán*, y así parece que se puso en el instrumento de la concordia y asiento que se tomó con los enemigos en el mismo lugar de Atella.

Tal es el origen de esta denominacion con que desde entonces fué conocido Gonzalo Fernandez de Córdoba. Los resultados de la legada del cordobés ante los muros de Atella fueron inmediatos. Las tropas sitiadoras que hasta entonces habian atacado flojamente la plaza, se sintieron poseidas de gran resolucion al verse mandadas por tan entendido y arrojado caudillo, y á los pocos dias los franceses se vieron obligados á capitular para evitar los horrores del asalto.

Luego que el *Gran Capitán* hubo desempeñado su mision delante de Atella de un modo tan cumplido, volvió á la Calabria, en donde el francés Aubigny, aprovechando la ausencia del cordobés, habia conseguido recuperar de nuevo casi todas las plazas perdidas. A pesar de todo, los triunfos de los franceses terminaron tan pronto como Gonzalo de Córdoba se y tomó de nuevo al frente de sus tropas. Las plazas volvieron á ser reconquistadas, y los soldados italianos que servian en las filas francesas, se pasaban á las banderas de Gonzalo, atraídos por su fama y renombre. De este modo, al poco tiempo hizo-se el cordobés dueño de toda la Calabria, que tuvieron que abandonar los franceses ante la imposibilidad de prolongar por mas tiempo la resistencia.

Iguales triunfos alcanzó el *Gran Capitán* en los Estados Pontificios que invadieron los franceses, tomando á Ostia, en donde estos se habian atrinchado y se defendian con gran denuedo y resolucion. Desde Ostia se trasladó á Roma, en donde su entrada fué una verdadera marcha triunfal. Por todas las calles era apellidado con el título de *libertador de Roma*, y cuando se apeó en el Vaticano para dar cuenta á Su Santidad de su feliz expedicion, un inmenso gentío se encontraba allí reunido para contemplar de cerca al gran guerrero que acababa de rechazar á los franceses de la mayor parte de la Italia Meridional.

Ante el Sumo Pontífice inclinó Gonzalo para besar el pié, segun lo prescribe el ceremonial; pero el jefe del catolicismo no lo consintió, sino que, por el contrario, levantándose de su asiento, besó en la frente al cordobés, manifestándole al mismo tiempo su gratitud por los servicios que le habia prestado.

A pesar de este lisonjero recibimiento, la despedida no fué tan cordial como podia esperarse. Estaba el Papa algo resentido de los Reyes Católicos, que no habian seguido en las guerras que dividian la Italia la linea de conducta que en todas sus partes los habia trazado, y por estas causas manifestó su descontento con algunas quejas, añadiendo, para terminar, que no le extrañaba la conducta de los monarcas españoles porque los conocia bien. Al oír esta inconveniencia, el bravo capitán no supo contenerse, sino que por

el contrario, contestó al Sumo Pontífice con dignidad y firmeza: «que, en efecto, tenía Su Santidad motivos para encomendarlos muy bien, y para no olvidar tan pronto los servicios que les debía: que por defender su autoridad pontificia atropellada por los franceses, habían sido las armas españolas á Italia: que sin los buenos oficios de los españoles, le hubieran impuesto la ley los Ursinos: que se acordara de lo que había dicho hacia poco tiempo: *Si las armas españolas se recobraran á Ostia en dos meses, debería de usarse al rey de España el Pontificado, y que Ostia le había sido recobrada, no en dos meses, sino en ocho días.*»

Desde Roma trasladóse Gonzalo de Córdoba á Nápoles, en donde el nuevo soberano D. Fadrique que había subido al trono después de la muerte de D. Fernando II, ascendida poco tiempo antes, le recibió con las mayores muestras de agrasajo y simpatía. Dióle el título de Santángelo, asignándole dos ciudades del Abruzzo, con tres lugares dependientes de ellas y mas de tres mil vasallos, diciendo: «que era preciso dar una pequeña soberanía á quien era acreedor á una corona.»

Tan luego como terminó el gran capitán su misión de Italia, regresó á su patria acompañado de la mayor parte de las tropas que habían asistido á tan brillante campaña. Ecuoselos añadir que en todas partes fué recibido con las muestras del mayor entusiasmo. La reina Isabel decía que se felicitaba con orgullo de haber escogido y enviado á la empresa de Nápoles á quien volvía adornado con el glorioso y merecido título de *Gran Capitán*, y el suspicaz Fernando se reparaba en añadir que las victorias de Calabria y la reducción de Nápoles hacían tanto ó mas honor á su corona que la conquista de Granada.

Cuando los moriscos de este reino, á causa de las medidas intolerantes producidas por un celo exagerado, se presentaron en abierta insurrección (1500), Gonzalo de Córdoba, que á la sazón se encontraba en Granada en union con el conde de Tendilla, salió apresuradamente contra los rebeldes que se habían atrincherado en Guéjar. Los moros montañeses de aquellas comarcas habían tenido la precaución de arar las tierras, y cuando los cristianos se acercaron, soltaron el agua de sus acequias, convirtiendo el país en un inmenso pantano. Trabajosa fué, pues, la marcha de los caballeros cristianos; pero á pesar de todo, aunque con pérdida de alguna gente, llegaron las tropas conducidas por el *Gran Capitán* y Tendilla á los atrincheramientos de los insurrectos. En el ataque de Guéjar condujose Gonzalo, mas bien que como general, como esforzado campeón, siendo el primero que escalo el muro y penetró en la plaza, rechazando cuantos obstáculos se oponían á sus heroicos esfuerzos.

Sin embargo, ni esta ventaja, ni otras que los cristianos alcanzaron sobre los revoltosos, bastaron para apagar el fuego de la rebelion, que tomaba cada dia mayor incremento, tanto que el rey Fernando creyó necesario dirigir en persona las operaciones de la campaña. Envióronse, pues, tropas suficientes á las montañas de Granada; colocóse el rey al frente de las fuerzas, y procediendo todos con denuedo y actividad, pudo terminarse la guerra después de haber desplegado una severidad ejemplar. Cuando se sometieron

los rebeldes, apelarón á la mediación de Gonzalo de Córdoba, que intercedió con los monarcas para que el castigo no fuese llevado hasta el estremo.

Pero aun no se había estinguido el incendio por una parte, cuando estalló de nuevo con mayor fuerza al año siguiente en la sierra de Filabres, en la serranía de Bonda y otros puntos, habiendo experimentado los cristianos una gran derrota, en la cual murió peleando como bueno D. Alonso de Aguilár, hermano mayor del Gran Capitán, que á la sazón no pudo dirigir las armas de España en aquella lucha, pues se encontraba de nuevo en Nápoles, á donde le habían enviado los reyes, pues la guerra entre franceses y españoles se había vuelto á encender en aquellas comarcas.

No podemos detenernos á consignar detalladamente las causas que provocaron esta nueva ruptura. Baste á nuestro propósito añadir, que contra D. Fadrique de Nápoles se habían confederado el rey de Francia, la república de Venecia y el Sumo Pontífice. Penetraron los franceses en Italia, se apoderaron del Milanesado y entraron en el reino de Nápoles. En esta ocasión el Rey Católico, que siempre había tenido aspiraciones al trono de Nápoles, puesto que D. Fadrique pertenecía á la rama bastarda de Aragón, por cuyo motivo no le creía Fernando rey legítimo del reino de Nápoles, propuso al rey de Francia la partición de aquellos Estados.

Con tal objeto envió Fernando al Gran Capitán al mando de una numerosa escuadra á Sicilia, para que, en union con los venecianos, se opusiera á los planes de los turcos, con los cuales el desdichado D. Fadrique se había aliado al verse abandonado por todos. Atacaron los españoles y venecianos el fuerte de San Jorge de Cephalonia, que fué tomado al cabo de algunos tiempos y después de heroicos esfuerzos. La república de Venecia, reconociendo las altas dotes que reunía el Gran Capitán y el mérito que en aquella campaña había contraído, inscribió su nombre en el libro de oro de los nobles venecianos, y le envió á Siracusa en presenten de piezas de plata labrada, de martas, telas de seda y brocados.

Gonzalo solo aceptó los honores, y los presentes le envió al rey: «para que sus competidores, decía, mas galanes, no pudiesen á lo menos ser mas gentiles hombres que él.»

En este tiempo ya se había llevado á cabo la partición del reino de Nápoles. La parte septentrional se adjudicó al rey de Francia y la meridional al Rey Católico; en cuanto á D. Fadrique, quedó desposeído de sus Estados.

Sometió en poco tiempo el Gran Capitán la parte del reino de Nápoles que había correspondido al Rey Católico; pero bien pronto surgió entre los soberanos, francés y español, una mala inteligencia, que dió márgen á la mas empeñada contienda. Pretestaba el francés que su partija era inferior á la que había correspondido al Rey Católico, y este fué el origen de la guerra.

Como Gonzalo solo contaba con fuerzas en estremo inferiores á las de los franceses, en tanto que le llegaban los refuerzos necesarios para tomar la ofensiva, mo-

luchaba al enemigo con toda clase de estratagemas, con las cuales en algunas ocasiones lograba adquirir triunfos de consideración. Cuando el capitán cordobés recibió los más indispensables refuerzos, moviéndose desde Barletta en donde se había mantenido atrinchado.

Alcanzaron los franceses á los españoles en Cerignola, y fué ya necesario trabar la batalla. Contaban los primeros con la superioridad del número; pero á pesar de todo, Gonzalo de Córdoba alcanzó en aquella ocasión uno de los triunfos más completos de toda su vida, demostrando hasta dónde llegaban sus dotes como general experimentado, y cuánto era el esfuerzo y constancia de sus soldados. De Cerignola pasó Gonzalo rápidamente á Nápoles, de cuya ciudad se apoderó, y en muy poco tiempo el principal del reino estuvo en su poder.

Dispúsose el monarca francés á lavar la afrenta que sus tropas habían experimentado en Italia, enviando al territorio de Nápoles un ejército considerable; pero Gonzalo de Córdoba, aunque, como le sucedía con frecuencia, contaba con escasos elementos, no se desalentó por eso, sino que, valiéndose de su acostumbrada estrategia, colocó su pequeño ejército á orillas de Garigliano para oponerse á la marcha de los franceses. Por muchos días permanecieron ambos ejércitos observándose mutuamente á uno y otro lado del río: frecuentes escaramuzas tuvieron lugar en todo este tiempo, en las cuales llevaron la mejor parte las tropas españolas, hasta que por último se dió la batalla general, en la cual los franceses se vieron derrotados en toda la línea, y en la necesidad de acudir á la dispersión para librarse de un total aniquilamiento.

«Tal fué, dice un ilustre historiador, la famosa retca del Garigliano, el más completo y el más importante triunfo que ganó Gonzalo de Córdoba, y con el cual acabó de merecer el nombre de Gran Capitán, porque desde su debió allí á la fortuna; todo á la capacidad é inteligencia del caudillo español, todo á la constancia con que supo mantenerse por espacio de cuarenta días delante del enemigo, sufriendo penalidades y trabajos para recoger en un día todo el fruto de su calculada perseverancia. La Italia vió en este día desecho y anonadado aquel poderoso ejército, cuyo número y cuyo aparato parecía iba á absorber y derrotar en un momento cuanto se le presentara y opusiera.»

Con esta derrota, los franceses renunciaron á la conquista de Nápoles, y el Gran Capitán pudo congratularse de haber asegurado aquella corona sobre las sienes del Rey Católico.

Sin embargo, ni estos triunfos ni los esfuerzos que hizo para pacificar aquel reino, pudieron librarle de la suspicacia de su soberano, que veía con disgusto la gran popularidad de que gozaba su caudillo en la Italia meridional. Cuando murió la reina Isabel y Fernando se encargó de la regencia del trono de Castilla, este pensó en separar al glorioso conquistador del gobierno de Nápoles, lo que al fin llevó á cabo, regresando á Andalucía el Gran Capitán, que desde entonces pudo conocer que no debía contar con las simpatías del regente de Castilla.

En efecto, ni para la empresa de Orán, ni para la

conquista del reino de Navarra, que sucedieron después de esta época, quiso el rey emplear los talentos del afortunado é inteligente caudillo cordobés, que permaneció durante los últimos años de su vida retirado en Loja.

Cuan lo los franceses triunfaron de los príncipes de la llamada Santa Liga, en Rávena, determinó el rey, á petición del Papa y de los aliados enviar á Italia al Gran Capitán, como el único que podía poner á salvo la causa de las potencias aliadas. Tan grande era la popularidad de que gozaba en todo el reino el ilustre caudillo cordobés, que tan luego como se tuvo noticia de este suceso, nobles, caballeros y soldados, todos á porfía acudían á alistarse bajo sus banderas. Llegaba hasta tal punto el entusiasmo, que muchos se ofrecían á hacer la guerra sin sueldo, y entre tanto el rey apenas encontraba quien quisiese alistarse para la de Navarra.

No obstante, todo aquel ardor fué de muy corta duración. Habiendo cambiado la economía de las cosas de Italia, el rey ordenó á Gonzalo que suspendiese los preparativos de la expedición. El disgusto del ilustre guerrero llegó á su colmo por aquel contratiempo, pues al ver que se le quitaba el mando de Italia y no se le daba en compensación el de la guerra de Navarra, que aun continuaba, pudo medir hasta qué punto era grande la antipatía que Fernando le profesaba. Lleno de dolor y de enojo, contentando á las órdenes del rey dió á conocer hasta dónde llegaba la amargura de que su ánimo se encontraba poseído.

Desde entonces continuó el Gran Capitán en su retiro de Loja, hasta que unas cuarenta veces le pasaron al borde del sepulcro. Trasládese á Granada con el objeto de buscar alguna mejoría mudado de aires; pero el 2 de setiembre de 1515 pasó á mejor vida en aquella ciudad, teatro de sus primeras hazañas.

«Tal fué la muerte, dice un historiador de las cosas de España, de aquel grande hombre, muerte que causó profunda tristeza en toda la nación. El mismo rey, que solo así dejó de temer al ilustre sábdito, de quien tanto y tan infundadamente había recibido en vida, se pudo inmor de pagar un tributo de veneración y de respeto á su memoria, vistiendo de luto él y toda su corte, y mandando que se le hicieran solennemente exequias, no sólo en su real capilla, sino en todas las iglesias principales del reino. Sus restos mortales se depositaron primeramente en la de San Francisco de Granada, y más adelante fueron trasladados á la de San Gerónimo. Doscientas banderas y dos pendones reales tomados á los enemigos y colocados en las paredes del templo en derredor de su túmulo, proclamaban las hazañas del héroe allí depositado, y recordaban á los concurrentes las glorias y servicios del Gran Capitán. El mismo rey escribió una afectuosa carta de pésame á su viuda, en que confesaba los inestimables servicios que su esposo le había prestado.»

CAPITULO V.

Más arriba dejamos apuntadas las causas que produjeron la decadencia de la ciudad de Córdoba, que tanto por su grandezza como por su ilustración se hizo

acreedora al dictado de la Atenas de los siglos medios. Necesitamos ahora isalistic algun tanto sobre este punto para cumplir con el plan que nos hemos propuesto, y presentar las vicisitudes por que fué atravesando tan importante poblacion y tan próspero territorio hasta encontrarse en el estado en que hoy se halla.

Una de las primeras causas que contribuyeron indudablemente á la decadencia de Córdoba, fué la espulsion de toda la poblacion árabi-ga, que dejó reducidos en un instante en un desierto lugares que hasta entonces habian mantenido una poblacion laboriosa y abundante. Es cierto que el santo conquistador de Córdoba concedió fuero especial á esta ciudad y á su territorio para fomentar su poblacion; es cierto tambien que se repartieron sus feraces campiñase entre los que acudieron á establecerse en aquellas comarcas; pero no debemos olvidar que estas medidas eran por sí solas ineficaces para resarcir en tiempo limitado la falta de la poblacion musulmana.

Con la ausencia de esta, lo que ganaba la pureza y unidad de la religion, lo perdian la agricultura y todas las demás industrias, que en un tiempo dado habianse presentado en estremo florecientes en la espléndida corte de los califas, para no era fácil que en pocos años una poblacion, formada en su mayor parte de guerreros de aventurero espírito, de hombres no avezados á las tareas industriales y agrícolas, pudiesen subsanar la falta de la primitiva poblacion.

En efecto, la sierra, admirablemente cultivada por los árabes, que con su bien meditado sistema de riego aprovechaban todos los arroyos que andaban á desaguarse en el Guadalquivir, para fecundar los valles y los campos, muy pronto varió completamente de aspecto; truncáronse de repente las tradiciones agrícolas; descuidáronse las obras, quedando convertidos en

campos yermos los que antes habian ostentado una rica, lozana y provechosa vegetacion.

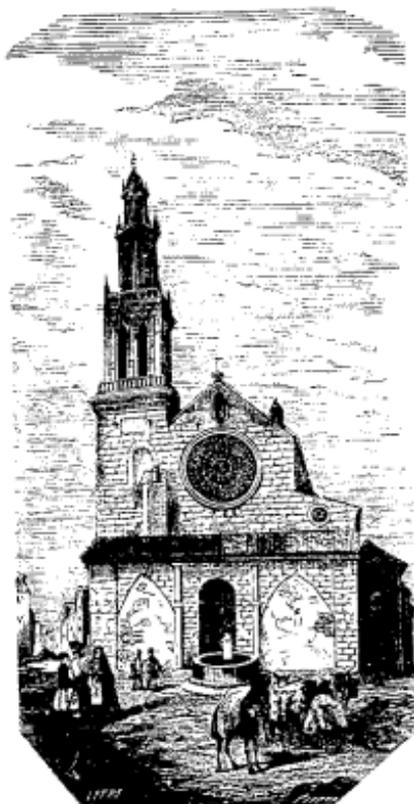
Al mismo tiempo las necesidades de la guerra de reconquista convirtieron á Córdoba en cuartel general, y punto de apoyo para las expediciones contra el reino de Granada, único reino de España que todavía permanecía bajo el dominio de los islamitas, y

no eran estas en verdad las circunstancias mas adecuadas para la prosperidad de aquel territorio. La consecuencia de una lucha enconada y continua siguió obrando por mucho tiempo en el territorio cordobés, los moros granadinos hacian frecuentes correrías en estas provincias, y llegando hasta las riberas del Guadalquivir, al mismo tiempo que pillaban los pueblos, aldeas y alquerías, apresaban las pequeñas barcas que sacaban las aguas del rio, hasta que poco á poco creó toda especie de tráfico por este medio, á causa de tan repetidas contrariedades y obstáculos.

Los ejércitos organizábanse en la provincia de Córdoba, refugiándose en ella para reponerse de sus pérdidas, y este tráfico y continuo movimiento de tropas por aquella parte, no eran las mas idóneas circunstancias para mejorar la situacion de aquellas tierras. Además, las turbulencias de que continuamente fué teatro Córdoba, como otras muchas

ciudades de España en los reinados que siguieron al de su glorioso conquistador, contribuyeron tambien á este resultado.

Es cierto que al advenimiento de Alfonso X al trono de Castilla, y habiendo este príncipe, que aunque se habia distinguido ya como guerrero, manifestaba no obstante mas predileccion por la paz, establecido amistosas alianzas con el rey de Granada, experimentó Córdoba algun alivio y pudo repasar en parte sus decaydas fuerzas; pero este estado fué demasiado tran-



iglesia de San Lorenzo.

sitorio, para que produjese beneficiosos y duraderos resultados.

El reinado de Alfonso X distínguese por las turbulencias intestinas que trabajaron al territorio del reino castellano, y en mas de una ocasión se vió en guerra Córdoba en luchas y contiendas civiles que contribuyeron también á su decadencia y ruina. Efectivamente aquel monarca, que tanto se ha distinguido como legislador y como hombre de ciencia, carecía por completo de habilidad y tacto para el gobierno, y mas especialmente tratándose de una época en que la lucha continua habia engendrado una clase poderosa, llena de ambición y de exageradas aspiraciones, que muchas veces solo podia satisfacer por medio de la guerra civil.

Habia dado Alfonso X demasiadas muestras de que sabia combatir á los enemigos de su reino; pero con respecto á las luchas intestinas, manifestó una debilidad hasta cierto punto discapable, si tenemos presente que en muchas ocasiones tuvo conjurados en contra suya, no solo á todos sus hijos, sino tambien á todos sus vassallos.

La prematura muerte de su hijo mayor D. Fernando, que habia dejado dos hijos varones, y la ambición del infante D. Sancho que aspiraba al trono de Castilla, fueron la causa de tan repetidas luchas y trastornos. Reconociendo la debilidad de su padre, éstos acaban como sucesor á la corona, en perjuicio de los derechos de los hijos de D. Fernando, por muchos de sus parciales, y Alfonso, aunque con alguna repugnancia, sancionó aquellos hechos por evitar temibles discordias.

Mas, sin embargo, como no siguió rectamente ninguna linea de conducta, solo consiguió con sus vacilaciones provocar nuevas causas para futuros disturbios. Su hijo D. Sancho, una vez reconocido, le auxilió en las guerras contra los africanos, en las cuales se hizo notar por su bravura y resolución, que aumentaron de un modo notable la popularidad de que gozaba en el reino. Una vez en este estado las cosas, intentó D. Alfonso dar el reino de Jaén á su nieto, el hijo mayor de D. Fernando.

Miró con gran disgusto el belicoso príncipe estos propósitos que estaban por su espíritu en oposición con los derechos que creía tener á la herencia íntegra del reino, y retirándose á Córdoba, hizo de esta ciudad el punto de apoyo de una insurrección contra su propio padre. Uniéronse en ella todos los grandes señores descontentos y que se inclinaban siempre hácia el lado de la fortuna, entre ellos sus dos hermanos don Pedro y D. Juan, con lo cual vió el desdichado Alfonso conjurados en contra suya á todos sus hijos. Como si esto no bastase, los principales caballeros del reino y los jefes de las órdenes militares, colocáronse tambien al lado del infante D. Sancho, que desde aquel momento podia considerarse como mas rey de Castilla que su padre.

Y tanto era así, que abandonando á Córdoba, en donde dejó fuerte guarnición, puesto que le importaba mucho la conservación de tan importante territorio, convocó Cortes en Valladolid, las cuales declararon á D. Alfonso decaído del trono, y á su hijo D. Sancho

rey de Castilla. No obstante, el revoltoso príncipe manifestó, que mientras viviese su padre no aceptaría el título de rey, y que solo tomaría el de infante-heredero y regente; mas no por eso dejó de obrar ya como soberano, repartiendo entre sus parciales y auxiliares todas las rentas de la corona, así de las que se denominaban juderías y morerías, como los diezmos y almojarifazgos.

En este conflicto, el rey, desde Sevilla, único punto á que quedaba reducido su reino, declaró á su hijo D. Sancho desheredado de la sucesión, esponiendo las causas y razones que motivaban este acuerdo, y arrojando la maldición sobre el infante por impío, parricida, rebelde y contumaz. Viéndose, pues, en tanto abandono, recurrió D. Alfonso á los moros leuit-morines de África, los cuales le suministraron socorros. Con ellos y con las demás tropas de que podia disponer, atacó D. Alfonso á Córdoba que defendía el caballero Ferrnnd Martínez por D. Sancho. Antes de comenzar el ataque, el jefe de las tropas de D. Alfonso y Ferrnnd Martínez se dirigieron, el uno desde el arroyo, y el otro desde el campo, las siguientes palabras: «Ferrnnd Martínez, le dije el primero;—¿conocesdes este pueblo?—Sí, conozco, respondió el interpelado, que es de nuestro señor el rey D. Alfonso.—Pues él nos envía á decir, que lo dejes á Córdoba, que bien sabes vos que el armó vos caballero, é vos la dió.—Decid, contestó Martínez, al rey D. Alfonso, que otro señor tenemos en Córdoba.—¿Quién es ese? le preguntaron.—A D. Sancho, replicó, que llegó aun ahora.

Retiróse al saber esta noticia los de D. Alfonso; pero al cabo de algun tiempo, con el designio de hacer un señalado servicio á su soberano, valieron á presentarse de nuevo delante de los muros de Córdoba, resueltos á apoderarse de la ciudad rebelde. Tan luego como los vecinos de esta ciudad supieron la aproximación de las tropas de D. Alfonso, al observar que eran pocas en número, salieron precipitadamente de los muros sin tomar precaución alguna, confiados en la superioridad numérica de sus fuerzas. Tan seguros estaban los cordobeses de la victoria, que muchas mujeres tomaron parte en aquella facción, presentándose con sogas para atar á los que ya consideraban como prisioneros.

En vez de intimidarse los valientes acometedores, maldados por el esforzado D. Arias Diaz, arremetieron con ímpetu á la muchedumbre mal armada, completamente indisciplinada y sin órden ni concierto en las operaciones. El resultado fué el que debia esperarse en atención á estos antecedentes. Los cordobeses, embarazados por su propio número, no podían ofrecer la debida resistencia; las primeras líneas se desordenaron al recibir el ataque de los contrarios, y apelando á la fuga, introdujeron el desórden y la confusión en sus filas, de suerte que la retirada fué en extremo desastrosa, dejando el campo cubierto de cadáveres.

Entre ellos se encontró el de Ferrnnd Martínez, cuya cabeza llevaron los vencedores á Sevilla y la presentaron, como sangriento trofeo de su triunfo, al rey Alfonso, que mandó colocarla sobre la tabla de San Fernando (1283). Al saber estas noticias, disgustóse en extremo el infante D. Sancho, que profirió en ser

de amarga queja las siguientes palabras: «¿Y quién los mandó á ellos salir contra el pendon de mi padre? que bien sabias ellos que non salgo yo á él, nin vo contra él, que yo non quiero lidiar con mi padre, mas quiero tomar el reino que es mio; é porque lo di quier dar á los franceses, por eso lo quiero yo tomar.» Después, dirigiéndose á Córdoba, añadió: «Que si fallase vivo á Ferrand Martínez, que lo ficiera quemar é caer en una caldera, por haber salido á pelear contra las armas de su padre.

Tal fué el resultado que tuvo el levantamiento de la ciudad de Córdoba, la cual solo pudo escapar al castigo por haber acaecido la muerte de Alfonso X, y habiérsele sucedido su hijo Sancho, á pesar de todas las contrariedades.

Poco librada salió Córdoba en la época del reinado de D. Pedro el Cruel, pues habiéndose manifestado el pueblo adicto á la infeliz reina doña Blanca, declarándose en favor del bastardo D. Enrique, tuvo que experimentar en varias ocasiones los efectos del furor del monarca castellano, que derramó abundante y noble sangre en las calles de aquella ciudad. Después de la batalla de Nájera, el rey D. Pedro, auxiliado por el de Granada, dirigióse con una hueste de cuarenta mil combatientes sobre Córdoba.

No por eso se desanimaron los cordobeses, reparando la mejor que pudieron los muros, se aprestaron á la defensa resueltos á toda clase de sacrificios, por evitar la venganza de su adversario. Los árabes granadinos, gozados con poder atacar la antigua sede del califato, y creyendo cosa fácil el recibirlo, comenzaron á asediarla con actividad y energía; pero la defensa era también fuerte y obstinada. Al cabo de muchos ataques, consiguieron los aliados de D. Pedro abrir cada menos que seis portillos en las murallas y penetrar dentro de la ciudad, mientras que sus defensores comenzaban á ceder ante el ímpetu de tan numerosos y aguerridos combatientes.

Desmayados y sin aliento, dice un historiador, moderno, andaban ya los de la ciudad, cuando se vió á las damas y doncellas cordobesas salir por las calles con lágrimas en los ojos y las cabelleras esparcidas, rogando á sus padres, hijos y esposos, que no las dejaran abandonadas al furor de los infieles. Los llantos, los lamentos, las súplicas de aquellas desconsoladas mujeres de tal modo reanimaron á los defensores de Córdoba, que volviendo vigorosamente á las murallas, derribaron los estandartes, rechazaron y arrollaron los enemigos á bastante distancia, en tal manera, que tuvieron tiempo aquella noche para reparar los muros, y cubrir las brechas y los boya los abiertos en ellos. Mientras en el campo el emir granadino se desesperaba por no haber podido cobrar la ciudad de la grande aljama, y mientras D. Pedro de Castilla con no pocos desesperación juraba que si un día tomaba á Córdoba no había de dejar en ella piedra sobre piedra, los defensores celebraban dentro su triunfo con danzas y fiestas populares.

El resultado de tan heroica defensa, fué el abandono del sitio por los musulmanes, mientras D. Pedro con sus escasas fuerzas se retiraba á Sevilla, donde donde volvió á campaña contra su hermano el bastar-

do D. Enrique, hasta que pereció á manos de la traición en los campos de Montiel. Este desenlace salió también por entonces á Córdoba de una terrible venganza, pues no era D. Pedro olvidadizo en sus peñiras.

La decisión con que Córdoba defendió la causa de D. Enrique, le valió de parte de esta monarca algunos privilegios y exenciones. Cuando este visitó á Córdoba, hermoseó la catedral mandando erigir una real capilla en la cual se desplegó gran lujo y magnificencia. Poco tiempo después de estos sucesos hubo un tumulto contra los judíos, en el cual perecieron muchos. Para poder comprender esta animosidad de parte de los vecinos de Córdoba contra los israelitas, hay que tener presente que, además del desprecio con que eran mirados por los cristianos, se hallaban apoderados de los mejores empleos de la corte y del reino, á tal extremo, que con su poder, influencia y riquezas tomaban avasalladas y supeditadas lo mismo á pueblos que á concejos. A causa de esto en unas cortes celebradas en Toro, los procuradores de algunas ciudades, entre ellas las de Córdoba, solicitaron del rey que aquella mala campaña, gente mala y atrevida y enemiga de Dios é de toda la cristiandad, no tuviesen oficios en la casa real, ni en la de los grandes señores, ni fuesen arrendadores de las rentas reales con que hacían tantos cobrecos; que viviesen apartados de los cristianos, llevando una señal que los distinguiera; que no vistiesen tan buenos paños, ni calzaran en mulas, ni llevasen nombres cristianos.

Aunque D. Enrique no tuvo dificultad en conceder la última parte de la petición, en cuanto á la primera no accedió á los deseos de los pueblos, tanto por la influencia que esta proscrita raza ejercía en la nación, como por la necesidad que había de ellos, puesto que poseían pingües riquezas y con frecuencia hacían préstamos de consideración á los monarcas.

Otra de las causas que contribuyeron á la despolación de Córdoba, y por lo tanto á su decadencia, fué la cruel peste que le affligió en el año de 1406. Todavía en esta época debía ser Córdoba una de las ciudades mas populosas de España, pues solo así se concibe que solo en los meses de la primavera, hubieran perecido cerca de 70,000 personas á impulsos de un terrible como cruel azote.

A fines del reinado de D. Enrique IV, denominado el *Impotente*, y cuando muchos señores del reino y algunas ciudades se sublevaron contra el monarca é causa de la vergonzosa prisa de D. Beltrán de la Cueva, Córdoba tomó partido por el infante D. Alonso, hermano del rey, y elegido tumultuosamente en Avila para suceder á Enrique IV. La prematura muerte de D. Alonso privó á los insurrectos de su principal elemento de triunfo; pero en este apuro se fijaron todas las miradas de los descontentos en la infanta doña Isabel, que algún tiempo después había de inmortalizar su nombre con sus gloriosos hechos.

No obstante, en esta ocasión no hubo unanimidad entre los cordobeses, y la ciudad se dividió en dos bandos que causaron grandes discordancias. Entonces presentóse D. Enrique en Córdoba; pero con su conducta, en vez de ganarse amigos y partidarios, solo logró enojarse las simpatías con que contaba.



En tiempo de los Reyes Católicos, y al emprenderse con heroica perseverancia la tarea de arrojar á los musulmanes del reino de Granada, Córdoba volvió á convertirse de nuevo en un campamento y en una base de operaciones para tan importantes y trascendentales campañas. Los monarcas moraban en esta ciudad con frecuencia, por encontrarse mas cerca del teatro de la guerra, y entonces se celebraron en Córdoba hechos de importancia, no siendo el menor el haberse presentado en ella el genovés Cristóbal Colon, que habla de dar un Nuevo Mundo á Castilla.

En efecto, cuando el sabio piloto y atrevido navegante se vió rechazado por los soberanos portugueses, que á la sazón proseguían con actividad la circunnavegación del África, la corte de Castilla residía en Córdoba, y á esta ciudad se dirigió Cristóbal Colon á solicitar los auxilios que necesitaba para llevar á debido cumplimiento los planes que se proponía realizar. Quizá el infatigable genovés no hubiera demostrado tan incansable paciencia, ni esperado á que la corte de Castilla se hubiera desbarazado de la guerra de Granada, á no haberse prendado de una dama cordobesa, en la cual tuvo á su hijo D. Fernando, que fué posteriormente historiador del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo.

El 14 de marzo de 1478 estalló en Córdoba un caso tumultuoso, no solo contra los judíos que seguían la ley mosaica, sino tambien contra los que se habian convertido para escapar á las persecuciones de que eran continuamente objeto. Esta vez el iniciador del motin fué un herrero que gozaba de gran popularidad en las masas. El populacho se lanzó indistintamente contra la raza proscriba, y por espacio de tres días la sangre ensordecía las calles de Córdoba. Este hecho llamó la atención de los Reyes Católicos, que enviaron á apaciguar á los cordobeses al inquisidor Diego Rodríguez Suero.

En vez de condescender este con la circunspección necesaria para calmar los ánimos, se abandonó á toda clase de excesos hasta el extremo que los cordobeses volvieron de nuevo á tumultuarse contra tan terrible tribunal. Difícil es poder conjeturar hasta dónde hubieran llegado los desórdenes, á no haber mediado el cardenal Giménez, inquisidor general, que hizo castigar á Suero por sus tropelías y desconciertos.

Cuando se verificó la sublevación de los moriscos de Granada, envió Córdoba numerosas tropas para dominarla, por lo cual recibió de los reyes nuevas concesiones y franquicias.

Uno de los acontecimientos mas notables de cuantos acaecieron en Córdoba durante la edad moderna fueron las Cortes celebradas por Felipe II en el año de 1579. Uno de los derechos que en ellas se reclamaron fué, el que no se impusiesen ni cobrasen tributos de ninguna clase, sin haber sido antes otorgados por las Cortes del reino.

Hé aquí en qué términos estaban concebidas estas peticiones:

«Por los reyes de gloriosa memoria predecesores de V. M. está ordenado y mandado por leyes hechas en Cortes, que no se creen ni cobren nuevas rentas, pecho, derechos, moedas, ni otros tributos particulares

ni generales sin junta del reino en Cortes, y sin otorgamiento de los procuradores del, como consta por la ley del Ordenamiento del señor rey D. Alonso y otras.»

Ademas, hacíanle presente los procuradores de las ciudades que en las anteriores Cortes se habian ya quejado de los daños y perjuicios que se causaban á los pueblos con los impuestos que sin su aprobacion se cobraron, y que si entoces se habia podido disculpar esta falta con la urgencia de las necesidades, las causas habian desaparecido: «Y por que con esto continuaban, no se provee ni satisfice á la pretension que el reino tiene á la guarda y observancia de la dicha ley, que tan de antiguo se ordenó, y tanto tiempo ha sido guardada; en la cual no solo parece necesario el consejo y parecer del reino para la creacion de las dichas nuevas rentas, pero aun su otorgamiento: A V. M. suplicamos... que ningunas nuevas rentas ni derechos se impongan ni carguen sin ser llamado y junto el reino en Cortes, y sin su otorgamiento, pues esto, como tan justo, está de antiguo tambien ordenado... y que las rentas y nuevos arbitrios que contra el tenor de la dicha ley se han impuesto, se quiten, y vuelvan al estado en que estaban, pues se podrán buscar otros medios como V. M. sea socorrido sin tanto daño de estos reinos.»

A tan razonada súplica, respondió Felipe II esponeciendo que las causas que habian motivado la creacion de nuevos impuestos continuaban subsistiendo, por lo cual no podia ser atendida la peticion, puesto que no podian escusarse de usar de aquellos medios que le eran forzosa. En las Cortes de aquel tiempo no habia recarso contra esta negativa, por lo cual la representacion quedó sin efecto.

Tampoco alcanzaron los procuradores de las ciudades en las Cortes de Córdoba, que se prorogase por algunos años mas el encabezamiento de las alcabalas y cientos, por considerarse este medio menos oneroso para los pueblos, pues Felipe II se contentó con responder, que no habiendo terminado todavia el plazo, cuando esto sucediese tendria presente para resolver los deseos de los pueblos, lo cual envolvia tambien una nueva aunque hábil negativa.

Como los abusos de la administracion de justicia eran frecuentes en aquellos tiempos en que tan imperfectamente estaban limitadas las atribuciones y facultades de los diversos cuerpos y tribunales de la nacion, los procuradores, reunidos en Córdoba, solicitaron del rey que se pudiera apelar del Consejo de Hacienda al Real, que inspiraba mayor confianza á los pueblos; que se suprimiese el excesivo número de procuradores, regidurías y otros oficios, por el gasto que unas ocasionaban á los particulares, y por la confusion que las otras habian introducido en el seno de los municipios. Escusamos añadir que á todas estas peticiones contestó el rey, ó negándose categóricamente, ó manifestando que le consideraria y consultaria maduramente para proveer lo que juzgase mas oportuno.

En conformidad con las erradas ideas económicas de aquel tiempo, en que se queria evitar la subida de precios de los artículos de consumo por medio de la tasa y prohibicion de exportarlos á otros puntos, hi-

dieron las Cortes de Córdoba algunas peticiones al rey en este sentido. Con más acierto solicitaron que desapareciera el abuso que hasta entonces había venido observándose, de disponer el monarca de los caudales que venían de Indias para particulares, con lo cual se causaban perjuicios irreparables al comercio y á la contratación. A esto aseguró Felipe II, que ya había dejado de tomar aquel dinero, y tampoco se tomaría en adelante.

Prospicieron también aquellas Cortes algunas medidas encaminadas á prevenir la excesiva carestía de precio á que se ponían las casas y aposentos en los pueblos á que iba á residir por algún tiempo la corte; pero el monarca contestó, como tenía de costumbre, de un modo evasivo y dilatorio, que dejaba subsistentes los abusos y hacia ineficaces los esfuerzos de los procuradores de los pueblos.

Asimismo quejábanse las Cortes al monarca, de que para la guerra contra los moriscos había nombrado capitanes; á pesar de ser de atribución de los concejos el hacer estos nombramientos, cuando las ciudades y las villas servían al rey con sus respectivas banderas. Felipe II reconoció la justicia de la petición, y prometió que en lo sucesivo se seguiría esta costumbre.

Tales fueron las principales peticiones de las Cortes de Córdoba, sin contar otras referentes á la reforma de las costumbres, y que no podemos detenernos á detallar, las cuales sirven para demostrar el estado de aquellos tiempos, la relación que existía entre los poderes públicos y el modo con que los soberanos de la casa de Austria fueron creceniando paulatinamente los derechos de las Cortes, hasta dejarlas reducidas á una mera ceremonia en la época de la coronación y jura de algún soberano.

En 1576 hubo también nuevas alteraciones en Córdoba con motivo de la subida de las alcabalas y otros impuestos; pero todas ellas fueron sofocadas por las fuertes medidas que el rey adoptó contra los revoltosos. Sin embargo, en 1582, fué teatro Córdoba de un nuevo tumulto provocado por la carestía de los artículos de primera necesidad, á causa de la conducta de los acaparadores de granos.

Achacábase, como sucede con frecuencia, al corregidor D. Pedro Flores Montenegro al mal estado de la población, puesto que se obligaba á los acaparadores á abrir sus graneros, y contra él se dirigieron los amotinados gritando: *Viva el rey, mata el corregidor*.

Afortunadamente intervino el obispo en este conflicto, y haciendo uso, tanto del influjo que le daban su sagrado ministerio, como la simpatía de que gozaba entre la multitud, consiguió apaciguar algún tanto los ánimos con la promesa de que la escasez que sufría la población sería prontamente remediala. En efecto, abriéronse los graneros, y en algunos se encontraron miles de fanegas de trigo casi en estado de putrefacción, á causa de la excesiva codicia de sus poseedores, que retiraron del mercado aquellos artículos tan necesarios con el objeto de elevar el precio. Disgustó sebremanera al pueblo esta circunstancia, y al día siguiente volvieron de nuevo á amotinarse los cordobe-

ses, teniendo que mediar por segunda vez el prelado, que, gracias á sus esfuerzos, alcanzó por fin hacer cesar aquellas sensibles escenas y devolver la tranquilidad á la población.

Hasta la gloriosa lucha de la Independencia, no tuvo Córdoba á figurar en los anales de la Historia de un modo general, y por lo tanto nos vemos obligados á trasladarnos á esta época tan fecunda en rasgos de heroísmo y en generosos esfuerzos, encaminados á rechazar la injusta agresión de las aguerriadas huestes del capitán del siglo.

Córdoba, como todos los pueblos de España, ensalzó el estandarte de la Independencia, así que tuvo noticia de las sangrientas escenas ocurridas en la capital de la monarquía el 2 de mayo de 1808, por el famoso parte del alcalde de Mostoles, que recorrió con increíble rapidez, trasladado de pueblo en pueblo, todas las comarcas meridionales de la Península (1).

Siguiendo Córdoba el ejemplo de toda Andalucía, ó mejor dicho, con esa espontaneidad que solo se observa en los movimientos populares, que tienen por objeto rechazar la agresión extranjera y defender el hogar y los demás sagrados intereses de la patria, declaró la guerra á los franceses, nombró su junta popular y emprendió los preparativos militares para responder con los hechos á estas amenazas tan luego como las circunstancias así lo exigiesen. No se creía tan rota la tarea de rechazar al otro lado de los Pirineos á las huestes de Napoleón; en el primer entusiasmo producido por la satisfacción del cumplimiento de un deber no podía medirse los sacrificios que debían realizarse en toda su extensión, y por lo demás, como no era fácil improvisar un ejército, allí donde faltaba todo: jefes, oficiales, pertrechos y vestuarios, cuando los franceses se desparecieron por toda España para sujetarla al yugo de Napoleón, los cordobeses apenas habían podido reunir algunos escasos recursos.

Toñó al general Dupont el encargo de someter á toda la Andalucía, para cuya tarea se le dió una división compuesta de seis mil infantes, cinco mil caballos, dos regimientos de suizos de los que estaban al servicio de España y quinientos marinos de la guardia imperial. Con estas fuerzas, que formaban un conjunto respetable, tanto por la calidad de las tropas, como por los enemigos que se debían combatir, los cuales apenas contaban con organización de ninguna clase, dirigió Dupont hacia Andalucía con la mas ciega confianza, prometiendo concluir con el movimiento de aquella comarca en pocos meses, y apoderarse de Cádiz después de haber realizado por completo su misión.

Corroboróse en estas ideas al ver la facilidad con que franqueó las gargantas de Sierra-Morena, y cada vez con mayor confianza dirigióse hacia Córdoba, pensando en que con un simple paseo militar llevaría á cabo con toda facilidad y premura sus designios.

(1) He aquí el texto del parte á que nos referimos, y que se ha hecho célebre por sus fuertes efectos:

«La patria está en peligro, Madrid pareo víctima de la perfidia francesa. Repúblicas venida á Llerena Mayo 2 de 1808.—El alcalde de Mostoles.—Hechos desde oportuno suscribir la original de este documento».

Al tener noticia los cordobeses de la aproximación del ejército francés, reunieron apresuradamente los recursos que podían disponer, y juzgando punto estratégico el puente de Alcolea para oponerse á los enemigos é impedirles el paso del Guadalquivir, encargóse esta comision á D. Pedro Agustín Echavarrí.

Los elementos de que podía disponer el jefe de las fuerzas cordobesas eran tres mil hombres de tropa y doce cañones, con gran número de paisanos, llenos de la mayor decisión, pero por sus armas y organización poco á propósito para medirse en campo abierto con los primeros soldados del mundo. Con los doce cañones fortificados Echavarrí la cabeza del puente, y después de distribuir sus fuerzas del mejor modo posible, en atención á las condiciones del terreno, esperó resueltamente á los franceses.

Así que estos vieron las posiciones de los españoles les acometieron con brío, pues poco podía intimidarles una muchedumbre mal armada y unas trincheras levantadas con apresuramiento y no con el mayor arte. Sin embargo, los españoles rechazaron animosamente el primer ataque á pesar del vigoroso denuesto del enemigo. Este, exacerbado con aquella resistencia que no esperaba, volvió de nuevo con mayor ardor al combate, echando mano de todos sus recursos, y asoló las tropas regulares con que contaba el jefe español recibien con serenidad y confianza aquella segunda acometida, el paisanaje no azevado todavía á la lucha, hizo lo que en todas partes, recurrió á la fuga y se desbandó en diversas direcciones.

Veniéndose así abandonadas las tropas españolas, tuvieron que retirarse, pues el enemigo redobló sus esfuerzos; pero á pesar de las desfavorables circunstancias en que habían quedado los defensores del puente, todavía pudieron repliegarse ordenadamente sin dejar mas que un solo cañón en poder de los franceses. La escasa caballería con que contaba Echavarrí se batió en aquella ocasión con resolución y denuedo, rechazando las cargas de la francesa, y sosteniendo de este modo la retirada de la infantería, la cual se verificó con el mayor orden, lo que en aquellos momentos casi equivalía á una victoria. La pérdida de este ataque fué poco mas ó menos igual por parte de unos y otros combatientes.

Las consecuencias de este hecho de armas fueron terribles para la ciudad de Córdoba, que en aquella ocasión se vió convertida en teatro de las mas deplorables y hasta afrentosas escenas, que revelan el carácter de aquella lucha, y hasta qué extremo llevaban los vencedores su sed de sangre, de botín, de esterminio y destrucción.

Al tener noticia los cordobeses del desastre de Alcolea, y encontrándose sin elementos suficientes para la defensa, puesto que las tropas de que podían disponer acababan de ser batidas, y la ciudad no estaba en disposición de sostener un sitio, acordaron capitular con el vencedor, sacando de la difícil situación en que se encontraban las mayores ventajas posibles. Para este efecto cerraron las puertas con el objeto de conferenciar con el enemigo, antes de darle entrada franca en la población; mas cuando se verificaban las pláticas para la capitulación, algunos tiros disparados

imprudentemente desde los muros, irritaron al general francés, que desde entonces se dispuso al asalto. Colocó algunos cañones enfilando la Puerta Nueva, la cual á los pocos disparos quedó totalmente destruida, y por ella se lanzaron los franceses degollando cuanto á su paso encontraban, sin distincion de sexo ni edad, saqueando templos, edificios públicos y casas de ricos y de pobres, con un furor y exceso de que apenas puede darse idea aproximada.

La rapacidad de la soldadesca llegó hasta el extremo: los templos se vieron invadidos por los desaforados ventajeros, que llenaban sus mochilas con toda clase de alhajas. La célebre mezquita, convertida en suntuosa catedral segun hemos visto, fué tambien objeto de la codicia de los franceses, que se abalanzaron sin respeto alguno sobre las preciosidades allí reunidas por espacio de muchos siglos. De la tesorería y demás arcas públicas sacaron muchos millones, y no contentos con esto gravaron á la ciudad con imposiciones crecidas, sin tener en cuenta que se habia entregado sin resistencia, pues algunos tiros lanzados al acaso por mano imprudente, no constituian una falta por la cual debiese ser castigada tan duramente una populosa ciudad. Todavía si los invasores hubieran quedado satisfechos con la rapia, los cordobeses habrían salido relativamente bien librados; pero los excesos llegaron á lo incompreensible, á lo inaudito. «Lo sacrilego, dice al llegar á este punto un distinguido historiador, lo repugnante, lo que apenas se concibe en soldados de una nacion culta, fué la manera de profanar las iglesias, llevando á ellas para brutales fines las hijas y esposas de aquellos desgraciados moradores.»

En vista de estas escenas, no parece que en pleno siglo XIX hubiésemos retrocedido á los tiempos de la mayor barbarie, que las huestes imperiales francesas dejaban muy atrás á las de Atila, Gengiskan y Tamerlan? Y para que no se crea que exageramos, buscaremos el apoyo de nuestras palabras, no en escritores españoles, cuyo aserto podría considerarse como apasionado y parcial, sino en los mismos historiadores franceses. Reñiriéndose á estos repugnantes escenas, el ilustrado autor de la *Historia del Imperio*, Mr. Thiers, se expresa de este modo:

«El combate tardó muy poco en convertirse en perpetración de las mas horribles escenas, y aquella infortunada ciudad, una de las mas antiguas é importantes de España, fué entregada al pillaje. Los soldados franceses después de conquistar al precio de su sangre cierto número de casas, y de dar muerte á los que las defendían, no tuvieron escrúpulo en ocuparlas, y en usar de todos los derechos de la guerra, saqueándolas y cebándose mas principalmente en artículos de consumo, que en objetos de valor, para llenar sus mochilas» (1)... «Bajaron á las bodegas

(1) En esta parte cita el historiador francés á la exactitud que exige la imparcialidad. Cuando aquellos infames soldados, hechos prisioneros en Bailén, fueron registrados en Cádiz, encontráronse en sus mochilas, no solo los viles sagrados arrebatados de los templos, sino tambien muchas de las alhajas que habian desaparecido de los casos particulares en aquellas terribles mometas.

abundantemente provistos de los mejores vinos de España, desafiaron á colatzas las cubas é hicieron tal destrozo, que algunos de ellos se ahogaron en el vino vertido de los toneles. Otros se embriagaban en tales términos, que mancharon el brillo del ejército francés, arrojándose sobre las mujeres, y haciéndolas sufrir todo género de atropellos... Lo que allí ocurrió fué verdaderamente un espectáculo doloroso, el cual produjo las mas tristes consecuencias por el eco que hizo en España y en toda Europa... Si una columna de tropas enemigas hubiera retrocedido en aquel instante á la ciudad, hubiers cogido á toda nuestra infantería dispersa, sumida en la embriaguez, y entregada al saqueo ó á los mas desenfrenados excesos.»

Estas casi inconcebibles escenas, provocaron terribles represalias. Desde entonces en toda Andalucía, y por lo tanto en la provincia de Córdoba, la guerra se hizo de exterminio y sin cuartel. Teniendo en cuenta estos sucesos que acabamos de referir, no extrañáremos que pueblos tan rodamente tratados como Córdoba no hayan sabido contenerse el día de la victoria en ciertos límites, ni tampoco que se hayan manifestado muy dispuestos á conservar la buena fé de las capitulaciones.

Es claro que los desaforos del enemigo nunca justifican la venganza que de él puede tomarse cuando se excede de lo que prescribe la humanidad y los derechos de la guerra; pero al menos dan una satisfacción satisfactoria á hechos, que sin esta circunstancia serian acreedores á la mas severa censura.

Todavía están en la mente de todos los acontecimientos de que fué teatro la ciudad de Córdoba y su provincia en la época de la última guerra civil, cuando los carlistas, habiendo agotado en gran parte los recursos que podian ofrecer las provincias vascongadas, emprendieron el sistema de expediciones con el objeto de adquirir nuevos elementos y propagar su causa por las diversas provincias de España. El cabecilla Gomez realizó en aquella ocasion una de las mas célebres correrías por la mayor parte del territorio español, y burlando toda la vigilancia de las tropas cristinas, penetró en Córdoba, que sufrió tambien las consecuencias de semejante visita.

No es ya la actual Córdoba la espléndida corte de los califas de Occidente, con sus doscientas mil casas, sus innumerables mezquitas, su multitud de madraas, en las cuales se enseñaban todas las ciencias en todo el grado de desarrollo á que habian llegado durante los siglos medios, sus baños y deliciosos jardines, sus suntuosos palacios; de todo aquel esplendor, no quedan en la actualidad mas que restos notables; pero que de ningún modo pueden dar ni aun aproximadamente idea del conjunto.

Los palacios han sido convertidos en casas particulares, las mezquitas, transformadas unas en templos católicos y otras destruidas, y las aguas del Guadalquivir, que en otro tiempo eran surcadas por multitud de navecillas, yacen hoy casi del todo desiertas y solo reflejan el follaje que adorna sus orillas. Por lo demás, el aspecto general de la poblacion conserva todavía muchos rasgos característicos de la dominacion musulmana. Las calles son estrechas y tortuosas, como si la vida se concentrase toda segun el uso oriental en el interior de las viviendas, y como los talleres de sedería, de vistosos guardamecías, de delicados y vistosos obras de platería, han desaparecido casi totalmente; en todas partes se distinguen los vestigios de lo pasado, mas en ninguna aparece la señal de que se despierta una nueva y robusta vida para el porvenir.

No obstante, preciso es confesarlo, Córdoba, que como la mayor parte de las poblaciones de España de brillante historia, ha tocado las consecuencias de repetidos trastornos y revoluciones, que han mudado su faz y cambiado sus destinos, conserva en su seno los elementos de un futuro adelanto. Es imposible que tan privilegiado suelo, que tan feraces comarcas, que tan risueños valles, tan pintoresca campiña, en donde brotan casi espontáneamente toda clase de codiciados frutos, esté condenada á permanecer siempre en el estado de languidez y de marasmo en que hoy se halla sumida, y nosotros esperamos conbedamente que, si la Providencia en sus inscrutables juicios tiene reservada á España mas halagüeños días, no será Córdoba la última en alcanzar la prosperidad á que es acreedora.

INDICE DE LA CRÓNICA DE LA PROVINCIA DE CÓRDOBA.

	Págs.		Págs.
LIBRO PRIMERO.			
ORÍGENES.			
CAPITULO PRIMERO.	5	CAP. III.	34
CAP. II.	7	CAP. IV.	37
* LIBRO SEGUNDO.		CAP. V.	40
ÉPOCA ROMANA.			
CAPITULO PRIMERO.	10	CAP. VI.	46
CAP. II.	12	CAP. VII.	52
CAP. III.	15	CAP. VIII.	60
CAP. IV.	18	CAP. IX.	63
CAP. V.	21	CAP. X.	69
LIBRO TERCERO.		CAP. XI.	74
CÓRDOBA BAJO LA DOMINACION MUSULMANA.			
CAPITULO PRIMERO.	25	CAP. XII.	76
CAP. II.	30	CAP. XIII.	78
		LIBRO CUARTO.	
		CAPITULO PRIMERO.	80
		CAP. II.	82
		CAP. III.	83
		CAP. IV.	85
		CAP. V.	88